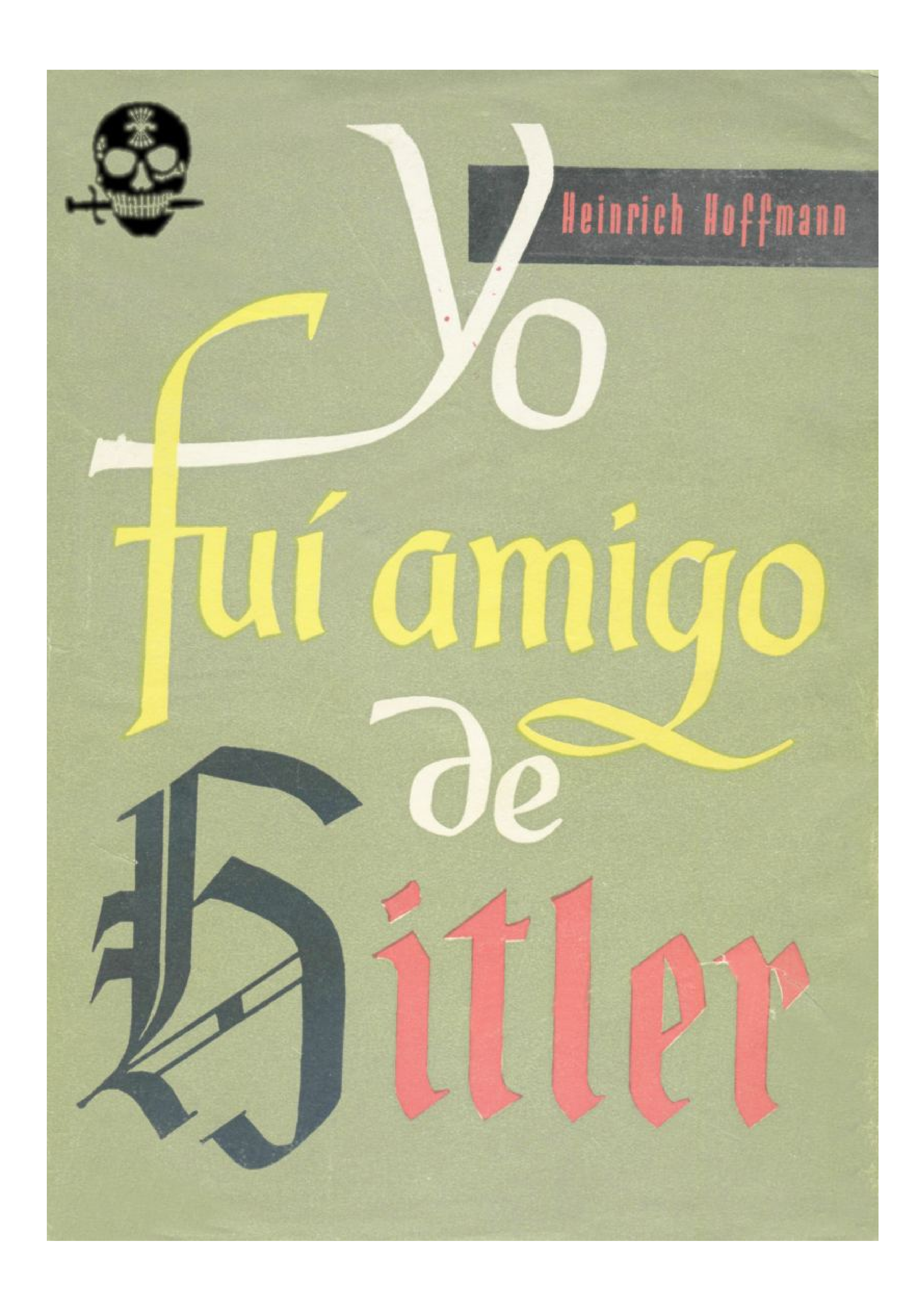

Heinrich Hoffmann
Yo fuí amigo de Hitler

YO FUI AMIGO DE HITLER

La figura que representó los más dramáticos destinos de Alemania durante un periodo crucial de la historia del mundo ha sido descrita desde muchos puntos de vista por amigos y adversarios. Pero ninguno de los libros que sobre Hitler se han publicado posee el valor humano del que le ha dedicado Heinrich Hoffmann, su fotógrafo oficial y uno de sus más íntimos amigos.

Ante nosotros aparece en este libro no sólo el Führer del pueblo alemán, el conductor de multitudes, el fanático de un sistema político férreo e implacable, el hombre que llevó a su patria a la cumbre de su poderío material para arrojarla luego al abismo de la derrota, sino Adolfo Hitler, el hombre, con sus fracasos juveniles, sus inquietudes artísticas, sus aventuras femeninas, sus diversiones y sus cóleras.

Publicado a la vez en varios idiomas, el libro de Hoffmann ha logrado en el mundo un éxito auténticamente sensacional.

HEINRICH HOFFMANN

Digitalizado por Triplecruz (11 de febrero de 2012)

ÍNDICE

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

CAPÍTULO I. LAS PRIMICIAS DE UNA PROFESIÓN

HEINRICH HOFFMANN, fotógrafo de Hitler: bonito título para consignar en las tarjetas de visita.

La presentación está hecha: ese fotógrafo soy yo.

Fotógrafo lo soy desde siempre; y los domingos, un maniático del lápiz y del pincel. Mi padre era fotógrafo, hice mi aprendizaje en su estudio, bien instalado, al que acudió a «posar» todo cuanto existía de famoso en calidad de reyes y de príncipes, de artistas, de cantantes, de políticos.

Adolfo Hitler fué una de esas «estrellas» de la actualidad.

Todo hubiera podido quedar reducido a unos segundos ante la cámara: «Levante la cabeza, sonría, no se mueva ya» ; pero he aquí que de ese contacto surgió entre él y yo una amistad que nada tiene que ver con la política (de la cual lo ignoraba yo todo y que no me importaba en absoluto), aunque se originó, como se decía antes en electricidad, de la atracción de los polos opuestos; él concentrado por completo en sus ideas, austero, no fumador; yo, un alegre vividor, bohemio a ratos. Debía yo servirle para descansar de sí mismo. Y teníamos en común dos caracteres impulsivos, apasionados por el arte.

Una amistad la explica uno como puede, generalmente muy mal.

Lo realmente cierto en la amistad Hitler-Hoffmann es que permaneció incólume en el curso de los años caóticos que hemos vivido, y aunque Adolfo Hitler no fuera ya la «estrella» política que venía a posar ante la cámara, sino el personaje central de la historia del mundo.

No sigamos una pista falsa; Heinrich Hoffmann y Hitler, Führer y Canciller del Tercer Reich, ni la menor relación tenían (o muy poca). Pero Adolfo Hitler fué mi amigo, desde el día de nuestro primer encuentro hasta su muerte. Y yo también fui su amigo.

* * *

En 1897 entré como aprendiz en el negocio de la familia. Encima del estudio que compartían mi padre y mi tío, en la Jesuitenplatz de Regensburgo, colgaba una especie de escudo, pomposo y llamativo:

HEINRICH HOFFMANN

Fotógrafo de la Corte

De S. M. el Rey de Baviera

De S. A. R. el Gran Duque de Hesse

De S. A. R. el Duque Tomás de Genova,

Príncipe de Saboya

Había costado un dineral obtener la autorización del Maestre de Ceremonias para aquel escudo. Pese a lo cual mi padre y mi tío sentíanse hinchados de orgullo por haber, no comprado, sino ganado esos títulos. ¡Cuestión de matiz! Habían fotografiado realmente a varios miembros de la familia real de Wittelsbach, al Gran Duque de Hesse y del Rhin, al Duque de Génova y a toda una retahila de príncipes. Fueron recompensados principescamente: un alfiler de corbata, de oro, avalorado por una gran L de brillantes, les fué regalado por Luitpold de Baviera, Príncipe regente. Un alfiler, aunque ellos eran dos. El domingo era el día consagrado a Dios, y entre mi padre y mi tío se entablaba una disputa de ritual a propósito de quién luciría el alfiler de corbata.

Comencé a aprender el arte fotográfico limpiando el polvo de todos los enseres del estudio. Ponía yo un cuidado especial en los respaldos y brazos que en aquella época reforzaban la actitud escogida por el cliente. La cabeza, apresada entre dos ganchos invisibles al objetivo, se mantenía inmóvil para aquella larga «pose»: «uno... dos... y tres» que encendía en la mirada de los personajes de este mundo un inimitable resplandor bovino. Libertado de la ganga de aquel reposa-cabeza, la víctima se desentumecía, se desprendía de una torticolis iniciada, los músculos faciales readquirían su soltura. ¡Demasiado tarde.!, La obra maestra estaba ya en la cámara.

Tenía yo que cuidar también de los decorados. Los deportistas que no habían tenido ocasión de ejercitar sus aficiones en la vida se colocaban gustosos en la cubierta de un barco, cuyas velas se cubrían de polvo a diario. Uno de los trucos de un despreciable rendimiento artístico era un huevo gigantesco del que salían los bebés desnudos. A mí me correspondía quitar el polvo de aquel artefacto, a los artistas galardonados (mi padre y mi tío) la salida del bebé una vez empollado.

El decorado de nuestro estudio era de estilo Makart. Las copias de sus ramilletes, que esparcían sobre nuestras paredes un aluvión de ornamentos, sus ánforas de estuco dorado, sus marcos recargados, eran deliciosos nidos de polvo.

Hans Makart había logrado cierta fama en Viena con un enorme lienzo, «La entrada de Carlos V en Amberes». ¡Y qué fama! Entre las hetairas desnudas, los maridos de la alta sociedad vienesa reconocieron o creyeron reconocer a sus esposas. Lo cual trajo como consecuencia divorcios, crímenes y suicidios. Para Hans Makart fué la campanada de la gloria.

Odiábale yo con un odio de aprendiz, por todo el polvo que producían sus inventos, polvo que se adhería a mis paños. No sabía que mi futuro amigo Adolfo Hitler aconsejaría en su día a los vendedores de cuadros de Munich que recuperasen todos los Makart que pudieran descubrir con objeto de enriquecer el Museo de Linz.

* * *

Un domingo por la tarde, iba yo a cerrar el estudio (otra tarea que me incumbía), cuando un hombre me empujó para entrar.

— ¡Quiero que me retraten! —declaró brutalmente.

Puse una cara apenada, de circunstancias: se habían marchado los fotógrafos.

—Bueno, pero está usted —gritó más fuerte aún—. ¡Hágalo usted!

Le aseguré que no sabía. Pero se mostraba amenazador, terrible. Temblaba yo (la valentía no era virtud que yo poseyese). No podía garantizar una buena foto, le advertí. Pero, sin escucharme, entró en el cuarto tocador y sacó de su maleta un traje nuevo. Metió en su lugar el viejo. Y luego aquel cliente intempestivo se colocó ante el aparato con el encanto y la naturalidad de una estatua conmemorativa.

—Ahora sonría usted con gesto amable, por favor.

Desaparecí bajo el negro paño, regulé el aparato y con el corazón palpitante, me lancé a la aventura de mi primera fotografía artística.

Una vez terminada la «pose» aquel cliente violento se marchó con la misma brusquedad con que había venido, dejando allí su maleta («Vendré a buscarla después, cuando recoja las fotos»).

Y no volvió nunca.

Hubiese yo creído que era una pesadilla si no me hubiera quedado como prueba de aquella aventura una foto, excelente además.

Otro testimonio: la maleta que nos dejó y que contenía el traje viejo y — ¡gran descubrimiento! — una bolsa llena de monedas de oro y una escopeta de aire comprimido. Intervino la policía, pues, según parece, el oro y la maleta pertenecían a una aldeana que había sido asesinada en los alrededores de Regensburgo. Más adelante se averiguó que el asesino había atraído a su víctima fuera de su casa imitando el cacareo de las gallinas asustadas. ¡Y era yo quien había fotografiado al asesino! Foto sensacional que iba a ser fijada en todos los puestos de policía. Pero, ¿por qué había venido a retratarse el asesino? Aquella novela policíaca que marcó el comienzo de mi carrera, debía quedar sin terminar.

Pese a tal triunfo, permanecí consagrado al polvo del estudio hasta 1900, y al negocio familiar hasta mi mayoría de edad. El tiempo me parecía larguísimo. A los dieciséis años conseguí ponerme a trabajar con Hugo Thiele, fotógrafo de la corte para el Gran Duque, en Darmstadt. Era yo, por tanto, fotógrafo ayudante de los miembros de la familia del Gran Duque, lo cual me prestaba realce. No veía ya mi porvenir limitado a los cuatro rincones recargados de adornos del estudio al estilo Makart.

En aquella época se abrió en Mathildenhoehe «La Sociedad de Artistas», fundada por el Gran

Duque. ¿No les dice esto nada? Fué, sin embargo, el gran barrido dado a los monstruosos ornatos de las mansiones señoriales. Se acabaron el estilo ampuloso, los hallazgos de mal gusto romántico-simbólico que atestaban los laboratorios y esa hinchazón del cuerpo humano que se traduce por este lindo vocablo (estilo fotográfico): la «pose». Weimar de Darmstadt descubría que la naturaleza debía ser natural, que las personas poseían un ambiente, un «clima» en el que eran ellas mismas. Iba a fotografiarlas en sus casas, en el amado hogar, y nuestro espantoso barco de vela y nuestro huevo gigantesco tuvieron sus días contados.

Una pequeña explicación sobre aquella corte ducal es indispensable. Gracias a los lazos familiares que la unían con todas las casas principescas más poderosas de Europa, gozaba de influencias que no guardaban proporción con la extensión de su Estado. Fotografié a las tres hermanas del Duque reinante, Ernst Ludwig. Una se había casado con el príncipe Enrique de Prusia; la segunda con un miembro de la familia real rusa; y la tercera, la princesa Victoria Isabel, era la esposa del Príncipe Luis de Battenberg, que llegó a ser más adelante el Marqués de Milford Haven.

Las grandes damas de Rusia tenían expresiones, ni afectadas ni ordenadas por el fotógrafo, de trágica melancolía. La Zarina era tímida y como lejana, con un furtivo relámpago de gozo sólo cuando la tarea de la toma de vistas había terminado. Su hermana, la Princesa Sergei, era mucho más bonita, graciosa y natural. Supe que después de morir su marido, asesinado, fué a visitar al asesino a su celda de Moscú y, con una paciencia divina, intentó averiguar los móviles del crimen. Y finalmente, ángel de misericordia, le perdonó.

No puede decirse que la familia del Gran Duque representase un grupo de clientes fáciles. El menor retraso, la menor vacilación técnica daban origen a una reprimenda o a una llamada al orden. Había que actuar de prisa y, no bien estaban revelados los clisés, sufrir el asalto de las preguntas: ¿Era de buena calidad la foto? ¿Eran satisfactorias la «pose» y la expresión?. Y luego, esto y lo otro.

Habían preparado una cámara obscura en palacio. En caso de fracaso (desde el punto de vista ducal), la foto era repetida rápidamente. El revelado formaba parte de mi trabajo.

Un día, en que, con ocasión de una visita de la princesa Sergei, me dirigía presuroso hacia la cámara obscura, un desconocido me preguntó si podía entrar conmigo, pues le interesaba el revelado de cierto clisé.

Me divertía enseñar a aquel aficionado y le invité a acompañarme. Mientras yo trabajaba (me fié de su cara que era la de un personaje distinguido) le pregunté si podría ayudarme a ver al Gran Duque.

—Nuestro estudio familiar —le expliqué— se honra con el título «Heinrich Hoffmann, fotógrafo de corte del Gran Duque Ludwig de Hesse y del Rhin». Pero el azar hace mal las cosas: he ido con bastante frecuencia a palacio y no he visto jamás al Gran Duque.

Aparecía en el clisé una adorable princesa Sergei, lo cual me animó.

—Añada usted que soy en realidad subdito del Gran Duque: mi padre nació en Darmstadt y sirvió en los Dragones Blancos.

Al resplandor de la luz roja, vi la sonrisa de mi visitante.

—Creo que eso podría arreglarse —me dijo.

Al salir de la cámara obscura me dio las gracias y me puso en la mano una buena propina. Sentíame muy satisfecho, aunque también intrigado, y cuando se hubo marchado pregunté a un criado quién era aquel señor:

—El Gran Duque — me contestó.

La emoción debió de darme un aire pasmado, mientras contemplaba, en la palma de mi mano, el «thaler», con su efigie, que me había dado.

Veinte años después, acompañé a Hitler al Festival de Bayreuth. Vagábamos por el Ermitage cuando nos encontramos de frente con el Gran Duque. ¡ Qué ocasión para un fotógrafo mientras se saludaban cordialmente, sin parecer acordarse de mí! Cuando el Gran Duque se hubo separado de nosotros, Hitler me dijo:

—Si todos los monarcas alemanes se hubieran comportado como el Gran Duque de Hesse, no habría habido destronamientos.

* * *

Quería yo multiplicar mis experiencias, no convertirme en un mueble del Gran Ducado, por honroso que esto fuese. En 1901 tuve la oportunidad de marchar a Heidelberg, a trabajar con Langbein, fotógrafo de la Universidad. Langbein se había dedicado a una especialidad nada corriente: fotografiaba los *mensur,* que son los famosos duelos a espada entre estudiantes. Mi tarea consistía en dar color a las gorras y a los cinturones del grupo estudiantil.

En aquella época los estudiantes dictaban la ley en Heidelberg. Aquellos *mensur* constituían otros tantos acontecimientos de los que ellos conservaban, gracias a las fotos, un recuerdo orgulloso.

En cuanto a aquellas fotos, representaban el origen mismo del reportaje trucado tan difundido ahora cuando es preciso, en los semanarios ilustrados del mundo entero. Primera operación (fotográfica): cada participante o cada grupo de participantes, debía ser fotografiado por separado en el estudio. Segunda operación: cada rostro era recortado y pegado sobre la foto de la sala de esgrima vacía. Y, finalmente, el cuadro compuesto era fotografiado y daba la impresión de un furioso desafío, en plena acción. ¡Y qué trabajo para que todas aquellas caras colocadas en el fondo resultasen reales! Con tales piezas sueltas, Langbein obtenía escenas «auténticas» de un realismo indiscutible.

En 1902 entré, en Francfort, en el estudio de Teobaldo, cuya especialidad, sin fondo artístico, era la fotografía militar. El domingo había un lleno, pues el estudio estaba estratégicamente situado enfrente de los cuarteles. Los hijos de Marte, orgullosos de sus nuevas cabezas con el uniforme, se precipitaban allí en masa. Eran clientes que había que cuidar, pero de quienes era preciso también desconfiar, porque al más ligero error, a la menor arruga en el uniforme, blandían sus armas de venganza. Nosotros, semejantes a unos halcones, teníamos que vigilar los detalles más insignificantes. Las fotos en color estuvieron por entonces muy en boga; me permitieron ganar algunos pequeños extraordinarios. El precio de una foto en color estaba fijado en un marco; una semicolorida, es decir, con los contornos alegremente realzados, se pagaba a 50 «pf ennings»; tenían que abonar un pequeño suplemento de 30 «pfennings» los que deseaban un toquecito sobre el bigote incipiente. De esa manera, la mitad de mis beneficios iba a parar a mi patrón; la otra mitad, además, también iba a parar a su bolsillo, por la noche, por medio de las cartas.

No me faltaba ambición, y en aquel momento se me metió en la cabeza reformar el arte de la fotografía militar. Hasta entonces los jóvenes guerreros en reposo, con la mirada fija y vidriosa, se dejaban, como suele decirse, sorprender al oír el «tres» por el disparo de la máquina. Hubiérase creído, en verdad, viendo su aire beatífico, que esperaban para tragarse un chorro de groserías lanzado por la boca de un sargento mayor. Mi lema inicial fué éste: «Abandonemos el estilo *recuerdo* de la foto y sustituyámoslo por una «pose» menos convencional». A esto le añadí, en el momento oportuno, el «Sonría» de ritual, que se transforma en las viejas placas en muecas de la época.

Hay que confesarlo todo: mi tentativa fué tan sólo un lamentable fracaso. Cuando rogaba yo a un soldado que colocase con negligencia su rodilla sobre el borde de una silla, la naturalidad era tan perfecta que parecía como si el ejército hubiera alistado cupos enteros de reclutas con piernas de madera.

A comienzos de 1903 abandoné a Teobaldo y encontré una nueva colocación en casa de Tomás Voight, el célebre fotógrafo de la corte imperial, en Hamburgo. ¡Qué renovación en el trabajo! Hamburgo, una de las ciudades costeras más selectas de Alemania, era el lugar predilecto de los ingleses, de los grandes duques rusos, de los príncipes, de los multimillonarios, de los grandes y de los poderosos del mundo entero. Los torneos internacionales de tenis eran siempre un sitio de reunión de caras célebres, gracias a las cuales obtenía yo una buena cosecha.

Entre los excéntricos con quienes tuve contacto en Hamburgo se hallaban el rey de Siam, Chulalongkorn. Tenía este pequeño capricho: encargaba sus retratos de tamaño natural, coloridos muy artísticamente. Aquellos cuadros gigantescos eran después embalados en cajas forradas de cinc para ser enviados a Siam. Impasible, Su Majestad pagaba la factura de veintisiete mil marcos oro que le presentábamos.

Mi encuentro con el gran duque ruso Miguel Micaelo-vitch tuvo un carácter especial. Había yo recibido la orden de fotografiarle. Pero, ¡ay!, no conseguí fijarle para la posteridad. En realidad, aquel

día Su Alteza Imperial estaba imperialmente borracho, hasta el punto de que, como decimos en términos profesionales, la foto se «desprendió» del clisé. Tomé una docena de «poses», pero en la cámara obscura el revelado dio unos clisés todos idénticos e idénticamente velados.

Las fotos del Kaiser me produjeron grandes emociones. Daba, sin saberlo, mis primeros pasos en la Historia. Era el 5 de noviembre de 1903; mi patrón me había enviado al lugar del encuentro del Kaiser con el zar Nicolás de Rusia, al vetusto castillo de Wiesbaden. El propio señor Voight lo había preparado todo, colocándome en un corredor del castillo para avisarle de la llegada de los personajes. Al principio, esto sucede siempre, no sabe uno cómo pasar ese tiempo de la espera; luego, cuando están allí, las cosas no marchan nunca con bastante rapidez. Nos convertimos en unos instrumentos y, tanto los grandes como los supergrandes de la tierra, se complacen en mostrar odiosamente su impaciencia.

Divisé por fin una cara al final del sombrío corredor; todo lo que podía percibir era una barba y un bigote de puntas levantadas, características del típico Guillermo II. Pero, a medida que se acercaba, descubría yo un hombre con muftí. No, no era el Kaiser, sino Habi, su peluquero personal, que había lanzado la moda del bigote a lo Kaiser en el mundo entero.

Por fin llegó el Kaiser, el verdadero. Guillermo II, coronel honorario de innumerables regimientos extranjeros, quería que le fotografiasen vestido con todos y cada uno de sus uniformes. En un torbellino le vi quitándose un uniforme para ponerse otro, apareciendo sucesivamente como coronel de la Guardia rusa, coronel británico, coronel de los Húsares Reales de Hungría, a caballo, a pie, armado como las comparsas de un baile de trajes. Entre todos aquellos personajes, el húsar húngaro con su emblema, un Atila todo bordado de oro, resultó el más notable. Esa foto, en la que únicamente los bigotes del Kaiser aparecían semejantes a ellos mismos, se hizo más adelante sumamente popular.

Al poco tiempo de eso, el Kaiser pasó unos días en el castillo de Friedrichsruh, cerca de Hamburgo. Averigüé que había accedido a visitar al señor Marx, gobernador de la provincia a quien estimaba mucho. Una buena foto que hacer —me dije.

Coloqué mi máquina frente a la «villa» del señor Marx, sobre un andamio: desde allí podía vigilar el sitio por donde tenía que pasar el Kaiser. A mi alrededor unos veteranos del Ejército, con capote y casco, y un cinturón de color chillón, montaban la guardia. Pese a sus redondeces bien alimentadas, se esforzaban en mantenerse tiesos como estacas. El espectáculo era bastante grotesco.

Mi máquina asomaba por encima del techo brillante de los cascos y yo, encaramado en el andamio, sosteniendo delicadamente la pera de goma entre dos dedos, estaba preparado para abrir el obturador en el instante preciso. Un tonante «¡El Kaiser!» me sobresaltó. El rugido de los vivas aumentaba para saludar su llegada. Tirando al aire sus cascos, los veteranos aclamaban a su señor de la guerra. ¿Y yo? Todo cuanto pude hacer fué la foto de una nube de cascos volando por los aires. Cuando el torbellino se hubo calmado, cesó y se extinguió, no estaba ya el Kaiser ni en carne y hueso, ni tampoco en mis placas.

En otra ocasión tuve más suerte. El Kaiser inspeccionaba Saalburg, viejo castillo románico que él había hecho reconstruir: iba en compañía de su tío el rey Eduardo VII de Inglaterra. La serie de fotos que tomé ese día apareció en los diarios del mundo entero. Una de las mejores placas representaba al Kaiser y a sus hermanas, todos en pie, junto al Daimler de Eduardo VII. El lujo y la elegancia de aquel coche asombraba a toda Alemania ; se olvidaban del rostro real. Esto ocurrió, aproximadamente, en la época en que Eduardo apartó de su trato a su arrogante sobrino para firmar la célebre «Entente Cordiale» con Francia.

A Hitler le interesaban siempre las anécdotas de Guillermo II que yo le contaba. Cuando le hablé de esa visita de Eduardo VII:

—-Tiene usted que reconocer, Hoffmann — declaró —, que la foto mía después de mi liberación de la fortaleza de Landsberg, yo también en pie junto al «Daimler-Benz», obtuvo la misma acogida por parte de la Prensa mundial. Hay que reconocer que su alcance político no era menor.

Reconozcámoslo: Hitler tenía razón.

Pasé tres años en la casa Voight, trabajando en Ham-burgo durante la temporada y en sus estudios de Francfort, en invierno. Después marché a Suiza, donde fui durante una temporada consocio del famoso fotógrafo Camilo Ruf, en Zurich.

He admirado mucho a Ruf. Debo decir en honor a la verdad que esa admiración me parece que fué recíproca. En aquella época mi aspiración se limitaba a abrir un estudio por mi cuenta. Ruf me ayudó: me confió la dirección de dos pequeños estudios de importancia secundaria, donde pude obtener provecho y adiestrarme a mi entera satisfacción.

Abandoné Suiza para volver a Munich. Había ya superado el período profesional y ardía en deseos de ser un artista. Pero intenté en vano que mi padre compartiese mi punto de vista. Fui autorizado tan sólo a proseguir mis estudios de arte y de pintura hasta donde esos estudios tuvieran una relación directa con la profesión de fotógrafo. Estudié, por tanto, dibujo con el profesor Knirr de Munich y seguí los cursos de anatomía del profesor Mollier en la Universidad de Munich. Trabajé incluso una temporada en París bajo la dirección de Reutlinger, el famoso fotógrafo del mundo elegante y frivolo de esas mujeres que tienen fama de bonitas.

En suma, un año de gozo libre, transcurrido el cual tuve que volver a mi profesión. Hasta 1907 no conseguí cruzar la Mancha. Llevaba en el bolsillo unos certificados de primer orden, testimonios válidos de mi talento; y hacíame la ilusión de que Inglaterra esperaba mi llegada. Había yo tenido el cuidado de hacer traducir al inglés mis cartas de presentación. Pero todos mis papeles me fueron invariablemente devueltos acompañados de unas palabras que yo quería imaginar agradables y de una leve sonrisa correcta y pesarosa. Nadie encontraba manera de utilizar mis aptitudes y mi dinero comenzaba a consumirse cuando surgió la buena suerte. Recibí una mañana una carta de presentación del profesor Emmerich, fundador del Instituto de Investigación y Enseñanza Fotográfica de Munich, para el fotógrafo más célebre de Inglaterra, E. C. Hope. Este maestro del arte fotográfico me acogió como a un antiguo amigo de familia a la hora del té tradicional; y cuando se marcharon los invitados, Hope me rogó que me quedase.

—¿Cuál es su situación financiera? —me preguntó a modo de entrada en materia-Farfullé. Segunda pregunta más inesperada aún: —¿Cuánto puede usted pagar? —añadió. ¿Pagar, el qué? A mí, cuyos conocimientos profesionales estaiban oficialmente reconocidos, ¿se atrevían a pedirme que pagase para autorizarme a trabajar? Discutí: no se trataba para mí de hacer fotos de aficionado. La fotografía era mi profesión y mi pan cotidiano.

—Soy capaz de hacer mucho, mucho más de lo que usted se figura quizá —dije alzando el tono de voz.

Hope reflexionó un momento y luego me invitó a trabajar con él unos días. Después, ya vería.

Ahora bien, ocurrió lo siguiente: algunos días después me envió a la Exposición Franco-Británica para hacer unas fotos de la sección colonial. Apenas había comenzado, una fuerte explosión conmovió el vestíbulo en donde me hallaba. Cogí mi máquina y me precipité fuera entre un pánico indescriptible: era el momento en que un globo cautivo, una de las atracciones de la Exposición, estalló y se destrozó contra la tierra. Los muertos estaban mezclados con los heridos; un montón de seres gimiendo, ensangrentados, se retorcían de dolor en el suelo. Las últimas llamaradas del globo componían un decorado de fin del mundo a aquella escena espantosa: y yo, tranquilo, detrás de mi máquina, tomaba lo mejor que podía las fotos del desastre.

Aquellas fotos causaron sensación. El globo aquel, me atrevo a decirlo, me había traído la suerte. Las fotos de Hope — es decir las mías — fueron reproducidas en los grandes diarios británicos y en la primera página del Daily *Mirror.* Mi patrón obtuvo una fortunita en la que tuve mi parte. Mi éxito me impresionó. Al día siguiente tenía yo un puesto fijo y pronto fui escogido como reportero gráfico. Por otra parte, fué aquella catástrofe del globo la que debía impulsarme a mis futuras actividades de reportero.

Hope era un especialista del retrato, un maestro en ese género; maestro de la técnica del óleo. Aprendí mucho con él. Debía en parte su celebridad a la publicación de su obra «Hombres del siglo XIX». En ella aprendí el arte de fotografiar altas personalidades; por ese camino llegué a penetrar en los círculos mundanos más cerrados.

A comienzos de 1910. tomé en arriendo el estudio del núm. 33 de la Schellingstrasse; no podía yo imaginar que unos diez años después, el cuartel general de la N.S.D.A.P. iba a ser vecino mío. Me había especializado en los retratos masculinos; pero si por casualidad entraba alguna señora que deseaba ser fotografiada, accedía gustoso a su petición.

En la primavera de ese mismo año, uno de los acontecimientos trascendentales de mi vida

comenzó al penetrar bajo el rostro de una joven en mi estudio.



Ilustración 1. El Profesor Hoffmann, cuando niño, con unos parientes.



Ilustración 2. Una de las primeras fotografías de Hitler. Al fondo, el retrato de Bismark.

—He oído hablar tanto de sus proezas fotográficas, señor Hoffmann —dijo sonriendo aquella encantadora persona— que vengo a pedirle me haga usted un retrato muy cuidado para un amigo lejano.

Era alta, rubia y delgada, rebosante de juventud y de salud; su gracia ejercía un encanto al que no podía substraerse la mirada de un artista.

He sido siempre un hombre de impulsos: me dejo arrastrar por el instinto del momento y este instinto no me engaña jamás. Tuve la certeza de que acababa de herirme el flechazo. «Adorable criatura», pensé. «Debe de ser *ella:* no puede ser más que ella».

Mi primer retrato debía de ser bastante bueno, aunque para mis ojos extasiados, me parecía una indigna imitación. Lelly, modesta, lo encontró muy de su gusto. Para satisfacción mía, averigüé que adoraba ella la fotografía, que sentía un verdadero interés tanto por el arte como por la técnica. Desde aquel primer día quedó establecida una costumbre: entraba ella regularmente para pedirme detalles y consejos. A aquellas preguntas respondía yo con un balbuceo: Lelly, sonriendo, parecía considerar aquella incertidumbre como una dificultad profesional. Sin embargo, se me antojaba (apenas me atrevía a creerlo, pues aquello sobrepasaba mi sueño) que la fotografía no era el único objeto de sus visitas.

Transcurrieron velozmente algunos meses encantadores. ¿Debo contarlos? Estuvieron hechos de esos goces sencillos que todos los jóvenes enamorados han conocido. Me casé con Lelly en 1911. En aquella época era yo todavía muy pobre y no tenía dinero para el viaje de bodas. Después de la ceremonia que se celebró por la mañana, nos hallamos de nuevo en el estudio donde empezamos a trabajar juntos. No, aquel interés que Lelly había mostrado por la fotografía no era en modo alguno fingido. Mi mujer me ayudó mucho durante el trabajo de los primeros tiempos; y al despojarse de su blusón manchado de hiposulfito, sabía ella convertirse en un modelo exquisito y se transformaba en «cover-girl» para las revistas ilustradas de Alemania y de otros países.

Lelly era también mi mascota. El día en que entró en mi vida marcó el punto de arranque de mi fama. En el otoño de 1911 recibí un aviso comunicándome que Fuerstenheim, redactor-jefe de la *Muenchner Illustrierte Zeitung* quería verme con toda urgencia. Acudí apresuradamente.

—Caruso —me dijo— acaba de llegar a Munich. Tan cierto como que me llamo Fuerstenheim, tendrá usted una recompensa regia si me trae una foto de él. La publicaré en la primera edición.

Me precipité hacia el Hotel Continental donde se alojaba Caruso. Unos minutos después era recibido en audiencia, no en realidad por el propio Caruso, sino por su empresario Ledner. ¡Decepción! Éste después de haberme escuchado atentamente me explicó, con un tono terminante, que Caruso no estaba autorizado a «posar» para fotos destinadas al señor Fulano o Mengano.

—-Todos los derechos fotográficos — me explicó —, pertenecen a una agencia americana y cualquier infracción del contrato le costaría una enormidad a Caruso.

Y ante mi aire desilusionado añadió:

—Pero si es sólo una foto lo que usted quiere, ¡aquí la tiene! ¡Puede usted escoger!

Ofendido, rechacé su cortés ofrecimiento: no me interesaban las fotos que no estuviesen hechas por mí.

—Pero —añadí con una repentina inspiración— a un hombre tan célebre como el señor Caruso le debe costar mucho trabajo evitar los fotógrafos.

—Seguramente nada se puede hacer para impedirle a usted que tome una foto de él en la calle —accedió Ledner—. El contrato se limita a los retratos hechos en un estudio. Pero el señor Caruso va a salir del hotel dentro de un rato.

Completé mi indagatoria y supe que Caruso estaba invitado a cenar por Thomas Knorr, cofundador y propietario de las *Muenster Neuste Nachrichten,* el principal diario de Alemania del Sur en aquella época. Frente al hotel una masa de compañeros fotógrafos había ya tomado posiciones, con las máquinas enfocadas hacia un punto fijo: la entrada del hotel. «Si me mezclo a ellos, adiós mi regia recompensa —pensé—. Cada uno de esos muchachos sabrá adelantárseme para ofrecer una foto de calidad a Fuerstenheim. Tengo que hacer algo mejor.»

Impulsado por una inspiración repentina me dirigí a la casa de Thomas Knorr, un palacio situado en la Brien-nerstrasse, amueblado con el más fino gusto. Era uno de los centros reconocidos de la vida cultural en esa ciudad bávara. Un ser rebosante de dignidad y de superioridad inaccesible, me recibió.

—Es preciso que hable al señor Knorr —lancé— y con toda urgencia.

—¿Para qué? —interrogó aquel noble ser.

Me jugué el todo por el todo:

—Mencione usted solamente estas palabras: *La Bo-héme* —- respondí con una indiferencia fingida. *(La Bohéme* era la ópera con la que Caruso iba a inaugurar su actuación en Munich.)

El criado desapareció silenciosamente para volver poco después:

—El señor Knorr le ruega que pase.

Al enfrentarme con el propietario del mayor diario de Baviera, hice acopio desesperadamente de valentía, recurriendo a todas mis reservas de sangre fría, de audacia, de impertinencia.

—¿Cómo sabe usted que Caruso va a venir aquí? —me preguntó Knorr con gran interés.

—No estoy autorizado a revelarlo —respondí con una sonrisa cohibida pero significativa—. Puedo, sin embargo, afirmarle que se me ha ordenado que le haga aquí una fotografía a Caruso.

No mentía yo del todo y, a decir verdad, lo único que importaba era el resultado.

El amable señor Knorr, que me comprendía a medias, replicó:

— ¡Ah, ya comprendo! Ha recibido usted esa orden del propio Caruso.

Hubo, por mi parte, como respuesta una mímica expresiva con la que pretendía significar que el silencio es oro; y el señor Knorr, tomando mi silencio por asentimiento, se mostró encantado de que Caruso quisiera ser retratado en el establecimiento Knorr y al lado de su anfitrión. La cosa salía perfecta; pero, francamente, yo sudaba tinta,

Al fin llegó Caruso, acompañado ¿de quién? De su empresario. Me dirigí al señor Ledner para saludarle efusivamente como a un antiguo amigo. Hay que reconocer que pareció algo sorprendido, sin duda, de verme allí, pero sobre todo de que hubiera yo abusado del truco del «antiguo amigo». Por su lado, Caruso pareció admitir que yo había sido contratado en aquella ocasión por el señor Knorr. Todo se presentaba muy bien. Los dos hombres posaron, hice varias fotos y, os lo juro, sin prolongar las despedidas, abandoné la casa Knorr. Me sentía sumamente excitado al revelar los clisés: para mi satisfacción los encontré excelentes.

Fuerstenheim estaba rebosante de contento cuando coloqué con una calma bien simulada las fotos de Caruso sobre mi mesa. Aquel reportaje iba a crearme un nombre. Como era natural, envié las pruebas a la aprobación de Caruso, al Hotel Atlantic, a Hamburgo. Al artista le agradaron hasta el punto de encargarme un buen número de copias que le remití a vuelta de correo, lastradas con una respetable factura.

En 1919, Caruso volvió a Munich. Y entonces me regaló una caricatura con su autógrafo, no en pago de su factura que había hecho efectiva hacía mucho tiempo, sino como detalle amistoso.

Como todos los fotógrafos de Prensa, tuve mi foto sensacional. Lo cual se debe muchas veces menos al talento que al azar. Puede ocurrir incluso que el pie que acompaña una foto determine su éxito. En la época del célebre asunto de Zabern, la foto totalmente inofensiva que había yo hecho al Kaiser Guillermo II causó una gran efervescencia suscitada por el pie con que la reprodujeron mis compañeros de Prensa.

Al comienzo de 1913, ciertos incidentes ocurridos en la pequeña villa de Zabern iban a tener una repercusión internacional. Un teniente de la Escuela de Instrucción Militar, mozo sin experiencia, declaró que existía un infierno de «Wobbers» en Zabern y sus alrededores. Debo advertir que «Wobbers» es un insulto local muy virulento, con el que se pretende designar a los elementos más indignos de la población fronteriza de Alsacia.

Como es de suponer, la gente se indignó. La Prensa echó leña al fuego, y las relaciones entre paisanos y militares llegaron a ser muy tensas. Sucedió que unos cuantos muchachos lanzaron una oleada de injurias a un oficial en plena calle. El incidente, insignificante en sí, provocó unas

represalias militares que produjeron una gran conmoción en todo el Reich. Fueron movilizadas tropas y colocadas ametralladoras; y unos redobles de tambor ordenaron a los habitantes que evacuasen calles y plazas, pues de no ser así, abrirían fuego contra ellos.

El lunes 1.° de diciembre, el canciller del Reich, Von Bethmann-Hollweg y el ministro de la Guerra, Von Falkenhayn, dieron cuenta de los sucesos al Kaiser, que residía por entonces en Donaueschingen. Hallábame precisamente en esta ciudad como corresponsal del diario *Die Woche* para hacer algunas fotos artísticas del Kaiser, invitado por el príncipe Egon de Furstenberg.

La conferencia sobre el asunto de Zabern que el Kaiser celebraba con sus ministros debía ser mantenida en la más absoluta reserva dentro del completo aislamiento del parque del castillo de Donaueschingen. Con el consentimiento tácito del Príncipe, pero sólo a condición de que nadie me viese, fui autorizado a deslizarme en el parque y a permanecer allí detrás de un árbol, esperando la llegada del Kaiser.

Su Majestad apareció al fin. Iba acompañado de Von Bethmann-Hollweg. Hubo primero una animada charla entre el Kaiser y sus ministros, mientras el general Deimling, comandante de la Plaza, y algunos otros oficiales se mantenían a una respetuosa distancia. En el mismo instante en que el Kaiser se separaba del canciller para volverse hacia uno de los oficiales del grupo, le fotografié de tal manera que aparecía solo, es decir, suprimiendo a los oficiales. Al día siguiente, al revelar las fotos destinadas a la Prensa, descubrí aquel clisé, que, a mi juicio, podía prestarse a confusión. Lo coloqué aparte.

Mas he aquí que a los pocos días, al echar casualmente un vistazo a la *Illustration,* la más famosa de las revistas francesas, tuve un sobresalto de asombro. Allí, ante mis ojos, que no podían creerlo, aparecía la foto que había yo apartado, realzada con el siguiente pie:

El Kaiser se despide bruscamente del canciller después de unas divergencias de criterio sobre el asunto de Zdbern.

Averigüé después que la *Illustration* había comprado la foto a uno de mis ayudantes, abusando éste de mi confianza. El diario había inventado aquel comentario tendencioso.

Hitler, a quien conté más adelante este incidente, no lo olvidó nunca. Cuando subió al Poder, dio instrucciones al Ministerio de Propaganda para que se estableciese una censura severísima cada vez que se celebrase una conferencia de alguna importancia. Por mi parte, jamás tuve que someterme a esa censura oficial. Me bastaba con mostrar mis fotos a Hitler directamente; y me las devolvían provistas de esta coletilla: «Autorizada su publicación. Oficina del Estado Mayor Particular del Führer».

Pero no hemos llegado todavía a eso.

Por el momento mis asuntos siguieron prosperando. Mi mujer y yo nos sentíamos felices con los lazos que nos unían y consagrados a aquel trabajo que compartíamos íntimamente. Una monarquía ofrece, indudablemente, grandes oportunidades al fotógrafo de Prensa. Sin embargo, a mí me apasionaban más las artes que la política, hasta el punto de que en una ocasión o en otra, todas las celebridades del teatro o de la música (Bruno Walther, el director de orquesta, y Ricardo Strauss, entre otros muchos) posaron ante mi cámara.

El 3 de febrero de 1912 nació nuestra hijita Enriqueta, y nuestra vida continuó en una feliz ignorancia, un tanto beatífica gracias a Dios, de los años de trastornos, de desastres inexorables y sangrientos que nos acechaban.

Para mí, como para millones de seres en el mundo, la bomba de Sarajevo iba a barrer mi vida privada como un fuelle de herrería. El entusiasmo suscitado por la guerra se convirtió inmediatamente en un delirio: los reporteros gráficos no tuvieron ya descanso.

El 17 de agosto de 1914 recibí este telegrama: «Confirmado nombramiento fotógrafo de guerra. Stop. Preséntese informes sección 22 Metz. Stop. Genstaff».

Mi carrera de corresponsal, que debía resultar apasionante, fué todo lo contrario en la realidad. La censura era tan severa que, como el soldado veterano, nosotros no debíamos oír, ni ver, ni saber nada. Hice fotos desesperantes de interés local y de «pintoresquismo»: nuestro Fritz gozando de un reposo bien merecido en las líneas de retaguardia; un soldado solitario, en pie, apoyado sobre su fusil, en una llanura sin fin. Y el pie: «Steh'ich ñnst'rer Mitternacht so einsam auf der stillen». («Estoy

en la noche sombría y vigilo solitario».)

Durante algún tiempo trabajé en la sección fotográfica de las fuerzas aéreas, donde, en fin, mis conocimientos técnicos me sirvieron de ayuda. Única foto histórica de aquella época fué la hecha, no en el frente, sino en Munich, a Roger Casement, a punto de marchar a Irlanda, donde, con el apoyo alemán, iba a fomentar la rebelión. Cuatro semanas después, Casement fué capturado: y poco después ya no formaba parte del mundo de los vivos.

La crisis alemana, los motines de 1918, el levantamiento y la caída del gobierno comunista bávaro, todo ello ha sido objeto de estudios detallados firmados por historiadores competentes. Yo me limito a examinar esta evolución del mundo desde el punto de vista de mis pequeños asuntos privados.

Durante aquel período volcánico estaba yo completamente ocupado con mi máquina. *Un año de revolución en Baviera* (colección de documentos fotográficos) obtuvo un éxito inmenso. En 1920, Munich se convirtió en una encrucijada política. Un día en que presenciaba un mitin en el Tattersal en la Turkenstrasse, reconocí a un orador entre los otros: era Adolfo Hitler. No me pareció útil gastar una placa en él: profería con una voz ya dictatorial los lugares comunes que todos los políticos habían utilizado. Para ser completamente veraz debo confesar, sin embargo, que no presté gran atención a sus palabras: era yo fotógrafo de Prensa y no reportero.

Las fotos que hice aquel día y que venían a coronar el éxito de mi libro me produjeron mucho dinero. Sin querer alabar mi valentía, lo cierto es que pocos fotógrafos hubieran tenido la osadía de permanecer entre los manifestantes, a menudo entre una lluvia de balas, manejando la cámara. Estas circunstancias especiales se repitieron con frecuencia; mi valentía profesional me aseguraba la única exclusividad digna de este nombre que me hacía yo pagar. Pero sucedió que aquella prosperidad se vino abajo en una sola noche con la crisis de la economía política alemana y la inflación que ésta ocasionó. Sin embargo, mis fotos distribuidas en el mundo entero y pagadas en moneda extranjera me permitieron mantener a flote mi cabeza. Pero la inflación crecía como un desbordamiento y, lo quisiera o no, mi cartera se vació. Tuve que vender mi estudio en 70.000 marcos; y creí entonces haber hecho un buen negocio. Los acontecimientos se precipitaban: cuando me fué abonada la primera mitad, todo cuanto pude obtener a cambio de esa suma fué un aparato de ocasión; y por la segunda mitad conseguí ¡media docena de huevos!

Abrumado casi de desesperación, busqué el modo de superarla. Logré atraer a dos adeptos entusiastas para constituir una sociedad cinematográfica e iniciamos el trabajo. Con unos actores famosos en Munich, compusimos un guión imitado de los humorísticos americanos. ¿Su asunto? Un peluquero descubre un producto contra la calvicie de una potencia extraordinaria. En un abrir y cerrar de ojos crecen unas melenas románticas en los cráneos de los calvos y los adolescentes se transforman en Barbarro-jas. Pero he aquí que uno de los aprendices, brujo sin saberlo, utilizando a tontas y a locas la loción, provoca unas consecuencias más grotescas que aterradoras.

Este mi primer film fué el último. Ni mis socios ni yo debíamos hacer fortuna con aquella industria. ¡Y no fue poca suerte la mía escapando de aquello con sólo un ojo a la funerala!

Tuve que esperar veinte años para que aquella película consiguiera alguna notoriedad. Iba a alterar las buenas relaciones que mantenía yo por entonces con Goebbels.

Había contado a Hitler mi experiencia de magnate del cine y él, interesado y sorprendido, insistió en ver el film. Desempolvé gustoso la cinta y la pasé en la Cancillería. Hitler, Goebbels y yo estábamos sentados en primera fila. Desde las primeras secuencias, al aparecer el peluquero, Hitler se volvió hacia Goebbels con un leve movimiento de cabeza aprobatorio. Pero al seguir proyectándose el film experimenté un sobresalto. ¿Cómo había yo podido, Dios mío, olvidarme de aquello? Con la cabeza entre las manos hubiera querido ser ciego, lo cual no me hubiese impedido oír a Goebbels que me lanzó con violencia en el momento mismo en que se levantaba para salir de la sala:

— ¡Muy mal... de muy mal gusto por su parte, Hoffmann!

Habíame olvidado por completo de que el peluquero de mi película tenía un pie contrahecho y Goebbels era atrozmente susceptible con respecto al suyo. Domkapi-tular Cansen, decano hoy de Aachen, fué internado en Dachau por haber declarado en su cátedra:

—Rumor y propaganda van renqueando juntos por el país.

Terminada la proyección, Hitler me preguntó si sabía por qué habíase marchado Goebbels. Le expliqué el motivo.

—No, no, Hoffmann — replicó —; el doctor es hombre de un espíritu más amplio.

¡Hitler tenía ingenuidades de éstas!

Días después, la industria del cine recibía una orden de Goebbels: los films no debían presentar nunca una deformidad física.

* * *

—No puedo indicarle todavía la fecha de la autorización para fotografiarme; pero eso se hará, se lo prometo, señor Hoffmann, y usted tomará las primeras fotos.

Quien así hablaba era el propio Adolfo Hitler. Con el corazón conmovido estreché la mano que me tendía.

Estábamos en 1923. Esas palabras, que forman parte de mi pequeña historia, constituyen los cimientos de una carrera que construí durante más de veinte años: la de fotógrafo libre. En efecto, libre de toda función oficial, aunque perteneciendo al círculo íntimo que le rodeaba. Esas palabras señalan también el final de un episodio que había empezado para mí con este telegrama: «Envíe inmediatamente fotos Adolfo Hitler. Oferta, cien dólares». Expedido por una famosa Agencia fotográfica americana, ese mensaje me llegó estando en Munich, el 30 de octubre de 1922. El precio me pareció excesivo. Por una foto de Ebert, presidente de la República, el precio corriente estaba fijado en cinco dólares; y los precios por personajes análogos eran semejantes: y he aquí que por las de Hitler, relativamente desconocido, aquellos americanos me ofrecían veinte veces más. ¡Qué locos!

Comuniqué mi asombro a Dietrich Eckart, redactor-jefe del *Voelkischer Beobachter,* uno de mis amigos que se hallaba conmigo. Eckart era también íntimo de Hitler, uno de los que sostenían financieramente el movimiento político con los porcentajes obtenidos de su traducción de *Peer Gynt* y los derechos de autor dramático que recibía de Suiza.

¡Cien dólares! Un negocio que no se podía dejar escapar. «Eckart es un compañero», me dije. «Va a ponerme en relación con Hitler.» Había yo pensado en voz alta. Eckart se apresuró a desengañarme. Me explicó suavemente, con un énfasis refrenado:

—Si una agencia desea alguna foto de Hitler, habrá de pagar, no cien, ni mil, sino, se lo aseguro, treinta mil dólares.

¿También Eckart se había vuelto loco? Intenté explicarle que Hitler era una especie de patrimonio público, que ningún fotógrafo tenía exclusividad alguna sobre él, que toda cámara, con tal de hallarse en su camino, tenía derecho a captar sus actos y gestos sin pagar un céntimo.

—Entonces — añadí —, ¿ quién es el imbécil que por ese placer gratuito iba a ofrecer pagar treinta mil dólares?

Me exalté, argumenté: había yo hecho fotos de emperadores, de reyes y de celebridades del mundo entero. Y no me habían pedido un solo «pfenning» por ello. Al contrario, era a mí a quien pagaron, incluso Caruso, al que no le había enviado nunca una factura ningún fotógrafo del mundo. ¿Y quién iba a hacerme admitir que Caruso era un personaje mínimo comparado con Hitler?

Pero Eckart no cejaba. Hitler, según él, tenía sus razones para negarse a ser fotografiado; era ésta una de sus actitudes en la partida de ajedrez político que jugaba. Todo el mundo oía hablar de él, todo el mundo estaba al corriente de su ascensión política y nadie había visto nunca su imagen. La gente se sentía curiosa, intrigada hasta el frenesí. A esto se debía el que se precipitase a sus mítines políticos. Cuando salía de ellos, la curiosidad era substituida por una convicción; y aquellas gentes se convertían en miembros del Partido.

—Hitler — seguía él diciendo — tenía el poder de dar a cada uno la impresión de serle indispensable.

Y mi buen Eckart, entregándose a su manía favorita, hacía girar su «disco» Hitler. Y clamaba:

—Pretende usted que no hay nadie lo suficientemente loco para ofrecer treinta mil dólares por una foto de Hitler. Pues yo le digo que él ha rechazado ya una oferta de veinte mil.

No lograba yo comprender cómo un hombre, fuera el que fuese, no había brincado de entusiasmo ante semejante proposición. Pero por lo visto (según Eckart) yo no entendía a Hitler. Aquellos treinta mil dólares valederos por una foto que sería una rareza gráfica le permitirían extender el grupo en formación que era responsable del orden durante sus reuniones políticas; treinta mil dólares, después de todo, no eran un precio exorbitante por una foto en exclusiva que podía ser distribuida en el mundo entero.

Eckart estableció una especie de colaboración con el semanario de Munich *Simplissimus,* bastante mal dispuesto con respecto a Hitler, pero que hacía un servicio apreciable a su propaganda. Con el pie de «¿A quién se parece Hitler?», aquel periódico publicó una serie de caricaturas que pretendían responder a la pregunta.

Todo esto me daba mucho qué pensar. Si podía yo «cazar» a Hitler, como decimos en nuestro *argot* profesional, nadie vendría a disputarme los famosos veinte mil dólares. Pues bien, nada era para mí imposible. Penetró una decisión en mi gruesa testa bávara ¡tan dura como el cráneo austríaco del señor Hitler! Eckart me prometió guardar silencio sobre mi proyecto de «atentado fotográfico».

—Aunque Hitler — añadió — conocía todos los trucos del oficio.

* * *

Ahora bien, mi estudio del número 50 de Schelling-strasse estaba precisamente enfrente de la imprenta Mueller: allí era donde se tiraba el diario de Hitler *Voelskischer Beobachter.* Hitler iba allí a hacer sus visitas de inspección en su viejo auto verde, y yo empecé a vigilar: la fiebre del cazador me atenazaba.

Después de una semana de inacción, descubrí una buena mañana el famoso coche parado ante la oficina del editor. ¿Estaba allí Hitler? Para comprobarlo entré tranquilamente en las oficinas del diario con el pretexto de saber si mi amigo Eckart estaba en ellas.

Y, en la sala de redacción, a quien vi no fué a Eckart, sino al propio Hitler escribiendo ante una mesa. Le hubiera reconocido ante cien, sólo por su bigotito característico, su impermeable, su corbata-talismán, colocada sobre la mesa junto a él. Se volvió hacia mí; aproveché la ocasión:

—¿Sabe usted si está aquí Eckart? —le pregunté.

—No —contestó Hitler —; yo también lo estoy esperando.

Le di las gracias, asegurándole que volvería más tarde. Y, una vez cerrada la puerta, corrí hacia mi estudio para coger mi máquina, una gran 13/18 «Nettel». Hagamos memoria: esto se sitúa «antes del diluvio», es decir antes de la época de las máquinas portátiles, que son la comodidad y la seguridad de los actuales fotógrafos de Prensa.

De vuelta en la calle, tenía yo los ojos clavados en el auto verde. No era muy bonito, que digamos, aquel coche. Una vieja caja silenciosa sólo cuando estaba parada y que dejaba escapar por el asiento posterior los restos de crin con que había sido tapizada. Un carro se colocó detrás del «cacharro», que el caballo, hambriento, tomó por un seto engullendo un enorme bocado de relleno. Pero, asqueado por el polvo, estornudó, tosió, resopló y acabó por arrojar la crin que le había engañado. Entretanto, el chófer, con un aburrimiento sombrío, desconocedor del drama, contemplaba el paso del tiempo. Mi objeto era entrar en conversación con él. Grité sin miedo a las represalias:

— ¡Eh, buen hombre! ¿No ve usted que ese penco se está almorzando el asiento trasero?

El chófer se volvió para vomitar una sarta de insultos en el mejor bávaro (es decir, en el peor), dirigidos al dueño del caballo. Pero él y yo, éramos ya unos camaradas.

Pasaron, unas tras otras, las horas. Siempre y sin cesar examinaba yo mi máquina, la ponía a punto por centésima vez: así distraía la espera. Estar esperando ha acabado siempre con mi buen humor: y, sin embargo, eso forma parte de mi oficio.

¡Por fin!

Por fin salió Hitler, acompañado de tres personas. Había llegado el momento de entrar en acción. El segundo del destino: el disparador funcionó. ¡Ya le tenía en mi cámara! Sí, pero un instante después mis puños fueron asidos por unas manos sin la menor suavidad. ¡Los tres hombres

de la escolta se habían abalanzado sobre mí! Uno de ellos me agarró por el cuello y se entabló una lucha furiosa entre ellos y yo. Hubiera escogido la muerte antes que abandonar mi máquina. Sin embargo, la lucha resultaba demasiado desigual. Impotente, mientras uno de aquellos hombres me sostenía, vi cómo los otros dos se apoderaban de la placa y la exponían a la luz. ¡Se habían derretido mis treinta mil dólares! Aullé que era aquello un atentado injustificable a la libertad individual... hallándome en el ejercicio legal de mi profesión...

La cólera amontonaba las palabras en mi boca, mientras que, sin contestar una palabra, los tres hombres volvieron hasta el coche, que se adelantaba lentamente. Hitler ya estaba sentado dentro cuando subieron, colocándose a su alrededor.

Permanecí pues, allí, con la corbata torcida, la máquina averiada y obteniendo como único pago una sonrisa de Adolfo Hitler.

Después de aquel fracaso indescriptible, fui víctima de una obsesión: tenía que lograr una foto de Hitler. Pasaron unos meses.

Un día tendí un lazo a mi amigo Hermann Esser, miembro del círculo de Hitler, que me había anunciado su casamiento. Estaba obligado a hacerle un regalo.

—Pero — dije, después de un momento de reflexión —, mejor que regalarle a usted un tercer juego de cubiertos o una quinta fuente de postre, permítame que organice su «lunch» de boda. Daré una fiesta tan bonita en mi casa de Schnorrstrasse que el propio Lúculo se sentiría complacido.

Mi idea le encantó. Me dijo entonces que Drexler, fundador del Partido Obrero Alemán, del que debía salir más adelante el N. S. D. A. P., y Hitler en persona habían prometido ser testigos de su boda.

¡Hitler! ¡Adolfo Hitler! ¡Entonces o nunca! Iba a realizar aquella hazaña en mi propia casa, del modo más fácil del mundo. Hitler — me lo había dicho Eckart — era muy aficionado en aquella época a los pastelillos y a los dulces.

Encargué una gigantesca tarta de boda en casa de un amigo mío, apasionado hitleriano, que me prometió confeccionar una obra maestra. Guiñándome un ojo, aquel maestro en su profesión me anunció también una sorpresa.

Cuando Hitler llegó me reconoció inmediatamente entre los otros invitados.

—Me abochorna lo que sucedió —me dijo—. Le trataron a usted con demasiada dureza. Espero poder darle hoy explicaciones sobre ese incidente.

Por diplomacia tomé el asunto a broma y le aseguré a Hitler que en mi profesión había que afrontar aquella clase de aventuras.

Ahora era él quien pareció agradecido de no guardarle rencor.

—Señor Hoffmann —declaró—, hubiera sentido mucho que ese mal recuerdo pudiera ensombrecer su buen humor, echando a perder un poco esta velada.

Sirvieron el *lunch.* Aunque Hitler no bebía nunca alcohol, sabía ponerse a tono con la alegría de la reunión y mostrarse como un conversador atractivo e ingenioso. Sin embargo, cuando Esser le pidió que hablase, se negó:

—Ante una multitud, lo haría. Pero, en un círculo íntimo, es imposible. Ya sea en una boda o en un entierro, no valgo nada, y les defraudaría.

Después de la comida sirvieron el café con la tarta de boda, un monumento de cerca de un metro de altura; y en el centro de ella la famosa sorpresa: un Adolfo Hitler de bizcocho recubierto de almíbar rosado. Estaba yo inquieto : ¿ cuál sería la reacción de Hitler ante aquel homenaje almibarado?

Él clavaba una mirada sin expresión en la figurilla, en la cual sólo el bigotito de caramelo ponía un rasgo de parecido con el original. Hice cuanto pude por disculpar al pastelero:

—Su intención había sido buena —dije—, lo cual merece siempre disculpa.

Por último, Hitler tomó el partido de echarse a reír, mientras Esser me musitaba al oído:

—No podemos, sin embargo, desprender la figura y comérnosla ante sus propios ojos.

Zanjé aquel dilema:

—Sírvanse ustedes — exclamé alegremente, con un amplio gesto hacia la tarta, al lado de la cual había un gran cuchillo de plata.

Cada invitado cortó delicadamente un trocito de tarta, procurando con todo cuidado no tocar la figura.

...Pero, al día siguiente, Heini, mi pequeño, con un aplomo carente de escrúpulos, se zampó los restos de la tarta, con figura y todo.



Ilustración 3. Una manifestación patriótica al comenzar la Guerra de 1914. En el recuadro: Ampliación de Hitler, participante en dicha demostración.



Ilustración 4. Matrimonio de los herederos del Trono de Baviera. En primer término se halla Monseñor Pacelli, entonces Nuncio, y hoy Papa Pío XII.



Ilustración 5. Hitler saluda a la Gran Duquesa Olga Cirila durante un acto de propaganda electoral, en 1923.

Todo se repite en la vida. Veintidós años después, otra tarta con una figurilla representando a Hitler fué colocada sobre la mesa del general Eisenhover y de sus invitados. Hay que reconocer que las circunstancias eran bastante diferentes. La ofrenda almibarada de un pastelero en 1923 era un sencillo homenaje al vencedor, mientras que en 1945 se repartían sus restos. Allí también se zamparon la tarta sin escrúpulos.

¡De gustibus non est disputandum!

El momento del café me pareció propicio. Entablé conversación con Hitler y le llevé solapadamente hacia el retiro de mi gabinete. Puse ante sus ojos mis medallas y diplomas, que coleccionaba escrupulosamente; medalla de oro del Progreso en el Arte de la Fotografía, concedida por la Asociación Fotográfica de Alemania del Sur; medalla de oro del Rey Gustavo de Suecia; gran medalla de plata de Bugra; medalla de Leipzig y otras más.

—Estaba decidido a ser pintor, e incluso fui alumno de la Academia del profesor Heinrich Knirr. Desgraciadamente, mi padre no consideraba el arte como una profesión. Tenía además un «slogan»: «Más vale ser un buen fotógrafo que un mal artista».

—A mí también me fué negada la carrera de pintor — me dijo Hitler con una sonrisa triste.

Discutimos un momento y, como Hitler parecía cada vez más encantado, tuve el valor de dar otro giro a la conversación:

—Eckart me ha explicado no hace mucho las razones de la timidez de usted ante el objetivo. Hasta cierto punto, se comprende. Pero, ¿puede rechazarse una oferta de veinte mil dólares?

—En principio —me lanzó él con énfasis— no acepto ninguna oferta. Soy yo quien formulo las peticiones. Y estas peticiones están meditadas, fíjese usted bien. El mundo es muy grande, no lo olvide. De modo que si piensa usted en el provecho que representa para un diario la exclusiva de una foto que podrá aparecer en miles de periódicos del mundo entero, comprenderá que esos treinta mil dólares son tan sólo una gota de agua en el mar. Quien acepta una oferta modesta pierde la cara, como dicen los chinos y no gana nada.

Su tono era desdeñoso.

—Vea usted esos políticos — dijo —. Viven en un estado de compromiso perpetuo. ¿Y qué les espera? Un triste fin. Escúcheme bien; ya verá cómo me impongo a todos esos malos actores que se mueven en la escena política.

Y al decirlo, la voz de Hitler crecía. Se le habría creído en un estrado, dominando a la multitud. Los invitados a la boda, en un salón contiguo, interrumpieron sus conversaciones y prestaron atención. Hitler y yo, alzando la voz, parecíamos disputar. Confieso que aquellas voces se hacían de pronto azarantes para mí. Hitler notó mi turbación, dejó de gritar y prosiguió con mucha calma:

—Cuándo voy a permitir dejarme fotografiar, es cosa que no puedo decirle. Pero lo que le prometo, señor Hoff-mann, es que será usted el primero en saberlo.

Y me tendió la mano.

En aquel momento, mi ayudante entró y me entregó un negativo. Sí, había yo instalado mi máquina y, por sorpresa, la foto de Hitler estaba hecha. Expliqué todo esto, dije que había dado orden de revelar el clisé inmediatamente. Hitler contempló, primero la prueba y, luego, a mí. Tenía un aire burlón. Levanté la placa hacia la luz:

—El negativo es bueno, véalo usted mismo —le propuse.

—Poca exposición —declaró Hitler.

Yo me mantenía.

—La suficiente para una tirada perfecta.

Y repetí:

—¡Este negativo sería suficiente! —rompiendo el clisé contra la mesa.

Hitler se sorprendió. Yo expuse mis argumentos.

—Un trato es un trato. No le fotografiaré hasta el día en que me lo pida.

Diecisiete años después, en el Kremlin, hubo una segunda parte de este asunto con José Stalin. Estamos en 1939, con ocasión de la firma del Pacto de no agresión. ¿Estamos? No, no, ya llegaremos a eso.

—Señor Hoffmann, le quiero de verdad. ¿Puedo venir a verle a menudo?

La voz de Hitler expresaba una absoluta sinceridad. Respondí de todo corazón, sin la menor segunda intención comercial, que me congratularía mucho recibir su visita.

Aquel mismo día, los recién casados, Hitler, mi primera mujer y yo, fuimos juntos a Obersalzberg. Hitler nos había invitado a pasar unos días en la Platerhof mientras él permanecía en Wechenfeld (el Berghof del mañana), un agradable hotelito de estilo campestre que había él alquilado a dos señoras de Hamburgo. El Platerhof era por entonces un hotel que llevaba el nombre de Judith Plater; fué el escenario de la novela mundialmente conocida de Ricardo Voss, *Zwei Manschen.*

Hitler cumplió su palabra y fué un asiduo de mi casa.

CAPÍTULO II. FOTÓGRAFO DE LOS ROSTROS DEL MUNDO

Afiliado al Partido en abril de 1920, tenía yo la tarjeta de miembro núm. 427. Los anteriores episodios me habían puesto en contacto personal con Hitler.: base de una amistad que iba a llegar a ser profunda y a mantenerse durante los veinticinco años siguientes de trastornos.

Mi mujer y yo nos dimos en seguida cuenta del poder magnético de aquel hombre; pero mientras que a mí me atraían su actitud modesta, su felicidad que (en apariencia) provenía de los goces sencillos y su afición a las artes, mi mujer seguía las directrices de sus teorías políticas. Ella y no yo iba a convertirse en una de las entusiastas del Partido y a seguirlo siendo hasta su muerte.

Hitler se complacía en la atmósfera artística que creaba yo a su alrededor. Después de todo, desde mi punto de vista de aquella época, su vida de político debía compensar malamente su gran ambición fallida que había cifrado en llegar a ser un artista. Yo lo era, o cuando menos creía serlo. Y mientras él me envidiaba, se convencía a sí mismo de que tenía una misión que cumplir y que sus planes políticos, suponiendo que pudiera realizarlos, salvarían su país. Para ello, ningún sacrificio era demasiado grande. A eso sacrificó el artista que había en él; su honor quedaba a salvo.

Y salía de la lucha política para entrar en el oasis de mi casa, para divertirse en compañía de un hombre cuya vida modesta pretendía él envidiar. Mostraba, pues, un vivo placer cada vez que entraba en nuestra acogedora casa, y se detenía para admirar mi colección de cuadros (varios de los cuales eran regalos de amigos artistas). Aquel ambiente, aquella despreocupación bohemia le encantaban.

Más adelante, cuando llegó al poder, fui capaz de asombrarle por mi despego con respecto a la política. Me negué siempre a tener un estudio bajo los auspicios del Partido, mantuve el lazo personal de nuestra amistad, a cambio de lo cual me entregó él su confianza de hombre: y me hablaba de todo, con franqueza, libremente, es decir de todo lo que podía admitir desde el punto de vista de mi limitada inteligencia.

A petición suya expresa seguí llamándole «señor Hitler» y jamás «Herr Reichkanzler» y no fué nunca para mí el «Mein Führer» como llegó a serlo para Alemania entera.

No, era yo simplemente y seguí siéndolo, un fotógrafo de Prensa y podía vender mis fotos a cualquier diario de izquierda, de derecha o del centro. Después de 1933, mi obra apareció exclusivamente en los diarios nazis: esto se explica porque el Partido se había encargado de la censura de la Prensa nacional y todos los periódicos eran de hecho nazis.

Era él de una exigencia absoluta: los que formaban parte de su círculo íntimo debían sacrificarle casi su vida privada. Para nosotros, no podía ya haber vida de familia, e íbamos a remolque suyo en avión, en el tren, en los hoteles, por todas partes; bajo nuestro propio techo, por decirlo así, no vivíamos ya.

Hitler se había forjado una armadura de celos: seductor con las mujeres, cortés e incluso efusivo cuando ellas le acompañaban, exigía, sin embargo, ser el primero en nuestro afecto. Él, primero la familia, después, o incluso, suprimida.

Durante aquellos primeros años de nuestra amistad con Hitler, mi mujer, aun siendo una apasionada de su política, vislumbraba ya la dislocación de nuestra vida familiar. Y esto le hacía daño. Nuestra hija, salía de la escuela materna, nuestro pequeño Heinrich, nacido en 1916, llegaba a esa edad en que la camaradería de un padre desempeña un papel decisivo sobre la evolución del carácter de su hijo. De haber sido yo también un fanático de la causa, mi mujer hubiese admitido mi abandono parcial de la familia. Pero que el simple insignificante fotógrafo que era yo consintiese en destrozar nuestra felicidad y su propia carrera para satisfacer el capricho de un camarada exclusivista, ella lo rechazaba.

Tenía razón, era yo el equivocado, pues sabía todo eso y, sin embargo, me sentía inexorablemente atraído hacia él: mi amistad parecía indispensable para su equilibrio, porque representaba para él una evasión.

Habíamos congregado a nuestro alrededor un grupo de pintores, de músicos, de escritores, de

actores: un círculo, en suma, muy ecléctico entre cuanto había de más artista en Munich. Un medio muy diferente del que rodeaba a Hitler. No hay que olvidarlo: la mayoría de los hombres de quienes él hizo altos funcionarios eran de origen modesto, oscuro, elegidos menos por su capacidad, por su inteligencia o por sus dotes que por su adhesión al Führer y a su causa. Muchos de ellos estaban ya casados antes de haber sido descubiertos por Hitler; eran unos «self-made men» y sus mujeres se resentían de ello: venidas de sus provincias, poco desbastadas, hacían mal papel cuando se las trasladaba de golpe a un medio artificial. Los maridos sentíanse avergonzados, preferían dejarlas en sus casas, tanto más cuanto que conocían ellos a mujeres más jóvenes, más elegantes, más listas que sus antiguas «mujeres-fardos». Aquello llegó a ser una regla general: calificábase corrientemente el círculo que rodeaba a Hitler de «antecámara del divorcio».

En 1923, Hitler se volvió muy activo. El número de sus adheridos aumentaba a diario, el Movimiento adquiría importancia y él empezaba a ser temido.

El 27 de enero de 1923, centenares de S. A. desfilaron por el Mars Feld para que Hitler les hiciera entrega de cuatro estandartes. Aquellos cuatro estandartes, Hitler, el artista, los había diseñado con su propia mano. Después del desfile, las columnas cruzaron la ciudad. No fueron ni aplaudidas ni aclamadas: la gente de la calle miraba de soslayo, e incluso con un terror sordo, a aquellos hombres totalmente entregados a Hitler, un desconocido.

El 1.° de mayo de ese mismo año, la situación en Munich era crítica. Los afiliados del S. P. D. (Partido Socialista Alemán) y del K. P. (Partido Comunista) se congregaron en la plaza Theresienwiese: pero en la plaza Oberwiesenfeld se hallaban los hombres de Hitler. Iban armados de fusiles. Y aquellos hombres habían llegado de toda Baviera, hasta el punto de que el Oberwiesenfeld parecía un amplio campamento en armas. Hitler pasaba de un grupo a otro, daba órdenes sin esperar nunca una respuesta.

En realidad esperaba que los rojos provocasen la violencia ; más aún, confiaba en ello. Entonces, con sus unidades de S. A. bien armadas, bien disciplinadas, estaría en disposición de prescindir del Gobierno y de apoderarse del poder.

Las cercanías de Oberwiesenfeld estaban custodiadas por S. S. Se los veía por todas partes, con sus fusiles y sus ametralladoras y se notaba que estaban prontos a entraren acción. Según Roehm, aquellas armas se habían obtenido de la Wermacht.

Sin embargo, no ocurrió nada: los rojos eludieron con gran cuidado toda clase de provocación.

Estaba yo en aquellos momentos con Hitler que llevaba un casco de acero cogido del barboquejo. Pensaba en los rojos y yo en el casco: si se lo hubiera puesto ¡qué magnífico clisé habría yo podido hacer! En aquella ocasión, por lo demás, y durante toda su vida, se negó a llevar un casco de acero.

Por último, las unidades S. A. y las de la Unión Oberland efectuaron algunas maniobras a las cuales se unieron las unidades del Reichsflagge: una gran duquesa asistía a aquello como espectadora.

En la tarde del 8 de noviembre, Hitler y yo estábamos sentados — solíamos hacerlo — en el saloncito de té de la Gaertnerplatz, en Munich. Descansaba él hablando conmigo de cosas insignificantes, cuando de pronto, como si aquella idea se apoderase de todo su ser, decidió que debía ir a ver a su amigo íntimo Esser, que estaba en la cama con un ataque de ictericia. Ya en casa de Esser, esperé abajo. Visita relámpago. Marchamos de nuevo hacia la Schellingstrasse, donde los S. A. tenían su cuartel general en la misma casa del *Voelkischer Beobachter.* Allí estaba Goering, comandante en jefe de los S. A. El abultado paquete que llevaba debajo del brazo (lo supe después) contenía un casco de acero, una svástica y una pistola. Una vez más atrajo a Goering a su lado; intenté captar sus palabras, pero lo que le murmuraba no llegó a mis oídos. Aquel misterio me molestaba; tenía, sin embargo, forzosamente que dejarlos. Antes de irme, pregunté a Hitler qué pensaba hacer aquella noche; pero me contestó que estaría *muy ocupado* con un *trabajo importantísimo.*

Fui al café Schelling-Salon, cerca de mi casa, donde me esperaba Dietrich Eckart y empezamos nuestra partida habitual de poker. Jugábamos: pero ni uno ni otro podíamos sospechar que en aquel preciso instante se iniciaban los preparativos del «putsch» del 1.° de noviembre. ¿El «putsch»? Ni siquiera los que iban a tomar parte en él sabían aún lo que se esperaba de ellos: y ya obedecían.

Había yo olvidado las confidencias de Hitler a Goering y, descansado, volvía hacia mi casa complacido. En el momento de entrar oí el timbre del teléfono. «¡Diga!» Reconocí la voz del pastelero, del especialista de aquella famosa tarta de boda con la efigie de Hitler. Curiosa comunicación.

—La Revolución Nacional —dijo el pastelero— ha sido proclamada desde el Buergerbraeukeller. Hitler y Luden-dorf han derrocado al gobierno Kahr. Se ha formado un nuevo gobierno con Kahr, Lossow y Seiser.

Repliqué:

—Vamos, vamos, eso es imposible: he estado con Hitler no hace aún dos horas.

El pastelero insistía:

—Se ha publicado un telegrama sobre eso en las *Muenschner Neueste Nachrichten:* los S. A. y la Unión Oberland han ocupado ya todos los edificios públicos.

Me sentía enloquecer y colgué; salí, me precipité a las calles que me parecieron extrañamente vacías, descontando las columnas de S. A. y las unidades de la Unión Oberland. Pero las oficinas del diario socialdemócrata *Muench-ner Post* estaban sitiadas por centenares y centenares de gentes y otras habían asaltado el interior y destrozaban de un modo salvaje las prensas y las máquinas.

Por primera vez se me aclaró el sentido de la conversación musitada entre Hitler y Goering. Sólo más adelante averigüé que Hitler había ido a ver a Esser para encargarle que organizase una reunión en el Loewenbraeukeller a manera de diversión, con objeto de ocultar lo que sucedía en el Buergerbraeukeller.

Cuando volví a casa, hacia medianoche, Esser me esperaba. No bien terminó su mitin en el Loewenbraeukeller se precipitó hacia el Buergerbraeukeller. Pero, ¡qué impresión experimentó!;

—Se acabó todo — gimió Esser —; el «pusch» ha fracasado: Hitler y Ludendorf han dejado marcharse a Kahr, Lossow y Seiser: y en cuanto los tres se han visto libres, han dado todos los pasos necesarios para informar a la población de que se habían unido a Hitler coaccionados. Unas alambradas de espinos han sido colocadas ya alrededor de los edificios del gobierno y la mayoría de las unidades de la Unión Oberland han sido cercadas en sus cuarteles por el ejército regular.

Esser no podía más, hubiera llorado.

La mañana del 9 de noviembre debía ser un día memorable ; salí temprano con mi máquina. La luz era lúgubre. Sobre la Torre de Rathaus ondeaba la bandera con la svástica. Espectáculo inaudito: abajo, los agitadores del Movimiento Nacional Socialista arengaban a una multitud entusiasta.

Llegué justamente a tiempo de presenciar cómo detenían a los consejeros socialistas y comunistas. Me daba cuenta de que vivía un momento histórico de mi profesión; mi provisión de placas se agotaba. Se había entablado una discusión en el Buergerbraeukeller para saber si una marcha sin armas por la ciudad se atraería las simpatías de la población. Por encima de mi cabeza oigo a alguien que cuenta eso y corro a mi casa para coger más placas. Pensaba estar de vuelta una hora después en Buergerbraeukeller. Pero cuando al regresar llegaba al Feldherrenhaller me contaron el trágico final de aquella marcha de la milicia. Debía ver con mis propios ojos la capa de serrín empapada en la sangre de las catorce víctimas, que se elevaba sobre la calzada. Pero era demasiado tarde: había perdido el instante de aquella foto por la cual Hitler y la historia me hubieran quedado agradecidos.

* * *

La sección Schwabing del movimiento de Hitler tenía el propósito de celebrar la Nochebuena en el café Bluete en la Bluetestrasse, con un cuadro vivo titulado «Adolfo Hitler encarcelado». Me confiaron la misión de encontrar un «doble» de Hitler. Tuve la suerte de topar en la Tuer-kenstrasse con un hombre que tenía un parecido impresionante con él. Le abordé, le puse al corriente y aceptó tomar parte en aquel cuadro vivo.

Aquella Nochebuena de 1923 el gran vestíbulo del café Bluete estaba lleno.

Un silencio respetuoso acogió la subida del telón: se descubrió, poco a poco en el escenario una celda carcelaria semialumbrada. Detrás del ventanillo con barrotes caían copos de nieve. Ante una

mísera mesa, de espaldas al público y con la cara entre las manos, estaba sentado un hombre.

Entonces un coro de voces viriles, invisible, entonó el *Stille nacht, heilige nacht.*

Con la última nota entró en la celda un angelito llevando un árbol de Navidad iluminado, que colocó sobre la mesa del hombre solitario. «Hitler» se volvió lentamente, poniéndose de frente al público. Podía uno engañarse en la penumbra; muchos creyeron que era él y se oyó un vago sollozo que ascendía de la multitud.

Una vez que bajó el telón, en plena luz y a mi alrededor vi a varios hombres avergonzados de sus lágrimas y a mujeres que escondían apresuradamente sus pañuelos. Aquella noche, el «doble» de Hitler se afilió al Partido. Se apellidaba Achenbach: un nombre que alcanzaría su celebridad, pues aquel genealogista debía más tarde organizar la oficina para la investigación de la raza aria.

*** * ***

El 26 de febrero de 1924. Hitler compareció ante el Tribunal de Justicia que funcionaba en la antigua Academia Militar de la Bluetenstrasse, en Munich. Una policía severa examinaba los pases de entrada. Todos los alrededores estaban tomados y cacheaban a todo el mundo. Las autoridades temían indudablemente una intentona de los seguidores de Hitler y no querían correr riesgos. Logré deslizarme en la sala. Me dijeron que no podía hacerse ninguna foto. La prohibición era terminante, pero me quedaba el recurso de la máquina secreta Stirnsehen (que fué inventada a principios de siglo y cuyo modelo puede verse en la sección fotográfica del *Museo Alemán).* Llevaba el equipo escondido debajo de la chaqueta y el objetivo asomaba por el ojal. Uno de mis clisés salió bien: era una hazaña.

La simpatía del público se puso toda de parte de Hitler oprimido. Debía ser condenado a seis años de prisión: esta pena relativamente leve calmó pasajeramente a la multitud sobreexcitada.

Tuve la suerte de obtener autorización para visitar a Hitler en la fortaleza de Landsberg. Al cabo de una serie interminable de formalidades, pude verme frente a él y llevarle un pesado cesto de frutas que él compartió con sus compañeros de reclusión. Por los laberintos y los corredores de la prisión me ayudaron a llevar mi fardo: Hitler era un hombre muy popular.

Desgraciadamente, tuve que dejar mi máquina en la sala de guardia, pues las fotos estaban prohibidas. Pero, naturalmente, me las había compuesto para esconder sobre mi cuerpo otro aparato e introducirlo de ocultis. Uno de los vigilantes a quien se lo había yo entregado subrepticiamente, era un aliado: él fué quien hizo por mí una foto antes de abandonar la celda, y luego me devolvió el aparato al salir de Landsberg.

En cuanto a mi conversación con Hitler fué breve y vigilada.

Después de su detención, el Partido se había dividido en dos grupos, cada uno de los cuales pretendía seguir la verdadera política de Hitler.

Le pregunté:

—Cuando salga usted, señor Hitler, ¿a qué grupo va a reconocer?

Y él me respondió con autoridad:

—Ni al uno ni al otro. Espero que cuando salga, todos se unirán a mí. Comprenderán que no puede haber más que un solo jefe. Si este hecho es esencial en el Partido, será doblemente esencial más adelante en el Estado.

Diez años después, siendo ya Hitler canciller del Reich, debía volver conmigo a Landsberg: fuimos juntos a hacer una peregrinación a su celda. Recordaba yo mi carrera por los laberintos, en aquel tiempo; hoy, todos, desde el director hasta el último de los vigilantes habían sido citados: Hitler les dio las gracias por las atenciones que con él tuvieron durante su época de cautiverio. La celda estaba igual, como un relicario; sobre la mesa, un ejemplar de *Mein Kampf* en el centro de una corona de laurel; y por todas partes flores a profusión.

Iba yo a tirar una foto. Hitler se colocó muy cerca de la ventana con barrotes; luego se volvió hacia mí con una mirada lejana.

—Bueno, Hoffmann, ahora tiene usted derecho a fotografiarme en mi celda —dijo— y sin restricciones. Aquí es —añadió— donde escribí *Mein Kampf,* pues ni los barrotes de las cárceles

pueden impedir que las ideas libres se abran paso en el espíritu y en el corazón del pueblo.

* * *

Unos días antes de la Navidad de 1924, Adolfo Mueller, el propietario de la editorial de Munich, vino a verme.

—¿Quiere usted acompañarme a una pequeña merienda en Landsberg? — me preguntó.

¿Una merienda? Pero en seguida comprendí: íbamos a visitar a Hitler. Para mayor seguridad cogí mi máquina, ¡fotógrafo ante todo!

Ante mi sorpresa, Mueller no llevó a su chófer: él mismo condujo su «Daimler-Benz». Durante el trayecto me confió su propósito: íbamos, realmente, a buscar a Hitler. Me contaba entre los pocos que sabían la fecha y la hora de su liberación.

Y, mientras, rodábamos hacia allí:

—Cuando Hitler vuelva, todo cambiará. Quisiera saber lo que va a decir entonces Ludendorf. No accederá a dejar de nuevo el mando.

Mueller, dicho sea entre paréntesis, era sordo: hacía sus confidencias a voz en cuello.

—Me pregunto en favor de quienes va a decidir Hitler — gritó, mientras conducía—. Se enfrentan dos grupos, el de la República por una Alemania más grande y el Bloque Popular.

Al primero se adherían Esser, Streicher, Dintner y Boulher; los jefes del segundo eran Rosenberg, Strasser y Buttmann.

No bien se hubo parado el «Daimler-Benz» ante la fortaleza de Landsberg, me apeé y preparé mi máquina. Un ruido chirriante: abrían las puertas; iba yo a ser el fotógrafo de aquel momento histórico. Pero al levantar la cabeza vi que el portero uniformado señalaba mi aparato: estaba prohibida toda foto. Discutí, argumenté, protesté ante aquel hombre que se mantenía muy tranquilo, advirtiéndome que iba a confiscar mi aparato. Fuera de mí, pedí ver al director. Este, afable, pero firmemente, envolvió su prohibición en una fórmula rutinaria:

—Instrucciones del Gobierno: Hitler no debe ser fotografiado al salir de la fortaleza.

Corrí furioso hacia el auto.

—No tengo suerte con Hitler — aullé en el oído sordo de Mueller—. ¡Primero era él quien no quería dejarse retratar y ahora son los otros los que lo prohiben!

Volví a contar lo ocurrido sin renunciar a hacerme oír, en el momento en que Hitler aparecía en la puerta. Con un afable saludo como si quisiera ponerse a nuestro nivel subió al coche y Mueller lo puso en marcha.

—Ha venido usted con suerte —dijo Hitler volviéndose hacia mí—. Ahora, haga usted, amigo mío, todas las fotos que se le antojen.

Le puse al tanto de lo sucedido: me habían prohibido toda foto y me parecía históricamente esencial tirar una placa en el mismo Landsberg o en su defecto, ante la fortaleza. Sugerí que nos detuviéramos junto a las puertas de la vetusta ciudad. Hitler se mostró de acuerdo; saqué mi máquina y la utilicé hasta la saciedad.

Aquel mismo día envié mis fotos a todos los diarios locales y extranjeros, cuya lista tenía. Con un breve pie: «Adolfo Hitler saliendo de la fortaleza de Landsberg».

Fué un magnífico negocio: la foto se publicó en el mundo entero. Pero sonreí al hojear las colecciones de recortes: en lugar de mi pie completo y adecuado, aquellos fantaseadores extranjeros habían imaginado estos otros: «El primer paso hacia la libertad». — «Se abren las puertas de la fortaleza». — «¿Vamos hacia nuevas hazañas?»

Y también:

«Hitler permanece pensativo ante la prisión: no ha dicho aún su última palabra».

Esta última palabra, por otra parte, Hitler me la estaba confiando en aquel momento:

—Adelante, Hoffmann, multipliquemos los documentos. No deje usted de tomar esa multitud apiñada.

Habíamos salido:

—Hace un frío de perros — dijo Hitler.

Y volvió con solemnidad hacia el coche. Emprendimos de nuevo la marcha. Me atreví a preguntarle :

—¿Qué piensa usted hacer de momento? Con un aire resuelto que me amedrentó, dijo: —Voy a empezar otra vez desde el comienzo.

Y con una súbita amabilidad:

—Pero lo primero que quiero es tener una oficina. ¿Sabe usted de algo que sirva para eso, Hoffmann?

Le indiqué un piso de trece habitaciones libres en el núm. 50 de la Schellingstrasse, que se alquilaba. Aprovechó en seguida la ocasión:

—Muy bien, eso es precisamente lo que necesito: trece habitaciones, alquilaré doce.

Hitler era supersticioso.

* * *

Acaso por superstición había él, al salir de Landsberg, regalado todo su dinero (doscientos noventa y dos «reich-marks») a sus compañeros de reclusión. Ahora, sin un céntimo en el bolsillo, iba a instalar su cuartel general en mi antiguo estudio para emprender una tarea enorme: se trataba de reconstituir el Partido. Correría a cargo, por lo demás de los miembros del Partido el alquiler y el moblaje de aquellas doce habitaciones desocupadas.

Uno de sus más fervientes seguidores, la señora Bruck-mann, princesa rumana y esposa de un editor famoso, se complació en arreglarle un despacho personal, en proveerlo de muebles que la pertenecían y que criaban moho desde hacía muchos años en un guardamuebles. ¡Qué gloria para aquellas antiguallas! Por desgracia estaban totalmente carcomidos, lo cual preocupaba a Hitler. No pudo trabajar nunca entre el moblaje de la princesa y escogió .su cuarto amueblado de la Thiersch-Strasse para estar frente á sí mismo.

Transformó el estudio de la casa de la Schellingstrasse en una mansión del recuerdo. Todo el decorado estaba ejecutado con ceremoniosa pompa. Las banderolas y los estandartes colgaban allí sin olvidar el «estandarte sangriento» recuperado. Tenía él también el propósito de inscribir los nombres de los caídos en aquel día en dos lápidas de mármol. Pero antes de que pudiese hacerlo, la Casa Barlog de la Briennerstrasse era adquirida por el Partido y adoptaba el nombre, que iba a hacerse famoso, de la Casa Parda.



Ilustración 6. Una de las primeras concentraciones del Partido Nacional-socialista fué la celebrada en el Marsfeld de Munich, el 28 de febrero de 1923.

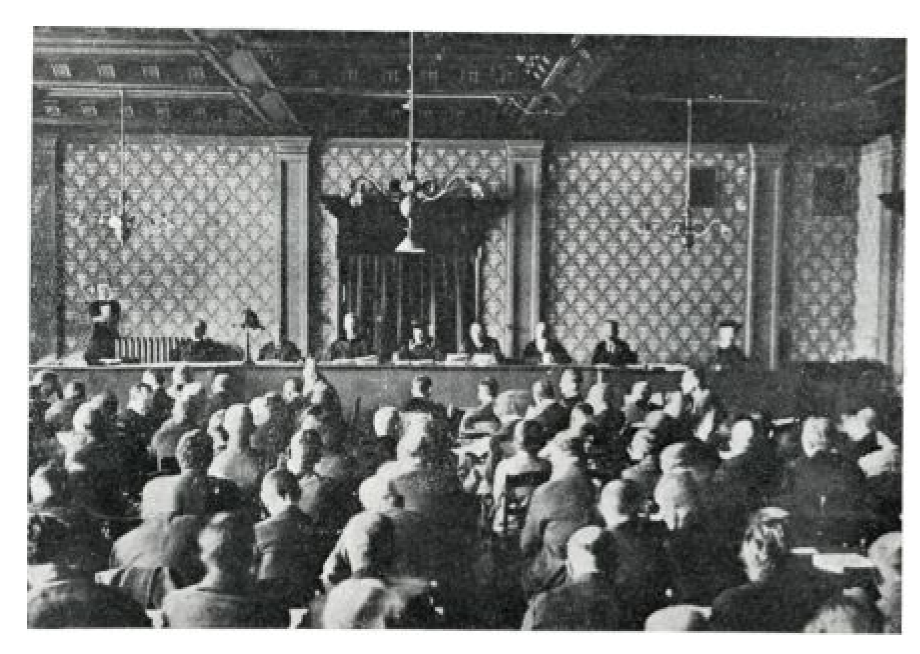


Ilustración 7. El juicio por el fracasado «putsch» del 9 de noviembre de 1923, en Munich.

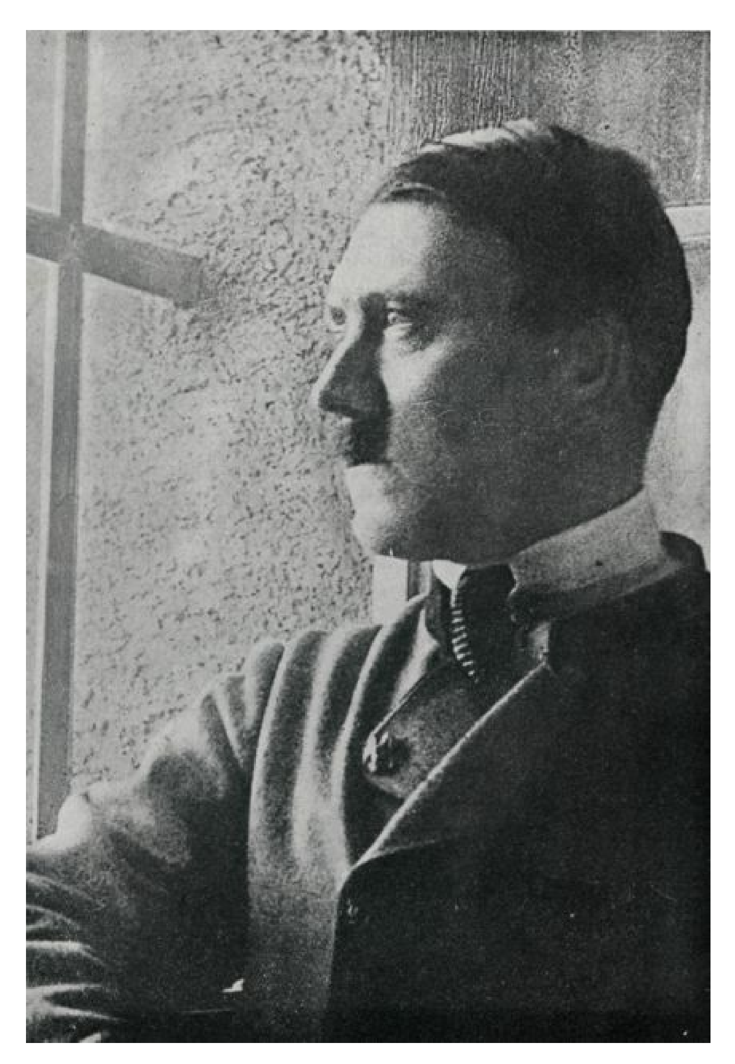


Ilustración 8. Hitler en su celda de la cárcel de Landsberg.

Hitler parece haber sido enteramente sincero: había previsto en la Casa Parda un salón donde podrían reunirse treinta y nueve senadores, que constituirían en principio los cimientos democráticos

del Partido.

Cada miembro aportaba, pues, su modesto óbolo para la reconstrucción de la Casa Parda. Afluyeron las subscripciones de todas partes y Hitler —el artista— se puso a diseñar y a amueblar la casa a su gusto. El salón del Senado tenía veinte pies de largo por quince de ancho; sus sillas de tafilete estaban colocadas en forma de herradura en dos filas y su respaldo de caoba se enriquecía con la testa del águila real. A cada lado de la entrada, dos estandartes y dos placas de bronce llevaban el nombre de los que murieron el 9 de noviembre de 1923. Veíanse también en el salón decorado los bustos de Bismarck y de Dietrich Eckardt. Este, que fué puesto en libertad en un estado desesperado, había fallecido unos días antes de Nochebuena en Berchstesgaden. Dos parejas de centinelas de la S. A. y de las S. S. daban guardia de honor a la entrada del salón del Senado.

Pero ningún Senado se reunió jamás en aquel salón, ningún Senado se constituyó allí nunca.

Más adelante, el salón se convirtió en el despacho del consejero de Hitler, Rudolf Hess.

Todo era una busca de efectos para la propaganda; las gigantescas svásticas, los uniformes pardos, los estandartes rojo sangre, los colores brillantes de los carteles, diversos «slogans» impresos sobre tiras def tela; y por todas partes, flores.

Otro medio de propaganda: el formato yanqui que adoptó él para su diario *Voelkischer Beobachter.* Se criticaba mucho en el propio Partido aquel diario de un formato desusado, difícilmente aceptable para el público alemán. Pero Hitler no soportaba ninguna influencia; la originalidad de aquella creación le agradaba. Dibujó él mismo el título del diario, utilizando la letra gótica para que hiciese contraste con los diarios que aparecían por entonces.

Los años que transcurrieron entre su liberación a fines del año 24 (sólo cumplió seis meses de su condena) y su subida al poder en el 33 fueron los más atareados de su vida.

Por mi parte, mis pequeños asuntos prosperaban. Ante todo, gané mucho con mi libro *Un año de revolución en Baviera,* que me produjo él solo medio millón de marcos. Evidentemente, los impuestos, los gastos, la inflación se llevaron en gran parte aquella ganancia prodigiosa. Vivíamos estrictamente y pronto volvimos a entrar en el camino de la fortuna; primero, con un modesto y pequeño «Opel», luego con un gran «Mercedes»; y nuestra servidumbre se componía en total, por entonces, de una cocinera, una doncella y el chófer.

Como fotógrafo de Prensa, estaba yendo y viniendo sin cesar. Tenía yo un despachito permanente en el Hotel Kaiserhof de Berlín y, poco a poco, mi trabajo tomó la amplitud de una pequeña industria. Abrí, uno tras otro, estudios suplementarios en Berlín, en Viena, en Francfort, en París, en La Haya y, al final, tuve no menos de una docena de estudios y más de un centenar de empleados que formaban una especie de red por toda Europa.

¡Ay!, 1928 fué para mí el año del mayor desastre de mi vida; Munich era el foco de una epidemia de gripe mortal, a la cual sucumbió mi querida esposa. El sentido de la vida habíase perdido e iba yo a la deriva. Sin embargo, la responsabilidad de mis hijos, la trascendencia de los acontecimientos históricos en los cuales participaba, cierto presentimiento de lo efímero hacia lo cual estábamos comprometidos, todo ello me fué, creo yo, de una gran ayuda; y volví a emprender una nueva carrera hacia la fortuna y el éxito.

*** * ***

Un triste domingo lluvioso, estábamos Hitler y yo sentados en el Café Heck. El tiempo, la ociosidad dominical, todo ello ejercía sobre nosotros un efecto deprimente. El propio Hitler parecía incapaz de animar una discusión. De pronto sugirió ir al cine y pidió un periódico. Pero mientras lo ojeaba, crecía la cólera dentro de él; se puso furioso, declaró que no encontraba nada de lo que deseaba ver y tiró el diario a un lado. Luego, bruscamente, a su chófer:

—¿Cuánto tiempo necesita usted para preparar un viaje de quince días? — preguntó.

—Una hora, nada más — aseguró Schreck.

Hitler se volvió hacia mí:

—¿Me acompañará usted? Podrá hacer algunas fotos interesantes. ME NIEGO a permanecer sentado, sin hacer nada. QUIERO el Poder y lo obtendré, cueste lo que cueste.

Y prosiguió más para él que para mí:

—Primer punto: movilizar el mundo financiero. Una vez hecho esto, me encontraré en condiciones de sacar a Alemania de su situación actual.

Al día siguiente fuimos a Weimar en busca de Sauckel quien preparó a Hitler las visitas que iba éste a hacer a los industriales de Turingia. Hitler devoraba el tiempo; una semana después explicaba su programa en un mitin de la Asociación Industrial de Dusseldorf. Consiguió una adhesión inmediata: sesenta y cinco mil marcos le fueron entregados ; el primer paso hacia el poder estaba dado.

En aquella época y durante semanas enteras, Hitler permanecía en Berlín donde había instalado sus cuarteles en el Hotel Sans Souci, en la Linstrasse. Ese hotel era frecuentado por la burguesía acaudalada y por los nacionalistas germanos. Fué el sitio que eligió para celebrar todas sus conferencias políticas.

Pero justamente antes de subir al poder, cambió de residencia y fué a alojarse al Hotel Kaiserhof. Allí ocupó todo el piso primero. Los días transcurrían entre conferencias, discusiones secretas con elevadas personalidades de la política, de la industria y del ejército. Por la tarde desempeñaba el papel de hombre de mundo en los salones del hotel, y casi todos los ministros y secretarios de Estado del futuro fueron invitados sucesivamente a tomar el té con él. Goebbels, siempre presente, llevaba un diario detallado de todas las conferencias. De aquellas notas saldría más adelante el famoso libro *Del Kaiserhof a la Cancillería, del Reich.*

Aquella «ocupación» del Hotel Kaiserhof provocó una especie de clamor en Berlín. El grande hombre sobre quien estaban fijas todas las miradas trajo al salón de recibo, pomposo y desierto, a una multitud de desocupados y de curiosos.

A Hitler le agradó 'durante mucho tiempo aquel Kaiserhof; aun después de haberse mudado a la Cancillería, volvió allí como visitante: hasta el día en que supo que un camarero codicioso reservaba todas las mesas próximas a la suya a gentes que pagaban su puesto como en el teatro ; entonces decidió bruscamente no volver a poner los pies allí nunca más.

Unos días antes del 30 de enero de 1933, Hitler recibió a un invitado de categoría en el Kaiserhof: discretamente el jefe de la Cancillería presidencial de Hindenburg había solicitado aquella entrevista a instancias del propio Presidente. Con todas las puertas cerradas, sostuvieron una conferencia de la mayor importancia. Hitler adoptaba sus disposiciones para ir a visitar al presidente Hindenburg. Cuando se vieron, Hitler y el Presidente se pusieron de acuerdo. Fué Hitler quien obligó al Presidente a compartir sus opiniones. Derribó todos los obstáculos que los viejos amigos de Hindenburg habían levantado. Y durante aquel encuentro quedaron establecidas las bases de la resolución del 30 de enero.

Mi aparato estaba siempre al acecho del acontecimiento histórico.

—Véngase conmigo —me dijo Hitler—. Creo que tendrá usted la suerte de fijar en su película un instante del que se acordará el porvenir.

Así hablaba Hitler el 30 de enero en el vestíbulo del Kaiserhof. Se apresuró a calmar mi exaltación.

—Pero, sobre todo, guarde usted silencio.

Y yo me arriesgué a decir:

—¿Qué iba yo a contar si no sé nada?

—Pero es usted un clarividente —replicó Hitler con intención.

Fuimos juntos al palacio presidencial donde Hitler me obligó, esta es la palabra, a hacer antesala.

—Le llamaré cuando se le necesite.

Un momento después salía del despacho del Presidente, visiblemente resuelto. Al verme se dio una palmada en la frente:

— ¡Por Dios! —exclamó colérico— me he olvidado de usted por completo, Hoffmann.

Se dirigió al coche para regresar al hotel; le seguí. Bruscamente, se volvió hacia mí, como

iluminado:

—Todo marcha perfectamente —dijo—, el viejo mariscal ha firmado.

Hitler era canciller del Reich.

Durante todo aquel período de tensión política, el Kaiserhof había estado materialmente sitiado por una multitud de curiosos. Aquel día Hitler acababa de ascender al grado de canciller. Nadie estaba enterado de ello: recibió al entrar la pequeña ovación habitual.

Sin embargo, la noticia se había propagado como un relámpago por la ciudad y minutos después el hotel estaba cercado por una muchedumbre entusiasta hasta el frenesí. Por la noche, Hitler fué a la Cancillería para recibir el homenaje de un desfile a la luz de las antorchas; lo había organizado Goebbels con los S. A., los S. S. y la Wermacht. Fué una pequeña obra maestra de propaganda. A Hitler le conmovió.

—Este doctor es un brujo. ¿Por medio de qué sortilegio ha podido hacer brotar de la tierra en una noche estos miles y miles de antorchas?

Uno tras otro, Goering, Goebbels, Frick y Blomberg se colocaron al lado de Hitler en la ventanita de la Cancillería, pues no había sitio suficiente para que pudieran asomarse todos juntos. El desfile duró varias horas, acompañado sin cesar de aclamaciones, de vivas y de alaridos de alegría.

En una ventana del palacio, junto a la Cancillería, la triste silueta del viejo presidente Hindenburg apareció también. Estaba sentado y parecía un poco ajeno a aquellos gritos de gozo estentóreos, que le beneficiaban a él de rechazo.

Hitler, sin embargo, veneraba a Hindenburg. Decía, refiriéndose a él: «Mi amigo, mi consejero» y le llamaba también «mi padre».

El nuevo Gobierno utilizó este «slogan»: «¡Adelante, y a todo vapor!».

«Slogan» que hice también mío. Las ocasiones (siempre históricas) de tirar fotos se multiplicaban: Hitler, canciller del Reich, los nuevos ministros; el juramento de fidelidad de los funcionarios del antiguo Reich... y esto y lo otro.

Por primera vez Hitler habló por la radio al pueblo alemán y al mundo entero, como canciller del Reich. La radio, debía, conforme a sus deseos, llegar a ser el instrumento propagandístico número 1. Sin embargo, él, por su parte, no había escuchado nunca la radio. Más aún: se había negado a ello. Cuando el general Schleicher iba a pronunciar un discurso, apagó el aparato.

—Me niego a dejarme influir por nada, sea lo que sea — declaró con violencia—. Me niego a escuchar una emisión política.

Principio éste que aplicó durante toda su vida.

La subida de Hitler al poder causaba grandes trastornos en el curso de mis asuntos. Como Berlín habíase convertido en el centro de los acontecimientos políticos, tenía que residir allí. Fundé la Prensa Ilustrada Hoffmann en el núm. 10 de la Kochstrasse y, un poco más adelante, abrí un estudio en el Hotel Bristol. Goebbels insistió en adscribirme al Ministerio de Propaganda, pero le agradecí su ofrecimiento, rechazándolo. No quería yo tener un puesto político, deseaba seguir siendo un hombre de negocios. Mis archivos contenían ya los resultados de veinticinco años de labor; y me dediqué ardorosamente a enriquecer mi COLECCIÓN DE ACTUALIDADES HISTÓRICAS.

Hice lo que quise: en el año 45 dicha colección comprendía más de millón y medio de documentos fotográficos.

Mi amistad personal con Hitler desempeñaba quizá su papel en aquella resolución: quería yo conservarla pura, apartada de todo remolino político.

Inmediatamente después de la toma del poder, Goebbels declaró al círculo íntimo de hitlerianos que para adaptarse a sus nuevas normas habría en lo sucesivo que dirigirse a Hitler llamándole «Herr Reichskanzler».

—Y yo —pregunté a Hitler— ¿cómo debo llamarle?

Me puso una mano sobre el hombro:

—Para usted, Hoffmann, seguiré siendo siempre el «señor Hitler», simplemente.

Goebbels inventó otra cosa: un auto de fe de libros en el Gendermemakt de Berlín.

Le criticaron mucho. Yo mismo no tardé en hablar a Hitler con toda franqueza.

—Esas fantasías —le dije— desacreditan al Reich y al partido. ¡Bonito resultado ese de arrancar unas exclamaciones de alegría al populacho y a la plebe!.

Muchas de aquellas obras carecían de valor, pero había también otras de fama internacional. ¡Cómo! Quemaron incluso diccionarios con el sencillo pretexto de que habían sido redactados por judíos.

A pesar de las críticas, Goebbels continuaba su obra destructora.

—La gente se dará cuenta — afirmó — de que se trata de una revolución, aunque ésta se lleve a cabo sin derramamiento de sangre.

Recibí un S. O. S.: la viuda del escritor socialista Arno Holz me suplicaba que le ayudase a salvar los manuscritos de su marido que habían sido encontrados en los archivos de la imprenta del *Vorwaerts.* Ante mis súplicas, Hitler ordenó a Rust, ministro de Educación Nacional, que evitase la pérdida de aquel legado literario de la viuda. Goebbels se sintió un poco ofendido por mi intervención en aquel asunto, pero no pudo decir nada.

Aquello no era más que el comienzo. Quemar libros había sido un acto simbólico, pero quemar el Reichstag iniciaba la serie de actos vandálicos.

Aquella noche había yo aceptado una invitación para cenar en casa de Goebbels, en la Reichskanzlerplatz. Por deferencia a Hitler no sirvieron, naturalmente carne. Aparte de los platos vegetarianos había, sin embargo, pescado, una gran carpa que ofrecieron en primer lugar a Hitler y que él rechazó.

La señora Goebbels se disculpó:

—Creí que tomaba usted pescado, mi Führer, ya que el pescado no es carne...

Hitler dijo sardónico:

—Supongo entonces que el pescado es, según usted, mi querida señora, una planta.

El timbre del teléfono interrumpió aquella conversación frívola. Goebbels se levantó para contestar; recuerdo aquella comunicación como si la hubiera oído ayer.

—Sí, aquí Goebbels... ¿Quién está al aparato?... ¡Diga, Hanfstaengel! ¿Qué sucede?... ¿Cómo? ¡No puedo creerlo! Un momento: se va a poner el Führer.

—Diga, Hanfstaengel, ¿qué hay?... Bien, dígalo (Hitler parecía muy divertido). ¿De verdad? ¿Ve usted algo?... Quizá ha bebido usted demasiado whisky... ¿Cómo? ¿llamas desde su balcón?...

Se volvió hacia nosotros:

—Hanfstaengel dice que el edificio del Reichstag está ardiendo... Lo asegura.

Nos precipitamos hacia el balcón: el cielo, por encima del Tiergarten estaba rojo sangre.

—Son los comunistas — gritó Hitler, repentinamente furioso.

Y colgó con violencia el receptor.

—Bajemos en seguida.

Hitler bajó seguido de Goebbels. Los vi desde el balcón encaminarse hacia el lugar del incendio. Telefoneé inmediatamente a mi estudio y supe que uno de mis ayudantes estaba ya camino del Reichstag. Era suficiente. Todos los fotógrafos berlineses iban a encontrarse allí; la cosa resultaba de escaso interés para mí y seguí saboreando mi pescado enfrente de la señora Goebbels. Terminada la cena me dirigí al Reichstag y en el camino vi unas compañías de bomberos-zapadores que habían dominado ya el incendio. En el lugar del siniestro, Goering interrogaba a un sospechoso; Hitler, por su parte, estaba en el interior, comprobando los daños. Fui a buscarle. Tenía un gesto de desprecio y de asco.

A medianoche acompañé a Hitler a las oficinas del *Voelkischer Beobachter.* La sala de redacción estaba desierta; un solo redactor, ante su mesa, corregía presuroso un artículo sobre el incendio

para insertarlo entre las noticias locales.

Hitler dio un puñetazo sobre la mesa. Un suceso como aquel debía publicarse en primera página, gritaba en el colmo del furor.

Sacaron de la cama al redactor-jefe. Hitler le vapuleó sin miramiento.

—Espero que su sentido de la responsabilidad será menos discutible en su papel de capitán que en el de redactor-jefe. Su trabajo es aquí una obra maestra de ineptitud. Y ahora, que su artículo dormite sobre la rotativa.

«Su artículo», o mejor dicho el suyo. Hitler, en efecto, arrojó el impermeable, el sombrero y la amenazadora fusta sobre una silla. Fué muy de prisa a la mesa y redactó un editorial, al que puso un título sensacional. Al día siguiente, a la una, el *Voelkischer Beobachter* anunciaba el acto decisivo de Hitler contra los comunistas.

El incendio del Reichstag tuvo por resultado, como todo el mundo sabe, la disolución del K. P. D. (Partido Comunista Alemán). Sus dirigentes fueron detenidos y su cuartel general, el Liebknechthaus, clausurado.

Sólo al amanecer, después de haber revisado los primeros números de la edición, abandonó Hitler la imprenta.

* * *

Y vuelvo a ocuparme de mí.

En abril de 1934, me casé de nuevo. Había yo conocido a Erna Gorebke en diciembre de 1929, en el café Osteria Bavaria: era el punto de cita de los artistas de Munich, un sitio selecto para Hitler. Erna era hija de. Adolf Gorebke, uno de los tenores de ópera célebres de su tiempo. Ella era también una actriz vienesa muy conocida; sus gustos coincidían con los míos: podía apasionarse por el arte y la música, adaptarse a la vida bohemia, sentirse como en su casa entre la excitación y el ruido del teatro. Desde el primer día nos unió un vínculo artístico; y nos las compusimos para vernos cuantas veces me lo permitió mi vida febril. Pero nuestra amistad, que aumentaba a cada nuevo encuentro, se transformó gradualmente. Cinco años después, Erna accedió a ser mi esposa. A ella no le interesaba en absoluto, ni un poco siquiera, menos todavía que a mí, la política. Inmediatamente después de nuestro casamiento, me declaró:

—No te imagines que vas a hacer de mí una nacionalsocialista o un miembro del Partido.

No iba yo a hacer, por lo demás, la menor tentativa para ello. Consideraba ella a Hitler como un amigo de su marido y nada más; un hombre (no le había visto en sus arrebatos coléricos) cuyas maneras agradables apreciaba. Contenta en su compañía, estaba siempre dispuesta a discutir con él de cuestiones de arte, de música o de humanidades. Pero no abordaron nunca en ningún sentido, una discusión política.

Nuestra fiesta de boda fué organizada amistosamente por Hitler en su casa de la Prinzregenstrasse. íbamos a pasar la luna de miel en París: pero los acontecimientos que sobrevinieron nos lo impidieron.

Cortés con las esposas de los dirigentes nazis, mi mujer no intentó nunca intimar con ninguna de ellas. La única excepción la hizo con el profesor Morell y su esposa, a quienes habíamos conocido por separado antes de nuestro casamiento.

Nos invitaban a todas las recepciones oficiales. Erna, no obstante, sólo aparecía en los salones como una figura artística, y nada más. Se sentía como en su casa con nuestros amigos de Munich y en la alegre despreocupación que precedió a nuestra boda. Aunque le gustaba sobre todo la música clásica, accedía, sin embargo, a acompañarme a alguna opereta, cuando se lo pedía.

* * *

Poco tiempo después de nuestro casamiento, Goebbels ordenó a todos los empleados de las agencias fotográficas que llevasen un brazalete, haciendo obligatoria una insignia muy visible, con un escudo de metal. Hasta el punto de que los fotógrafos de Prensa se encontraron todos, en cierto grado, oficialmente autorizados. Por mi parte, aquella insignia me sometía a la autoridad de Goebbels. La rechacé terminantemente e incluso con aspereza:

—Estoy, en todo caso, siempre con Hitler. Los acontecimientos que fotografío son aquellos en que él está presente. Todo el mundo me conoce, con o sin su insignia. Estoy conforme en que mis ayudantes acepten el brazalete. Pero yo no soy el número X, Y o Z: soy y sigo siendo Heinrich Hoffmann.

En Nochebuena, mientras ayudaba a mi mujer a adornar el abeto clásico, un «botones» trajo un enorme ramo de rosas y un paquetito a mi nombre. «Con los saludos de José Goebbels.» Abrí el paquete con suma curiosidad y he aquí lo que encontré: un brazalete de un rojo vivo con un gran número *1,* sobre un disco de metal. «Mi querido profesor —decía la carta que lo acompañaba—, permítame desearle, así como a su esposa, una feliz Nochebuena y un Nuevo Año próspero. Estoy convencido de que la insignia de honor número *1* le proporcionará a usted — el decano y el más famoso de nuestros reporteros fotógrafos — un justo placer...»

Sepulté la carta en mi bolsillo: no podía seguir leyendo. Así, pues, el viejo zorro ¿creía haberme dominado? Pues iba a aprender a conocerme. Con un gesto de cólera colgué aquel objeto de una rama del árbol de Noel.

Minutos después, entraba Hitler. Era la primera vez que accedía a venir a pasar con nosotros esa fiesta de familia, durante la cual no pretendía imponerse a nadie.

Antes de sentarnos a cenar, contemplábamos la mesa cargada de regalos que mi mujer adornaba con gusto. Hitler tomó algunos pastelillos, hechos en casa; se los dio también a nuestros perros y se entretuvo,- a su vez, en trabajar en el árbol de Noel. En uno de los huecos colgó una bola brillante, y entonces vio el brazalete rojo.

—¿Qué es esto? —preguntó sorprendido.

—Es —respondí sin poder dominar mi indignación — la pequeña sorpresa que el doctor Goebbels me tenía preparada.

Y sacando la carta del bolsillo, se la di.

—Vamos, vamos, Hoffmann —me aconsejó Hitler con voz animadora—, no permita usted que una cosa tan pequeña eche a perder esta fiesta. No llevará usted ese escudo: a usted le basto yo; yo soy su brazalete.

Después de la toma del poder, Berlín se convirtió en el centro político del Partido, y los hombres de Estado del mundo entero se dieron cita allí para entrevistarse con Hitler. He aquí un extracto de la lista de personalidades que posaron ante mi máquina:

Jean Goy, ex presidente de la ex Asociación de los Servicios Franceses.

La marquesa de Lothian.

Lord Alian de Hartwood, laborista.

Simón y Edén (recibidos por Hitler en la Cancillería del Reich).

El mayor Fetherstone Codley y una delegación de la Legión Británica (fotografiados en el jardín de la Cancillería el 15 de junio de 1935).

William Philips, subsecretario de Estado americano.

Lord Londonberry y el coronel Lindberg.

Hay también en mis archivos una foto de Lindberg, el primer vencedor del Atlántico, retratado con Goering, junto a un avión. Goering sentía un gran respeto por Lindberg y le enseñó, con orgullo, sus colecciones artísticas.

Acudía un gran número de visitantes franceses. Entre el 36 y el 38, Hitler recibió, entre otras personalidades, la visita de Labeyrie, director del Banco de Francia; de Bastide, ministro de Comercio; del general Vuillemin, comandante supremo de las Fuerzas Aéreas Francesas. Y en 1936, con ocasión de los Juegos Olímpicos, el propio Lord Vansitart, tan poco amigo, sin embargo, de Alemania, se dignó visitarnos.

La llegada de Lloyd George fué un acontecimiento. Tomé en Munich una foto de aquel hombre de Estado británico muy popular, en el momento en que, acompañado de una guardia de honor de los S. S., depositó una corona ante el monumento al Soldado Desconocido; y esto frente al Museo de la Guerra que iba luego a quedar destruido por un bombardeo.

Al día siguiente de eso, Lloyd George fué huésped de Hitler en Obersalzberg; celebraron una larga conferencia, después de la cual tuve ocasión de tirar una buena cantidad de fotos. Cuando Lloyd George se despidió iba visiblemente impresionado. Mientras le acompañaba yo al guardarropa tuve la suerte de cambiar unas palabras con él. Le recordé que unos treinta años antes, había yo tenido el honor de fotografiarle en una finca cercana a Londres. Quiso acordarse de aquello y pareció congratularse. Al marcharse, aquel viejo y simpático caballero, me palmeó en el hombro.

—Dé gracias a Dios —dijo— de tener un Führer tan maravilloso.

Hitler acompañó a su invitado hasta el coche y cuando éste desapareció, su rostro expresaba el placer que aquella visita le había ocasionado. Se complació en repetir la frase que inventara en 1925:

—No deseo ver caer una sola perla de la Corona británica. Sería una cosa atroz para Europa.

La visita del duque de Windsor acompañado de su mujer, en 1937, suscitó el interés del mundo entero. Para nosotros, ¡qué de jaleos!

Eva Braun me había insistido discretamente para que tomase nota con todo cuidado de la *toilette* de la duquesa. Ella, naturalmente, debía, en aquella ocasión, como en todas las manifestaciones oficiales, abandonar Obersalzberg; y marchó en auto para efectuar una excursión, al Wolfangsee.

El duque me hizo una magnífica impresión desde el primer momento. Hitler y el ex rey de Inglaterra se encerraron solos en el gran salón y tuvieron una conversación interminable, mientras la duquesa permanecía en la terraza, admirando el panorama y charlando conmigo. Pero, fascinado por su personalidad, me olvidé de anotar los detalles de su *toilette:* todo cuanto pude recordar después fué esa impresión de dignidad armoniosa, de sobria elegancia, que son el signo distintivo de su país.

Hitler en persona acompañó a sus invitados hasta su coche, y aquella noche, reunidos alrededor del fuego, los Windsor fueron el tema de la conversación.

—Hubiera sido el hombre — dijo Hitler en conclusión — con cuya colaboración hubiese yo querido realizar el deseo largo tiempo acariciado de una alianza con Inglaterra.

Según parece, la impresión fué recíproca, ya que días después recibía la carta siguiente:

Al Führer y Canciller del Reich Alemán:"¿En el momento de salir de Alemania, la duquesa y yo queremos expresaros nuestra gratitud por vuestra hospitalidad y por las ocasiones que nos ha deparado de apreciar el bienestar del trabajador alemán. ¡Y qué días deliciosos hemos pasado con V. E. en Obersalzberg! ¡Inolvidables!

Eduardo."

* * *

En mayo del 38, después de la anexión de Austria al Reich, tuvimos otra invasión de visitantes extranjeros. Mis fotos de aquella época se hicieron célebres en el mundo entero: aquella, por ejemplo, de la conferencia de Munich que decidió el destino de los Sudetes, garantizando (provisionalmente) la paz del mundo, con los grandes hombres del día: Hitler, Mussolini, Chamberlain, Daladier.

El tratado de amistad francoalemán firmado en París en 1938 fué para mí ocasión de una clamorosa actualidad.

Ese mismo año, Beck, ministro de Asuntos Exteriores de Polonia, hizo un viaje de información por Baviera, organizado por Hitler. Quedó muy impresionado por todo lo que había llevado ya a cabo la nueva Alemania. Y yo, por mi parte, estaba ya seguro, en aquella época, de que al año siguiente y en esas mismas regiones, el mismo señor Beck sería guiado por mí, corresponsal de guerra por un país, renovado una vez más.

Y otros rostros eran captados a su vez por el objetivo de mi máquina. El de Stojadinovich, primer ministro de Yugoeslavia; el de Gombos, primer ministro de Hungría, a quien fotografié durante un concurso de tiro en Erfurt, una especie de manifestación ofrecida por Goering con ocasión de una gran concentración de S. A. a la cual asistía Hitler.

Cuando estalló la guerra, el rey Boris de Bulgaria iba a ser un visitante asiduo del Cuartel General del Führer; su sencillez y su simpatía le hacían muy popular allí por donde pasaba. Sentía yo también por él una particular estimación: primero, porque estaba siempre dispuesto, en todo momento, a posar para una foto; y luego, porque cada vez que nos visitaba ofrecía a los que formaban parte del círculo íntimo del Führer una gran caja de cigarrillos especiales con su efigie.

Los grandes nombres de la actualidad, más famosos unos que otros, abundan en mis archivos: el rey Miguel de Rumania y su madre; Pablo, el príncipe Regente de Yugoeslavia; Alí Cotinkaya, ministro de Trabajo de Turquía; Cinzar Marcovic, ministro de Asuntos Extranjeros de Yugoeslavia; Csaki, primer ministro de Hungría y tantos más, todos fueron fotografiados por mí o por mis ayudantes.

En todas las fiestas de Año Nuevo, los embajadores extranjeros con el Nuncio Apostólico, decano del Cuerpo Diplomático, a su cabeza, todos de gran uniforme, acudían a ofrecer sus respetos al jefe del Estado alemán. Poseo todo un «stock» de fotos de esas, que expresan con apretones de manos la amistad ferviente, la sinceridad, el entusiasmo, un concienzudo llamamiento a la paz futura. No olvidemos que el propio Churchill escribía en el *Times,* en 1938, una carta abierta a Hitler: «Si un desastre comparable al que hundió a Alemania en 1918 ocurriese a la Gran Bretaña, rogaría a Dios que nos enviase un hombre de la fuerza y del temple de V. E.»

***

— ¡Hoffmann! —gritó un hombre con voz fuerte —: ¡Le voy a dar la oportunidad de su vida!

Aquel hombre no era otro que Mussolini; esto ocurría unos años antes de la guerra, durante una visita que la Prensa alemana efectuó a Roma. Después de haber admirado las curiosidades habitualmente elegidas para los turistas, fuimos invitados a visitar la Academia de los Deportes en el magnífico Foro Mussolini, que era todo de mármol. El Duce en persona fué entonces nuestro *cicerone.*

Todo estaba preparado como una cuidada escenografía. En la sala de armas, un profesor de esgrima esperaba ya al Duce y tuve la suerte de tomar varias fotos de unos asaltos a florete en los que, naturalmente, Mussolini iba a resultar vencedor ante la Historia. Pero aquel grande hombre no podía contentarse con tan pequeña victoria; decidió quitarse la careta y los dos contendientes volvieron a adoptar su *pose* ante el objetivo. Iban a hacer algo todavía mejor. En ruta hacia el acostumbrado «Rinfresco», nos detuvimos en una de las aulas de la Academia. Mussolini tomó asiento en un banco de alumno y, golpeando el pupitre con sus puños, entonó en correcto alemán y con voz potente una vieja canción estudiantil:

Es war eine Koestliche Zeit! («Era un tiempo encantador»)

Encantador era el adjetivo mejor elegido, pues el momento encantó mi memoria como había encantado mi máquina. Un dictador sentado en un banco escolar ¡ qué foto! Indudablemente, aquello no se había visto nunca.

El Duce, como por lo demás todos sus compatriotas, era una víctima voluntaria expuesta a mi máquina. Sabía que buscando el contraste con su buen amigo Hitler, él resultaba muy fotogénico; y aumentaba aquel don con *poses* favorecedoras que iban de Julio César a Napoleón.

Sí, aquellos dos grandes hombres, hasta en sus fotos, ¡qué antitéticos eran! Siento todavía en el corazón un dolor profesional evocando la visita que hizo Hitler a Ve-necia en junio de 1934. Contemplo esa foto: el alemán mal vestido, con el rostro de rasgos pronunciados y enfermizo, parecía ir a remolque del italiano. Verdad es que el Führer no era todavía el amo del Eje y parecía casi que sus debilidades personales, que sus errores políticos se reproducían materialmente sobre la película. Toda la serie fotográfica fué un éxito, sin embargo: pero para Mussolini primero, y para mí después.

En mayo de 1938 (la época de la luna de miel Hitler-Mussolini) el tono cambió. Hablo exclusivamente de mis fotos. Tenía yo ahora ante el objetivo dos hombres de igual estatura y, pese a su diferencia de calibre, de idéntica importancia humana. Debo decir que los clisés que tomé bajo el cielo eternamente azul de Roma, de Nápoles o de Florencia, obtuvieron cada uno un éxito excepcional. Lo digo de pasada: publiqué más adelante toda una serie de ellos en un libro titulado *Con Hitler en Italia.* Esta obra fué muy encomiada. Se puede ver en ella a los dos dictadores, unas veces a bordo de buques de guerra y otras visitando museos, calurosamente aclamados aquí y allá

por la multitud: y en todas partes, manifestaciones populares en todo su esplendor.



Ilustración 9. Hitler a su salida de la cárcel.

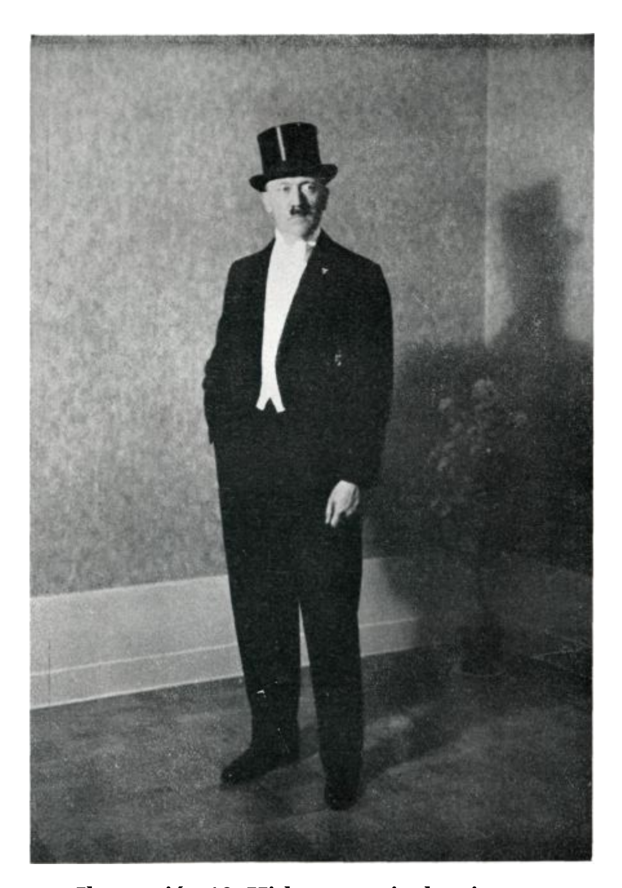


Ilustración 10. Hitler en traje de etiqueta.

La monarquía italiana no era, sin embargo, del agrado del Führer. De haber sido él allí también el amo, habría representado para mí una dificultad retocar mis fotos, hacer desaparecer al rey, a la reina, al príncipe heredero y a todos los potentados de la corte.

Pero las cosas debían tomar un sesgo diferente y fui llamado para tener una conversación absolutamente inesperada con la primera dama de palacio. Hitler y su séquito se hallaban en aquel momento en el Quirinal, el vetusto palacio romano de la Casa de Saboya. Cuando la Reina supo que formaba yo parte del mencionado séquito del Führer, me hizo solicitar una audiencia de ella.

Resultaba que la reina Elena era también fotógrafa, aficionada sin duda, aun siendo una experta apasionada. La mayoría de los estudios artísticos que tenía en su archivo y que expresaban en imágenes su feliz vida de familia, provocaron mi admiración. Sólo tuve un disgusto: el de no haber podido fotografiar aquella cita fotográfica con este pie: «Una reina detrás de la máquina».

Pese a sus antipatías monárquicas, Hitler no fué insensible durante aquel viaje de la primavera del 38 por Italia, al encanto, a la belleza, a la sensatez excepcional de María José, heredera de Italia. Indudablemente el hecho de que estuviera casada con Humberto tenía, sobre todo para Hitler, una gran importancia. Las largas conversaciones que debían celebrarse en Alemania entre el Führer y Humberto, iban a decidir la suerte de Leopoldo de Bélgica, hermano de María José. La Historia debe marcar aquí en favor de ella un punto de difícil consecución.

La condesa Ciano, hija predilecta de Mussolini, empleaba esas libertades de expresión que no se habrían tolerado nunca en ninguna extranjera. Hitler la admiraba, aunque menos que a la condesa Eleonora Attolico, el más bello rostro de Italia, como tenía él costumbre de designar a la esposa del muy serio embajador de Roma en Berlín. Adiviné varias veces que la belleza clásica de la condesa, su poder de seducción, todo lo que contrastaba tan extrañamente con la actitud detestable de Elisabeth Cerruti, que la había precedido, impresionaban hondamente a Hitler.

Algunos años después, al hablar de esa mujer excepcional :

—Si todos los diplomáticos tuviesen esposas como ésta — me dijo Hitler — lograrían éxitos fáciles. Es un punto sobre el cual llamaré la atención de nuestros embajadores en el extranjero.

Quisiera decir que esas fotos de los días felices fueron las últimas que tuve que hacer de Mussolini. ¡Ay! Esta colección debía completarse con las imágenes siniestras de septiembre de 1943: el Duce venido del Gran Sasso, llegaba al Cuartel General del Führer. He encontrado para las fotos que tomé de Mussolini y de Hitler, en pie sobre las ruinas del Cuartel General, después del atentado del 20 de julio, el único título apropiado: «El crepúsculo de los dioses».

No, no era ya la hora de aquel «tiempo encantador» de la vieja canción y nada lo expresa de una manera tan definitiva como las fotos de mis dos grandes hombres.

¿Existe una mirada en el mundo más imparcial y más inexorable que la de la máquina? Todos habían sido captados: emperadores y reyes, hombres de Estado y diplomáticos, revolucionarios y *leaders* populares. Los tres dictadores de la época — Hitler, Mussolini y Stalin — fijados por esa mirada mágica iban a quedar preservados de las mudanzas del tiempo.

CAPÍTULO III. VIDA BOHEMIA

—Más, Hoffmann... hábleme usted más de su Schwa-bing...

Hitler no se cansaba nunca de escuchar los relatos de mi vida «bohemia». Aquello se remontaba a mi primer estudio, el del núm. 33 de la Schellingstrasse en el que había yo substituido a Franz Marc, un famoso artista de la escuela «expresionista», cuyos «Caballos azules» (lienzo) hicieron vociferar a los burgueses. Aquel Franz Marc, alistado como voluntario, se hizo matar en Verdun en 1916. Y su estudio, mío después, enriquecido por un jardín donde florecían las rosas, era el lugar de reunión de los verdaderos bohemios de Schwabing. ¿Un decorado? No, un idilio que era por sí solo una romanza.

Allí acudían todos: poetas, pintores, inventores, músicos, actores, bailarines y modelos. Todos se complacían en reconocer la calidad de mis fotos. Debía yo mi técnica a maestros-fotógrafos tales como Voight en Hamburgo, Reutlingen en París, Hoppe en Londres. Pero mi arte no lo debía, sin duda, más que a mí mismo.

¡Cuántas celebridades ante mi máquina! El profesor Roentgen, inventor de los Rayos X; Adolf Bayer, descubridor del añil sintético; el poeta Paul Heyse; los dramaturgos Franz Wedekind y Kaulbach; Gruetzner, De-fregger, Paul Rezoncek, artistas todos, así como Sanare!, el bailarín australiano que se había apoderado del corazón de Munich... Y pienso también en aquel cantante italiano Battistini, a quien los melómanos habían puesto el sobrenombre del «Caruso de los barítonos». Mi lista de honor aparecería incompleta si no mencionase al profesor Schmutzler que llegó a ser casi un íntimo: entró para hacerse una foto por primera vez en su vida; se entabló una sorprendente conversación entre él y yo. Y cuando se marchó, no se había retratado.

El Munich de entonces era una cómoda ciudad de provincia y Schwabing un pueblo grande de chismorreo. Las personas ingeniosas pretendían que Schwabing no era una parte de la ciudad sino un estado de ánimo. Corría el siguiente «slogan» por el Café Groessewahn: «No hace falta el dinero, tenemos crédito».

Allí estaban todos, los grandes y los pequeños, los triunfadores y los fracasados, los renombrados y los miserables: pintores, escultores, poetas. Los chistes que han servido de pie a las caricaturas de Karl Arnold, de Henry Bing, de Wilke y de Thoeny en *Simplissimus* nacieron la mayoría de las veces en ese Café. Nuestro «visitante nocturno» era el poeta Lion Feutchtwanger, jugador empedernido de poker, que tenía el buen gusto de perder en el juego, poco a poco, su considerable fortuna. Un rincón junto a la ventana, era el reservado siempre a Roda-Roda, la pareja de ajedrez de Keller-Reutlingen; y los curiosos desde afuera, aplastaban sus narices contra la luna de aquella ventana.

Todos cuantos poseían una valía en nuestro mundo de comienzos del siglo frecuentaban el Café Groessewahn. A dos pasos el Café Stefani, era el sitio de reunión de alemanes, rusos, rumanos, polacos, servios, búlgaros, de todos aquellos estudiantes de los cuatro puntos cardinales de Europa, para quienes Munich era una capital. ¿Cómo iba yo a imaginar que hablaría en agosto de 1939 del Café Stefani con Molótov que, como Lenín antes que él, había sido un asiduo parroquiano del establecimiento?

El Ca,fé Universita, del mismo género, estaba atestado de artistas, unos ya triunfadores y otros intentando encontrar su inspiración con tanteos, lo cual se manifestaba por grandes trazos de lápiz sobre las mesas de mármol blanco. Aquellos dibujos, muchas veces extraordinarios, llegaron a ser una de las curiosidades de la ciudad.

Ludwig Dill, el pintor animalista, dejó un boceto en color indeleble sobre uno de aquellos mármoles. Y al lado, estuvo durante mucho tiempo, un cortejo nupcial en la Edad Media firmado por el ilustrador Rolf Hoerschelmann. El dueño, que era un entusiasta, había cubierto aquellas dos improvisaciones con una lámina de cristal. La pequeña exposición duró hasta el momento en que un americano, conocido con el nombre de Barny lo compró todo, dibujos, mármol y mesa. ¡No era ningún loco!

Un ejército de excéntricos frecuentaban también los cafés de Schwabing. El vendedor de marcos

era un número. Pintor en su juventud, se contentaba ahora con la pintura de los demás para vender su pacotilla. Empezaba por dar vueltas alrededor de las mesas, haciendo el artículo, pero sin esperar respuesta, se interrumpía a sí mismo, exclamando:

— ¡Ya sé que usted no va a comprar nada!

Y volvía a empezar su manejo ante la mesa contigua. Luego, sin haber vendido nada, salía del café. ¿De qué vivía aquel pobre hombre? Schwabing no era en todo caso el lugar de cita de los comerciantes o de los aventureros. Con aquellos bohemios, no se ganaba dinero alguno.

Un día —- era a comienzos de siglo — mi amigo Konrad Wolf vino a verme. Habíamos hecho juntos nuestro aprendizaje artístico: era él alumno de Stück, y yo del profesor Knirr. Abandonó la Academia y vivía en una linda casita de una calleja de Schwabing. Con un hondo suspiro tras decir su «no tengo ya dinero», Konrad se desplomó en un sillón.

—Como siempre — respondí lacónicamente. Estado de penuria constante.

Pareció meditar profundamente y luego, como movido por un resorte, se levantó:

—Sólo queda una cosa que hacer — declaró con firmeza—; no tengo dinero, debo, pues, casarme por dinero. Mi ama de llaves tiene dinero: voy a casarme con ella.

Le contemplé, consternado. La referida ama de llaves había conocido ya sus setenta y cinco primaveras y Konrad tenía veinticinco años. Intenté convencerle:

—-Pero ¿no piensas en la diferencia de edad? Si esa idea procediese del asilo de Egelfing (el manicomio de Munich) me parecería, aun así, absurda. Pero que venga de Konrad Wolf...

Lo echó a risa y, sin embargo, empezó a explicarme que el casamiento sería una broma, una ceremonia meramente formal; que su ama de llaves comprendía la broma y consentiría en desempeñar aquel papel. Y dicho esto, me tendió la mano, habiendo tenido la osadía de explicarme también que los regalos de boda servirían para apuntalar su fortuna bamboleante.

¿Y qué? La idea era tan absurda, repito, tan típicamente Schwabing, que accedí a ayudar a Konrad.

El fué quien diseñó unas invitaciones originales para enviarlas a todos los ciudadanos que gozaban de cierta posición. En el Munich de aquella época era de buen tono ingresar en los círculos de Schwabing y muchos consideraron como un honor aquella invitación.

Instalaron la mesa del banquete en el bonito estudio de Wolf. Cuando los «jóvenes recién casados» volvieron de la ceremonia, los invitados estaban ya reunidos allí; ninguno había acudido con las manos vacías. La desposada iba vestida de blanco, tocada virginalmente con un velo: todo lo había suministrado el sastre de disfraces Dirringer. Como detalle notable, no llevaba ella la tradicional coro-nita de azahar sobre la cabeza.

«Las sinceras enhorabuenas» salían de los cuatro rincones del estudio, con un leve retintín de pesar o de burla. Aquellos invitados eran casi todos ciudadanos respetables, ricos patronos, entre los que estaba Wildhagen, el constructor de cajas fuertes, que me dijo al oído, aunque lo bastante alto para que todo el mundo lo oyese:

—Esto no es una boda: es una tragedia.

Nosotros, los íntimos, sabíamos, sin embargo, que la tal tragedia era un triunfo. Apenas se marcharon los invitados, fuimos a examinar, a tasar los regalos. Numerosas botellas nos dieron ocasión de beber durante varios días por la felicidad de los cónyuges y a la salud de los donadores.

Unas semanas después, encontré en Ulm al constructor de cajas fuertes; le preocupaba saber cómo le iba a aquella pareja tan desigual. No tuve valor para desilusionarle y me lamenté con él. Se llevó al otro mundo la imagen deplorable de aquella pareja inverosímil.

En el libro de oro de «Simpli» (el nombre familiar del *Simplissimus)* podía leerse esta advertencia: «Es gibt auf dem ganzen Globus — nur eine Kathi Kobus» («No hay más que una Kathi Kobus en el mundo entero»).

Las oficinas del Simpli en la Tuerkenstrasse en Munich se componían de dos habitaciones unidas por un pasillo de los llamados de «tubo de pipa». La habitación de delante era la entrada de los Filisteos mientras que el tubo de la pipa y la habitación del fondo formaban un cenáculo para

intelectuales, que allí se apiñaban; una extraña luz rosada creaba a su alrededor el ambiente adecuado. Las paredes estaban cubiertas de cuadros; otros tantos exvotos por comidas o copas sin pagar. Kathi Kobus en persona había puesto en acción el proverbio «el Arte después del Pan». Ella era la que llenaba generosamente los vasos de los artistas, quien aceptaba a cambio sus inspiraciones y sus divagaciones cerebrales expresadas sobre el lienzo. De tal modo que reunió toda una galería de arte en la cual, confesémoslo, la mayoría de las obras tenían con frecuencia menos valor que los alimentos terrenales que habían pagado.

Entre aquellos cuadros sobresalían un retrato por Albert Weissgerber, un gran lienzo de Kaulbach júnior, unas obras del pintor berlinés Heiduk, de Constantino Holzer, para no citar más que algunos. En un rincón un pastel que representaba a un fraile, obra de un artista obsesionado por el tema místico; cosa curiosa tenía siempre admiradores enamorados también ellos de sus frailes inspirados. Se llamaba Heinz Hunger; acudía todos los días al Simpli y mi sitio estaba junto al suyo.

Sucedió que un forastero vino a sentarse a nuestra mesa de artistas; desconocía la costumbre ritual que exigía que cada recién llegado se presentase por sí mismo a los habituales. Hunger se levantó para cumplir aquella pequeña costumbre local y se presentó así:

—¡Hunger! *(hambre,* en alemán).

El forastero se puso en pie a su vez e inclinándose:

— ¡Durst!, (*sed,* en germano).

Hunger se contuvo. Miró fijamente a aquel hombre a quien creía agresivo. Entonces Kathi Kobus, muy hábil para resolver esa clase de dramas, llegó a tiempo de restablecer la paz. En realidad, aquel hombre no se llamaba *Durst* sino simplemente y jugando con cierta similitud de esas dos palabras, *Thirst.*

La atmósfera del Simpli estaba cargada de humo a través del cual conocíamos nuestros rostros pintorescos. Algunos excéntricos llevaban chaquetas de terciopelo, corbatas sueltas estilo Lavalliére y el pelo a lo «melena de león». Tenían su público: comerciantes que venían a gozar del alboroto que armábamos y a olvidar la monotonía de su vida cotidiana para participar durante un rato en la danza de la vida de bohemia.

Allí entré por primera vez en contacto con Enrich Muehsam, hirviente todo de pasión, y que, años después, iba a ocupar un cargo importante en el Gobierno republicano de soldados y trabajadores. Se contentaba en aquel tiempo con mostrarse más tronado que los otros, y con murmurar en tono profético:

—El Arte es sagrado. ¿Podría usted prestarme un *thaler?*

O si no recitaba un poema: «Soy un revolucionario rojo. Me gano el pan encendiendo la antorcha del progreso». Y reconocía paladinamente que el poema había pagado su consumición de copas.

También estaba allí Ludwig Scharf, el cantor del pueblo. Su amante era, según decían, una condesa húngara, lo cual no le impedía clamar su profesión de fe: «Soy un proletario, sin poder remediarlo».

Veía yo en el Simpli a muchos de mis modelos, cuyas fotos aparecían en los periódicos ilustrados. No se me ocurría nunca elegir personas célebres, sino realmente tipos que, gustosos e incluso a veces entusiasmados, consentían en posar. Como, por ejemplo, Duvajec, un húngaro que parecía una reencarnación de Dante, con su chaqueta de terciopelo, su cuello de guillotinado, su corbata suelta y su cara de asceta. Violinista notable, me acogía todos los días con la *Barcarola* de los *Cuentos de Hoffmann.* El pianista del Simpli, el viejo Klieber, formaba parte también de mi fauna predilecta.

Todos los schwabingeses le conocían, con su sombrero blando, su amplia capa, su cigarrillo inglés pegado a los labios, andando a grandes pasos hacia el Simpli, apoyándose en su bastón nudoso: era el pintor Asbé, fundador de la Escuela Popular de Pintura, en Munich. Tenía un truco: cuando llegaba un nuevo discípulo a su estudio, descorría una cortina y anunciaba al desgaire:

—Aquí está la obra que acabo de empezar.

Pasaban unos segundos, y luego, solemnemente, volvía a correr la cortina. Nadie había visto nunca a Asbé pintando, pero, según decían, se le había considerado en otro tiempo como un pintor

de gran talento; y luego, su porvenir había zozobrado en los placeres de la vida.

Murió en el Simpli. Kathi Kobus le había concedido el privilegio de dormir en la cocina. Como tantas otras veces, entró una noche, se desnudó para echarse a dormir en el viejo sofá. Pero la cocinera intentó en vano despertarle a la mañana siguiente. Su sueño se encadenó a la muerte.

* * *

En la Tuerkenstrasse, a dos pasos de mi estudio, y del Simpli, había un estanco. En el escaparate no se veían ni puros, ni pipas, ni cigarrillos sino una sensacional colección de erizos de mar, de peces-espada, de moluscos, de armas de cazadores de cabezas y, como pieza fundamental, el esqueleto de un mono enguantado con papel de fumar. El dueño de aquel establecimiento fenomenal era un hombre que había recorrido los siete mares, trayéndose a su casa aquellos recuerdos.

Conocía yo a aquel hombre. Había colocado ante mi máquina aquel rostro enmarcado por un pelo rizado, de mentón granítico y de nariz aguileña. Se llamaba Hans Boettcher, pero en el Simpli se le conocía por Joaquín Ringelnatz. Sus parroquianos se llevaban sus compras envueltas en un bonito papel muy limpio, sobre el cual había él hecho imprimir un poema o una máxima de su cosecha. Recuerdo uno de aquellos poemas, que decía poco más o menos lo siguiente:

Había una vez una linda tabaquera, gala y orgullo de Federico el Grande, era del más recio nogal su madera, y a ella la envanecía tal materia.

Ringelnatz, poeta laureado del Simpli, sabía que llevaba dentro el germen de una enfermedad mortal. La había traído de sus lejanos viajes y bebía para disipar aquella idea fija. Algunos años después sus amigos abrieron una subscripción para que pudiera seguir un tratamiento en un sanatorio suizo. El editor Rowohlt, organizador de la subscripción, escribió entre otros a Adolfo Hitler. Y éste me preguntó:

—Dígame, Hoffmann, ¿qué clase de tipo es ese Ringelnatz?

Le describí lo mejor que supe aquel bohemio salvaje; a Hitler le fué simpático y envió un donativo.

Sentía el Führer cierta debilidad por aquellos artistas despreocupados; y acaso le atraía más aún hacia ellos el hecho de estar tan alejado de aquellos hombres. Sin embargo, en el terreno político, apartó siempre aquellos «bohemios» de Bohemia. «Son demasiado tolerantes, demasiado irregulares», decía, «sin el menor sentido de la disciplina. Su manera de vivir era la de los lugares de diversión de Schwabing, pero el pueblo alemán requiere otra cosa.»

En el fondo, su apreciación dependía de su humor. Si sus asuntos marchaban bien, aquellos bohemios tenían el don de divertirle. Cuando la situación era grave, los rechazaba con desprecio.

* * *

Frank Wedekind me había pedido que fuese a fotografiar a su familia. Al subir la escalera que conducía a su piso, se me desprendió el pasador de la camisa y me encontré, tendiendo una mano a Wedekind y sosteniendo con la otra el cuello postizo, que amenazaba con subírseme a la barbilla.

Coloqué apresuradamente la familia ante el objetivo y desaparecí debajo de mi amplio paño negro, intentando graduar mi máquina y al propio tiempo arreglarme el cuello. Pasó un momento que me pareció un siglo, me falló todo y como un vencido, reaparecí de debajo del paño ante los niños cansados, gruñendo y reacios. Wedekind, por su parte, me contemplaba de arriba abajo:

—Oiga, joven — me dijo — parece usted estar nervioso...

Mi única salida era explicarle mi tormento. Entonces, riendo, me ofreció su cajita de pasadores de cuello.

Aliviado, volví al fin a mi tarea.

Cuando su familia se hubo marchado, Wedekind vino a charlar un momento conmigo.

—Como mi mujer espera un hijo — me explicó —• quiero que la fotografíen todos los meses. Deseo evaluar los cambios progresivos de su silueta y anotar, desde el punto de vista psicológico, las transformaciones de la máscara facial.

Entablé amistad con varios habituales del Simpli.

Entre ellos, con un joven americano, Hermann Sachs que, durante algunos años había trabajado con Mollier, el profesor de anatomía. El tal Sachs hacía todos los croquis anatómicos utilizados en las conferencias de Mollier; ilustró también varios libros de él. El también fué quien dio a conocer los trabajos de Batik desconocidos hasta entonces en Munich y gracias a la originalidad de sus dibujos y a la riqueza de su colorido, los hizo populares. Ayudaba a todo el mundo con entusiasmo, fuese quien fuese. Le habían apodado «el filántropo».

Cuando estalló la revolución, después de la primera guerra, Sachs se hizo radical. Mientras duró el régimen comunista en Munich, fué director de la Escuela de Arte y quiso que me encargase de la sección fotográfica. Me costó mucho trabajo convencerle de que yo no sentía la menor ambición y le aconsejé con insistencia que desapareciese cuando aún era tiempo. A mi juicio, los días de la República de Soldados y Obreros estaban contados. Pero me trató con desprecio. Su fe en el populacho (el lo llamaba pueblo) era inquebrantable.

Sin embargo, la República se derrumbó poco tiempo después y con ella toda la gloria de mi amigo Sachs. Su detención era inminente: y vino a pedirme asilo. Pero no bien se arriesgó a salir fué reconocido, detenido y encarcelado en la fortaleza de Ingelstadt. Las autoridades admitieron la fianza que sus amigos abonaron por él y logramos que le pusieran en libertad y luego ayudarle para que volviese a su país.

* * *

Karl Valentín era uno de los actores más relevantes de Munich. «En escena como en la ciudad», seguía siendo el mismo personaje. Sus «sketches» y sus monólogos que él mismo escribía, eran inimitables, inadaptables y sólo él podía representarlos. Largo y delgado, personificaba la torpeza. Sus juegos de palabras recordaban a Till Eulens-piegel; y sus conclusiones, lógicas y paradójicas, eran pasmosas. Se apellidaba en realidad Freyet, venía de Giesing, ese barrio que, desde siempre, ha conservado el dialecto virulento de Munich. Poco sociable, terco como una muía, Valentín no aceptaba consejos más que de sí mismo. Decía:

«Yo no necesito ni cerveza ni vino: aire es lo que me hace falta.»

Como era asmático, tenía que llevar siempre consigo un baloncito de oxígeno; pero aquella especie de invalidez le hacía, sin duda, hipocondríaco y agarófobo.

La primera vez que le vi fué en 1905, durante una representación dada en el Hotel Wagner, de Munich. Presentaba un «sketch», *La caballería pesada,* en el cual desempeñaba el papel de un dragón. Su porte y su maquillaje eran irresistibles. Un par de botas enormes, tres veces mayores que sus pies, iban coronadas por un uniforme tan ceñido que aquel dragón parecía un mango de escoba. Pero, para una mirada perspicaz, lo grotesco de aquel personaje sobrepasaba la chanza, pues cada uno de sus gestos estaba minuciosamente regulado, y sus actitudes, sus modales, todo eso lo habíamos visto ejecutado sin notarlo por centenares y centenares de dragones: aquella caricatura constituía una verdadera obra maestra.

No era fácil fotografiar a Valentín. Tenía sus ideas propias sobre todas las cosas y nada ni nadie le hacía renunciar en ellas. Un día disputé con él. Había decidido yo fotografiarle de perfil, pues si no mi foto sería la de una trompeta sin cara, ya que en aquel «sketch» era él trompetero. Pero no quiso escucharme:

—Me tiene sin cuidado todo eso —replicó —; en esta foto lo que importa es la trompeta: la cara puede usted ponerla después.

Al poco tiempo de aquello, volví a ver a Valentín en otro «sketch» titulado *El estudio del fotógrafo.* Me fué muy fácil reconocer todos los detalles de la visita que me había hecho, arreglados a su manera. Conservo en la memoria un trozo de diálogo:

— ¡Atiza! —decía el aprendiz—, he roto la placa de ese loro de la señora Meyer; va a venir a ver las pruebas y se armará la gorda.

—Nada de eso — respondía el ayudante —; la conozco tan bien que me comprometo a fotografiarla de memoria.

Era realmente un genio del disparate, aunque resultaba que aquellos disparates suyos tenían un hondo sentido. Los intelectuales le admiraban tanto como los espectadores que iban sólo a reírse; pronto se sintió como en su casa en los círculos de Schwabing.

Divertía en grande a Hitler; pero Valentín se mantuvo decididamente alejado de él o, al menos, de su política. Una de sus mejores creaciones fué la pieza tragicocómica *A bordo,* que representó en el Teatro Goethe. Hitler acudió allí varias veces, y en cada una de ellas se divertía más. Valentín artista era ayudado por Valentín artesano.

Tenía una pequeña tienda de carpintero-hojalatero en la que construía todas sus decoraciones. Su gabinete de curiosidades se había convertido para sus amigos en la «guarida de los ladrones». Aunque había que pagar para visitarlo y aunque su casa estuviese siempre llena, no hizo nunca fortuna con su pequeño museo, pues sus ideas nuevas devoraban al día todo el dinero que ganaba.

Una de sus manías eran las películas de corto metraje. Tampoco con esto ganó nada, pero su entusiasmo no era materia para obtener dinero.

Y, a propósito de su museo: su guillotina era la atracción número uno. A decir verdad, ese aparato le fascinaba. Con el modelo de la guillotina-mater confeccionó guillotinas en miniatura que sirvieron a sus amigos de cortapuros. Un día, el jefe de la Policía, que había venido a visitarle, «cayó», por decirlo así, sobre la guillotina. Dio vueltas al objeto en todos sentidos y descubrió que era una exacta reproducción de la guillotina oficial. Y como el modelo era un secreto de Estado, abrieron una indagatoria. Acabaron por averiguar que un ayudante del verdugo Reichard había hecho un croquis para entregárselos a Valentín. El mencionado ayudante fué despedido, pero Valentín, buen amo, se movió con todo interés para encontrarle otro puesto; en una palabra, le hizo celador de su gabinete de curiosidades.

En un encuentro casual, Valentín se puso a hablarnos (estaba yo con mi mujer) del talento artístico de su hermano, fallecido en la niñez. Concedía —nos dijo— una gran importancia a mi opinión y nos invitó a venir un día a tomar café en su casa para enseñarnos los dibujos.

Llegado aquel día, en el descansillo de su piso tercero, en la casa de la Mariannenplatz donde vivía, Valentín nos acechaba. Llevaba un casco de acero chulonamente inclinado sobre un ojo y, mientras se adelantaba para recibirnos, tocaba en su trompeta una variación sobre el tema de la canción *Horst-Wessel.* Luego, de pronto, se interrumpió y, con una imitación irresistible del saludo nazi, nos hizo entrar, pronunciando un pequeño discurso de bienvenida en el cual se mezclaban todos los tópicos y los «slogans» del Partido. Y concluyó con gran énfasis:

—Y sin rencor, se lo ruego, esto es todo lo que soy capaz de hacer por el momento. La próxima vez resultará mejor.

Nos fué servido el café en una habitación espaciosa y agradable, mientras nos enseñaba los dibujos de su hermano. Me sorprendió el talento precoz y excepcional de aquel muchacho.

Cuando Valentín vino a su vez a visitarnos, fui a buscarle en mi coche. Se había puesto un sombrero alto de ceremonia, cogió su paraguas y salimos. Pero, al llegar ante el auto, se negó tenazmente a subir a él. Detestaba los coches —me dijo— y tuve que desplegar tesoros de persuasión para hacerle cambiar de opinión. Por último, se metió a regañadientes.

—Pero vaya usted despacito, se lo ruego — me pidió.

Fué la cosa más chusca de mi vida: aquel Valentín, sentado, inmóvil, en el coche descubierto, con su sombrero anticuado protegido por un paraguas abierto. Atrajo todas las miradas; la gente le reconocía y le hacía señas; y él me daba en el hombro a cada momento:

—Pare usted un minuto, profesor, ahí está uno de mis amigos... Bueno, en realidad, no le conozco: debe ser amigo de uno de mis amigos y voy a decirle dos palabras.

Valentín se ponía a charlar de todo y de nada con una multitud de curiosos que se apretujaban alrededor del coche. Era imposible avanzar. Hubiéramos llegado a mi casa a pie en unos segundos.

En 1937, convalecía yo de una grave enfermedad cuando Valentín vino a verme. Hitler estaba precisamente a mi lado y Valentín le saludó con aquella espontaneidad mezclada de humorismo que le hacía irresistible. Durante la visita se cortó un dedo ligeramente; Hitler le aconsejó que se lo vendase mi enfermera. Con una cara tremendamente dolorida, como si fuese a sufrir una operación peligrosa, Valentín se tumbó sobre la mesa y permitió a la enfermera que le envolviese la mano en un enorme vendaje.

Un momento después estábamos sentados en el jardín de invierno, donde había una estatua de

Thorak, casi de tamaño natural. Valentín entró, desapareciendo bajo el ropaje del doctor Morell y, de pronto, con una cuchara en la mano, se puso a examinar la estatua de bronce como a un enfermo con un estetoscopio. Hitler se divertía como un loco, y cuando Valentin se hubo marchado:

— ¡No puede decirse que sea un *clown* —afirmó —; este Valentin es un actor nato!

Coleccionista furibundo, Valentin había reunido más de 25.000 tarjetas postales, entre las cuales figuraban todas las extravagancias imaginables —un niño sentado en su orinal, escenas de amor, paisajes con lentejuelas—. Poseía además una serie de fotos representando los monumentos históricos de Munich, dibujos de todas las generaciones de artistas cómicos muniqueses, cuadros de todos los lugares de diversión del viejo Munich. Un día vino a encargarme que preguntase a Hitler si le agradaría adquirir sus colecciones.

Hitler escuchó mi proposición con interés; pero quiso saber lo primero en qué consistían aquellas colecciones y lo que Valentín pedía por ellas. Y aquí es donde comenzaron las dificultades.

—Cien mil marcos — exigió Valentin, sin andarse por las ramas.

Cuando le hice observar que el comprador debía saber lo que iba a obtener por semejante suma, Valentin, señaló las cajas.

—Todo está ahí —me dijo—. ¡Por Dios! ¿Para qué iba a servir una lista?

Llevé a Hitler la respuesta: si deseaba el lote tenía que aceptar la oferta de Valentín a ojos cerrados. Hitler accedió a condición, sin embargo, de que Valentín no emplearía ni un céntimo de la suma en financiar su productora de «films». No admitía que Valentin, con sus modales afectados y sus muecas raras, pudiese aportar una materia apropiada para la pantalla.

Transmití esta contraoferta, un momio, pensé, para Valentin. Pero él replicó:

—¿Por quién me toma usted? ¿Cree usted que yo iba a vender mis colecciones si no tuviera necesidad de dinero, precisamente para mis películas?

Y nada pudo hacerle desistir de su negativa.



Ilustración 11. Hitler en el Congreso de Nuremberg.



Ilustración 12. El Führer saluda a la señora Winifried Wagner, en Bayreuth.



Ilustración 13. El primer Gobierno presidido por Hitler, el 30 de enero de 1933.

Hitler, sin embargo, quería ayudarle:

-Dígale también —propuso— que le abonaré 30.000 marcos al contado y, además, una pensión de mil marcos mensuales para el resto de sus días. En suma, un seguro de vejez.

Pero a Valentín tampoco le impresiono aquello. —Presente usted a nuestro Führer mis saludos más respetuosos —respondió con toda la seriedad inimitable de su personaje cómico — y dígale que si no me paga los 100.000 marcos al contado, ya puede colocar su dinero donde el mono esconde sus nueces. Porque, ¡voy a hacer mi película! Soy como él: conmigo todo o nada. —Y fué nada. Ahora bien, no estábamos aún a mediados del verano de 1953 cuando la mayor parte de la

colección fué vendida en Colonia en 7.000 marcos. Los herederos de Valentín habían rechazado al principio la oferta de la ciudad de Munich, y luego esperado dos años para tomar una decisión. Aproximadamente en esa misma época, los admiradores de Valentín habían hecho una campaña para erigir un monumento a la memoria de aquel actor único, en la plaza del Mercado de la ciudad.

* * *

¿Qué fué de todos aquellos bohemios de la época, cuyos nombres evocan hoy todavía, después de todas las tormentas pasadas, aquel Schwabing y su Simpli, sus innumerables estudios, su carnaval perpetuo?

Ringelnatz murió en 1934. Pacin, uno de los más tenaces del Simpli que había tomado como modelos a las «pupilas» del hermano de su madre y que había pasado su infancia en una casa equívoca de los Balcanes, falleció de una terrible dolencia. Reznicek, el pintor de las adorables mujeres del gran mundo, murió a los cuarenta años, de una hemorragia abdominal, en una clínica de Munich. Osten-Sacken, el báltico, se quedó ciego a consecuencia de su afición desatinada al alcohol; sin embargo, algunas veces, conducido por un lazarillo, acudía aún al Simpli, donde divertía grandemente a los invitados con sus relatos y sus poemas.

En cuanto a Danny Guertler, a quien llamaban de modo rimbombante «rey de los Bohemios», murió orgullosa-mente en un manicomio. Hans Dorde, autor de tantas canciones militares, muy conocido en el Teatro Intimo y «estrella» de los Siete Verdugos, dejó de acompañarse a sí mismo cuando le atacó el reuma a las manos. Después, esa enfermedad se extendió por todo su cuerpo y murió en una trágica inmovilidad.

Frank Wedekind sucumbió de resultas de una operación abdominal. Todo un grupo: Lion Feuchtwanger, Peter Hirsch, Harry Bing, Thomas Heine, Roda-Roda y muchos otros, decidieron emigrar.

Los dirigentes intelectuales de la República de Soldados y Trabajadores, de 1919, acabaron todos de un modo poco natural: Eisner, primer ministro de Baviera, fusilado ; Landauer, asesinado; Toller, muerto al intentar evadirse. En cuanto a Eric Muehsam, se ahorcó en su celda.

Kathi Kobus quiso retirarse en 1922; sacó a subasta su colección de cuadros; pero la inflación hizo fracasar sus planes, y, teniendo que comenzar de nuevo por el principio, volvió a encargarse de la dirección del Simpli en 1923.

No podré olvidar el nombre de una mujer que me fascinó hace cuarenta años y a la que acabo de encontrar e incluso de reconocer: Mary Irber, cantante en otro tiempo en los Siete Verdugos.

Tal es la lista casi completa de los que constituyeron la gloria de Schwabing, la lista, al menos, de los que sobreviven en mi memoria. Añadiré unas palabras en honor de Peter Altenberg, inventor de los «slogans» nacionalistas, uno de los más deslumbradores asiduos del Simpli. Me parece verle con los pies desnudos en sus sandalias de madera y unos lentes en lo alto de la nariz, asegurados con aquella ancha cinta que serpenteaba por detrás de su oreja izquierda.

* * *

En 1923, Hitler quiso conocer aquellos famosos círculos bohemios de Schwabing. Pero, en realidad, no íbamos a pasar del Café Glasl, enfrente del Café Stefani, en la Amaleinstrasse y la Osteria de Schellingstrasse. Al salir de su círculo íntimo, Hitler sentíase tremendamente tímido. Hubiese querido unirse a nuestro grupo despreocupado, pero le contenía una especie de miedo: jamás realizó su deseo.

Más adelante, cuando hubo dominado su timidez para frecuentar la Osteria, la pandilla del Simpli (Theodor Heine, Gulbranson Wilke, Arnold y Thoeny) desaparecieron del café. Sin embargo, Thoeny y Arnold, que acostumbraban a ridiculizarle, fueron nombrados profesores cuando Hitler asumió el poder.

* * *

En el año de 1920, los cafés desempeñaron un gran papel en la vida de Hitler. Ello se debía a una costumbre de Viena, donde la vida y el trabajo giran alrededor de los cafés. En Munich, era él, al mismo tiempo, asiduo concurrente del Café Wichand, cercano al Volkstheater, al salón de té Carlton, lugar de reunión aristocrático en la Briennerstrasse, y al Café Heck en la Galeriestrasse, donde los

muniqueses auténticos se citaban. Su preferido era el Café Heck, y allí, al final de un estrecho saloncito, tenía su mesa reservada. Nadie a su espalda y, en cambio, ante él una vista perfecta de todo el café: aquello era para él de una gran importancia, desde el punto de vista de su seguridad. Aquella mesa llegó a ser un verdadero centro social en miniatura. Con los amigos y los confidentes, los espías de los otros partidos encontraron el medio de insinuarse allí, los aventureros que esperaban sacar algún provecho y los artistas que saboreaban lo pintoresco del conjunto.

El capitán Roehm era quizá el personaje más ilustre de aquel círculo cotidiano. Había conocido a Hitler siendo él oficial instructor en el ejército y le tuteaba con gran familiaridad. Era preciso acostumbrarse a las atroces cicatrices que surcaban la cara de Roehm, reliquias de una herida de guerra. Entonces encontraba uno en él un compañero encantador.

Roehm era por entonces atacado con mucha violencia por la Prensa de izquierda; no soportaban su género de vida, lo cual, por otra parte, no ejercía la menor influencia sobre Hitler.

—En un hombre como él — decía —, que ha vivido mucho tiempo en los países tropicales, semejante... llamémosla así, *enfermedad,* tiene derecho a una benevolencia especial. Roehm es, en suma, indispensable al Partido: sus conocimientos del ejército son de primer orden y mientras no promueva escándalo diré que su vida privada no me importa.

Otra personalidad relevante en el grupo era la del profesor Stempfle, ex jesuíta. Hitler le consideró al principio como un espía; después, Stempfle se ganó su confianza y fué, incluso, uno de los poquísimos que pudo conseguir que el Canciller obrara con cierta moderación.

El 17 de junio de 1934 marché a París con mi segunda mujer, para gozar de una luna de miel retrasada. Werlin, el director de las fábricas Mercedes-Benz, me esperaba en la capital francesa. Debía yo hacer unas fotos del coche «Mercedes» que iba a tomar parte en el Gran Premio del 21 de julio. La víspera de la carrera, en el momento en que salíamos del teatro, nos aturdieron los gritos de los vendedores de periódicos y los remolinos de una multitud sobreexcitada por los titulares sensacionales que pudimos ver al fin en la primera plana de los diarios de la noche: «¡Fracasa una tentativa de «putsch» en Alemania! ¡Roehm y seis jefes de las S. A., fusilados!». A la luz de un farol, devoramos aquellas noticias inciertas. ¡Cómo! ¿Roehm, el hombre de confianza de Hitler, un traidor? No podía creer lo que leían mis ojos.

De repente surgieron en mi memoria las últimas palabras de Hitler antes de mi marcha a París.

—Bien, si un motor de carreras extranjero le parece a usted más importante que un acontecimiento que va a ser único en la Historia, no le detengo, ¡márchese!

Días antes me había él invitado a acompañarle para efectuar una visita de inspección en los campamentos de Arbeitsdienst, en el país renano. Me negué, y esto le molestó algún tanto. Generalmente, una invitación de Hitler representaba para mí una orden, pero en aquella ocasión concedí la prioridad a la promesa hecha a mi mujer, y tomamos el tren de París.

Y allí estaba yo, en pie, en aquella calle extranjera, estupefacto, con el diario en la mano. «Acontecimiento único» él había dicho. ¿Conocía, pues, desde antes, el plan de aquella tentativa de «putsch»? ¿Había tenido realmente Roehm el propósito de suplantar a Hitler? El diario francés así lo afirmaba, pero aquello me parecía inverosímil. La idea suprema de Roehm —me lo había él dicho con frecuencia— era transformar la S. A. en un ejército de voluntarios, en un ejército más potente que el de cualquiera otra nación del mundo. En lo cual estaba en desacuerdo con Goering y con Himmler: los dos veían en él, en aquel hombre detrás de quien se agrupaban miles de S. A;, la fuerza armada viva del país, su más temible adversario. Roehm gozaba, además, de la ventaja de ser más íntimo de Hitler que Goering o que Himmler. Allí empezaba un misterio que no debía esclarecerse jamás.

«Luna de miel» habíamos dicho mi mujer y yo. Nos vimos arrancados brutalmente de nuestro sueño *y* emprendimos el regreso hacia Alemania.

Fui en seguida a ver a Hitler y me pareció que estaba hondamente emocionado.

—Figúrese usted, Hoffmann —dijo apretándome el brazo— que esos cerdos han matado también a mi buen Stempfle.

Más adelante, cuando se me ocurrió hacerle alguna pregunta sobre aquel asunto, Hitler me impuso silencio con un gesto brutal.

—Ni una palabra más — ordenó.

No debía yo nunca conocer su secreto.

Otro hombre de la camarilla era el barón Reichel, dibujante de talento, conversador ameno y, sobre todo, un hombre de mundo. Era, por decirlo así, el mediador entre Hitler y la Casa Real de Baviera. El fué quien presentó Hitler al príncipe, y fué el príncipe quien propuso la solución siguiente al problema judío: «Los chinos son excelentes hombres de negocios. Si consiguen ustedes introducir 30.000 en Alemania, les librarían muy pronto de los judíos. Comparado con el chino astuto, el judío es un recién nacido: y cuando éste vea su trabajo desbaratado saldrá de Alemania lo antes que pueda y de buen grado. De esta manera, sin asumir las responsabilidades ni las preocupaciones de unas medidas represivas, se desembarazarán ustedes de toda esa horda».

—Brillante idea, Alteza —concedió Hitler—. Pero, ¿ tendría V. A. la bondad de explicarme de qué modo podré introducir esos treinta mil chinos en Alemania y de qué otra manera podré desembarazarme de ellos una vez terminada su labor?

Sentábase a la mesa de Hitler otro asiduo que hablaba poco, pero que no perdía ni una palabra de cuanto allí se decía. Ni una sola vez, ya fuese con una pregunta o con una respuesta, suscitó él la controversia. Pero, pese a su mirada seria, una sonrisa irónica se marcaba en la comisura de su boca. Roehm no podía soportarle:

—¡Condenado individuo! —decía—. Es el tipo del provincianillo mezquino y solapado. Compensa la inteligencia que le falta con una devoción borreguil a Hitler. Ese idealismo improvisado y ese galimatías relativos a la Raza y al Teutonismo, todo eso, me repugna.

El individuo en cuestión era diplomado en agricultura y dueño apacible por entonces de una granja avícola.

Se llamaba Heinrich Himmler.

*** * ***

Un día —era el año 1925— Hitler y yo estábamos solos en el Café Heck cuando entró un matrimonio seguido de sus tres hijos. Conocía yo al marido, pero no lograba situarle. Se cruzaron nuestras miradas y vino él a saludarme amistosamente. ¡Pero hombre! Era mi antiguo condiscípulo Isi, de Regensburg. No podía dejar de presentarle a Hitler, quien le acogió con una sonrisa burlona. Me sentí azorado y decidí impedir, al menos, que Isi se sentase a nuestra mesa. Murmuré una disculpa a Hitler y me trasladé a la mesa de Isi. Y nos dedicamos a evocar los recuerdos de nuestros pasados años. Pero estaba yo sobre ascuas. De pronto, me despedí con unas palabras amistosas y me reuní de nuevo con Hitler.

—¿Quién es ese compañero suyo? —me preguntó.

—Mi proveedor de armas — respondí muy serio.

— ¡Vamos, Hoffmann! No querrá hacerme tragar que es usted un guerrero secreto —dijo Hitler, soltando una carcajada feroz.

Me defendí.

—¿Guerrero? Pues sí: lo fui de joven —expliqué, evocando los recuerdos de mis años escolares. — Eramos un puñado de protestantes y teníamos que luchar duramente contra el Regensburg católico. El odio entre los dos partidos habíase iniciado, en Regensburg, a raíz de la Guerra de los Treinta Años. Aquel odio tradicional pasaba de generación en generación. Ahora bien, había entre nosotros un pequeño judío, Isi, tan asiduamente cortejado por los católicos como por los protestantes. Los padres de Isi rogaron a los míos que me confiasen en cierto modo su retoño de tal modo que yo, el más feroz de los protestantes, tomé bajo mi protección al pequeño Isi, y todos los días le devolvía a su casa, sano y salvo. En agradecimiento a mis leales servicios, su padre me autorizó a escoger en el arsenal familiar sables, armaduras o corazas que pertenecieron en otro tiempo al 2.° Regimiento de Infantería de Regensburg. El padre de Isi tenía todo un depósito de chatarra vieja, recuerdo de otras campañas. Entonces, equipados y armados, entablamos una guerra salvaje contra nuestros enemigos.

A Hitler le interesaban precisamente aquellas aventuras infantiles (y yo respiraba con alivio), cuando fuimos interrumpidos otra vez por mi amigo Isi. Con una foto de Hitler en la mano musitó:

«Un autógrafo, por favor».

Hitler firmó. Cuando la familia Isi se hubo marchado, Hitler me miró sarcástico.

—Con otros compinches de este género, Hoffmann, corremos el riesgo de que nos inviten a tomar una taza de café en la Sinagoga.

CAPÍTULO IV. EL FÜHRER Y LOS AUGURES

He ignorado durante mucho tiempo cuál era la actitud de Hitler ante la Iglesia (católica o protestante). Y he tardado también mucho en descubrir que había él sufrido una metamorfosis total en materia religiosa, durante su vida política. Pero no he comprobado nunca en él esa violencia agresiva característica de algunos de sus *gauleiters.* Decía él como explicación:

—Yo también tengo tanta necesidad de la Iglesia como la tenía la monarquía.

Unos años antes de la guerra, la lucha sorda estuvo a punto de estallar. Hitler se vio obligado a intervenir.

Uno de los más fanáticos adversarios de la religión en el Partido era indudablemente Bormann, a quien Hitler se vio obligado con frecuencia a contener. Por otra parte, me ordenaba que le hiciera conocer la verdad sin rebozo y fuera la que fuese, sobre la opinión pública, Hice uso a menudo de ese privilegio que no dejaba de tener sus riesgos, sin intentar saber si me creaba o no un enemigo en Bormann.

Cuando estaba yo en Viena, durante la guerra, mi yerno Baldur von Schirach me rogó que llamase la atención de Hitler sobre ciertos hechos que desacreditaban al Tercer Reich en Austria. Tuvo que decírmelo de palabra —le expliqué a Hitler— porque las cartas que había él escrito a ese respecto, fueron interceptadas por Bormann. El Führer, sin embargo, eludía mis reivindicaciones con un aire vagamente apenado:

—No sé nada en absoluto de esos incidentes de Austria. ¿No tiene usted alguna otra cosa tan desagradable como esa que contarme?

—Lo siento, pero sí que la tengo. ¿Sabe usted, señor Hitler, que han sido quitados los crucifijos de las escuelas en Baviera? Es una orden del gauleiter Wagner, que a su vez ha recibido instrucciones de Bormann.

Hitler se inquietó:

—¿Está usted completamente seguro de eso, Hoffmann?

En absoluto, podría traerle los testigos. Añadí que Bormann había decretado el registro de todos los monasterios para seleccionar determinados libros que se proponía unir a los de su gran biblioteca anticlerical. Numerosos monasterios habían sido cerrados y viejas monjas que se habían pasado allí toda su vida, fueron enviadas a sus casas sin otra forma de proceso, o sino, en muchos casos, encajadas en hospicios.

—Estoy seguro, señor Hitler — agregué — que no habrá usted olvidado nuestra visita al Hospital de Munich donde las enfermeras eran religiosas católicas. Elogió usted su abnegación y declaró que prohibiría a todo miembro del Partido el que obstaculizase en lo más mínimo la obra de las Hermanas de la Caridad.

Hitler mandó llamar a Bormann en el acto y le dijo tajantemente:

—Esos manejos deben cesar sin dilación.

Bormann, servil, con su cartera de Agregado debajo del brazo, se inclinó:

—Muy bien, mi Führer. Transmitiré inmediatamente vuestras órdenes por telégrafo a todas las autoridades interesadas.

Y luego, lanzándome una mirada llena de odio, salió.

Bormann compuso un libro con todas las acusaciones que había descubierto en sus archivos y carpetas contra el clero. Al publicarse, el cardenal dirigió un llamamiento a Hitler que le rogó viniera a almorzar a Obersalzberg.

Durante su conversación, el arzobispo de Munich pidió a Hitler que diera la orden de que recogieran aquella obra sospechosa y partidista. Sus argumentos vencieron la última resistencia del Führer y Bormann se vio condenado a destruir todos los ejemplares de su libro.

Al relatar los detalles de aquella conversación a algunos íntimos, entre quienes me encontraba, Hitler dio pruebas de moderación con respecto a la Iglesia. En realidad aquella moderación debía desaparecer durante los años de guerra: la Iglesia había dejado de serle útil. Claro que reconocía la perspicacia del cardenal Faülhaber, pero sabía, además, que Baviera era un país profundamente católico y que un nombre de Estado digno de este nombre que intentase atacar las creencias religiosas de un pueblo, iba derecho al fracaso.

—Un conductor de hombres — declaró — ejerce su poder no por la fuerza, sino por su prestigio sobre un pueblo. No empleará la fuerza más que contra los que, con desprecio de la opinión pública mantienen su oposición. ¡Que sea entonces inexorable!

Numerosos dignatarios de la Iglesia tenían a Hitler en alta estimación. El abad Schachleitner le visitaba con frecuencia para discutir los asuntos de la Iglesia con él. El monasterio renano «María Laach» era un sitio célebre de peregrinación; Hitler fué allí y tuvo una larga conversación confidencial con el prior. En cuanto al prior del monasterio de Benz, en Franconia, antiguo misionero en las colonias alemanas, sostenía con Hitler frecuentes e instructivas discusiones. Un día, después de haberse despedido de él, en el auto, Hitler suspiró:

—Así es cómo la Iglesia envía al extranjero sus inteligencias más brillantes, mientras que nosotros elegimos los más estúpidos.

* * *

En 1925, comprendí que mi hijo debía ingresar en un pensionado. Tenía nueve años. Consulté sobre ello a Hitler.

—Llévelo usted a un colegio religioso —me aconsejó —. Los conventos son todavía lo mejor como sistema educativo. Le señalo el convento Simbach del Inn, frente a Braunau; tenía mucha fama en mi juventud.

Estas palabras me sorprendieron. ¿Es que Hitler no sabía que yo era protestante? Sin embargo, hice lo que me dijo y él mismo fué quien condujo a mi hijo al convento, en su nuevo «Mercedes». Le presentó a la Madre Superiora.

—-Procure hacer de él un hombre —la dijo al marcharnos.

Y a la vuelta, me sugirió:

—Regale usted un buen cuadro al convento.

Y en otra ocasión, cuando fui a ver a mi hijo, llevé un cuadro al óleo para la capilla, representando a la Sagrada Familia.

* * *

Uno de los pastores protestantes que tuvo que cambiar su feligresía por el campo de concentración fué ese mismo Nimoeller que, en 1935, hablaba del «poderoso trabajo para la unificación de nuestro pueblo» que debía comenzar entre nosotros.

Fué una noche, durante una comida, cuando Hitler nos anunció la detención de Nimoeller. Bormann movió la cabeza, aprobando.

—La Oficina de Seguridad me ha sometido el texto de una conversación telefónica entre Nimoeller y uno de sus hermanos en Cristo — explicó Hitler —. Nimoeller no sólo hablaba de mí en términos rencorosos sino que expresaba también ideas que tienen un carácter de alta traición. Le he mandado buscar; se ha inclinado con unción para ofrecerme sus respetos. Le he contestado brutalmente que su fidelidad no era para mí sino hipocresía. Y colocando el parte de la Oficina de Seguridad ante sus ojos, me he negado a escuchar ninguna explicación. Y le he hecho detener por la Gestapo.

Años después, pregunté a Hitler si Nimoeller seguía en la cárcel. El Führer se mostró categórico:

—Seguirá donde está hasta que se someta.

Aunque, al mismo tiempo, dio órdenes a Himmler para que Nimoller fuese tratado con la mayor consideración en su cautiverio.

* * *

A Hitler le entusiasmaba visitar las iglesias; aunque atrajesen su atención la arquitectura, las pinturas, las esculturas, observaba siempre con todo rigor las costumbres religiosas.

Nuestra común pasión por el arte nos impulsó a visitar un gran número de iglesias, capillas y conventos, durante los años de nuestra convivencia. Entre muchas otras, recuerdo la iglesia del Mar en Wilhelmshaven.

Al salir, preparé mi máquina. Hitler bajada despacio los escalones y en el momento en que se encontraba bajo la cruz dorada del pórtico, le hice la foto. Era, a mi juicio, una placa interesante y original. Pero los anticlericales del Partido se alzaron contra mí. Cuando la foto apareció en mi libro *Hitler desconocido* fui acusado de haberle representado como un católico practicante. El propio Hess pidió que la foto fuese retirada, pero quise someter el asunto entero a la decisión de Hitler.

—Es cierto —reconoció con moderación-— que visito las iglesias. Lo que en ese día eran mis pensamientos, su foto no podría decirlo, ni es usted quien ha colocado la cruz por encima de mi cabeza en su clisé. Déjelo, por tanto, tal como está; si el pueblo cree que soy devoto, eso no me ocasionará perjuicio alguno.

*** * ***

Hitler creía que el destino habíale elegido para elevar el pueblo alemán hasta la cumbre. Su subida al poder, su triunfo fulminante, no hicieron sino confirmar tal creencia, tanto entre sus partidarios como para él mismo.

Cuando en medio de un discurso Hitler invocaba la Providencia, no era éste sólo un efecto retórico. En cierto modo, él estimaba que estaba situado bajo el signo del milagro.

Comenzó aquello en marzo de 1923 con la marcha sobre la Felderrenhalle. Hitler iba al frente de su columna. Todos los camaradas que le rodeaban murieron y él se libró con sólo un rasguño en el hombro. El atentado de Buerger-brauekeller, en noviembre de 1940, fué organizado con tal precisión que no podía fallar. ¿Qué fuerza misteriosa impulsó a Hitler, en contra de sus costumbres, a marcharse aquel día tan pronto? Parecía realmente que algo le protegía: incluso en el atentado del 20 de julio de 1944, fué el único que salió de allí casi indemne. ¿Quién podrá explicar por qué se le ocurrió al coronel Stauffenberg retirar la segunda carga en el momento en que iba a estallar?

Fueron tres momentos en que la vida de Hitler estuvo pendiente de un hilo. Pero durante su jira electoral se halló constantemente expuesto a los ataques más inmediatos. ¡Cuántas veces le arrojaron piedras a la cabeza! Ni una le rozó. He recorrido miles de kilómetros con él, en tren, en auto, en avión, ¡y cuántas veces he visto con mis propios ojos que se libró de la muerte por un pelo!

En principio Hitler no creía en la astrología, aunque admitía que la posición de las estrellas podía tener una influencia sobre el destino humano. Se consideraba como un exegeta de las ciencias exactas, lo cual no le impedía ser con frecuencia juguete de sus supersticiones. Cuando titubeaba ante una decisión que adoptar, lanzaba al aire una moneda, a cara o cruz, burlándose de su estupidez: pero, detalle curioso, se alegraba si la moneda caía conforme a sus deseos.

Creía en la repetición cronológica, en el retorno de ciertos hechos históricos. Para él, por ejemplo, noviembre era el mes de la revolución; mayo el más propicio a las empresas y creía corroborarlo hasta cuando un éxito dudoso se manifestaba tardíamente.

En 1922, hizo el hallazgo en un calendario astrológico de una predicción que anunciaba el «putsch» de noviembre de 1923. Después, durante años enteros, recordó aquella coincidencia que produjo sobre él, sin que quisiera admitirlo, una profunda impresión.

Comprobé mil veces que Hitler creía en los presentimientos. Ocurríale de pronto, sin una razón válida, el sentirse inquieto. Así, cuando su sobrina Geli Raubal se suicidó. En otra circunstancia tuvo la impresión de que algo marchaba mal y tomó la decisión de variar sus planes: fué unos días antes del atentado de Bruergerbrauekeller.

Antes de finalizar la guerra se suscitó una discusión en determinados medios para saber cual de los tres jefes aliados moriría el primero y si aquella muerte tendría una influencia decisiva sobre los acontecimientos.

—Roosevelt caerá el primero —declaró Hitler— y esta muerte no hará cambiar nada.

Quince días después, Roosevelt había fallecido.

Hitler tenía una biblioteca de astrología y de ciencias ocultas, pero no toleró nunca la presencia de un astrólogo a su lado. He oído contar, después de 1945, con los detalles más precisos la historia de su astrólogo personal y no puedo por menos de felicitar a ese «testigo» por su exuberante imaginación.

No olvidaré nunca la expresión defraudada de la cara de Hitler cuando colocó la primera piedra de la casa *der Deutschen Kunst* en Munich, el año de 1923. Al tercer golpe simbólico el martillo de plata se partió por la mitad en su mano. Pocas personas lo notaron; Hitler ordenó inmediatamente que no se hiciera ninguna mención pública de aquel incidente.

—El pueblo es supersticioso —dijo—, ¿no vería acaso en esa ridicula e insignificante desgracia una advertencia del diablo?

¿El pueblo o él?

Cuando después de mi liberación pasé ente la Casa *Der Deutschen Kunst,* llamada luego *Das Haus der Kunst,* aquel episodio volvió a mi memoria. En el sitio exacto en que se hallaba la placa conmemorativa sobre la cual se había roto el martillo de plata leí, en una nueva placa: *Club de los Oficiales.*

*** * ***

Después de la subida de Hitler al poder, comenzamos a hablar de las predicciones de Nostradamus. Hitler, muy interesado, pidió a Esser que sacase el libro de la Biblioteca del Estado, sin decir que era para él. Esser tuvo que depositar 3.000 marcos para que la mencionada biblioteca permitiese el préstamo de la obra de Nostradamus.

Hitler se consagró a la lectura; descubrió esa profecía que describe una elevada montaña sobre la cual vuela un águila inmensa; comparó la montaña con Alemania y al águila con él mismo. Luego empezó a leer las profecías palabra por palabra, intentando establecer entre cada una de ellas y él una relación directa. Y con su mirada y su voz de actor trágico, citaba Hamlet: «Hay más cosas en el cielo y sobre la tierra...»

Un día, era antes de 1933, estábamos los dos sentados en el Café Heck, embebidos en la lectura de nuestros respectivos diarios. De pronto, Hitler arrugó la nariz:

—Leo que ha habido un grave accidente automovilista en el kilómetro 17... el cuarto de esta semana. Es realmente misterioso, ¿verdad?

Y de ello se originó una interesante discusión. Gomo no existía una explicación razonable para aquellos accidentes, llegamos a la conclusión de que debían ser causados por una corriente de agua subterránea o por alguna alteración del suelo. Cediendo a un impulso, Hitler decidió: '—Vayamos a ver ese misterioso mojón kilométrico.

Rodamos por aquella carretera geométricamente rectilínea; pero no ocurrió nada, no pudimos comprobar ni corriente subterránea, ni alteración del suelo, ni nada parecido.

—Inexplicable — dijo alguien.

—Cuando un hombre busca en vano la solución de un problema — argüyó Hitler — lo declara insoluole. Un creyente hablaría de la Providencia o del Destino, que es una manera de confesar que no comprende nada.

En aquel mismo Café, la tarde del 9 de noviembre de 1939, dirigiéndose a mí:

—¿Vendrá usted a Berlín conmigo después de la ceremonia del aniversario en la Buergerbrauekeller? — preguntó Hitler.

Respondí que no pensaba hacerlo, pero insistió de tal modo que vacilé. Y en el preciso momento de subir a la tribuna para pronunciar su discurso, se volvió hacia mí:

—¿Qué, Hoffmann, lo ha pensado ya? ¿Vendrá usted?

Decididamente no, tenía un trabajo muy urgente y me disculpé. Pareció quedarse más que desilusionado: inquieto por algo. Su discurso fué menos largo que de costumbre y al bajar, no estrechó la mano de sus antiguos camaradas como había hecho todos los años en aquella reunión. Una especie de prisa le empujaba hacia delante, mientras que la vieja Guardia, defraudada, le veía salir rápidamente del vestíbulo. Después de su partida, todo el mundo se dispersó; yo había recogido

mis máquinas y me disponía también a marcharme. No quedaban más que algunos antiguos camaradas y el servicio de orden.



Ilustración 14. Hitler, el 30 de enero de 1933, al tomar posesión de la Cancillería del Reich.



Ilustración 15. El Ministro de la Guerra, General von Blomberg, conversando con el Rey de Siam.

Al pasar por el puente de Ludwig, ya de regreso hacia el Ratskeller, oí una explosión. Tuve un sobresalto pero el chófer se encogió de hombros. Sin embargo, al llegar a Ratskeller, me llamaron inmediatamente por teléfono: era Gretl Braun, la hermana de Eva. Muy excitada, me anunció que se había derrumbado la Buegerbrauekeller, pero la contradije irritado.

—-Eso no puede ser más que un rumor completamente estúpido. Estaba yo allí no hace ni diez minutos. No haga caso de tales guasas.

Y volví a la mesa cuando de pronto recordé la explosión que había oído. Casi en seguida volvieron a llamarme al teléfono. Esta vez era la propia Eva:

—Mi padre acaba de volver — dijo ella en el colmo de la emoción — cubierto de polvo y de cal. Ha estallado una bomba en la Buergerbrauekeller.

Me precipité allí para ver los destrozos. La mayor parte de la techumbre se había desplomado, unos médicos se afanaban junto a los heridos, pero había muchos que no necesitaban ya socorro alguno. La bomba había sido colocada en la columna de detrás de la tribuna del orador y la explosión estaba regulada por un mecanismo de relojería. Si Hitler cediendo a una intuición imperativa no hubiese abreviado su discurso, habría sido víctima de la conspiración, y la mayoría de los asistentes hubieran perecido con él.

Corrieron toda clase de rumores y de explicaciones. Algunos acusaban a los ingleses, otros veían en aquello una maniobra destinada a provocar la indignación del pueblo contra los autores del atentado y aumentar su entusiasmo por la guerra. Un relojero apellidado Elser, fué detenido: confesó que había colocado la bomba en su sitio, pero se negó a decir el nombre de su inductor.

Unos días después, hablé de ello a Hitler:

—Me embargó una sensación extraordinaria — declaró —. No sé ni cómo ni por qué, pero algo me obligó a abandonar la tribuna y luego el vestíbulo, lo más de prisa posible.

Durante la guerra civil española, en 1936, Hitler había asistido a la ceremonia fúnebre de los marinos muertos por las bombas a bordo del crucero *Deutschland,* en aguas de la costa española. Ocurría esto en Wilhelmshaven. Al regresar a Berlín, ordenó que su tren especial hiciera el trayecto de noche. En el coche-salón iba un grupo silencioso, ensombrecido aún por la ceremonia a la que acabábamos de asistir.

La mirada de Hitler se fijó en el contador de velocidad con que estaba equipado su coche; y viendo que el tren rodaba a la elevada velocidad de 125 kilómetros por hora dio inmediatamente al oficial de servicio la orden de decir al conductor que aminorase la marcha. El oficial volvió casi en seguida. El vigilante del tren había explicado, dijo aquel oficial, que como el tren especial tenía un horario estrictamente marcado, érale preciso asegurar una velocidad media determinada a fin de evitar una interrupción del tráfico principal.

Al principio, Hitler no hizo ningún comentario. Luego, bruscamente:

—En lo sucesivo, mi tren especial marchará a 80 kilómetros por hora. Durante años enteros he viajado a gran velocidad, en tren o en coche. Ahora, he limitado la velocidad de mi coche a 80 kilómetros por hora e impondré el mismo límite de velocidad a mi tren especial. Aceptar estas grandes velocidades es colocarse inevitablemente en el camino del desastre.

Y un momento después:

—No sé por qué — añadió — me siento desazonado. Esta ceremonia fúnebre me ha deprimido; o quizá sea simplemente que me vuelvo nervioso, que envejezco.

Su mirada vagaba sobre nosotros, perpleja:

—Normalmente — insistió — no concedo ni uno solo de mis pensamientos diarios a los peligros de la vida. Pero cuando hablo, sobre todo en público y se me ocurre la idea de que un loco puede haberse deslizado entre la concurrencia para intentar atentar contra mi vida, me siento incapaz de asociar una frase a otra.

Su médico, el doctor Brandt, opinó que una tensión nerviosa podía provocar aquel malestar. Apenas comenzó éste a hablar, el tren sufrió de pronto una serie de sacudidas y de bamboleos que

nos arrojaron, en confuso montón, de nuestros asientos. Hubo un momento de consternación. ¿Qué había sucedido, un descarrilamiento o un acto de sabotaje? Rechinaron los frenos y el tren se detuvo bruscamente. Nos precipitamos hacia la noche obscura.

Con ayuda de una antorcha, avancé trabajosamente a lo largo de la vía. Lo primero que vi fué la rueda de un vagón; un poco más lejos, un cuerpo destrozado aprisionado entre las ruedas del tren... luego otro... y otro más. Tropecé en el eje de distribución de un auto deshecho a lo largo de la vía y llegué después a un paso a nivel. Su barrera de acero estaba deshecha; muertos y heridos yacían alrededor. La guardia personal del Führer se lanzó por aquellos parajes.

Acabábamos de librarnos de aquel espantoso accidente por milagro. He aquí cómo habían ocurrido las cosas: una compañía compuesta de veintidós actores volvía en autocar a Berlín. El chófer, que conocía bien la carretera, sabía que como a las ocho de la noche no estaba señalado ningún tren, la barrera del paso a nivel se hallaría levantada; pero ignoraba el paso del tren especial. Vio demasiado tarde la barrera bajada, no pudo frenar y fué a estrellarse contra la máquina del exprés a toda velocidad.

Como siempre, llevaba yo mi máquina equipada con «flash»: tomé algunas fotos que cobraron después un gran interés para la indagatoria. Todos los actores murieron allí; a Hitler le emocionó hondamente la catástrofe que había presentido; desde aquel día, su tren especial marchó siempre a la velocidad máxima de 80 kilómetros por hora.

* * *

Una noche rodábamos en coche de Berlín a Munich, bajo una terrible tormenta que suprimía, por decirlo así, la visibilidad. Acabábamos de cruzar Lehof, a unos kilómetros de Munich, cuando apareció de pronto un hombre en el haz luminoso de los faros, en medio de la carretera. Nos hacía señales de que parásemos. Schreck, el chófer, frenó brutalmente y el Führer abrió la portezuela.

—¿Puede usted indicarme la carretera de Freising? — preguntó aquel hombre, con furiosa acritud.

Extraña pregunta, en verdad, puesto que la carretera de Freising está al otro lado de Munich.

Hitler, receloso, cerró la portezuela en las narices del individuo y gritó a Schreck que siguiese lo más de prisa posible. Apenas el coche había arrancado sonaron tres disparos detrás de nosotros.

Al día siguiente, los diarios contaban que varios coches habían sido atacados del mismo modo, en el mismo sitio y que una bala había atravesado la trasera saliendo por el parabrisas, sin tocar a nadie. Alarmado, Schreck examinó el auto cuidadosamente y descubrió la huella de tres balas en la carrocería. Unos centímetros más y...

Durante la indagatoria, los policías encontraron al individuo en las cercanías de Lehof, casi desnudo y gravemente herido. Era un demente, fugado del manicomio provincial y que, se supuso, había sido atropellado por un coche, arrastrándose en una larga distancia.

Schaub, ayudante de órdenes de Hitler, y yo, fuimos al hospital para reconocer a aquel hombre. Pero, entre sus vendajes y sus heridas, era imposible identificarle. Al volver, Hitler nos dijo:

—No sé lo que me impulsó a cerrar la portezuela de aquel modo. ¡Siempre estos impulsos inexplicables!

Una vez más su sexto sentido le había advertido del peligro.

* * *

Un día, estando en el Café Stefani (o mejor aún el *Café Megalomanía,* como le llamábamos), entró un hombre. Sus largos cabellos, su barba enmarañada, le habían valido el remoquete del «Desertor de Oberammergau». Pretendía ser muy hábil en grafología y todos lo creían.

Dudando ante los juicios contradictorios que difundían a mi alrededor respecto a Hitler, quise intentar la experiencia. Llevaba yo precisamente una carta del Führer en el bolsillo; estaba doblada de tal modo que no se veía la firma y nada de su contenido permitía identificar al autor.

«El Desertor» se sentó, examinó largo rato la letra y empezó a hablar al fin:

—¿Quiere usted la verdad exacta y completa? — preguntó —. No sé quien es el autor de esta carta, ni en qué términos está usted con él. Puedo decirle únicamente lo que hay de bueno en él, ¿o

desea usted un cuadro completo, con lo peor y lo mejor?

—El cuadro completo, se lo ruego — respondí lacónicamente.

El hombre tomó aliento y comenzó luego un discurso enfático. Con su índice derecho señalaba las letras significativas :

—Un hombre que posee dones numerosos y diversos. Un voluntarioso... un egoísta... un cobardón...

Me estremecí. ¡Adolfo Hitler, un cobardón, qué idiotez!!

—Escuche, señor mío — dije interrumpiéndole—, ese «cobardón» es un hombre de una valentía casi legendaria. Es más, diría yo que la valentía es el rasgo saliente de su carácter. ¡Su ciencia grafológica da un traspiés, cuidado!

El «Desertor de Oberammergau» me dedicó una sonrisa de superioridad:

—La valentía es, sobre todo, la manifestación de una ansiedad que quiere evitar la apariencia del miedo.

—¡Estupideces! —exclamé iracundo.

Otros parroquianos del café se agrupaban a nuestro alrededor, presenciando nuestro altercado como un espectáculo. ¡El hombre aquel estaba rabioso!

— ¡No, no tiene usted que pagarme!—gritó—. Pero quiéralo o no le diré el carácter del autor de esta carta (y golpeaba (furiosamente la carta con el dedo). ¿Un genio? Lo niego: deformación mental ¡y nada más! ¡Tendencia a la hipertensión, eso es! Y mire, aquí, ahí, por todas partes, locura de grandezas.

Me tiró la carta a la cara y salió a grandes pasos. Volví a guardarme el documento en el bolsillo, invadido por sentimientos confusos.

En una de las reuniones del Partido en Nuremberg, celebrada en el vestíbulo del Hotel Deutscherhof, vi llegar un hombre chocante: una especie de peregrino con una camisa de dril, la barba y los harapos flotantes, los pies desnudos en unas sandalias y apoyándose en un garrote para andar. Resultaba increíble su presencia entre aquella multitud donde los uniformes pardos del Partido parecían confundirse. Pero él pretendía imponerse y sacando una carta de presentación de Himmler, declaró que deseaba hablar con Hitler. Su aspecto me recordó algo. Hice un esfuerzo de memoria... claro, sí. Era mi viejo compinche, el grafólogo del Café Megalomanía.

Más adelante descubrimos que había entregado a Himmler un manuscrito sobre la interpretación de los caracteres y costumbres en Alemania, y Himmler, que sentía debilidad por los locos de aquel género, sabiendo que deseaba fundar una nueva secta religiosa, le había dado a cambio una carta de presentación para Hitler.

—¿A quién se parece este hombre? —preguntó el Führer a su secretaria, después de haber leído la carta.

—A un salvaje hirsuto y despelujado — le dijo ella.

Le tendió unas tijeras sobre una bandeja de plata. La secretaria transmitió al peregrino aquel mensaje irónico; y éste, bajando la cabeza, se inclinó sobre su garrote y salió del hotel. Por la noche, en la cena, Hitler dijo a Himmler:

—En lo sucesivo, procure usted, se lo ruego, no enviarme tipos de ese género.

La vida fué más bien febril durante los años que precedieron a la subida de Hitler al poder. El punto culminante de aquella agitación, eran las jiras electorales que duraban con frecuencia semanas enteras, por todo el país. Pero después de 1934, lo que había sucedido antes nos pareció un juego de niños. Todos los acontecimientos se precipitaban : anexión de Austria al Reich, reintegración de los Países Renanos, Juegos Olímpicos, formación del Eje Berlín-Roma, ocupación del territorio de los Sudetes, firma del Pacto germanorruso.

Una ocurrencia que corría por toda Alemania resumía aquella actividad endiablada:

—¿Qué, cómo se encuentran los suyos, dónde están?

—Muy bien; yo estoy aquí, papá en las S. A. Mamá trabaja en la N. S.V. Heinz en las S. S., mi

hermana Gertrudis con las B. V. D., Fritz, el pequeño sigue su adiestramiento con las H. J. (Juventudes Hitlerianas); pero nos reunimos todos los años en la fiesta del Partido y nos divertimos mucho.

¡Sarcástico reflejo de lo que ocurría en una familia normal! ¡Trasladen eso e hínchenlo para calificar el círculo que rodeaba a Hitler!

Como hija de su padre, mi mujer, por fortuna, estaba acostumbrada a aquellos trastornos; e incluso, creo que la hacían feliz. Sentíase, además, bastante emocionada con mi éxito, con mi creciente celebridad, aunque sólo en lo que se refería a mis actividades profesionales y artísticas. Despreciaba más bien mis zascandileos políticos, y a veces declaraba:

—Tu triunfo hubiera sido tan hermoso en otro medio, y, además, habríamos hecho una vida sana y tranquila. (Y, en tono desagradable): Lo malo contigo es que te has casado muy joven y estás anclado en este país.

Tales accesos de rebeldía no figuraban, como puede imaginarse, en el espíritu del Partido.

Nos reuníamos ella y yo, cuando y donde podíamos. Tenía mi mujer a veces que meterse en un tren o en un avión para pasar conmigo unos pocos y rápidos días, durante los cuales me veía aún obligado a estar en todas partes menos con ella. Reuníase conmigo en ocasiones especiales, tales como el Festival de Bayreuth o las asambleas del Partido; pero era raro que emprendiésemos y terminásemos un viaje juntos.

Durante los Juegos Olímpicos, tanto los Deportes de Invierno en Garmish (ella se creía una excelente esquiadora) como en los Juegos mismos en Berlín, se divirtió mucho. Gracias a su conocimiento de idiomas, la invitaron para distraer a los innumerables extranjeros que acudieron a Berlín de todos los rincones del mundo. Y luego, veladas, recepciones de todas clases, a diario, de tal modo que, cuando terminaron los Juegos, suspiró ella, feliz pero agotada:

—Mira, Heinsi, si tuviese que aceptar todas las invitaciones que han caído sobre mí por parte de nuestros huéspedes, tendría que dejarte solo durante dos años.

Una única vez tuvimos la suerte de hacer un viaje verdaderamente juntos; fué en 1935, cuando después de una seria enfermedad, pasé algunas semanas de convalecencia en el Lido. Señalaré otros dos episodios, menos apacibles sin duda, pero no menos agradables.

En otoño de 1936, el doctor Goebbels y su mujer, que marchaban a Grecia en visita oficial, nos invitaron a acompañarles. Mis relaciones con el pequeño doctor habían sido siempre muy cordiales. Tuvimos, sí, algunas diferencias, como el incidente de mi desdichada película y su tentativa de imponerme su famoso brazalete. También fui a veces víctima de su lengua acerada; pero aunque era sarcás-tico y susceptible, no hacía daño a la gente y tenía un agudo sentido del humorismo. Era vanidoso, ambicioso, y había, en todo caso, que evitar ofenderle con respecto a su cojera; pero era también uno de los cerebros más vigorosos y uno de los hombres más valientes del Partido Nazi.

Partimos para Atenas a bordo del avión personal de Goebbels y pasamos una semana encantadora, aunque demasiado recargada de recepciones oficiales, en esa bella tierra histórica.

En otra ocasión, fué en octubre de 1937, fuimos a Roma, mi mujer y yo, con el Jefe del Servicio de Información. Era una novedad para mí visitar la Ciudad Eterna a título privado y entablar con Mussolini unas relaciones menos convencionales que en otro tiempo. Mi recuerdo más señalado de aquella estancia es una excelente película del Duce, tomada por mi mujer en el Foro Mussolini; aquel buen trabajo honraba a su viejo profesor.

* * *

Hitler no preparaba sus cajas de sorpresa solamente para el mundo exterior, sino también para el círculo de sus íntimos. Era muy diestro en el arte de ocultar sus intenciones, no comunicaba sus planes a nadie, excepto a los que le eran indispensables para llevarlos a cabo. ¡Yy ¡ ay! del que faltaba a la consigna del silencio una vez impuesta !

Esta actitud tuvo su origen en el «putsch» de 1923 y terminó en el refugio subterráneo de la Cancillería del Reich en 1945 con su casamiento, acompañado por el tronar de la artillería rusa.

Costumbre aquella que no estaba reservada a las cuestiones oficiales; a Hitler le gustaba dar sorpresas en la vida privada, y gozar de la cara asombrada de sus interlocutores. Mi nombramiento

para el profesorado constituyó una historia de ese género. En la inauguración de la primera exposición en la *Haus der Deutschen Kunst,* en 1937, Goebbels me anunció que el Führer había tenido la bondad de hacer de mí un profesor. No había yo tenido ni la menor noticia de aquel asunto mientras se tramitaba; y, sin duda, Hitler debió dar a Goebbels la orden rigurosa de callarse.

* * *

En aquella época de los «faits accomplis» (hechos consumados) como decía Hitler en francés, los servicios secretos extranjeros tenían mucho que hacer.

Una vez Hitler Canciller del Reich y al declarar que la época de las sorpresas había terminado, podía uno estar seguro de que tramaba algo.

Ahora bien, en marzo de 1936, Goebbels invitó a los fotógrafos de Prensa a una conferencia en el Ministerio de Propaganda.

—Señores, el Führer me ha ordenado que les reuniese aquí para hablarles de una acción inminente que requiere la colaboración de ustedes — declaró solapadamente—. Como el Führer tiene el propósito de colocar al pueblo alemán ante el hecho consumado, es esencial que mis palabras queden en el mayor secreto — prosiguió lanzando una mirada circular sobre los periodistas y reporteros intrigados —. Estoy seguro de que comprenderán ustedes las razones que me impulsan a prohibirles durante esta noche todo contacto con el mundo exterior y a ordenar que todas las puertas del Ministerio sean cerradas con llave. El teléfono ha sido cortado. Les ruego a los que deseen recoger algo para el viaje que van a ser invitados a efectuar, que me lo digan: el Ministerio se encargará de hacerlo.

Indudablemente, se pensó en todo, se imaginó todo, pero nadie pudo sospechar la verdad. Cuando los representantes de la Prensa hubieron subido al avión que los esperaba y el aparato despegó, la dirección que tomó el piloto no les sirvió en absoluto para resolver el enigma. El propio piloto ignoraba adonde iba. Sólo al cabo de cierto tiempo de vuelo en una dirección dada tuvo él permiso para abrir un sobre lacrado: en la hoja de dentro leyó las instrucciones y tuvo que obrar en consonancia con ellas.

Cuando los aviones aterrizaron, al otro lado del Rhin, la Prensa fué informada de que las tropas alemanas habían atravesado el río y que ocupaban ya sus antiguas guarniciones.

Después de la ocupación de los Países Renanos, Hitler me dijo:

—Desde hace dos noches no he cerrado los ojos. Una pregunta me hostigaba sin cesar: «¿Qué hará Francia? ¿Se opondrá al avance de mis batallones?». Yo bien sé lo que hubiera hecho de ser francés: habría actuado sin vacilar, no hubiera permitido que un solo soldado alemán franquease el Rhin.

Para triunfar, Hitler se basaba sobre una condición estricta, la del silencio. Goebbels, cumpliendo sus órdenes, había realizado una buena labor; gracias a él asombramos al mundo.

* * *

—Dentro de unos días, iré a Munich — decidió Hitler a comienzos de marzo de 1938.

Ocurría esto en Berlín. Llegados a Munich, al Café de Heck como de costumbre, se volvió hacia mí y, sin más ni más:

—Hoffmann, tengo que celebrar una pequeña conferencia en Muehldorf. ¿Quiere usted venir conmigo? Tenemos que regresar en el día, pero, por precaución llévese lo que necesite para pasar la noche. Y, ante todo, ¡no olvide usted su Leica!

En Muehldorf, Hitler marchó en derechura a la escuela del pueblo donde fué recibido por varios generales. Sobre las mesas vi extendidos unos mapas del Estado Mayor, a gran escala. ¿De qué se trataba? ¿Maniobras? ¿En aquella época del año? Había yo oído decir que estaban concentradas tropas en la frontera para impresionar al Gobierno austríaco. Pero, por otro lado, desmentían tales afirmaciones. «Son un *bluff*» decían algunos.

Cuando Hitler salió de la escuela, estaba radiante:

—Señores — anunció—¿me acompañarían ustedes a Simbach? Está a pocos kilómetros de aquí y me gustaría echar un vistazo a mi pueblo natal, Braunau, que está en la orilla opuesta del Inn.

Cuando entramos en Simbach, era evidente que a Hitler le esperaban allí. Banderas y gallardetes ondeaban por todas partes y unos obreros trabajaban febrilmente para terminar el adorno de las calles y casas.

Un rumoreo de alegría saludó nuestra llegada. Entonces Hitler se puso de pie en el coche, forzando la atención de todos a concentrarse sobre él.

—Ahora, crucemos el puente ¡y a Braunau! —ordenó.

Enmedio del puente, es decir, en la frontera austro-alemana, un oficial alemán esperaba. Unos niños con trajes de fiesta rodearon el coche del Führer y le ofrecieron flores. Y nosotros nos dimos cuenta entonces de lo que el pueblo de Simbach sabía ya: íbamos camino de Austria.

Hitler se volvió hacia nosotros, burlándose de nuestras caras asombradas. Acababa de abrir una nueva caja de sorpresa. Braunau se hallaba en el colmo de la excitación. Oímos decir, por primera vez que, unas horas antes, las tropas alemanas habían pasado la frontera, siendo acogi-gidas por todas partes con un entusiasmo delirante. Nos preguntábamos, sin encontrar explicación a ello, cómo la población había podido hacerse con todas aquellas banderas con la «svástica», con las fotos de Hitler, con aquellas pancartas en que se leían «slogans», todo lo cual había sido prohibido en Austria bajo pena de severos castigos. Iba yo de pie, en el coche en marcha del Führer, y me esforzaba en captar con mi película el entusiasmo de la multitud. Las fotos no mienten: esos archivos prueban, sin discusión, que en 1938, la mayoría de la población austríaca estaba de parte de Hitler, que el «Anschluss» era deseado por Austria.

Durante horas y horas, los gritos de «Heil» resonaron en mis oídos. Cada vez que el auto del Führer se detenía, las aclamaciones se convertían en un ciclón de alegría. Ya avanzada la tarde, llegamos a Linz, donde Hitler había pasado una parte de su juventud. En el Hotel Weinsinger, las autoridades de la ciudad y los dirigentes del Partido estaban ya congregados para acogernos.

Cambio de panorama: la pequeña excursión privada de la que Hitler me habló había terminado, y el hotel se convertía en sede del Estado Mayor.

El teléfono nos atormentó. El Canciller doctor Seyss-Inquart llegó de Viena para ser recibido por Hitler a quien saludó con estas palabras:

—En nombre de Austria, os doy las gracias.

Aquella misma noche, Hitler se asomó al balcón de la .Casa Consistorial ante una multitud vociferante. Todo Linz estaba allí.

Las conferencias continuaron durante toda la noche hasta el amanecer, y ni aun entonces, se acostó Hitler, contentándose con hacer que sirviesen té en su despacho para él y los visitantes vieneses. El dueño del Hotel le había dado la habitación que ocupaba él habitualmente con su mujer. Era una especie de homenaje, sin duda, aunque aquella habitación fuera también la mejor del Hotel. Sin embargo, el suelo estaba cubierto de pieles de animales, y Hitler tropezó dos o tres veces con la cabeza de un oso polar. Miraba por lo demás sin gran alegría todas aquellas cabezas de animales que adornaban las paredes, pues él fué siempre enemigo de los juegos sangrientos.

En una de las paredes había una enorme reproducción de un Rubens y una copia al pastel de un cuadro de Astet, un perfil de mujer de largos cabellos. Tal era la habitación en la cual se llevaron a cabo las negociaciones finales para el «Anschluss».

Desde Linz, proseguimos la marcha triunfal hacia Viena. En el camino, encontramos una columna en marcha a las órdenes del comandante Lacelle (condecorado con la Medalla del Mérito) que debía dar cuenta a Hitler de la situación del país. Le vimos desde lejos llegar al galope, saludando con su sable, para colocarse delante del coche. Bruscamente su caballo hizo un extraño y le tiró. El comandante Lacelle se fracturó el brazo.

Aquel incidente tragicómico sugirió a Hitler algunas observaciones corteses sobre el empleo de los caballos en el ejército.

—Con la ayuda del progreso — decidió — una técnica mejor adaptada daría un rendimiento más seguro.

Ninguna oleada de entusiasmo podría compararse con la que nos acogió en Viena. Los dos millones de habitantes de la ciudad entera se apiñaban en la calzada, y en la Ringstrasse, el Hotel

Imperial estaba rodeado de una multitud vociferante:

— ¡Queremos el Führer!

Hitler se asomaba al balcón y cada vez que lo hacía la multitud, aullando y gesticulando, le aclamaba.

El 14 de marzo de 1939, cuando estaba cenando con Hitler:

—Hace hoy exactamente un año — hice notar — que entrábamos en Viena.

Y durante un momento evocamos el entusiasmo con que había sido él saludado como libertador; y le conté la canción de un animador en un *cabaret* vienes, cuyo estribillo era poco más o menos éste: «¿Ha terminado nuestra historia? ¿Qué nos reserva el porvenir?».

Dije como conclusión:

—Hemos respondido ya a esa pregunta: algunos meses después surgía la cuestión de los Sudetes.

Hitler me lanzó una expresiva mirada:

—No, no hemos acabado aún de responder. Espero hoy precisamente a Hacha y tenemos otro día «histórico» en perspectiva del que nadie puede hacerse idea.

Le pregunté: ¿qué nueva sorpresa? Pero antes de que Hitler hubiera podido contestar, le anunciaron la llegada de Hacha a la Cancillería del Reich. Se levantó entonces rápidamente y se apresuró a acoger a su huésped. Seguíale yo con mi máquina, dispuesto siempre a trabajar para la Historia.

El programa habitual consistía en hacer una primera foto oficial. Hitler se puso en *pose* con Hacha a su lado. Generalmente, preguntaba a sus huéspedes si tenían que oponer algún reparo a que tales documentos gráficos se publicasen en la Prensa. Hay que añadir, por otra parte, que nadie se opuso a ello jamás. Hacha accedió como los otros, y yo, después de haber tomado dos o tres fotos, me retiré a una distancia discreta, al fondo de la habitación. Un fotógrafo debe estar siempre preparado pero sin hacerse notar, sin interrumpir los gestos de sus personajes «vedettes». Al artista le corresponde tener la habilidad de elegir el momento oportuno.

Ocurre con frecuencia que hay personajes que se muestran inquietos al ver el objetivo enfocado hacia ellos; procuraba pasar inadvertido de los interesados y era yo un virtuoso en el manejo de los ángulos de toma de vistas. El Presidente de Checoeslovaquia era un señor viejo, nervioso y fatigado que, para colmo, se resentía de los efectos de un largo viaje. Además, veíase colocado brutalmente ante una resolución de la mayor importancia: si firmaba, enajenaba la independencia de su país.

Observé la lucha que se entablaba en su interior y noté asimismo las miradas de Hitler vigilando los movimientos agitados y las manos inquietas del Presidente Hacha. Las negociaciones entre aquellos dos hombres parecían llegar al punto culminante del drama político; discretamente, salí de la habitación.

Un instante después, cuando estaba yo en la antecámara, entró Morell. Había sido llamado — me dijo — porque Hacha sentíase enfermo; volvimos a entrar él y yo en el salón de conferencias.

El Presidente de Checoslovaquia se hallaba desplomado en un sillón, con la respiración jadeante, y sufriendo un verdadero ataque de nervios. Morell le puso una inyección y, no bien el viejo hubo recobrado la serenidad, se reanudaron las negociaciones. Me pareció que transcurría una infinidad de tiempo antes de ser requerido para que fotografiase la firma del Tratado. Mostrando una cara febril, Hacha logró estampar su firma con mano temblorosa; luego, una vez hecho aquello, dio las gracias a Morell por sus cuidados.

Más adelante, en un círculo de íntimos, Hitler expresó su gran satisfacción con respecto a aquel acuerdo.

—Lo lamento mucho por ese viejo señor — añadió—. Pero en tales circunstancias, no caben sentimentalismos que comprometerían el éxito.

El vanidoso Morell quería tener derecho al agradecimiento de Hitler; su habilidad profesional — afirmaba — había permitido la firma.

—A Dios gracias — exclamó — estaba allí en el preciso momento para ponerle la inyección que

necesitaba.

—¡Vayase al diablo con su maldita inyección! —le riñó Hitler —. ¡ Sí que puede usted ufanarse! Reanimó usted al viejo hasta tal punto que durante un momento temí que se negase a firmar.

No había que pensar en dormir aquella noche. Horas después de la firma del Tratado, íbamos en el tren especial camino de la frontera checoeslovaca. Justamente antes de salir de Alemania encontramos una caravana de camiones militares «Mercedes» que nos escoltaron hasta el final de nuestro viaje; y en la noche del 15 de marzo de 1939, en medio de una tempestad de nieve, entramos en Praga, de incógnito.

La llegada de Hitler había sido rodeada de un secreto absoluto. Nos dirigimos hacia el Hradschin, la famosa fortaleza de Praga, y allí establecimos nuestros cuarteles. A toda prisa fué organizado un banquete de honor, a medianoche.

El Hradschin no contaba con camas para todo el mundo, hasta el punto de que yo mismo y muchas otras personas del séquito de Hitler tuvimos que tumbarnos en unos lechos de campaña, requisados de todas partes. En la sala donde habían instalado rápidamente el gabinete telefónico pasé la noche con el doctor Morell. Poco pudimos descansar nosotros, ni nadie, por supuesto. El teléfono nos atormentó y oímos continuas idas y venidas a nuestro alrededor. Pero, por fin, dominados por el cansancio, conciliamos el sueño, ayudados por los numerosos brindis del final del banquete. Recuerdo siempre aquellos hombres que nos despertaron, protestando contra nuestros ronquidos que desbarataban su trabajo y hacían imposible las conversaciones telefónicas oficiales.

Cuando el propio Hacha llegó a Praga unos días después le sorprendió no poco ver que los acontecimientos le habían adelantado y que ya estaba hecha la proclamación del Protectorado. Al día siguiente tuve muchas ocasiones de tomar fotos, unas más históricas que otras, que iban a constituir la armazón de mi libro *Con Hitler, en Bohemia y en Moravia.*

*** * ***



Ilustración 16. Geli Raubal.

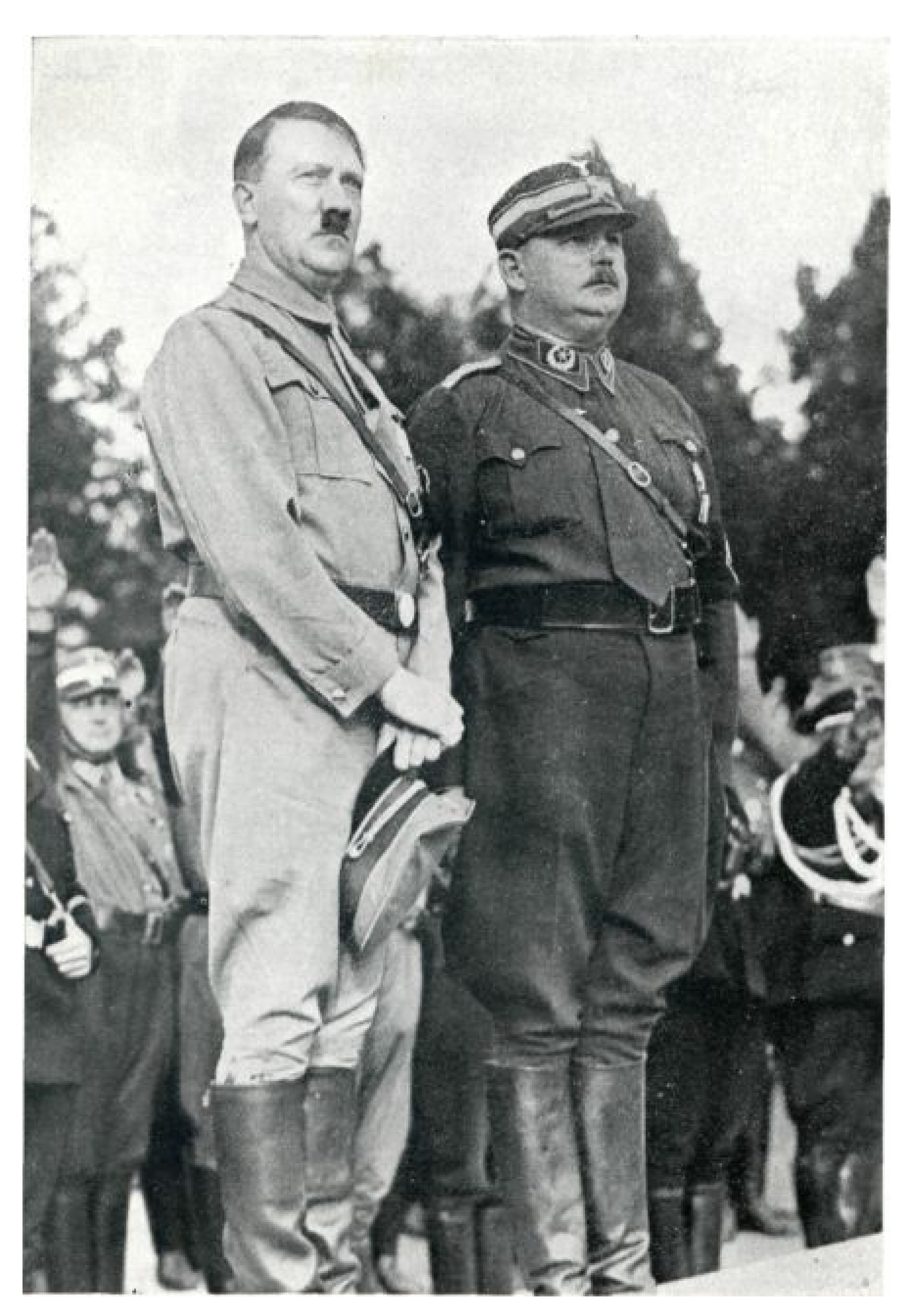


Ilustración 17. Hitler y Rohem.

—El Jefe está irascible esta mañana —murmuró uno de los ayudantes de Hitler.

Paseando de un lado para otro por el vestíbulo de Obersalzburg, sin decir una palabra, con la cara crispada, Hitler no quería que le molestasen en sus peregrinaciones taciturnas.

En agosto de 1939 las miradas del mundo estaban vueltas hacia Hitler. La Prensa internacional sólo se ocupaba de sus actos y gestos. Comprendía yo la agitación que le había invadido; pero no era aquello solamente lo que le impulsaba a dar paseos de autómata. Le conocía yo demasiado bien; algo había en el aire. «Apuesto a que nos prepara otra sorpresa» pensé. ¿Sorpresa? Alguno de aquellos golpes de Estado que trastornaban al mundo y echaban por tierra toda previsión lógica.

Sonó el timbre del teléfono. Schaub respondió y anunció a Hitler que le llamaba Ribbentrop. El Führer cogió el receptor:

—Maravilloso... ¡bravo!... Sí, en seguida... venga usted en seguida.

Su cara estaba radiante al colgar el aparato; y luego nos dijo, estallando de contento:

—-Amigos míos, Stalin está de acuerdo. Vamos a salir para Moscú a firmar un pacto con él. El mundo no habrá conocido nunca una sorpresa semejante.

Y con un gesto de alivio que no vi en él más que dos veces (la otra fué más adelante, cuando Francia capituló) se golpeó los muslos con satisfacción.

Estábamos sonrientes, gratamente emocionados. Hannenberg, el mayordomo de Hitler, trajo *champagne* y brindamos por aquel gran acto diplomático. Hitler, que era el único que no bebía, gozaba con nuestra admiración.

* * *

Poco después de aquel acontecimiento, llegó Ribbentrop del castillo de Fusch, en el Salzkammergut, y tuvo una conversación privada con Hitler. Cuando salieron pregunté a Hitler si tenía que seguir a Ribbentrop.

—Naturalmente — me respondió —. Aparte de las fotos quiero confiarle a usted una misión. Reúnase en seguida con Ribbentrop y haga que le reserven una plaza con él en el avión.

Ribbentrop rechazó mi petición. Ni hablar de aquello: no había sitio ya en el avión y, además, Laux, su fotógrafo personal, marchaba con él. Lo sentía, pero no podía prescindir de ninguna de las personas de su séquito. Imposible, absolutamente imposible.

En el fondo, me esperaba aquello. Mis relaciones con Ribbentrop habían sido siempre muy distantes. Como en Bormann y en Goebbels, tenía yo en él un enemigo deseoso de minar el carácter amistoso de mis relaciones con Hitler. Bajo su sonrisa de cortés sentimiento se traslucía una perversa satisfacción. Pero el pobre Ribbentrop no tuvo suerte. Fui en derechura a Hitler para decirle que mi misión había fracasado. Y su decisión surgió rápida.

—Deje usted a uno de sus acompañantes — ordenó Hitler a Ribbentrop —. No confiaría yo la misión de Hoffmann a ninguna de las personas de su séquito.

Ribbentrop accedió, bajando la cabeza.

Cuando partió de Obersalzberg, Hitler me mandó llamar:

—He comunicado al conde von der Schulenberg, nuestro embajador en Moscú, que le he designado a usted como enviado mío especial cerca de Stalin, a quien llevará usted mis saludos y mis votos. Suprimo el procedimiento convencional, y si elijo este mensaje particular es para crear un contacto más directo entre Stalin y yo. Naturalmente, usted seguirá ejercitando sus actividades fotográficas. Y, además de todo esto, le pido a usted que me traiga una opinión objetiva sobre Stalin y los que le rodean.

Y, dicho esto, Hitler se interrumpió, reanudando sus paseos de oso enjaulado por el gran vestíbulo del Berghof. De cuando en cuando lanzaba una mirada vaga por I03 grandes ventanales sobre el panorama de una magnificencia sin igual de Untersberg y sobre sus amadas montañas de Salzburgo. Luego volvió a interpelarme:

—Me interesan las cosas que pasan con frecuencia inadvertidas, que otros encuentran insignificantes, pero que muchas veces proyectan luz sobre un hombre, una luz más clara que las de los funcionarios del Ministerio con sus inconformes inconformistas y estúpidos. De modo que a Moscú, Hoffmann, y abra bien los ojos

En términos velados, Hitler acababa de hacerme una advertencia. Leíase la satisfacción en su rostro.

Como siempre, el motivo del viaje se mantuvo secreto. Imposible informar de él a mi mujer incluso.

—*Top secret!* No me preguntes nada sobre esto —la respondí cuando me interrogó.

Pero su intuición suplió mi respuesta.

—Heini, si es lo que pienso, es la mejor idea que ha tenido nunca Hitler.

Mi segunda mujer no era, sin embargo, una admiradora de Hitler. Sus comentarios mordaces y agudos me dejaban a veces cohibido. Así, pues, ante aquella última broma al otro extremo del hilo, no contesté nada. ¿Y si estaba alguien escuchando?

Al día siguiente emprendimos el vuelo. El misterio era completo. Aterrizamos en Koenigsberg, para pasar allí la noche. En aquella ocasión, el nuevo bar frente a nuestro Hotel Deutsches Haus estaba abierto. Entramos allí y permanecimos hasta el amanecer.

Desde el bar me dirigí al aeropuerto; los motores de nuestro avión estaban ya en marcha; unos minutos después partimos hacia Moscú. Mecido por el ruido, me hundí en mi asiento y en un sueño beatífico. Pasó un instante, según me pareció, y un importuno me dio en el hombro; en un semisopor percibí su voz:

—Vamos a aterrizar dentro de cinco minutos.

Aquel vuelo relámpago había durado sus buenas cinco horas: y yo había dormido como una criatura.

Al aterrizar, mi vista se vio atraída (y días antes me hubiera parecido inconcebible aquello) por las banderas con la hoz y el martillo que ondeaban junto a otras con la svástica. Después de la recepción en el aeropuerto, nuestro embajador, el conde von der Schulenberg, nos invitó a alojarnos en la embajada de Alemania, donde se celebraría, aquella noche, una fiesta en nuestro honor.

La abundancia de la cena fría, digna de Lúculo, nos sorprendió. No esperábamos encontrar aquella prodigalidad en Moscú. Pero el embajador nos explicó que todo el avituallamiento llegaba del exterior: el pan, de Suecia; la mantequilla, de Dinamarca; y el resto, de otras partes.

Durante aquella velada íbamos a encontrar allí a todos los diplomáticos acreditados en Moscú y, entre ellos, a Koestring, el agregado militar alemán, que llevaba mucho tiempo en aquel puesto. Nos suministró una amplia provisión de informes sobre Stalin y el pueblo ruso.

Al día siguiente la Embajada puso un coche a nuestra disposición. El Kremlin nos hizo una gran impresión, así como las bellas y amplias avenidas, y las plazoletas; y, sobre todo, la Plaza Roja, con el gran mausoleo de Lenín en medio. Estaba escogido certeramente el momento para nuestro paseo, pues nuestra estancia en Moscú coincidía con la semana conmemorativa en honor de Lenín. De todos los rincones de Rusia afluían gentes a Moscú para visitar su tumba y desfilar ante el mausoleo. Miles y miles de personas se extendían en filas que medían kilómetros, esperando día y noche su turno para honrar al Padre espiritual de la U. R. S. S.

Estaban prohibidas oficialmente las fotos, pero Von der Schulenberg no vio inconveniente en que tomase yo algunos clisés discretamente.

—Evite usted, sin embargo, el cementerio donde está enterrada la primera mujer de Stalin —me aconsejó—.

Tendrá usted ocasión de hablar de ello a Stalin, y ese delicado escrúpulo sé que le agradará.

Esa tumba es una de las más bellas que he visto nunca: un monumento de mármol de tamaño mediano, pero con la gracia casi viva de una bella figura femenina esculpida.

Al regreso visitamos un convento transformado en vivienda. Cuando el auto paró, nos encontramos inmediatamente rodeados de una nube de chiquillos harapientos, y nos sorprendió ver que cada uno de ellos llevaba un enorme balón de goma de vivos colorines; un juguete de niño rico en los otros países. Nos enteramos después que aquellos balones eran repartidos gratis por el Estado para la propaganda y para ayudar al desenvolvimiento de las fábricas de caucho en la U. R. S. S. Antes de volver a la Embajada, nos detuvimos en un gran hotel. Desde los balcones superiores gozamos de la vista del panorama extraordinario del Kremlin. Los emblemas de la hoz y el martillo en el remate de la cúpula central que estaba a su vez iluminada de rojo y resplandecía en la noche, componían un espectáculo nunca visto. En el hotel, por una botella de *champagne* y una raja de melón pagamos treinta y cinco rublos, lo cual representaba el total de divisas extranjeras que nos habían sido concedidas.

*** * ***

En Moscú, desde hacía dos días, seguía yo esperando el permiso de la G. P. U. Por fin, hacia las nueve de la noche del 28 de agosto, lo recibí.

Pero el permiso para visitar el Kremlin no era también para fotografiar a Stalin. Para esto tenía que confiarme a la habilidad de Von der Schulenberg, que dirigía las negociaciones con Stalin y Molótov.

Así pues, provistos de nuestros salvoconductos, Laux y yo, salimos de la Embajada hacia el Kremlin. En el camino, a un centenar de metros de las puertas de entrada, fuimos detenidos por dos centinelas armados que examinaron nuestros pases y nos dejaron al fin continuar nuestro trayecto. En las puertas, nueva inspección. Lentamente, el coche rodó por un parque sombrío hacia los edificios donde estaba el despacho de Molótov. Oímos el tintineo acompasado de una campana, señal para las patrullas del parque que indicaba que teníamos un permiso oficial de circulación. Misteriosa sincronización, al detenerse el auto, el tintineo cesó.

Una escalera de caracol, unos centinelas de la G. P. U. y nos dejamos conducir hasta el despacho de Molótov. Tuvimos que hacer antesala durante hora y media: la firma del Pacto no se había efectuado aún. No me lamenté de aquello; siguiendo las instrucciones recibidas, dediqué aquel tiempo a examinar el salón. No había, sin embargo, nada notable allí, salvo una veintena de aparatos telefónicos sobre una mesa miserable.

Frente a la puerta que conducía al despacho de Molótov, un oficial con guerrera blanca estaba sentado, indolentemente, con las piernas estiradas y las manos en los bolsillos del pantalón. Una pistola enorme asomaba en su cinturón. Una azafata llevando una bandeja cubierta con una servilleta entró en el despacho de Molótov. Por la puerta entornada, eché un vistazo hacia la habitación llena de humo; una habitación inmensa, con muebles obscuros, en la cual divisé durante un segundo a Stalin, en pie junto a la mesa de Molótov.

—-¡Mire usted! ¡Stalin! —murmuré lo suficientemente alto a Laux. Mi voz removió eléctricamente al oficial de guardia. Al parecer no tenía él la menor idea de que Stalin estuviera en el despacho de Molótov (debió de haber entrado allí por otra puerta). De repente se levantó, estiró su uniforme, y adoptó la posición de firme, atento e impecable.

Unos minutos después, el conde Von der Schulenberg entró en la antecámara y me ofreció un cigarrillo, asegurándome que había hablado de mí y de mi misión a Stalin.

Ya sólo tuvimos que esperar diez minutos. Entonces, Molótov salió a nuestro encuentro y, después de una presentación rápida y protocolaria, me condujo hacia Stalin, quien me acogió con una amplia sonrisa y un cordial apretón de manos.

La firma del Pacto había sido retrasada con objeto de darnos ocasión de hacer las fotos de aquel instante solemne. Utilizando placas sumamente sensibles y sin «flash», Laux y yo, nos pusimos en seguida a trabajar. Otro fotógrafo, éste ruso y probablemente el fotógrafo particular de Stalin, operaba con una imitación de la Leica, de una mala calidad evidente. Era imposible con semejante artefacto y en las condiciones de luminosidad en que estábamos colocados hacer buenas fotos sin «flash». Aquel profesional aficionado estaba, sin embargo, decidido a tomar nuestro grupo, provisto de un trípode antediluviano — algo que debió de salvarse del Arca de Noé — y se situó con mucha dificultad. Hecho lo cual esparció una capa de polvo negruzco en un bote de estaño y le prendió fuego. La explosión que se produjo hizo retemblar las ventanas y llenó la habitación de una espesa humareda. A qué podía parecerse la foto, si es que había logrado hacer alguna, es cosa de la que no tengo la menor idea.

Se firmó, pues, el Pacto. Entonces Stalin, con un gesto amistoso, me rogó que le siguiese hasta la mesa cubierta de copas que Molótov llenaba ya con la primera botella de *champagne.* Los participantes oficiales en la ceremonia habíanse retirado hacia un rincón del despacho, y me encontré en el centro de la escena. Stalin dio una palmada; un silencio inmediato respondió a su gesto. Todas las miradas estaban fijas en aquel Amo supremo de Rusia, que se volvió hacia mí y levantó su copa:

—Brindo por Heinrich Hoffmann, el primer fotógrafo de Alemania, y digo: «¡Viva, viva Hoffmann!».

Al salir, el embajador me explicó que Stalin se había divertido mucho aprendiéndose de memoria aquel cumplido en alemán. Aprendido o no, yo me sentía muy emocionado, cuando Stalin dio nuevamente una palmada:

—*¡Pekale, pekale!* —gritó.

Desconcertado, buscaba yo el significado de aquella palabra; acabé por comprender que el «pekale» (vaso) de los otros había sido llenado. Al comienzo, Molótov sólo llenó tres copas, la de Stalin, la suya y la mía. Y observé que el Zar Rojo bebía en un vaso especial... sin duda para evitar

un error de reparto.

Había llegado el momento para mí de «largar lo que tenía embuchado», como se dice vulgarmente:

—Excelencia — comencé —, tengo el alto honor de traeros los saludos y los votos de mi Führer, que es también mi excelente amigo, Adolfo Hitler. Debo deciros que él aspira a tener algún día una entrevista con el gran jefe del pueblo ruso en persona.

Tales fueron, aproximadamente, mis palabras. Hicieron su efecto. Por medio de un intérprete, Stalin declaró a su vez que sentía impaciencia por ver entablarse una amistad sincera entre su pueblo y la Alemania del gran Führer.

A su vez, Ribbentrop propuso dedicar un brindis a Stalin y al pueblo ruso. Molótov iba a contestarle con unas palabras adecuadas.

Un pequeño incidente vino a interrumpir el curso monótono de aquellas demostraciones oficiales. En el momento en que Stalin levantaba su vaso ante mí, mi colega Laux hizo una foto. Noté que Stalin, con un gesto, decía claramente que se negaba a ser fotografiado cuando bebía. Le pedí a Laux que me diese el carrete. Lo sacó a regañadientes, aunque con bastante rapidez, del aparato. Entonces me volví hacia Stalin:

—Excelencia —dije—, por vuestro gesto he comprendido perfectamente que rechazabais esta foto. Permitidme deciros, ante todo, que no tenía yo, ni tengo, intención de publicarla. Pero sería para mí un honor y una satisfacción infinitos que me autorizaseis a conservarla para mí y para los míos en recuerdo de este acontecimiento, del que hablará la Historia.

Y, dicho esto, le entregué el carrete con la película. Cuando el intérprete le hubo traducido mis palabras, Stalin me devolvió el rollo sonriendo.

¿Necesitaré añadir que he cumplido mi promesa? Cuando Goebbels quiso publicar esa foto con un fin publicitario, en el momento en que la guerra con Rusia acababa de estallar, me negué a ello. Goebbels insistió, pero Hitler sostuvo mi punto de vista, y esa foto, mientras vivió Stalin, permaneció en mis archivos.

Estábamos todos en pie alrededor de Stalin; Molótov se apresuraba a llenar las copas con un excelente *champagne* de Crimea y hubo pronto un hermoso batallón de cadáveres de botellas, alineadas a lo largo de la pared, mientras que las tropas frescas de botellas sin abrir tomaban la mesa por asalto.

Recordando oportunamente mi misión especial, me dediqué a observar a Stalin. Mi conversación con él y con Molótov requirió la intervención de un intérprete, y cuando intenté hablar a Molótov en inglés, me declaró que su conocimiento de esta lengua era tan escaso como el del alemán. Sin embargo, tuve la impresión de que lo entendía mucho mejor de lo que aparentaba.

La conversación versó sobre Munich. Molótov me contó que, como Lenín, él había estudiado de joven en esa ciudad; pero no conocía el Café Megalomanía. Come a Stalin que había yo visitado el cementerio donde estaba enterrada su primera mujer y que me había conmovido hondamente la belleza del monumento conmemorativo; me pareció emocionado y satisfecho ante aquello. Luego se entabló una discusión general sobre el Arte; hice observar que en la Exposición Internacional de París, en 1937, había admirado yo el Pabellón Ruso; y dije también que lamentaba la brevedad de nuestra estancia que me privaría de visitar las galerías de pintura de Moscú.

La charla se fué animando. Stalin levantaba una y otra vez su copa (mejor dicho, su vaso especial) hacia mí. Luego alguien me dio unos discretos golpecitos en el hombro. Era uno de los miembros del Ministerio de Asuntos Exteriores.

—Nos vamos dentro de un momento —murmuró a mi oído—. Tenga usted cuidado, profesor. Para Stalin es un placer hacer que sus invitados rueden debajo de la mesa.

Me reí:

—Ni el propio Stalin lo conseguirá; conozco la canción desde hace mucho tiempo.

Cuando nos marchamos, Stalin estaba —y perdóneseme la expresión— «completamente *schlass».* Preparé mi cumplido: sentíamos mucho tener que abandonar Moscú al día siguiente. Pero Molótov me devolvió la pelota: prometió que nos volveríamos a ver en Moscú o en Berlín.

* * *

Aterrizamos en el aeropuerto de Tempelhof, y Ribbentrop se precipitó a la Cancillería para comunicar su informe a Hitler. Yo me apresuré a ir a mi laboratorio, pues tenía el propósito de revelar yo mismo aquellas fotos. Una hora después estaba yo con Hitler, enseñándole toda una serie de documentos gráficos de primer orden. Después de las frases de acogida en las que se traslucía su impaciencia, tocó la cuestión candente:

—¿Cuál es su impresión sobre Stalin?

—-Para serle franco, me he sentido, a la vez, grata y profundamente impresionado. Es un jefe nato. Su voz es melodiosa, su mirada expresa inteligencia, llaneza y sagacidad. Se comportó con nosotros como un anfitrión de una cortesía perfecta sin exagerar el ceremonial y sin perder nunca su dignidad. Sus subordinados sienten, me parece, un profundo respeto hacia él.

Relaté a Hitler el pequeño incidente del oficial que estaba ante la puerta de Molótov.

Hitler intentó chancearse:

—¿Qué piensa usted de su salud? Dicen que está muy enfermo, razón por la cual cuenta, al parecer, con una multitud de «dobles» o sosias. El hombre que usted ha visto, ¿no habrá sido una de esas misteriosas manifestaciones de Stalin?

—A juzgar por su manera de fumar (como una chimenea), de beber (como una esponja), a juzgar por su aspecto de hombre bien alimentado, diré que esa manifestación misteriosa se parece a un hombre real —dijo riendo.

—¿Fuma tanto? —insistió Hitler, moviendo la cabeza.

Fumar era una costumbre que él no podía comprender.

Reflexioné; aquella recepción histórica corroboraba mi idea de que Stalin era un fumador empedernido. Hitler quiso saber «cómo» me había estrechado la mano. Reproduje el apretón de manos firme y cordial que me diera Stalin y que me había agradado mucho. Hitler se mostraba de acuerdo conmigo: no podíamos soportar a un hombre que tiende una mano blanda y escurridiza.

—Cuando le dijo a usted que me transmitiese sus... saludos, ¿cree usted que se trataba de una fórmula de cortesía o era realmente sincero?

Me forjé una opinión:

—Estoy seguro de que había en sus palabras más que pura cortesía, señor Hitler. Me pareció completamente sincero en su amistad hacia usted y hacia el pueblo alemán.

Hitler cogió la colección de fotos, examinó aquellos documentos uno por uno, haciéndome las preguntas pertinentes sobre cada foto:

— ¡Qué lástima! —murmuró al fin—. No hay en todo esto nada utilizable.

Tuve un sobresalto. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué tenían aquellas fotos?

—En cada una de estas fotos aparece Stalin con un cigarrillo entre los dedos — gritó Hitler, furioso, de repente—. Piense usted Hoffmann, piense un instante en unas fotos en las que apareciese yo siempre con un cigarrillo en la mano. ¡Imposible!

Me defendí:

—Pero Stalin fumando un cigarrillo es una cosa cierta y característica.

Pero Hitler no cedía. El pueblo alemán — aseguraba — tomaría aquellas imágenes como una afrenta. Y explicó:

—La firma de un Pacto es un acto solemne que no armoniza con el cigarrillo en los labios. Todas estas fotos revelan ligereza. Vea usted si puede suprimir los cigarrillos, con el retoque, antes de dar estas fotos a la Prensa.

Conociendo su hostilidad inconmovible hacia los fumadores, acepté su veredicto; los cigarrillos fueron «expurgados» de todas las fotos y, en todos los periódicos, Stalin pudo aparecer, por tanto, puro, serio, como era preciso.

No pude, sin embargo, resistir a la tentación de alabar el *champagne* de Crimea, aun sabiendo,

sin embargo, que me atraería algunas observaciones agrias de aquel empedernido bebedor de agua que era Hitler. Ante mi sorpresa, no mordió el anzuelo. Pero tuvo un nuevo comentario punzante :

—Ya veo que en Moscú —-dijo— el alcohol desempeña un papel en los acontecimientos importantes. Afortunadamente, he enviado al gran bebedor Stalin un borracho de su altura como mensajero.

Debo confesar que he sido siempre, y todavía lo soy, y lo digo sin falso rubor, un ferviente aficionado al buen vino. A la calidad añado la cantidad. Si esto hace de mí un borracho, sé cómo arreglármelas.

Soy también un gran fumador. Hitler consideraba este hábito como sumamente costoso y perjudicial para la salud. Al principio nadie prestó atención a sus palabras, y cada cual fumaba contento a su alrededor. Pero, más adelante, cuando la campaña electoral comenzó y mientras Hitler pronunciaba a diario sus innumerables discursos, tuvimos que moderarnos; no por deferencia a sus manías, sino porque su delicada garganta se irritaba en una atmósfera viciada en la que su voz se tornaba ronca y silbante. Cuando estuvo en el poder y nos reuníamos muchos a su alrededor, nos absteníamos de fumar. Sin embargo, cuando Hitler y yo estábamos solos, su criado de confianza nos traía siempre, sin orden previa, los cigarrillos y las bebidas que me gustaban. Aunque no me engañaba su estribillo:

—Ande, Hoffmann, encienda usted su cigarrillo y no se preocupe de mí.

Cada uno de nosotros pensaba, sin atreverse a expresarlo en voz alta, que el desenvolvimiento de los acontecimientos iba a llevar a un desenlace imprevisto. Pero los íntimos de Hitler, admitían el principio del sargento mayor británico: «Se le paga a usted no para que piense, amigo mío, sino para que haga lo que le dicen».

No era yo un personaje oficial, y pese a esa calidad negativa, Hitler me pedía con frecuencia mi opinión, no sobre tal o cual movimiento político, sino sobre la manera de sentir de la gente.

Gozaba yo del privilegio único de dársela a conocer. Pero cuando hablaba con franqueza, le sucedía a veces el interrumpirme secamente:

—Me sorprende, Hoffmann, que conceda usted cierto crédito a tan estúpidos rumores.

En realidad, la progresión de los asuntos del Reich había provocado reacciones contradictorias. Al principio, la masa tuvo miedo de los riesgos; pero un éxito diplomático trajo otro y la confianza fué aumentando, y el «Déjenle hacer a Hitler» se convirtió en el «slogan» del pueblo alemán. Decidí asociarme a aquella actitud; el Führer sabía lo que quería e incluso si me sucedía el dudar de su sensatez en tal o cual iniciativa, me censuraba a mí mismo. Debía yo estar equivocado cuando era el único de aquella opinión.

Las reacciones de mi mujer eran distintas. Sus amigos pertenecían a un mundo artístico y musical que nada tenía de común con los círculos del Partido. Como su actitud política era universalmente conocida, sus amigos hablaban más libremente delante de ella que delante de mí. Más de una vez hizo ella observaciones de este género:

—Miradle, ahí le tenéis. Repetidle todo lo que acabáis de decirme. Así verá que yo no soy la única en criticar a su Führer.

Ardiente pacifista, iluminada por una imaginación perspicaz, veía ella en el porvenir todos los peligros amenazadores; en presencia de Hitler, no ocultaba ni sus temores secretos, ni su horror a la guerra; me sorprendía mucho ver la atención benévola con que Hitler la escuchaba. Un día, en otoño de 1938, estando Hitler y yo en el Berghof, la conversación recayó sobre la guerra.

Erna exclamó horrorizada:

—No he leído más que un libro sobre la guerra, el de Remarque, *Sin novedad en el frente,* y no puedo imaginarme que un ser normal consienta en considerar solamente la posibilidad de la guerra.

Evidentemente, esto ocurría antes de la guerra, pero el recuerdo de esas palabras podía quedar en el espíritu de Hitler. ¿Me sería posible, una vez llegado el momento, evitar a mi mujer el campo de concentración? En realidad, poco después de la declaración de guerra, fué ella encarcelada por «oposición a la autoridad del Estado», aunque contenta de haber sido tratada con cierta indulgencia.

En el mes de agosto de 1939, estando a solas con Hitler — esto ocurría después de una visita

de Henderson—, expresé el temor de que la Gran Bretaña entrase en la guerra.

—No diga usted eso —cortó Hitler bruscamente—. ¡Inglaterra juega con ese «bluff»! (Y con aquel gesto travieso que tenía a veces): Por otra parte, yo también juego con el «bluff» —puntualizó.

La entrada de la Gran Bretaña en la guerra rebajó el prestigio del Partido. Medí el entusiasmo delirante de 1914 con el desaliento ilimitado de 1939; en nuestro círculo inmediato de amigos reinaba una especie de consternación.

Estaba yo en la Cancillería y vi a Hitler no bien le dejó Ribbentrop. Se desplomó sobre una silla, absorto en sus pensamientos, con una expresión de duda y de confusión en el rostro. Hizo con la mano un gesto bastante patético de renunciamiento acompañándole con estas extrañas palabras :

—De todo esto —murmuró— debemos dar las gracias a esos expertos de los Asuntos Exteriores, es decir, a esos locos.

Sabía yo bien lo que quería decir. Con frecuencia, había oído hablar a Ribbentrop con un aplomo y una confianza ridículos de su ciencia y de su juicio infalible. Aseguraba a Hitler que la Gran Bretaña degenerada no combatiría jamás en la guerra para ayudar a otro país a sacar las castañas del fuego; y todos sus argumentos eran del mismo valor. Sin embargo, aquel juego del ajedrez político tenía un desenlace desastroso y Hitler, arrastrado por Ribbentrop, se había dejado deslizar por la pendiente de los malos cálculos, de las falsas maniobras que iban a conducir a su país a la muerte.

Apenas le dejé, fui llamado con urgencia al teléfono por mi mujer. Estaba desesperada. Su emoción era tan grande que no podía hablar. Logró, sin embargo, hacerme comprender que había escuchado las solemnes palabras de Daladier.

—Heini, te lo suplico, ¡vete a ver a Hitler en seguida, emplea toda su influencia para detener esta, posa horrible antes de que sea demasiado tarde!

Hubiera sido aquello grotesco de no haber resultado precisamente trágico. Pero, ¡Dios mío! Yo, el amigo íntimo y, como algunos me llamaban, el «bufón del rey», ¿iba a ser capaz de detener aquella máquina infernal? «Por una vez, pensé, tenía yo razón y él estaba equivocado.» Pero este pensamiento melancólico no me aportaba ningún consuelo.

* * *

Durante el período que separó el final de la campaña de Polonia del comienzo de la ofensiva del Oeste, Hitler se pasó la mayor parte del tiempo en Oberssalzberg, donde Eva Braun, que seguía trabajando para mí en mi estudio, se reunió con él; fué el Führer quién me pidió que le concediese a Eva cierta libertad.

Triste época para un fotógrafo de Prensa. Se podía fotografiar desde todos los ángulos los destrozos causados por la bomba de la Buergerbrauekeller, pero nada más. El horizonte político estaba vacío. Algunos raros mítines, colectas para los grupos de beneficencia; todo esto se lo dejaba yo a mis ayudantes. Sentí alivio al ver que Hitler volvía a Berlín.

En el Hotel Kaiserhof, que seguía siendo mi cuartel general, recibí una llamada telefónica. Uno de los ayudantes del Führer estaba al aparato: me requerían inmediatamente en la Cancillería. ¡Al fin había algo que hacer! Cuando llegué, el propio ayudante me recibió:

—Guardará usted un silencio absoluto sobre el viaje que va usted a emprender —me dijo—. Nadie debe sospechar la existencia de su máquina, no llevará usted consigo más que el equipaje mínimo; en fin, importa que su salida pase inadvertida.

Se me invitó a hacer mis preparativos en el hotel, pero a mi vuelta a la Cancillería recibí la orden de no utilizar el ascensor y de deslizarme por la puerta trasera.

Antes de subir al coche que esperaba pude cambiar unas palabras con Hitler:

—¿A dónde vamos? —le pregunté—, ¿a Noruega?

—Exactamente —dijo—. ¿Quién se lo ha dicho?

—Nadie ; lo he adivinado — contesté presuroso.

Hitler me miró perplejo:

—De todos modos, ni una palabra de esto a nadie, Hoffmann.

El convoy se puso en marcha en dirección al aeropuerto de Staaken, pero, ante la general sorpresa, no se detuvo allí. Sólo el último coche frenó para cerrar el paso. Continuamos nuestro camino; parecíame que íbamos a hacer todo el viaje en coche. Mas he aquí, de pronto, un paso a nivel cerrado: y ante él, parado, reconocí el tren especial de Hitler. Nos hicieron subir lo más de prisa posible y unos minutos después estábamos de nuevo en marcha. Todo el grupo reunido en el vagón comedor formulaba distintas hipótesis. Sabíamos que rodábamos en dirección a Hamburgo, y Noruega parecía ser el objetivo del viaje. Hitler tuvo una sonrisa de asentimiento y se volvió hacia mí:

—¿Qué, Hoffmann, ha traído usted su calzado de «pato» para nadar?

—No, señor Hitler —respondí—. Lo primero porque puedo nadar sin «patos» y, luego, porque estoy seguro de que no los necesitaremos, puesto que ni usted ni los demás saben nadar.

El tren se detuvo en Celle. Dietrich, jefe del Servicio de Prensa, trajo los últimos mensajes telefónicos de Berlín y proseguimos nuestro camino, en la noche. Hitler echó un vistazo a los mensajes y se retiró, más temprano que de costumbre.

Pero, hacia medianoche, vi, estupefacto, que volvíamos a pasar por Celle. Y al amanecer, Hitler apareció para el desayuno. Era evidente que aquella carrera nocturna sólo había sido un engaño para ocultar nuestro verdadero destino. Alboreaba. Hitler sacó el reloj del bolsillo y lo colocó sobre la mesa, delante de él. Un momento después lo recogió, comenzó a contar los segundos, y luego dijo solemnemente :

—Señores, son exactamente las cinco y cuarenta y cinco. Van a sonar los primeros disparos: ¡ahora!



Ilustración 18. Eva Braun.



Ilustración 19. El Profesor Hoffmann fotografía a Hitler rodeado de las altas jerarquías del Partido, en la Cancillería del Reich.

Era el 10 de mayo de 1940; la ofensiva del Oeste había comenzado. Otra caja de sorpresa de Hitler.

Esa fecha, lo he sabido después, había sido rechazada varias veces. El comienzo de la ofensiva se hizo depender de las predicciones meteorológicas y, de conformidad con ellas, Hitler fijó la fecha del 10 de mayo. El técnico de esas predicciones debía ser más adelante recompensado. Recibió un cronómetro de oro con sus iniciales especialmente grabadas.

En Euskirchen, cerca de Colonia, brillaba el sol; cambiamos de coche. Una hora después, llegábamos a Felsen-Nest, cerca de Nuenster, junto al Eifel. Ese fué el primer cuartel general del Führer.

* * *

En junio de 1940, en su cuartel general de Wolfsschlucht, en Bruly-la-Peche, cerca de Bruselas, Hitler recibió la noticia de la capitulación francesa. Descendiendo un instante de su pedestal de dignidad, se golpeó alegremente los muslos. Fué entonces cuando Keitel, trastornado por la emoción, creó la alabanza universal:

—Mi Führer, sois el más grande jefe militar de todos los tiempos.

Cerca del cuartel general de Wolfsschlucht había una casita cuyos moradores, por razones de seguridad, habían sido evacuados. Los soldados que vivían en aquella casita encontraron una pequeña nota clavada sobre la puerta; me la enseñaron: «El propietario de este hotelito es el profesor de alemán de la localidad. Ruega a todos los habitantes pasajeros que respeten estos lugares. ¡Dios se lo premiará!».

—Vea usted, señor Hitler, con qué cariño cuidan el jardín estas gentes y con qué respeto ocupan la casa —le dije a Hitler.

Todo aquello pareció encantarle.

—No tolero que mis hombres se comporten en el extranjero como se comportaron los franceses

en el país renano después de la guerra. (Su cara tomaba una expresión consternada.) He dado la orden de que todo hombre al que se le sorprenda saqueando, sea fusilado en el acto. Quiero llegar a un verdadero acuerdo con los países de cultura francesa y con Francia. Impondré unas cláusulas de armisticio muy sencillas y firmaré un pacto magnánimo con los franceses, pese al hecho de haber sido ellos quienes me han declarado la guerra.

Así hablaba Hitler...

Fuimos luego a Compiégne. No podía yo dejar de comunicar a Hitler mis impresiones:

—Este lugar se ha convertido en una especie de peregrinación histórica para los franceses —le dije—. Generalmente, los peregrinos compran imágenes piadosas. Aquí, las tarjetas postales y los grabados en color del armisticio de 1918 substituyen a aquellas.

—No censuro por eso a los franceses — concedió Hitler con un gesto hacia mí—. Pero ahora, Hoffmann, a usted le corresponde hacer las tarjetas postales del porvenir. Vamos.

Y por eso pude conservar, en la película, los hechos históricos que se repitieron en el mismo vagón de ferrocarril y en la misma selva de Compiégne. E, igual que mis compañeros franceses en 1918, mis fotos de 1940 fueron difundidas por los cuatro rincones de la tierra.

Mientras nos encaminábamos hacia París vencido, Hitler me dijo:

—Me congratula que esa gran ciudad haya sido respetada. Su destrucción hubiera representado una pérdida irreparable para la cultura de Europa entera.

No debía él olvidar jamás su primera visita a la Opera.

— ¡Mi Opera! —exclamó alegremente—. Desde mi primera juventud, era mi sueño ver en la realidad este símbolo del genio arquitectónico francés.

Y he aquí que guerra, poderío, política, todo quedaba olvidado; andaba y recorría las salas y los corredores como si tuviese el propósito de llevarse cada rincón de aquel edificio en su memoria y para siempre.

Visitó igualmente los Inválidos. En pie, en una larga contemplación íespetuosa, parecía haber entablado conversación con el Gran Emperador. Cuando al fin salió de allí, estaba trastornado:

—Ha sido —me dijo suavemente— el más bello momento de mi vida.

*** * ***

Verano de 1941. Como Napoleón antaño, Hitler había ahora conquistado toda Europa. Mi recuerdo me llevaba invenciblemente a su primera visita a París, el año anterior. ¿Qué ideas —me preguntaba a mí mismo— atravesaron su espíritu en aquel momento, en que, jefe victorioso del pueblo alemán, estaba él ante Francia postrada en el lugar mismo en que el gran Corso dormía su último sueño?

¿Y ahora? Nuestras tropas habían emprendido la invasión de Rusia. Primero, una declaración de guerra que no había provocado el menor entusiasmo en el pueblo alemán. Al contrario, una siniestra premonición habíase extendido como un velo fúnebre. Ni el propio Napoleón, el pueblo lo recordaba, había podido llegar a Moscú, sin seguir más adelante, y eso ¡ a qué precio! En el Cuartel General representaban la farsa de la confianza, pese a una solapada depresión que se insinuaba en el corazón de cada cual.

A solas con Hitler, en el cuartel general de Wolfs-schanze, me arriesgué a decirle:

—*¿Y* qué hay de esa nueva guerra?

Debía esperarse una pregunta de este género.

—Las circunstancias me han arrastrado — dijo — a dar el primer paso hacia lo que yo llamo una guerra preventiva... No, déjeme, esto debe ser explicado claramente al pueblo alemán. Era necesario que asestase yo el primer golpe, para impedir que los rusos lo diesen antes. Los otros (al decir (dos otros» se refería siempre a los ingleses) no tienen el menor deseo de buscar la paz. He esperado, bien lo sabe Dios, tanto como era posible. Pero hoy, no tenía elección: debía correr el riesgo de una guerra en los dos frentes. Ahora bien, fíjese; necesitamos gasolina para nuestra aviación y para nuestro ejército: el ataque a los terrenos petrolíferos en Rusia debe tener éxito a todo precio.

Miraba a lo lejos, sin ver:

—No podía yo obrar de otro modo —repitió.

CAPÍTULO V. «MI ESPOSA ES ALEMANIA»

—Mi esposa es Alemania —decía Hitler.

Una sencilla broma, aunque había algo de verdad en esa afirmación. Hasta el punto de que si le agradaba la compañía de mujeres bonitas, había decidido, sin embargo, permanecer soltero; y lo declaraba.

Cuando hubo asumido el poder, pidió con frecuencia a la señora Goebbels que invitase a jóvenes actrices a tomar el té. Se complacía en acudir a aquellas pequeñas reuniones y en mostrarse lleno de encanto y de cortesía. Ofrecía flores a cada una de las invitadas, acompañadas de una bombonera. A veces se me ocurrió decirle:

—Decídase a escoger, señor Hitler; ninguna mujer, se lo aseguro, le volverá la espalda.

Se echó a reír:

—Ya conoce usted mi punto de vista, Hoffmann: es cierto que me gustan las flores, pero no hay razón alguna para que me dedique a florista.

No sentía él preferencia por un determinado tipo de belleza: atraíale tanto la personalidad como la línea. Ya fuera una Gretchen o una mujer de mundo sofisticada, ya se hiciera notar por una silueta alargada o por unas redondeces voluptuosas, cada una de ellas podía seducirle a su manera. Si tuvo él alguna preferencia, sin embargo, diría yo que fué por el talle delgado y el busto esbelto. Personalmente, no tenía él nada que objetar contra el lápiz de los labios o el barniz de las uñas condenados con tanto desdén por los miembros del Partido.

Un día, en medio de una discusión sobre el cabello corto, los elementos conservadores abogaron por que «las mujeres de pelo cortado no fuesen admitidas en las reuniones del Partido». Pero Hitler tomó su defensa.

Rechazó el uniforme primitivo dibujado para las *Bund Deutscher Maedchen* (algo así como las mujeres-guías alemanas). Declaraba que en materia de uniforme femenino podíamos seguir el ejemplo de las otras asociaciones... Cuando destilaron ellas por primera vez ante el Führer, se volvió éste hacia mi yerno Baldur von Schirach, que era entonces el *leader* de la juventud del Reich, y le dijo:

—Embutidas en esos viejos sacos, esas pobres muchachas repelen las miradas masculinas. ¿Es que se ha empeñado el Partido en crear una raza de solteronas?

Por orden de Hitler, una modista muy conocida en Berlín dibujó unos nuevos uniformes para las secciones femeninas del Movimiento de la Juventud Hitleriana. Aquellas prendas, más elegantes, fueron adoptadas inmediatamente.

En la época en que luchaba para conseguir el poder, estimaba la influencia política de las mujeres, convencido de que el entusiasmo, la tenacidad y el fanatismo femeninos serían un factor decisivo para el éxito. En los mítines, las mujeres tenían su papel. Mucho antes de la reunión, armadas con labores de punto o de aguja, las «Incorruptibles» tomaban asiento en las primeras filas, impidiendo así que los adversarios se acercasen a Hitler.

Las interrupciones delirantes, los aplausos nutridos con que aquellas «incorruptibles» subrayaban los discursos de Hitler, eran indispensables para asegurar el éxito de una arenga. No sólo eran ellas las propagandistas del Partido, sino que persuadían a sus maridos de que se uniesen a Hitler; sabían entregarse por completo a su misión, sacrificando su tiempo libre v todo placer pueril.

Aunque muchas veces le cohibiese, Hitler no podía rechazar la veneración que le consagraban aquellas partidarias de espíritu sencillo. Ayudaban, es cierto, pero habría mucho que decir y que repetir sobre su exceso de celo, que desencadenó muy pronto tormentas en el cielo político.

En la dirección misma del Partido, estaban muy restringidas las actividades femeninas; puede decirse que ninguna mujer desempeñó nunca un papel preponderante en el gobierno del Tercer Reich.

—No permito que ningún hombre coma una parte de mi pastel político —me dijo un día Hitler—.

Con mayor motivo, no se lo permito tampoco a ninguna mujer.

* * *

He festejado con Hitler muchas vísperas de Año Nuevo, pero las de los primeros tiempos de nuestra amistad fueron las únicas despreocupadas y felices. Ya en aquel tiempo, Hitler no bebía. Si bien aquello tenía cierta influencia sobre el ambiente general de la reunión, no estropeaba, sin embargo, la velada, y permitía la diversión de los otros dentro de los límites razonables.

Cuando el Berghof fué ampliado y se le añadieron numerosas habitaciones para los amigos, Hitler invitó allí a los miembros de su círculo inmediato de intimidad y a sus esposas en las fiestas del Año Nuevo. Hubo alegres veladas, aunque la alegría franca no comenzase hasta que Hitler se marchaba, pasada la medianoche. Pero todos se habían entregado ya a los juegos tradicionales de «revei-llon» y la interpretación caricaturesca de las siluetas de plomo fué el número sensacional de la velada.

Puntualmente, al dar las doce de la noche, los caballeros de Berchtesgaden acogían el Año Nuevo con salvas de sus pesadas escopetas. Los ecos resonaban de colina en colina a través del espacio, y luego las campanas de la iglesia difundían en la noche de invierno el gozoso acontecimiento sobre las terrazas del Berghof. La belleza, la solemnidad del momento penetraban hasta el fondo de nuestra alma. Aquella ceremonia de los disparos constituía una tradición que tenía siglos; Hitler la mantuvo mediante una donación anual de pólvora a los caballeros de la montaña. En reciprocidad, una delegación de éstos acudía después de la ceremonia a ofrecer a Hitler su agradecimiento y sus votos.

El «reveillon» de 1924-1925 Hitler lo pasó en mi casa de Munich. Una veintena de muchachas y muchachos los íntimos de nuestro círculo artístico, asistían a la pequeña velada. Todo estaba dispuesto: objetos decorados con flores, farolillos chinos, adornos de papel de color. En un rincón del comedor se alzaba un árbol de Noel revestido con toda su pompa original y rematado por una imagen del Niño Jesús, brillante de «nieve» bajo las luces de las velitas multicolores. Estaba preparada una cena fría que cada cual debía servirse por sí mismo y encontrar sobre la mesa las diversas golosinas alemanas, en cuya confección mi mujer no tenía rival: rebanadas de pan con mantequilla, con salchichas variadas y suculentas, pastelillos, ensaladillas de todas clases, helados coloridos, dulces, flanes y pastas de todo género. De cuando en cuando, servíanse grandes copas de vino del Rhin, escanciadas amorosa y diestramente por mí, mientras que los señores que necesitaban algo más fortalecedor se hacían servir «schnapps» y cerveza en unas mesitas contiguas. En una palabra, un verdadero «reveillon» despreocupado y alegre que reunía a unos amigos íntimos en el esparcimiento de la música, de los juegos, de los chistes, de los «flirts» inocentes y de los besos bajo la rama de muérdago al sonar las doce campanadas de medianoche.

No bien se inició la velada, todos me preguntaron si esperaba a Adolfo Hitler. Contesté que le había rogado que viniese, aunque no creía que aquel año iba a poder hacerlo.

— ¡Oh, Heinrich, qué desilusión! —exclamó una muchacha—. ¡Me gustaría tanto verle! Telefonéele otra vez, se lo ruego, e intente convencerle.

Tanto insistieron, que accedí. Ante mi gran sorpresa, Hitler aceptó, aunque advirtiéndome que sólo estaría media hora. A partir de aquel momento, no hicimos más que esperar su llegada. Nadie había estado nunca con él así, en la intimidad, excepto yo; y cuando llegó hubo una oleada de entusiasmo, sobre todo entre las mujeres.

Muy elegante en su vestimenta, no llevaba todavía su mechón sobre la frente; su aire reservado realzaba su encanto. A las mujeres les gustaba su bigotito que, por mi parte, parecíame tan falso como una engañifa. Al pasar los años, acabé por acostumbrarme a él, o más bien a resignarme ; me atreví, sin embargo, a decirle:

—Señor Hitler, somos muchos los que detestamos ese bigote; creo que debía usted quitárselo.

Pero no conseguía yo persuadirle; tenía preparada su respuesta:

—¿Qué importa el aspecto exterior de una cara? Lo que cuenta es lo que hay detrás.

Luego, sonriendo picarescamente:

—Estoy convencido de que la antipatía de sus amigos hacia mi bigotillo es una invención de

usted. Además, conservándolo, le hago un favor: si me lo afeitase, las mejores fotos que me ha hecho usted y que ha vendido, carecerían de valor. Agotados los archivos, todo el mundo exigiría nuevas fotos mías sin bigote. ¡Qué trabajo para usted, Hoffmann! No, mi buen amigo, le quiero a usted demasiado para imponérselo.

Pero estaba refiriéndome a nuestro «reveillon». Una de aquellas damas, fascinada entabló una larga conversación con Hitler y se las compuso sutilmente para llevarle debajo del muérdago. (Me gustaba esa costumbre inglesa y la había establecido en mi casa.) Una vez que le tuvo allí, aquella muchacha que trabajaba en mi estudio y que era suave como un cuadro al pastel, rodeó con sus brazos el cuello de Hitler y le largó un beso efusivo. No olvidaré nunca la expresión de asombro e incluso de horror que se retrató en la cara de Hitler. La sirena se dio cuenta de que había dado un paso en falso y un silencio embarazoso siguió a su gesto. Azorado como un niño y en una torpe actitud, Hitler permaneció allí mordiéndose los labios para dominar su cólera. La atmósfera, de protocolaria se hizo glacial. Y yo queriendo arreglar aquello:

—No tome usted en serio esta antigua costumbre — expliqué—. Me felicito de que este impulso no se haya dirigido a uno de mis invitados de más edad. Usted, señor Hitler, ha tenido siempre suerte con las damas, un verdadero poder de seducción.

A Hitler no le interesaba aquel poder mundano. Por otra parte, restringió sus actividades sociales al trato con poquísimas familias amigas. Maldecía a las «tías políticas» (así llamaba él a las mujeres ansiosas de darle buenos consejos).

Hablaba en raras ocasiones de sus padres. En veinticinco años, no mencionó una sola vez el nombre de su hermano, Alois Hitler, que tenía un restaurante en Berlín, en la Wittenbergplatz.]N o se le vio nunca a aquel Alois Hitler en la Cancillería. Su hermana menor, Paula, que vivía en Viena, sostenía con él una correspondencia esporádica; pero sé que, después de la larga visita que Paula le hizo en Obersalzberg, rompió toda clase de relaciones con ella durante más de tres años.

Me jacto de haber conocido muy bien todas sus opiniones. Durante nuestras frecuentes conversaciones amistosas, lo que él buscaba era una expansión durante la cual charlábamos al azar de arte, de literatura o de filosofía.

He aquí una de sus afirmaciones:

—El hecho de que un miembro de una familia demuestre ser un genio — declaraba — no significa nada respecto a su hermano y hermanas, que pueden carecer hasta de talento.

El nepotismo le parecía un estado de espíritu censurable e incluso tan repugnante como peligroso. Y citaba el caso de Napoleón en apoyo de su argumento:

—Al colocar a sus ineptos hermanos en el trono de los países que había conquistado, no sólo se puso en ridículo y se hizo hasta impopular, sino que determinó también su caída. Porque en el momento en que los necesitó, aquellas gentes mediocres se volvieron contra él, haciendo una tentativa desesperada por salvar su propia fortuna o su propio poder.

Siguió completamente solo el camino que el Destino le había trazado. Alois, que yo sepa, sigue estando en Berlín. En cuanto a su hermana, dulce y sencilla mujer, vive todavía en la oscuridad satisfecha de su casa bávara.

Hitler tenía también su norma sobre las cuestiones de herencia:

—Rara vez, por no decir nunca, un grande hombre ha dado nacimiento a otro. La historia lo demuestra y científicamente, esto se explica: por una parte, un hijo hereda casi siempre ciertas características de su madre; por otra, un grande hombre se casa casi siempre con la que representa su antítesis y se desinteresa de los asuntos de Estado. Por tanto, no aparece nada en el hijo de esas cualidades que le permitirían ponerse el ropaje de grandeza de su padre.

Había él decidido que su sucesor debería ser un hombre de una amplitud mental igual a la suya. ¿Cómo iba él a prejuzgar ias dotes que su hijo, si llegaba a tener alguno— aportaría al poder? Esta sucesión eventual se efectuaría en detrimento del porvenir de Alemania; y todas estas razones llevaron a Hitler a mantenerse en la resolución que había adoptado de no casarse.

Sin embargo, si hubo nunca una mujer con la que deseara apasionadamente casarse esa fué su sobrina Geli. De haberse celebrado ese casamiento (y que me juzgue exagerado o melodramático

quien quiera), la historia del mundo hubiera cambiado. Su amor por aquella muchacha inteligente y bella no tenía más rival que su pasión política. Pero aun admitiendo que ella no hubiera aminorado el ritmo ni interrumpido la inmensa labor de Hitler, es probable que en la dulzura de la familia y del hogar al que daba él tanto valor, hubiese perdido un poco su afición a la Aventura internacional que le llevó a la ruina.

La señora Raubal, su hermanastra —que era mayor que él — se convirtió más adelante y durante mucho tiempo en su ama de llaves en Obersalzberg; érale completamente leal y abnegada. Tenía dos hijas y un hijo que era maestro de escuela en Linz. Durante la guerra ese hijo quedó cercado en Stalingrado; se le indicó a Hitler que podía sacar a su sobrino de aquel avispero, pero se negó rotundamente, jurando que no haría excepción alguna por su familia. En cuanto a la hija mayor de la señora Raubal, Angélica, todos la conocíamos por el nombre de Geli; y esta es la historia de su trágico destino.

Había sobre todo hombres en la mesa de Hitler en ei Café Heck. Podía ser admitida alguna mujer por casualidad en nuestro círculo, pero ninguna fué autorizada para convertirse en el centro de la reunión. Estaba allí, pase; pero aunque podía ser vista, no debía ser oída. Hitler se mostraba siempre galante y cortés, pero se le rogaba a la dama que se sometiese a las costumbres del círculo. Si tomaba ella parte en nuestra conversación, se le rogaba, siempre, que no intentase sobresalir y que no contradijese nunca a Hitler

Llegó un día en que se sentó a nuestra mesa una muchacha adorable y sin artificios. Era Geli Raubal, la sobrina de Hitler; iba a encantarnos a todos; a partir de ese día, cuando Geli se unía a nosotros, se convertía moralmente en la luz del grupo.

Geli Raubal era embrujadora. Sin ninguna estratagema, sin coquetería, lograba con su sola presencia extraer de cada cual lo mejor que llevaba dentro. Todos sentíamos devoción por ella; todos, pero más que ninguno, su tío, Adolfo Hitler. Geli poseía una influencia evidente sobre él: llegó incluso a convencerle para que la acompañase de compras. Mientras él echaba pestes, recuerdo a Hitler contando que detestaba acompañar a Geli a probarse un sombrero o unos zapatos, o a hacer que una vendedora extendiese todo su género sobre el mostrador para luego marcharse de allí con las manos vacías. ¡Esto era una cosa clásica en Geli! Y, sin embargo, Hitler la seguía... la seguía siempre como un dócil corderillo.

Bajo la influencia de ella, la vida de Hitler se hizo más sociable y más mundana. Iban juntos con frecuencia al teatro y al cine; pero lo que Hitler adoraba, por su parte, era llevar a Geli a merendar a algún rincón pintoresco de los bosques circundantes.

Entonces -— era esto en 1927 — Hitler gozaba de una gran popularidad. Cuando aparecía en un bar o en un restaurante, se veía inmediatamente rodeado por miembros del Partido y por cazadores de autógrafos. Pero él prefería con mucho dedicar sus escasas horas de ocio al círculo de sus íntimos en la soledad confortadora de la selva. Allí, sin embargo, incluso allí, se mantenía siempre reservado. Su actitud con respecto a Geli era más que correcta, ceremoniosa. Pero LU mirada, la ternura de su voz cuando se dirigía a ella, toda su actitud rebosaba del cariño que sentía por la muchacha.

Cuando se mudó al .16 de la Prinzregentenstrasse, la instaló a ella en una bonita habitación de muchacha, amueblada con un gusto perfecto por el decorador más famoso de Munich. Aquel piso de soltero ofrecía cierto aspecto de comodidad familiar. Hitler aprovechaba toda ocasión para alabar el talento culinario de Geli; talento auténtico, en realidad, puesto que la madre de Geli, que se ocupó de la casa durante varios años, era una cocinera sin igual.

Por mucho que la adorase su tío, Hitler no pensó jamás en un enlace con ella. Pero seguía siendo para él la emocionante personificación de la mujer, bella, lozana, pura, inteligente, alegre y, digámoslo, limpia también y tan recta de espíritu como Dios la había hecho. Velaba por ella como se inclina un sabio sobre una flor única en el mundo; quererla y protegerla era, en el terreno sentimental, su sola ambición. Durante mucho tiempo hizo que la educase la voz un maestro de canto célebre. Perfecto en todo momento con ella, únicamente su actitud con respecto a la vida privada de Geli parecía menos generosa; estaba realmente obsesionado por el deseo de conservarla siempre bajo su tutela.

Pero los veinte años de Geli habían escogido la libertad. Le gustaba moverse, ir y venir, ver

gentes; pero no permanecer sentada siempre ante la misma mesa de café, y frente a los mismos rostros siempre solemnes. En Shrovetide, su más ardiente deseo fué ir al baile. Hitler se lo prohibió, pero Geli insistió de tal manera que tuvo al fin que acceder, a condición, sin embargo, de que Max Ammán y yo acompañaríamos a la muchacha. Teníamos orden de llevarla al Deutsches Theater, en donde se celebraba el famoso baile Pares; después, abandonaríamos el baile a las once en punto, llevando a Geli entre los dos.

Habíanme encargado de una grata misión: la de que hiciese unos croquis la célebre modelista Inge Schroeder para el vestido de Geli destinado a aquel baile. Cuando presenté los dibujos a Hitler, los rechazó con la mano. «Excelentes, muy decorativos quizá, pero demasiado excéntricos». Geli debía llevar un vestido de «soirée» corriente y pasar inadvertida.

Cuando Geli, encuadrada por sus dos ángeles guardianes, salió del baile, a las once, iba radiante de alegría.

El fotógrafo del teatro nos había hecho una foto: no, a gusto en nuestro palco, como la hubiera hecho yo, con una copa de *champagne* en la mano, sino en un grupo rígido y forzado; una verdadera foto de familia, mostrando a Gen entre sus perros guardianes. Y esa fué la imagen que Geli puso bajo la nariz de su tío al día siguiente.

Tuve con ello ocasión de decirle a Hitler lo que pensaba. La coacción bajo la cual vivía Geli era anormal, inhumana; la hacía sufrir. La historia del baile me había abierto los ojos. En vez de darle un gusto dejándola ir al baile, Hitler había una vez más impuesto su autoridad sobre la muchacha.

—Ya sabe usted, Hoffmann — explicó Hitler para justificarse — que Tengo el deber de velar por ella. Pues bien, ¡sea! Amo a Geli y podría casarme con ella; pero ya conoce usted mis opiniones y sabe que estoy decidido a permanecer soltero. Teniendo esto en cuenta, me reservo el derecho de velar sobre sus relaciones masculinas hasta que descubra yo al hombre que la convenga. Lo que a ella le parece .ma cadena no es sino una precaución. Cuidaré de ella para que no caiga entre las manos de algún aventurero indigno.

Hitler no tenía la menor sospecha del amor que Geli sentía por otro hombre. A este otro hombre, le había ella conocido hacía tiempo en Viena. Lo que había ocurrido entre aquel joven y ella, nadie lo supo con certeza. Si había correspondido a su amor ¿por qué no se había casado con ella?

Geli era muy reservada y no entregaba su corazón al azar. Su mejor amiga era Erna, mi mujer, que la quería entrañablemente, la admiraba como artista por su belleza. Aun siendo ellas muy íntimas, la reservada Geli sólo levantó una vez el velo que ocultaba el misterio de su corazón: sentíase abrumada. Y en aquel mismo momento, deplorando ya su impulso, cortó la confidencia apenas iniciada :

—Ya ves, es así — suspiró — ni vosotros ni yo podemos hacer nada. Hablemos de otra cosa.

Todo lo que mi mujer creyó comprender es que Geli estaba enamorada de un artista en Viena y que aquel amor la atormentaba. Pero ni toda la simpatía que la ofreció, logró sacar una palabra más de Geli.

La tranquilidad de que hacía gala, era sólo una máscara. Indudablemente, le halagaba que su tío, aquel «inaccesible», estuviera siempre pendiente de ella. No habría sido mujer si la galantería de Hitler y su generosidad no la hubieran impresionado. Pero la vigilancia que él ejercía sobre sus pasos, la prohibición de que Geli tratase a otros hombres o tuviera alguna conversación sin que él lo supiera, todo aquello resultaba intolerable para su carácter independiente.

Fui el único, quizá, en conocerla bien. Pero ¿para qué? Mis esfuerzos por convencer a Hitler de que cambiase de método fracasaron por completo. Su miedo a perderla era tan grande que se empeñaba, contra todo buen criterio, en querer preservarla del peligro. El mismo procedimiento para organizarse una guardia de seguridad, todo esto, además, insensatamente imaginado, para conducirle a su pérdida como condujo a su ruina trágica aquella muchacha a quien amaba. Geli no dudaba que Hitler estuviese enamorado de ella, pero no conocía la profundidad, la inmensidad de aquel amor. Sus ojos se abrieron a causa de un incidente, muy inocente en apariencia.

Un día, mi amigo Maurice, uno de los miembros más antiguos del Partido (había sido chófer de Hitler durante varios años) vino a buscarme en un estado de gran agitación. Logró al fin contarme que había ido a ver a Geli, que habían bromeado y reído juntos, como hacían de costumbre. Pero

que de pronto había entrado Hitler.

—Nunca le había yo visto, ni le hubiese imaginado así — me explicó Maurice —. Lívido de rabia, Hitler arremetió contra mí.

Y hubo a continuación una escena tan atroz que Maurice creyó seriamente que iba a matarle allí mismo.

Y yo me preguntaba: «¿Era una charla inocente?» Por parte de Geli, seguramente; por parte de Maurice, quizá. ¿Oes que él se había desviado por un camino prohibido? ¿Se había atrevido a hacer ciertas insinuaciones a Geli? Hitler, con su agudo sentido de la observación —un sexto sentido, realmente, cuando se trataba de Geli—, debía haberse puesto en guardia por algo. La brusca justificación, aunque aparente, de sus sospechas, provocó en él aquel furor sin límites.

Transcurrió algún tiempo antes de que Hitler recobrase su dominio sobre sí mismo en esa cuestión; antes de que pudiera tolerar de nuevo la presencia de Maurice sin sufrir otra vez las secuelas de su cólera.

* * *

El 17 de septiembre de 1931, Hitler me había invitado a acompañarle por el Norte en un viaje bastante largo. Cuando llegué a su casa, Geli estaba allí, ayudándole a hacer su equipaje. Inclinada sobre la barandilla mientras bajábamos la escalera, gritó:

— ¡Hasta la vista, tío Adolfo! ¡Hasta la vista, señor Hoffmann!

Hitler se volvió para mirarla, inmóvil un instante; y luego subió de nuevo la escalera mientras iba yo a esperarle en el portal. Poco después, Hitler se reunió conmigo. ¿Qué sucedió durante aquellos minutos? Nadie lo sabrá nunca.

Subimos en silencio al auto y tomamos la dirección de Nuremberg. Cuando cruzábamos Siegester, dijo él de pronto:

—No sé por qué, tengo una sensación desagradable.

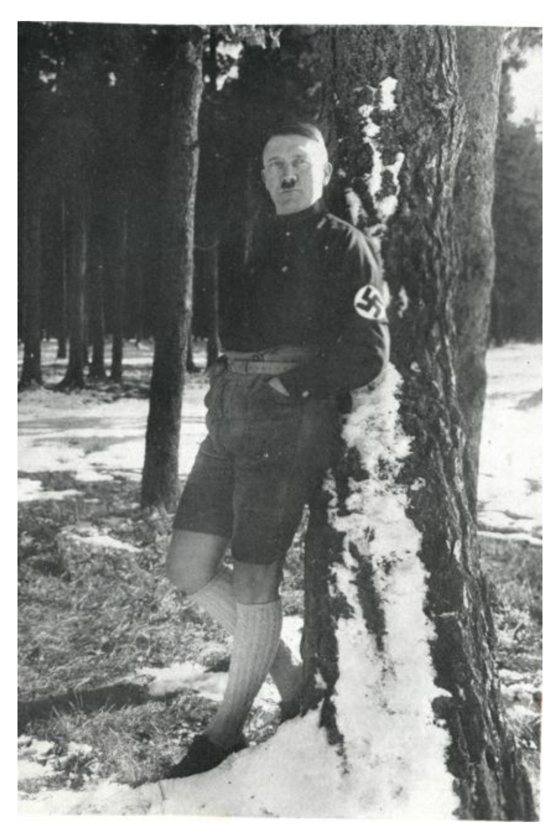


Ilustración 20. Hitler vestido al modo tirolés.



Ilustración 21. Hitler y von Neurath, Ministro de Asuntos Exteriores.

Hice cuanto pude por distraerle. Era la época del «fehn» o viento del Sur, cuyo efecto deprimente ya conocíamos. Pero Hitler permaneció callado mientras rodábamos hacia Nuremberg. Una vez allí, nos detuvimos en el Hotel Deuts-cher, lugar de reunión del Partido.

* * *

Dejamos Nuremberg a nuestra espalda y nos dirigíamos hacia Bayreuth cuando Hitler vio en el espejo retrovisor un coche que intentaba alcanzarnos. Por razones de seguridad, nuestra táctica en aquella época era no dejarnos pasar nunca. Hitler iba pues a ordenar a Schreck que acelerase cuando observó que el coche en cuestión era un taxi, que un «botones» del hotel iba sentado junto al chófer y que nos hacía señas de que parásemos.

Frenó entonces Schreck. Jadeante, el «botones» corrió hacia Hitler, y le soltó de un tirón su mensaje: Hess quería hablarle con toda urgencia por teléfono. Estaba en Munich. Volvimos, pues, al hotel.

Antes de que el auto se detuviese, Hitler se apeó de un salto y se precipitó dentro del hotel; yo le seguí lo más de prisa que pude. Tirando su sombrero y su fusta sobre una silla, corrió al teléfono. No tuvo tiempo siquiera de cerrar la puerta, y se oyeron claramente retazos de su comunicación:

—Aquí, Hitler... ¿ha ocurrido algo?

Estaba muy emocionado. Y de repente, un...

— ¡Pero, Dios mío, eso es horrible!

Vibraba la iesesperación en su voz. Pero su tono se hizo más firme, fué casi un grito:

— ¡Hess, contésteme! ¿Vive ella, sí o no?... Hess, le exijo su palabra de oficial, la verdad: ¿ha muerto, está viva aún? ¡Hess... Hess!

Aullaba. Sin duda no había recibido contestación o quizá Hess cortó la comunicación para evitarse una respuesta. Entonces Hitler se lanzó fuera de la cabina, con el pelo caído sobre la frente

y una mirada feroz. Tenía el aspecto de un loco. Y volviéndose hacia Schreck:

—Algo le ha ocurrido a Geli —gritó—. ¡ Tenemos que volver a Munich a toda velocidad! Tengo que verla viva...

Sólo otra vez he visto a Hitler en aquel estado: cuando le dije adiós en abril de 1945 en el refugio subterráneo de la Cancillería.

El frenesí de Hitler era contagioso. Pisando a fondo el acelerador, Schreck lanzó el coche a una velocidad infernal hasta Munich. Por el retrovisor veía yo el rostro de Hitler. Tenía los labios apretados y miraba a través del parabrisas, sin ver. No pronunció una palabra, ni nosotros tampoco. Cada uno estaba sumido en sus siniestros pensamientos.

Llegamos solamente a tiempo de enterarnos de la trágica noticia: Geli había muerto hacía veinticuatro horas. Se había disparado un tiro en el corazón con un revólver del 6'35. De haberla socorrido inmediatamente, quizá hubieran podido salvarla. Habían traído el cuerpo del Instituto Médico-Legal, después de practicadas las diligencias obligadas. Cuando llegamos, todo estaba dispuesto para el entierro. Su madre nos recibió deshecha en llanto; a su lado se encontraban Hess, el tesorero del Reieh, Schwarz y la señora Winter, el ama de llaves de Hitler.

* * *

Fué la señora Winter quien nos contó lo sucedido después de nuestra marcha. Como ya he dicho, Hitler subió para despedirse otra vez de Geli. Acariándola cariñosamente la mejilla, le murmuró unas palabras al oído; pero Geli se puso triste y con un gesto colérico:

—Realmente —había dicho a la señora Winter— no tengo nada de común con mi tío.

Hitler había regresado aquel mismo día a Munich, donde no debía pasar más que unas horas. Envió, sin embargo, a buscar a Geli y a su madre, a Obersalzberg; después, los preparativos de nuestro viaje le impidieron prestar mucha atención a su sobrina.

—Geli estaba deprimida — contó la señora Winter — y era indudable que no la hacía feliz vivir en casa de Hitler.

Estaba yo de acuerdo sobre este último punto. Por lo que sé, Geli estaba secretamente enamorada; la señora Winter afirmaba que era a Hitler a quien ella amaba. Mil pequeños incidentes la habían hecho llegar a esa conclusión.

¿Supo Hitler los motivos de aquel suicidio de Geli o tuvo, tan sólo, como otras veces, un terrible presentimiento? Había dicho: «Tengo una sensación desagradable». Estas palabras podían ser la expresión de una premonición, a menos que su último adiós a Geli no hubiera provocado aquella ansiedad. Preguntas éstas que quedarán siempre, ¡ay!, sin respuesta, lo mismo que se desconocerán las razones del suicidio de aquella adorable muchacha.

Geli no era en absoluto una histérica de esas que se sienten impulsadas instintivamente al suicidio. Su carácter libre, franco y normal sabía enfrentarse con la vida. Nada de lo que cada uno de nosotros sabía de ella podía hacer presentir aquel desastre.

En su cuarto se encontró una carta sin terminar dirigida a un profesor de canto vienes; una carta tranquila en que le decía simplemente que deseaba ir a Viena para que la diese unas lecciones. Esta carta ¿quedó interrumpida por el descubrimiento de un mensaje de Eva Braun que encontrara ella por casualidad en uno de los bolsillos de su tío? Otra pregunta sin respuesta. ¿Qué más daba? Geli ya no existía, había muerto, había querido morir y nosotros nos perdíamos en vanas conjeturas.

También, según la señora Winter, Geli había anunciado después de nuestra marcha que iría al cine con un amigo y que no necesitaba que la preparasen comida. Por eso a la señora Winter no la había preocupado el no verla regresar aquella noche.

Pero a la mañana siguiente, al no bajar Geli como de costumbre para desayunar, la señora Winter subió y fué a llamar a su puerta. No la contestaron y entonces intentó mirar por el agujero de la cerradura; pero estaba puesta la llave y además echada. Llena de inquietud, llamó a su marido y éste forzó la puerta. ¡Qué espectáculo! ¡Geli tendida en el suelo, en un charco de su propia sangre y el revólver al pie del diván! Entonces la señora Winter avisó a la madre de Geli, así como a Rudoli Hess y a Schwarz. Por orden de su madre el cuerpo de Geli fué transportado a Viena, donde reposan sus restos.

La veneración de Hitler por el recuerdo de Geli se convirtió en una especie de religión. Él mismo cerró con llave la puerta de su habitación; nadie pudo entrar allí, a excepción de la señora Winter y ella fué la que durante los años que siguieron floreció el cuarto de crisantemos, las flores preferidas de Geli. Hitler mandó hacer numerosos retratos de su sobrina, tomándolos de sus fotos, por artistas célebres; y un busto de bronce, admirablemente fundido por Fernando Liebermann. Todas esas efigies de la muerta ocuparon siempre el sitio de honor en sus diversas residencias y en la Cancillería del Reich.

*** * ***

Durante dos días no vi a Hitler. Le conocía yo lo suficiente para comprender que, en aquellas terribles circunstancias, prefería él la soledad. Mas he aquí que de pronto, a medianoche, sonó el timbre de mi teléfono. Despierto ya, me levanté para contestar. Oí entonces la voz de Hitler, pero una voz extraña, de una lasitud desesperada:

—Hoffmann, ¿está usted despierto? ¿Puede venir un momento?

Un cuarto de hora después, estaba en su casa.

Me abrió él mismo la puerta. Su cara parecía ensombrecida, desolada; me tendió la mano en silencio, y luego:

—Hoffmann —preguntó—, ¿quiere usted hacerme un gran favor? No puedo seguir en esta casa donde Geli ha muerto. Mueller me ha ofrecido su casa de Saint-Quirin, junto al lago Tagernsee. ¿Querría usted venir conmigo? Tengo el propósito de permanecer allí unos días, hasta que ella esté enterrada. Entonces, iré a su tumba. Mueller me ha prometido que despediría a sus criados. No habrá allí nadie más que usted conmigo. Me haría usted un inmenso favor.

Su voz era apremiante. Como es natural, accedí y al día siguiente salimos hacia ese lugar.

En Saint-Quirin el guarda de la casa nos entregó las llaves, con una mirada compasiva hacia Hitler, que parecía destrozado. Y luego, se marchó. A Schreck, que nos había llevado, ie despidió también Hitler. Pero antes se las compuso para murmurar a mi oído que le había quitado la pistola a Hitler: su desesperación hacía temer una tentativa de suicidio. Así, pues, nos quedamos los dos solos: Hitler en una habitación del piso primero, y yo, en la que se hallaba debajo de la suya.

Solos, completamente solos en la casa. En el momento en que me despedía de él cruzó las manos a su espalda y se puso a pasear de un lado para otro, en su habitación. Le pregunté qué quería comer, pero se contentó con mover la cabeza sin pronunciar una palabra. Le llevé, sin embargo, un vaso de leche y unas galletas.

Bajé de nuevo y me asomé a la ventana de mi cuarto, oyendo sobre mi cabeza el ruido de sus pasos. Pasaban las horas y el ruido de sus pasos continuaba. Cayó la noche y él seguía y seguía paseando. Acabé por adormecerme en un sillón bajo el efecto de aquel ritmo monótono. De pronto, algo me hizo estremecer: no era un ruido sino, por el contrario, un silencio de muerte que sucedía a sus pasos. Me puse en pie de un salto. ¿Habría podido...? Cautelosamente subí al piso de arriba. Los peldaños de madera crujían a pesar de mis precauciones. Llegué ante su puerta, y entonces, gracias a Dios, ¡ se reanudaron los pasos! Con el corazón más aliviado, bajé otra vez a mi cuarto.

¡Y durante toda la noche, noche interminable, aquellos pasos! Mientras mi memoria me transportaba a nuestras visitas de otro tiempo a aquella casita romántica. ¡Cómo había cambiado todo! La muerte de Geli había trastornado a mi amigo. ¿Le torturaba un sentimiento de culpabilidad, un remordimiento? Preguntas que se planteaban inútilmente sin que pudiera darles una respuesta.

Por fin, el alba blanqueó los cristales de la ventana: y nunca me sentí tan dichoso de ver despuntar el día. Subí de nuevo y llamé suavemente en la puerta de Hitler. No obtuve respuesta. Impulsado por un temor solapado, entré:

Hitler, olvidando mi presencia, con las manos siempre a la espalda, y la mirada fija en una lejanía invisible, proseguía su eterno paseo. Su rostro estaba crispado de dolor y de fatiga, su pelo enmarañado, unas profundas ojeras ahondaban sus pupilas y su boca se torcía en un rictus de amargura desconsolada. No había tocado el vaso de leche ni las galletas.

Le aconsejé que tomase algo. Pero siguió callado. Tenía que obligarle a ello, pensé, pues iba a desplomarse. Telefoneé a mi casa de Munich, para preguntar cómo se preparaban los «spaghettis»,

uno de los platos favoritos de Hitler. Siguiendo con toda exactitud las instrucciones que me dieron, me dediqué al arte culinario. A mi entender el resultado fué bastante aceptable, pero con él no tuve mejor suerte que el día anterior. Escuchaba mis ruegos sin oírlos siquiera.

El día se alargó lenta, indefinidamente; y cayó de nuevo la noche, otra noche más horrible aún que la anterior. Extenuado de cansancio, me adormecí hasta que de un modo periódico, encima de mí, los pasos más rápidos me horadaban el cráneo. Una agitación atroz se apoderaba de mí.

Pasó por fin la noche y despuntó otro día. Parecíame que me convertía en un «robot» de gestos mecánicos, absorbiendo siempre el ruido de aquellos pasos que no cesaban.

Ya muy avanzada la noche, supimos que habían terminado los funerales de Geli y que nada se oponía ya a la peregrinación que iba a efectuar Hitler en Viena. Partimos hacia allá aquella misma noche. Hitler tomó asiento silenciosamente al lado de Schreck. Agotado, acabé por dormirme, en el coche. Llegamos a Viena en las primeras horas de la mañana, pero durante ese largo trayecto, no «alió una sola palabra de los labios de Hitler.

Cruzamos directamente la ciudad en dirección al Cementerio Central. Hitler quiso ir solo a la tumba de Geli, pero Schwarz y Schaub le esperaban allí. Media hora después estaba de vuelta y daba orden de conducirle a Obersalzberg. Esta vez, apenas sentado en el coche, empezó a hablar. Sus ojos seguían mirando a través del parabrisas sin ver, pero parecía pensar en voz alta:

—Y ahora —dijo— vamos a continuar la lucha, una lucha que debe acabar en un triunfo y que así acabará.

Bendije aquellas palabras.

Dos mas después, Hitler hablaba en Hamburgo; luego fué de ciudad en ciudad, de mitin en mitin, apasionada, furiosamente. Sus discursos fascinaban; les añadía un poder de persuasión casi sobrehumano, emanaba de él un embrujo no bien subía al estrado. Me pareció realmente, que buscaba en aquella agitación política un sedante al dolor insoportable que pesaba sobre su corazón, Consiguió dominarse; sin embargo, en el curso de los años siguientes, sorprendí con frecuencia sobre su rostro aquella misma expresión extraña y atormentada de las noches y de los días de horror que habíamos pasado en Saint-Quirin.

* * *

Jamás en nuestro tiempo, hubo mujer alguna que suscitase la atención apasionada del mundo entero como lo suscito la amante de Hitler, la que luego sería su esposa, Eva Braun. Al principio, fueron pocas las personas que conocieron su existencia y, de común acuerdo, todos los que la conocían guardaron silencio.

Después de 1945, los «se dice» circularon a profusión. Eran escasos los que habían visto a Eva; la imaginación podía permitirse toda clase de fantasías. Luis Trenker (que tomó, sin duda, las «Memorias» de la condesa Larisch, de modelo) tuvo la osadía de contar en forma de Diario de Eva Braun los detalles de la vida de libertinaje que hacía ella con Hitler. Todo ello, patrañas.

Eva, la segunda de las tres hijas de Fritz Braun, maestro artesano, había sido educada en un pensionado católico para jóvenes en Simbach, junto al Inn; esta villa estaba al otro lado de Braunau, lugar de nacimiento de Hitler. Después de haber terminado el peritaje comercial, Eva entró como vendedora en la tienda que dependía de mi estudio. Me fijé en ella: pese a sus diecinueve años, conservaba un aire ingenuo, casi infantil.

De estatura media, parecía preocuparse mucho de su línea que quería fuese esbelta y elegante. Su cara redonda, sus ojos azules, el marco de su pelo castaño, todo ello formaba un cuadro que un artista no podría admirar y que se reducía a un tipo impersonal de una estampa de caja de bombones. Como confesaba a sus amigas, se hacía ella misma sus vestidos, que estaban diseñados con gusto. Preocupada de la moda, no había llegado aún, sin embargo, al lápiz de labios ni a las uñas barnizadas.

A la música digna de este nombre prefería ella el ruidoso oropel de una sala de baile; más adelante, tan sólo, sintió cierto interés por el teatro, aunque más todavía por el cine, sobre el cual, durante el período de su amorío con Hitler, ejerció una influencia indiscutible.

Aparte de algunas raras interrupciones, Eva Braun trabajó para mí desde 1930 a 1945. En 1943,

cuando todas las mujeres estaban movilizadas para los trabajos de guerra, volvió por desgracia a mí —y ello a petición de Hitler— y trabajó para mis publicaciones artísticas.

Su hermana Gretl, más joven y mucho más atractiva, formaba parte también de mi personal. En 1944 se casó con Hermann Fegelein, ayudante de campo de Hitler y que fué, a raíz de la caída de Alemania, fusilado por el delito de alta traición por orden de Martín Bormann.

Eramos quizá mi mujer y yo quienes conocíamos más detalles de la historia íntima de Hitler y de Eva Braun. Pero debo advertir a los lectores que, si abordan este capítulo en la creencia de apasionarse con una maravillosa historia de amor, se sentirán singularmente defraudados. Hitler, en su vida privada, era un modesto, un tímido y, hasta donde pudimos observarlo, esa historia no fué nunca para él una historia de amor.

Eva no era para él más que una criatura encantadora en la que, y pese a su frívolo aspecto (o quizá precisamente a causa de eso) hallaba la clase de reposo que él buscaba.

Cuando tenía el propósito de venir a pasar una hora **con** nosotros, le sucedía a veces preguntar:

—Dígale a esa pequeña Eva Braun, empleada suya, que venga a reunirse con nosotros. Me divierte.

Otras veces se levantaba y decía:

—Voy a ver a la pequeña Eva. Telefonéela, amigo mío, y dígale que quiero pasar un rato con ella.

Con frecuencia, cediendo a uno de sus gustos predilectos, marchábamos todos juntos a merendar a uno de esos rincones que constituyen el encanto de los alrededores de Munich. Pero nunca, ni en su voz, ni en su mirada, ni en sus gestos, hubo nada que nos permitiese creer que sintiera por ella un interés más profundo.

Hacíala regalos: flores, bombones, chucherías, las muestras de una galantería vulgar.

Eva ¿estaba enamorada de él en aquella época? ¿Quién podría decirlo? Era ella una modesta vendedora corriente, coqueta, bonita, frívola, a quien halagaban las atenciones de que era objeto por parte de aquel todopoderoso de la tierra. Se veía ya desempeñando el papel de mujer fatal del porvenir, de Pompadour moderna, de «Dea ex machina», tirando de los hilos de las intrigas que se tramaban en todos los países del mundo y ocupando un puesto junto al hombre que la amaba. ¡Cuántas fantasías vanas! Nadie estaba menos hecha que ella para desempeñar ese papel. Ella lo fantaseaba todo. De la misma manera que ciertos hombres se ponen sus zapatillas para sentarse junto al fuego, con un libro y una pipa al terminar su jornada de trabajo, Hitler, por su parte, para descansar, buscaba la compañía de muchachas atrayentes. No de una mujer, pues —e insisto en el plural— todas eran para él una distracción.

Más adelante, bajo la influencia de los acontecimientos en los que se encontró mezclada, curtida por los años de la guerra y los sufrimientos colectivos, puede ser qué el espíritu de Eva y su carácter se hicieran más amplios y profundos. Su gesto final fué su gloria: aquella decisión de permanecer junto a su protector hasta lo último; un riesgo escogido que la redimió de las vanidades de su vida pasada.

Hitler, que conocía a todos mis empleados, vio, pues, por primera vez en mi casa a aquella Eva Braun, con la que charlaba casualmente. Salía a veces un poco de su concha y la dedicaba uno de aquellos ligeros cumplidos con los que le gustaba obsequiar a las mujeres. Nadie veía en aquello una atención especial, fuera de la propia Eva que contaba a todos sus amigos que «Hitler estaba locamente enamorado de ella y que conseguiría con toda seguridad casarse con él».

Pero Hitler no tenía ni la menor idea de lo que sucedía en la cabeza de Eva, ni mostraba deseo alguno de entablar con ella unas relaciones más íntimas, ni entonces, ni después, ni nunca. Pero ocurrió un incidente que cambió el curso de la vida de Eva.

* * *

Un día del verano de 1932, no vino ella a trabajar. No me preocupó aquello hasta el momento en que vi aparecer, hacia el mediodía, a mi cuñado, el cirujano Píate. Estaba muy serio.

— ¡Feo asunto! —dijo—. Anoche me telefoneó Eva. Hablaba bajo, con dificultad, oprimida sin duda por un gran dolor. Me comunicó que se había disparado un tiro hacia el corazón con un

revólver del 6'35. Se sentía tan sola, tan abandonada por Hitler que prefirió acabar con su vida. Esto es lo que ella cuenta.

Píate marchó en seguida al hospital. Cuando llegó Hitler, le conté el drama. A su primera pregunta: «¿Sabe el doctor tener quieta la lengua?», le respondí que podía contar con la discreción de Píate. Hitler insistió en querer hablar con mi cuñado. Comprendí que había recibido una carta de despedida de Eva. Aquella misma noche él y Píate se encontraron en mi casa.

—Doctor — insistió Hitler —, le pido a usted la verdad. La señorita Braun ¿ha querido con ese medio violento, convertirse en un caso interesante y atraer mi atención hacia su persona?

Mi cuñado movió la cabeza; el tiro había sido disparado hacia el corazón y él consideraba aquel gesto como una tentativa de suicidio.

Cuando Píate se hubo marchado, Hitler se puso a pasear de un lado para otro. Bruscamente, se detuvo y enfrentándose conmigo:

—Ya lo ha oído usted Hoffmann — dijo exasperado — la muchacha ha hecho eso por amor a mí. Por mí que no la he dado ningún motivo capaz de justificar ese acto (y reanudó su paseo). Es evidente que debo tener en cuenta a esa muchacha.

Aquello era más evidente para él que para mí. Ninguna nueva obligación me parecía atarle a Eva, nadie podría reprocharle aquella tentativa de suicidio. Pero él objetaba:

—¿Qué garantía podría usted darme de que este género de cosas no se repetirá?

No tenía yo respuesta que darle.

—Si asumo la responsabilidad de ocuparme de ella — declaró — esto no significa que tenga el propósito de casarme con esta muchacha. Ya conoce usted mis ideas sobre el matrimonio... La gran cualidad de Eva es la de no ser una marisabidilla en materia política. Detesto las mujeres que se ocupan de política. La «querida amiga» de un político debe ser discreta.

Y de aquel modo, Eva Braun acababa de conquistar el grado de «querida amiga» de Hitler.

Sin embargo, e incluso en aquella época, no hubo relaciones íntimas entre los dos. Eva, que habitaba ahora en casa de Hitler se convirtió en la compañera de sus horas de ocio; pero que yo sepa, no fué nada más. He encontrado una comparación ajustada: Hitler era parecido a un coleccionista apasionado que prefiere comerse con los ojos su último tesoro en la intimidad de su retiro.

Eva fué mantenida al margen de todas las funciones oficiales. Hasta en el círculo de los íntimos de Hitler, si algún general o algún embajador estaba presente, no aparecía ella en la mesa con nosotros. No acompañaba tampoco a Hitler en sus viajes. No iba a verle a su Cuartel General. Eva Braun permanecía en el piso de la Prinzregentenstrasse en Munich donde Hitler se reunía con ella cuando tenía ocasión; o si no iba al Berghof de Berchtes-gaden, donde tenía su habitación particular; allí aparecía en compañía de Hitler, de sus ayudantes de campo, de todo su séquito, como si fuera ella de la familia.

Que Eva llegó a ser su amante algún día, esto es indudable, pero nadie en el mundo podría decir cuándo y cómo. No hubo nunca cambio perceptible en la actitud de Hitler con respecto a ella. El secreto fué rigurosamente guardado; y nuestro asombro, cuando se anunció el casamiento en el momento del cruel final, es la mejor prueba de ello.

*** * ***

La amistad que Hitler dispensaba a la señora Winifred Wagner duró largo tiempo y, puedo decirlo, constituyó un interés general. Había él trabado conocimiento con la señora Wagner en 1922 y los sentimientos que sintió hacia ella fueron sobre todo reflejo de su veneración por Ricardo Wagner y por su obra. Además, lo que le interesaba era la familia Wagner entera y el Templo de Arte de Bayreuth para el cual se mostró de una magnífica generosidad. Esta amistad pura no se vio turbada siquiera por los chismes de Friedelind, la hija mayor de la familia quien, en Inglaterra, trazó un cuadro desnaturalizado de las relaciones de su madre con Hitler.

Durante varios años, Hitler asistió con regularidad al Festival que puso de moda lo mismo entre los jefes del Partido que entre el mundo diplomático. Era para él un sedante sin igual; además, gustábale proporcionar un placer a sus amigos a quienes invitaba a venir a pasar una semana o más

a su lado. Pero — escrúpulo notable — como detestaba las entradas de favor, pagaba las localidades de todos sus invitados.

Ese Festival no representaba, sin embargo, para todos el placer que él suponía. Muchos de sus amigos hubiesen preferido escalar las montañas o bañarse en la playa a sentarse con un calor tórrido para escuchar las interminables óperas del Maestro. Todos no eran, como Hitler, fanáticos de Wagner; y un día sin música era para ellos un bendito día.

Por mi parte, no censuraré a los oficiales que, de uniforme o de frac, apiñados en su palco, abrumados de calor, se entregaban de cuando en cuando a un corto sueño. Por una especie de pacto, cuando le ocurría a uno de ellos dejar oír un leve ronquido, su vecino le sacudía, salvándole del bochorno.

La inauguración del Festival era una ceremonia solemne: todos los que tenían conciencia de su personalidad consideraban un honor estar allí. Pero cuando iban pasando los días, había allí algunos huecos: cada uno de ellos esperaba, en su fuero interno, que no se notaría su ausencia.

Los Alpes bávaros, nuestros vecinos, atraían a Dietrich, nuestro jefe de Prensa, que era además poco aficionado a la música; en cuanto al piloto de Hitler, Hanz Bauer, le fascinaban los *íos de abundante pesca. Habilidosamente, cogía docenas de truchas que cocinaba él mismo para ofrecerlas a sus amigos.

Otro lugar de reposo espiritual era el Hotel Rollwenzlei que se hallaba cerca; era el antiguo edificio de la Aduana. Allí vivió el poeta Jean Paul; se podía visitar la habitación que había ocupado, y que se conservaba casi intacta con sus libros y sus chucherías. Pero había un interés más vivo, confesémoslo, en ir a tomar un café acompañado de uno de los pasteles exquisitos que dieron fama a aquel Hotel.

Se deslizaba siempre entre nosotros algún filisteo que desaparecía, de puntillas, antes de finalizar la velada. Aquella táctica no carecía de riesgo. Recuerdo que una vez, al expresar mi admiración a un tenor que nos encontramos en el Bar de los Artistas me enteré con gran desconcierto por mi parte que no había cantado aquella noche.

* * *

Para gran tormento de Eva Braun, entró una mujer en la vida de Hitler en aquel momento. Fué en el Festival de Bayreuth de 1932, en la casa misma de Wagner. Unity Walkyrie Mitford, la hija de Lord Redesdale que desempeñó un papel en los asuntos políticos de Inglaterra, se hallaba entre los invitados.

Independiente económica y moralmente, Unity Mitford, trotamundos femenino, se mostró llena de entusiasmo por Hitler y por sus ideas. En Munich, formaba parte del círculo de las familias Bruckmann y Hanfstaengl, y llegó a ser amiga íntima de Putzi, la esposa de Hanfstaengl, que era americana de nacimiento. Hitler vio en ella una personificación ideal de la feminidad germánica; juicio éste que suscitó en Eva Braun comentarios agrios que hacía con toda reserva y que los buenos amigos se apresuraban a transmitir a Hitler.

En el momento en que Unity Mitford conoció a Hitler, su admiración hasta entonces ferviente, pero impersonal, se convirtió en una devoción apasionada por el hombre mismo y por toda la ideología que él representaba. En su coche, adornado con la Unión Jack y con la Svástica, se dedicó a recorrer Europa, haciendo en toda ocasión causa común y asumiendo la defensa de aquél que constituía el objeto de su adoración.

Hitler la admiraba sin duda; pero estimaba en cierto modo su valor comercial, el precio que ella daba a una propaganda que repartía a todo recién venido con un entusiasmo ciego. Cada vez que apareció ella en Alemania, se la vio en el grupo de Hitler en la Hostería o en la Barraca de Vinos de Schwabing, a veces en compañía de su hermana, la que se casaría más adelante con Mosley, el «leader» de los fascistas británicos.

En sus entrevistas con Unity y su hermana, Hitler tenía a gala el evocar su amor desairado por la Gran Bretaña; insinuaciones hechas al desgaire, con un leve tono «sin importancia»: pero su autor sabía muy bien que sus palabras, cruzarían el Canal y serían repetidas donde era necesario.

Unity Mitford era una mujer exaltada, podría decirse que hasta el histerismo. Su corazón podía alimentar más de una pasión a la vez. Hitler era el primero; pero ella aspiraba con toda su alma a ver

Inglaterra y Alemania estrechamente ligadas. Soñaba en voz alta con una alianza entre la Dueña de los Mares y el Señor de la Tierra. La unión de su tierra natal con el país de su héroe aseguraría — decía ella — un dominio tan poderoso del mundo que ni un solo país podría substraerse a él, y ese dominio sería tan justo que todos lo acogerían con gozo. Ella se consideraba una excepción: ninguna mujer había tenido nunca ocasión de defender una causa tan grande; y gritaba que estaba dispuesta a consagrarse sin tasa a la implantación de su ideal e incluso, si era preciso, a sacrificarle su vida.

La admiración que Hitler sentía por Unity era, y ella lo sabía, puramente estética; hubiese deseado más, sin duda, aquella mujer. Pero sabía renunciar gustosa a sus deseos de mujer en favor del ideal internacional al cual consagraba su amor y su vida.

Una esperanza se apoderaba de ella, inconscientemente: cuando se hubiera realizado la Gran Alianza, vendría, naturalmente a continuación, una unión más íntima en la cual su felicidad personal hallaría su sitio.

Y cuando las nubes acumuladas ensombrecieron el sol de sus visiones, Unity se encontró sumida brutalmente en una furiosa desesperación. La declaración de guerra fué para ella el fin del mundo. Su Ideal quedaba roto para siempre: él la había hecho vivir y ahora moriría por él. La vida ya no tenía para ella sentido alguno.

A la sugerencia amistosa del Gauleiter Wagner de que abandonase Alemania y regresara a su país, se hizo ella la sorda. Poco después, la encontraron gravemente herida en el Jardín Inglés. Unity se había disparado un tiro en la cabeza.

Hitler envió a su lado a sus mejores médicos, multiplicó sus atenciones. Hacía que la llevasen flores a diario: y sobre la mesilla de ella había una foto del Führer, firmada.

Cuando estuvo ella en condiciones de viajar, Hitler la mandó a Suiza haciendo que la acompañase el Profesor Morell. Y desde Suiza se trasladó a Inglaterra donde falleció en 1948.

La tentativa de suicidio de Unity Mitford trastornó también a Hitler. Me dijo poco después, con un tono abrumado:

—¿Sabe usted, Hoffmann que empiezo a tener miedo de las mujeres? Cuando se me ocurre demostrarlas un interés personal, por pequeño que sea, una mirada o una simple galantería, la cosa acaba mal. Creo que las doy-mala suerte. Es un hecho que se repite de una manera desusada y fatal, durante el curso de mi vida.

Pensé en toda aquella serie de muertes: la de su madre, que había sido prematura, el suicidio de Geli, la tentativa de Eva y la de Unity.

Y no era esto todo: otra mujer de la que no sabe nada el mundo había intentado acabar con su vida a causa de su amor ignorado por Hitler. En 1921, cuando Hitler era totalmente desconocido, intentó ella ahorcarse en un cuarto de hotel; la socorrieron a tiempo.

Habían pasado los años, cuando Hitler la trajo, feliz y casada, a mi estudio para que la hiciese unas fotos, simplemente.

La fascinación que ejercía él sobre las mujeres era única. Durante su lucha para conquistar el poder, todas enloquecían por él, lo mismo las viejas que las jóvenes. ¡Y las cartas que recibió! Mujeres casadas y adornadas de virtudes, le escribían fríamente para pedirle que fuese el padre de sus hijos. Otras, para expresarle su delirante amor.

En el despacho particular de Hitler, una abultada carpeta que llevaba el rótulo de «Bromas», contenía todas aquellas cartas.



Ilustración 22. Hitler saluda al obispo protestante Muller y al abad católico Schachleitner, en la tribuna de honor del Congreso de Nuremberg.



Ilustración 23. El Mariscal Goering jugando con uno de sus leones favoritos.



Ilustración 24. Los Duques de Windsor visitan a Hitler en Obersalzberg.



Ilustración 25. Conferencia de Hitler con los estadistas ingleses Lord Simón y Edén.

CAPÍTULO VI. HITLER, EL ARTISTA

La pasión de Hitler por las Artes no era fingida. En todas las cosas apreciaba él la calidad y era, él mismo, un acuarelista de talento. Algunos de sus cuadros eran de una delicadeza exquisita. De haber dedicado su vida a la pintura (y hubo momentos en que lo habría deseado) creo que hubiese conseguido un honroso puesto entre los acuarelistas de nuestro tiempo.

En la primera época de nuestra amistad, se interesó mucho por mi modesta colección de cuadros. Los lienzos de Greutzner le cautivaban. Me contó que siendo muy joven en Viena vio un Greutzner en el escaparate de un vendedor de cuadros:

—Un lienzo como ése — decía señalando con el dedo el retrato de un fraile viejo.

Entró y preguntó, tímidamente, el precio. Era una suma exorbitante, muy por encima de sus medios. Tuvo que marcharse preguntándose con melancolía si su éxito en la vida le permitiría ofrecerse algún día un cuadro de Greutzner.

Hay otra anécdota sobre ese período de su vida en Viena:

—Con una carta de recomendación — contaba él — pude conocer a una señora que vivía en una casa deliciosa en los arrabales de Hofbourg. Esta vienesa, ya de edad pero encantadora, me acogió amistosamente. Me contó que de haber vivido su marido, estaría a punto de celebrar sus bodas de oro. Para señalar aquel aniversario, quería comprar una acuarela que representase el interior de la iglesia de los Capuchinos, donde se había casado. Me puse a trabajar en seguida; con un placer infinito y un amoroso cuidado, reproduje cada pequeño detalle de esa iglesia de estilo barroco. Cuando al fin estuvo terminado el lienzo, fui a su casa para entregárselo. Había yo calculado mi precio: pediría por él doscientas coronas. Pero a medida que me acercaba, se disipaba mi valor. En el momento en que tendí el lienzo a la vieja señora, surgió la temida pregunta: «¿Cuál es su precio?», me dijo. «Señálelo usted misma, señora», balbucí. Con una afable sonrisa desapareció en la habitación contigua y volvió llevando en la mano un sobre cerrado. Tuve el pudor de esperar a encontrarme solo en la escalera para abrirlo. Me censuré a mí mismo por no haberme atrevido a reclamar mi precio de doscientas coronas y temblaba al romper el sobre. Mas he aquí que mis ojos se abrieron incrédulos al ver que había dentro cinco billetes de cien coronas.

Me eché a reír.

—Era usted mas cotizable como pintor que como modelo ante mi objetivo.

Hitler no era de mi opinión: quinientas coronas eran una suma, para él, en aquella época; pero para el Partido, treinta mil dólares no son más que proverbial gota de agua en el océano.

—Debería usted aprender, señor Hoffmann, a diferenciar mi persona del jefe del Partido.

* * *

Todos recuerdan el incendio del Palacio del Hielo donde quedaron destruidas numerosas obras de los románticos alemanes. Durante los años siguientes, Munich no tenía ya local apropiado para sus exposiciones artísticas; en 1937, fué construida la Casa del Arte Alemán, diseñada por el Profesor Troost y emplazada en la Prinzregentenstrasse: los artistas muniqueses volvieron a tener un marco adecuado para sus obras.

No pedí nada a nadie para formar parte del comité organizador de la Exposición de Arte anual. Pero fui incorporado a él por decisión espontánea de Hitler.

El 18 de julio de 1937 era inaugurada la Casa del Arte Alemán con una primera exposición y un jurado de doce profesores tuvo que elegir entre las ocho mil obras presentadas. Unos días antes de dicha inauguración, Hitler me pidió que le acompañase a visitar aquella galería. El espectáculo no era nada atrayente: cuadros sin colgar, un aspecto de desorden organizado; y nada interesante que ver. Hitler pasaba de prisa, con cara desilusionada. Supo, además, por casualidad, que los doce miembros del jurado tenían el propósito de colgar sus lienzos en los mejores sitios. Defraudado y molesto, declaró brutalmente:

— ¡Este año no habrá Exposición! Esos cuadros demuestran que no existen todavía artistas en

Alemania que merezcan ocupar un sitio en este magnífico local. En este mismo momento, disuelvo el jurado.

Hubo la subsiguiente consternación. Me atreví a decir:

—Pero eso rerá un golpe terrible para los artistas de Munich, señor Hitler. Piense usted en todas esas esperanzas aniquiladas. No habla usted en serio. Veamos: en ese lote de ocho mil lienzos, podemos indudablemente seleccionar mil quinientos a fin de constituir una exposición correcta.

Vaciló, reflexionó y acabó por asentir:

—Le dejo a usted de juez. Si encuentra usted cuadros de valía para llenar esas galerías, telefonéeme a Obersalzberg; vendré a supervisar su elección. Pero no se deje influir por nadie.

Me encontré, pues, de una manera completamente inesperada, responsable de aquella exposición. Afortunadamente, conocía los gustos de Hitler; sabía con bastante exactitud lo que hallaría indulgencia a sus ojos. Tenía él la costumbre de afirmar que no podía soportar la «pintura descuidada»; esas pinturas de las cuales no puede uno decir si están al derecho o al revés y sobre las cuales el desgraciado enmarcador tiene que poner las indicaciones: «Parte superior» y «Parte inferior».

A fin de no comprometer el éxito de la exposición, decidí adaptarme estrictamente a su gusto, sin buscar la originalidad.

Cada año, nos hubiera sido fácil llenar una sala de exposición con los lienzos que llevaban por título *Retrato del Führer.* Los había de todos los tamaños en todas las posturas, la mayoría copiados de mis fotos. Hasta el punto de que Hitler ordenó que sólo uno de aquellos retratos suyos sería expuesto cada año y que él mismo elegiría ese retrato. En 1938, fué el lienzo de un pintor tirolés, Lanzinger, un «Hitler con armadura de caballero», el escogido. Este retrato comprado primero por la ciudad de Munich fué encargado de nuevo para la Exposición; y aunque un «Hitler con armadura» promoviese críticas perniciosas, ese lienzo tuvo admiradores y admiradoras apasionados.

*** * ***

Quise dar también a la Escuela Moderna de Pintura ocasión de exponer sus obras en la Casa del Arte Alemán. Con la conformidad del director, preparé una sorpresa para Hitler y dediqué una galería a los pintores avanzados.

Cuando entramos allí él y yo, mi corazón palpitó con fuerza. Hitler examinaba el lienzo de un artista muy conocido de Munich. Se volvió hacia mí:

—-¿Quién ha colgado este cuadro? — preguntó él perentoriamente.

—He sido yo, señor Hitler.

—¿Y éste?

—Yo también, señor Hitler; todos esos lienzos los he escogido yo.

—Pues entonces... ¡quite de ahí todos esos horrores! — gruñó.

Y sin decir una palabra más, salió furioso de la sala. Fué mi última tentativa por atraer a Hitler hacia el Arte Moderno.

En 1945, la Casa del Arte Alemán cerró sus puertas. Con qué suspiro de alivio me vi liberado de aquella función honorífica, que no había yo solicitado con intrigas.

Entre los cuadros presentados en 1938 había una «Leda y el Cisne», de P. M. Padua. Me parecía interesante exponer la obra de un artista moderno con un asunto eminentemente clásico. La técnica de Padua era impecable; pero la audacia del artista podía provocar ciertas objeciones y esperé a pedir a Hitler su opinión.

A él también le sedujo mucho aquella pintura, pero sintió el temor de ofender a determinados visitantes y vaciló antes de dar sus instrucciones. Se le ocurrió entonces una idea:

—Un cuadro como éste no puede ser juzgado adecuadamente más que por una mujer. Pediré a la señora Profesora Troost, que decida.

Después de examinar el cuadro, la señora Troost declaró que no veía razón alguna para no admitirlo:

— ¡Ah!—exclamó Hitler—¡ya lo oye usted, Hoffmann! ¡Es usted más mojigato que las señoras! Es un nuevo aspecto de su carácter.

Bromeaba. El fallo de la señora Troost le había puesto de excelente humor. Me ordenó, pues, que colgase el lienzo, lo cual hice en un buen sitio, muy a la vista.

Ahora bien, aquella misma noche, me despertó el timbre del teléfono. Era la señora Troost:

—No he podido conciliar el sueño ni un minuto, profesor. La historia de ese cuadro no me deja descansar. He vuelto a pensar en el asunto y tengo la convicción de que el lienzo de Padua no puede ser expuesto públicamente. Hable usted de esto al Führer, se lo ruego, y pídale que rectifique su decisión.

—Conozco a Hitler, señora — respondí —; una vez tomada su decisión, no cambia por nada del mundo.

Sin embargo, al día siguiente, cuando referí a Hitler aquella conversación, lo acogió con un aire furioso y divertido a la vez.

— ¡Ah, las mujeres, Hoífmann! —suspiró—. No cuente usted con ninguna de ellas. ¿No ha debido la señora Troost pensar ayer en todas esas objeciones? Ahora, ya está tomada mi decisión, y la mantengo.

Como yo esperaba, el cuadro de Padua suscitó numerosas controversias. Unos lo defendían y otros lo atacaban, pero todo el mundo hablaba de él. Varios dirigentes del Partido y la sección femenina en su totalidad solicitaron que el lienzo fuese retirado. Sin embargo, los entendidos en arte se disputaron el cuadro. Lo sacaron, por decirlo así, a subasta, y se quedó con él Martin Bormann.

*** * ***

Verano de 1937.

Se inició un gran movimiento de «limpieza» de los museos y galerías de arte, a instancias del doctor Goebbels. Para aplicar su «slogan» sobre el arte degenerado, retiró todas las obras que no eran de su gusto, lo cual quería decir, conforme al gusto del pueblo alemán. Goebbels llegó incluso a organizar una exposición del arte degenerado. A algunos miembros del Partido les pareció que había pasado de la medida. No vacilé, por mi parte, en hablar con toda franqueza a Hitler y le aseguré que Goebbels seguía un camino equivocado. Hitler entonces, decidió visitar la exposición. Le acompañé con gran desagrado de Goebbels. Hitler examinó varios cuadros que, a mi juicio, no merecían aquella marca infamante. Abogué a mi manera y lo mejor que pude, y no fué pequeña mi satisfacción al ver que Hitler ordenó a Goebbels que retirase de aquella exposición un número considerable de cuadros. Entre éstos se encontraban, lo recuerdo, la «Walchensee» de Lovis Corinth; algunas verdaderas obras maestras de ejecución técnica, en absoluto degeneradas, pero expresando una ligera tendencia al pacifismo, y también, unos cuantos dibujos del famoso Lehmbruck.

—-En lugar de esa exposición del arte degenerado — dije a Hitler—, Goebbels demostraría mejor inspiración dirigiendo su ataque contra esos horrores llamados artísticos que han sido sometidos a la aprobación de la Casa del Arte Alemán. Más de una tercera parte de ellos merecen el fuego. ¡Cuántos artistas se permiten creer que si pintarrajean sobre un lienzo la bandera nacional, la svástica, unos uniformes y unos estandartes del Partido, unas tropas de S. A. y el S. S. también de uniforme, tienen ya derecho a hincharse como pavos reales!

Entablé una lucha severa contra los protectores de esa clase de artistas oportunistas y sin talento. Entonces, cuantas veces rechacé un cuadro, el pintor iba a quejarse a su gauleiter que, de rechazo, reclamaba de Hitler la reposición del mencionado cuadro. Sin embargo, por regla general, Hitler me dejaba en completa libertad y se negaba a intervenir.

Me sucedió en una ocasión llevarle a la Sala del Crimen. Se quedó asustado. Se me había ocurrido la idea de organizar una exposición de aquellas monstruosidades, idea que le había participado y que él aceptó. Pero, al ver las fotos de los cuadros que me proponía exponer:

— ¡Vamos, Hoffmann! —me dijo—. No podemos hacer una exposición titulada «Horrores» o «Basuras». Los miembros subalternos del Partido, lo mismo que las gentes de la calle, no comprenderían cómo poníamos en ridículo a nuestros propios artistas; hay que señalar, además,

que ese trabajo de aficionado ha sido hecho con buena intención.

Y la exposición de las «basuras» no se hizo.

* * *

En 1937 la Exposición de Arte Degenerado de Munich fué un éxito. El doctor Goebbels decidió darla a conocer en toda Alemania. A consecuencia de lo cual recibí centenares de cartas de artistas que pertenecían sin discusión a la clase degenerada, pero que se quejaban de haber sido incluidos en aquella exposición, y que me hacían responsable de aquella equivocación. Entre los rebeldes, uno de mis amigos de Hamburgo me rogaba que emplease toda mi influencia cerca de Goebbels y de Hitler en favor de un viejo pintor, Ernst Barlach que no merecía aquel trato cruel.

El tal Barlach había sido herido de muerte en su arte, excluido de la Academia Nacional de Cultura, tratado con una indiferencia altanera y sistemática. Ninguno de sus lienzos era ya admitido en una exposición y unos granujas se habían permitido destrozar las ventanas de su estudio.

Guestrow, en el Mecklenbourg no estaba muy distante de Berlín y escribí a Barlach que me proponía visitarle. En la estación, un amigo, el doctor Boehmer, vino a buscarme para llevarme a casa del artista.

— ¡Es un gran placer para mí recibirle aquí, Profesor!, — me dijo Barlach cortésmente —. Creí que había sido eliminado por completo en la estimación del Tercer Reich.

Tuve que confesarle que mi visita tenía solamente un carácter privado. Le quité sus últimas ilusiones. Sin embargo, Barlach trabajaba en una escultura en madera de una belleza increíble, *La Madre y el Hijo.* Aquella obra maestra habría bastado por sí sola para colocarle entre los primeros artistas. Recorrí su estudio: cada una de sus obras estaba marcada por su talento personal, ejecutada con una técnica perfecta. Los ataques desencadenados contra él me parecieron ridículos. Tomé una resolución:

—Le doy a usted mi palabra — le aseguré por encima de una taza de té — que hablaré de usted a Hitler y a Goebbels.

De regreso en Berlín, fui a ver a Goebbels, primeramente. Le conté mi visita a Barlach, sin ocultarle el hecho de que antes había puesto al corriente a Hitler del trato injusto dado a aquel artista.

—Entonces ¿para qué viene usted a mi? — lanzó Goebbels irritado.

Repliqué en el mismo tono:

—Creí, doctor, que era usted un admirador de Barlach (y señalé con el dedo un rincón de su despacho). En ese mismo sitio he visto, si no me equivoco, un original de Barlach; era ;,verdad? una mujer caminando contra el viento.

Goebbels me miraba furioso, pero nada me hubiese impedido proseguir:

—Compruebo que su retrato por Leo von Koenig no tiene ya el honor de adornar estas paredes.

Aquello era demasiado para Goebbels. Se mostró sarcástico:

—¿Me permite sugerirle que hable usted de todo esto a su yerno que es, según creo, un maestro del arte moderno, al señor von Schirach?

No pude obtener nada más ni de Goebbels ni tampoco de Hitler que no quería reñir con Goebbels a propósito de Barlach. Había yo hecho lo que pude, es decir, poca cosa.

* * *

Para Hitler Viena era la ciudad de las desilusiones. Viena iba unida en su espíritu a sus días de pobreza, de lucha desesperada por el pan cotidiano. Pese a la miseria, Viena, ciudad imperial, enriquecida con suntuosas galerías de pintura, con múltiples instituciones culturales, había sido para el joven artista que era él fuente de ciencia y de inspiración.

La mayor desilusión de su vida fué su fracaso en el examen de ingreso en la Academia de Arte de Viena. Sin embargo, salvo raras excepciones, sus acuarelas proclamaban su talento; y solía venderlas para ganarse escuetamente la vida, de veinte a treinta coronas por obra.

Más adelante — aunque debería decir mucho después — aquellas mismas obras alcanzaron

unos precios fantásticos. En 1944, una de sus acuarelas alcanzó la cifra de treinta mil marcos; pero aquel homenaje iba dirigido, creo yo, más al hombre de Estado que al artista. Yo mismo he publicado un folleto con reproducciones de sus pinturas; en 1936, la revista americana *Esquive* insertó un artículo sobre «Hitler artista» con reproducciones de sus obras, en color.

Incluso después de la caída de Alemania, los americanos demostraron un vivo interés por ese aspecto desconocido del hombre de Estado. Actualmente, dos acuarelas de Hitler, *Patio antiguo* y *El Ratzenstadl en Viena,* robadas las dos de mi propia colección, son propiedad del Museo de Washington.

Cuando Hitler emigró a Munich, le congratuló penetrar en los medios artísticos que eran los míos y aquel interés común por un arte desinteresado fué la base de nuestra amistad. Soñaba él con el día en que poseería una galería de pintura propia y, en cuanto su libro *Mein Kampf* comenzó a producirle algún dinero, su sueño se hizo realidad.

Coleccionaba al azar y compraba al pasar todo cuanto le agradaba. Su residencia de Munich era, en efecto, una especie de galería: veíanse allí cuadros de artistas muni-queses, entre ellos el célebre *Bismarclc con uniforme de coracero,* por Lehnebach; *El Pecado,* por von Stuck; una *Escena de Parkland,* por Anselm Feuerbach, numerosos Gruetzner que le gustaban especialmente, y varias obras de Spitweg.

Un día, durante una visita que le hizo Goebbels, éste se fijó en un lienzo de Loewith que era, según le dijo Hitler, uno de mis regalos. Goebbels examinó minuciosamente la pintura:

—Muy bien, muy bien, mi Führer — dijo lanzándome una mirada maliciosa—. No es nada extraño esto, puesto que Loewith era sin duda uno de los más notables pintores judíos.

—Exacto —replicó Hitler riendo —; ¡por eso le he *colgado!*

Gustábale a Hitler ofrecer como regalo de cumpleaños a sus colaboradores más íntimos y a las personalidades del Partido, un cuadro de valor. Escogía, sencillamente, en su amplia colección un cuadro cuyo asunto estuviera relacionado de algún modo con el carácter, las costumbres o la profesión del destinatario.

Dorpmueller, ministro por entonces de Transportes, recibió al cumplir los setenta años, un cuadro de Spitzweg representando un tren; en tanto que Ohnesorge, el ministro de Comunicaciones, se vio obsequiado con la *Vieja diligencia,* obra de Paul Hey. El gran almirante Raeder tuvo derecho a una *Batalla naval,* de Willen van der Velde; a Goering, cazador empedernido y Mayordomo de la Caza, le ofreció el *Halconero,* del artista vienes Hans Mackart. El doctor Ley fué recompensado por sus ensayos sobre el Arbertsfront con *El Fraile borracho,* de Grueztner. Por el quinto aniversario de la boda de Goebbels, Hitler escogió espiritualmente una obra de Spitzweg, *Luna de miel para la Eternidad.*

Hacía una clara distinción entre los cuadros que compraba para él a los vendedores de cuadros de Munich o de Berlín o en subastas públicas, y los que fueron requisados durante la campaña «para la salvaguardia de los bienes artísticos judíos», emprendida por Rosenberg y por su grupo. Se negó a que estos últimos ocupasen un sitio en su colección personal.

Alfred Rosenberg, cuando tuvo su sede en París, creyó causar un gran placer a Hitler ofreciéndole sus dos mejores cuadros: *El Astrónomo,* de Vermeer van Delft y la famosa *Pompadour,* de Boucher, cogidos del Louvre.

Cada vez que Hitler abandonaba Berlín o su cuartel general para marchar a Munich, su primera visita era para el Fuehrerbau. Examinaba allí lienzos que había pedido o que le eran presentados al azar por algunos vendedores de cuadros. Durante una de aquellas visitas, el mayordomo le ofreció esos dos cuadros de Rosenberg. Hitler sabía que no tenían precio. Pero, con un gesto despreciativo, se los devolvió al mayordomo desconcertado:

—Dígale a Rosenberg — afirmó con dureza —, que no entra en mis costumbres aceptar regalos de este género. El lugar que necesitan estas pinturas, es una galería de arte, su destino será determinado al final de la guerra.

Hitler quería que el arte ocupase un lugar preeminente en la vida del Tercer Reich. Se les ofreció a los artistas todas las ocasiones para desplegar su talento; al menos a los que eran, académicamente, reconocidos como tales.

En cambio, sostenía una guerra sin cuartel contra el arte degenerado. Goebbels, sin embargo, a quien Hitler había confiado la dirección de la Academia Nacional de Cultura, se esforzó en utilizar el arte como instrumento político. Encargó a Adolf Ziegler, presidente de la Academia, que desembarazase ias galerías alemanas de todos los lienzos que el régimen nacional-socialista no podía admitir; más aún, se proponía quemar el lote.

Pero al tener yo conocimiento de aquella idea loca, me precipité hacia la Cancillería del Reich.

—Imposible, señor Hitler — exclamé—. Usted no puede hacerse responsable de semejante acto de vandalismo, injustificable, incluso desde el punto de vista de su política cultural. E imagínese, habría numerosos admiradores de esos lienzos que aportarían a su Tesoro nacional divisas extranjeras. O, quizás, galerías de Londres, de París, de Roma o de otras partes accederían a hacer unos intercambios con usted.

Había entre las obras condenadas algunas de Franz Marc, de Lovis Corinth, de Liebermann, de Gauguin, de Renoir, de Van Gogh.

Poco me importaba que me tuviesen por un protector del arte degenerado; mantuve mis argumentos y conseguí persuadir a Hitler de que aquella destrucción en masa sería una ligereza que rozaría el crimen. Goebbels recibió entonces la orden de formar una comisión que estudiaría la cuestión. La mayoría de los miembros de aquella comisión eran vendedores de cuadros y tuve que asistir a sus reuniones.

—Me alegraría mucho — dijo Hitler — que lograse usted cambiar un Picasso o un Pechstein por un Durero o un Rembrandt.

El entusiasmo de Hitler por el arte se transmitió a algunas personalidades del Tercer Reich, con Goering a la cabeza. Ribbentrop y Goebbels se apasionaban por aquello: enviaron representantes a todas las ventas importantes de obras de arte. Pujaban uno contra otro en tal forma que los cuadros sobrepasaban su precio. Aquella rivalidad era fuente de situaciones cómicas constantes.

Sucedió que un día Hitler se negó a comprar un *Bismarck* de Lehnebach porque le parecía demasiado elevado el precio de treinta mil marcos. Después de lo cual, el cuadro fué puesto a la venta en la casa de Lange, en Berlín.

—Compre usted — ordenó Goering.

Al tercer martillazo del adjudicado, había soltado quince mil marcos de su bolsillo.

Me encontraba allí cuando Goering ofreció el cuadro a Hitler por su cumpleaños. Había que ver la sorpresa de Hitler al recibir como regalo el lienzo que se había negado a comprar; pero cuando supo en cuanto había sido adquirido, se puso verdaderamente rabioso.

A continuación de lo cual, se cursó una orden: ningún cuadro de valor histórico y artístico podría ser vendido sin el consentimiento del Führer. Si Hitler se interesaba por un cuadro, encargaba a Poss, director general de la Galería de Dresde, y cuando éste murió a su sucesor, que fijase el precio.

Goering, sin embargo, quería eludir la orden del Führer y la adquisición de un determinado lienzo provocó una verdadera disputa entre Hitler y él. Un vendedor de cuadros de Amsterdam había ofrecido un Vermeer a Hitler, *El Cristo y la Pecadora.* Cuando Goering oyó hablar del cuadro y del precio que Hitler ofrecía por él, comenzó sus pujas, que llegaron a un millón y medio de florines: Hitler quedaba desposeído del cuadro que pasaba a manos de Goering.

Hitler estaba rabioso; luego, pensó que Goering se vería obligado a ofrecerle aquel cuadro para la galería que iba a abrir en Linz. Pero, ante su desilusión, Goering no lo hizo así. Hitler se forjó una explicación para aquello:

—Lo importante — dijo — es que el cuadro se quede en Alemania.

Lo cual estaba garantizado por el decreto que se denominaba entonces «Prerrogativa del Führer».

Ejerció dicha prerrogativa sobre un cuadro, *El artista en su estudio,* de Vermeer van Delft, que formaba parte de la colección Czernin de Viena. Una obra de aquella categoría no podía ser retenida — dijo él — en una colección privada: debería ser propiedad del pueblo. Quedó, pues, convencido, que el cuadro iría a la Galería de Linz. Los fondos de adquisición los proporcionó el Servicio Postal

del Reich, una suma obtenida por la venta de sellos de Hitler, de una emisión especial, y cuyo total se elevó a varios millones de marcos. Estaba yo presente cuando Ohnsorge, director general de Correos, firmó a Hitler un cheque de cincuenta millones de marcos.

En total, unos diez mil lienzos fueron adquiridos para la Galería de Linz. Citaré, entre ellos, la obra más importante de Moritz von Schwind, *Cenizas ardientes,* y *La peste en Florencia,* de Mackart, que Mussolini había regalado a Hitler. Con algunos de los millones que había ganado con la venta de *Mein Kampf,* adquirió Hitler la Leda *y el Cisne,* de Leonardo de Vinci; un autorretrato de Rembrandt; el *Ladrón de miel,* del mayor de los Cranach; los *Niños bailando,* de Watteau; una obra de Adolf Menzel, *Construcción en Silesia;* la estatua de Mirón, *Lanzador de disco,* fué comprada a una casa principesca de Italia por mediación de Mussolini y destinada también a la Galería de Linz. En 1945 la estatua volvió a Italia.

Al preguntar un día a Hitler por qué Linz era merecedor de tantas mercedes:

—Los recuerdos de mi juventud tienen en ello su parte — respondió —. Además, no creo que las grandes capitales deben tener solamente el privilegio de poseer tesoros artísticos.

A Hitler le gustaba enseñarme sus diseños de arquitectura; me sorprendió muchas veces su destreza. No era yo el único en admirarlos; numerosos arquitectos célebres los encontraron notables. Los proyectos que había él trazado durante el año 1920 para arcos de triunfo eran originales.

—Algún día serán erigidos en Alemania — afirmó.

La arquitectura interior de la Sala del Senado en la Casa Parda había sido primeramente esbozada al reverso de una lista de platos del Café Heck; fué incorporada al edificio con ligerísimas modificaciones.

Hacía él bocetos a centenares.

Durante la construcción de la Casa Parda, Hitler no fué un «patrón» benévolo. Vigilaba los menores detalles con mirada de águila y suprimía irrevocablemente lo que no le gustaba.

—Señor Hitler, ¿por qué no ha sido usted arquitecto? — le pregunté—. Hubiera usted hecho carrera.

Y me dio esta respuesta:

—-Tenía una ambición mayor: soy el arquitecto del Tercer Reich.

*** * ***

Obersalzberg era una jaula dorada. En contraste con la Cancillería del Reich y su conformismo oficial, la vida en Obersalzberg era cómoda e íntima. Las paredes del comedor y su gran mesa de dieciocho cubiertos estaban hechas de recuadros de pino. La línea era moderna y el armonioso conjunto estaba completado por unos espejos y una iluminación hábilmente dispuesta. Sin ser extravagante, la habitación no daba la impresión de excesiva desnudez.

La vista sobre el macizo salvaje de Untersberg en cuya cumbre, según la leyenda levantó su morada el emperador Federico Barbarroja, añadía encanto al de aquella pieza.

Pocos extraños cenaron en aquel comedor donde Hitler acostumbraba a comer con Eva Braun, sus ayudantes, sus médicos y colaboradores inmediatos. El círculo íntimo se extendía, a veces, a los amigos de Eva y a sus hijos.

Los criados nos seguían a Berlín. El cocinero y las doncellas eran todos de Berchtesgaden y la cocina, de estilo bávaro. Hitler se reducía a su régimen vegetariano, que una excelente cocinera de Viena le preparó hasta el momento en que Bormann descubrió que el origen ario de aquella mujer estaba mal establecido. Entonces la cocinera fué despedida. Después de los cambios en la casa del Canciller, Frau Raubal, la hermana mayor de Hitler y madre de Geli ejerció la supervisión general de la antigua casa como ama de gobierno.

Después de la muerte de su hija, la señora Raubal riñó tantas veces con Eva Braun (que acompañaba siempre a Hitler a Obersalzberg) que aquélla se marchó definitivamente.

La actitud de la señora Raubal con respecto a Eva había sido siempre fríamente desaprobadora. Aquella mujer respetable se daba cuenta de las pequeñas tretas, las intrigas y la credulidad de los

hombres, hasta de los más inteligentes. Cuando Geli desapareció, los sentimientos hostiles de la señora Raubal se transformaron en odio. Nada de lo que pudiéramos decirle era capaz de calmar aquella especie de pasión. Geli, sin duda, había estado enamorada de Hitler y la influencia de Eva Braun era una de las causas supuestas de su fin prematuro. La pobre señora Raubal era víctima de un conflicto interior incesante; hostil por un lado a aquella «odiosa Eva» y sintiendo, por otro, una abnegación sin límites por su hermanastro, que sabía desde siempre iba a ser el salvador de Alemania y su jefe.

Era ella una excelente ama de casa. Su ayuda a la causa de Hitler estaba, lo comprendía ella, limitada a sus medios de mujer: que la casa estuviera ordenada como una máquina perfecta, era el deber que se había impuesto haciendo enmudecer sus sentimientos de odio hacia Eva.

Al pasar el tiempo, el aire de Obersalzberg se hizo, sin embargo, irrespirable para la señora Raubal, por decidida que estuviera al cumplimiento de su tarea. Allí, en la soledad de las montañas, Eva representaba su papel de castellana con más facilidad que en la sociedad de Berlín. Antes del período en que Bormann hizo de Obersalzberg una segunda cancillería, Eva reinaba allí como dueña de casa, salvo escasas excepciones —como, por ejemplo, la de la visita de los Windsor—. De haber ella accedido a permanecer al margen, las dos mujeres hubieran podido mantenerse en una hostilidad, implacable, sin duda, pero tácita. Pero cuando empezó ella a adoptar grandes aires y a mezclarse de una manera caprichosa, y hasta arrogante, en la dirección de los asuntos de la casa, la copa se desbordó: desaprobación en los labios contraídos de la una, desdén condescendiente de la otra, todo lo cual estalló en recriminaciones envenenadas de una parte y de otra hasta el día en que la señora Raubal pidió a Hitler, sin lugar a discusión, que la relevase de su puesto.



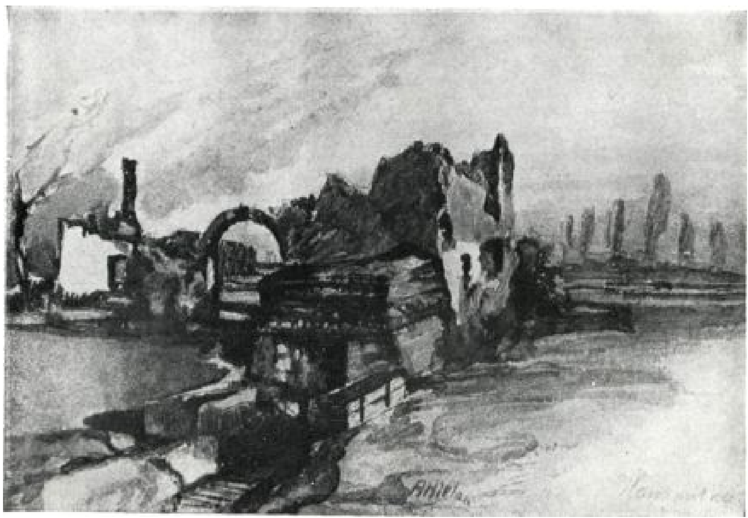


Ilustración 26. Dos acuarelas de Hitler.



Ilustración 27. El «Berghof» de Obersalzberg.

Hitler estaba al corriente de aquella hostilidad; pero, como la mayoría de los hombres, detestaba las disensiones de familia, sobre todo entre mujeres. Escogió entonces la solución más fácil, y dejó marchar a la señora Raubal sin protesta. Aquella excelente mujer volvió a su casa de Munich, donde vivió apaciblemente hasta su muerte, ocurrida en 1948.

Durante mucho tiempo todo el Berghof había estado cerrado al público; no se podía entrar allí más que con un permiso especial. En el interior, a dos kilómetros de la casa, fué construido un pequeño pabellón adonde se iba a tomar el té. Allí, ante el fuego — había una gran chimenea—, Hitler daba una ligera cabezada después de su paseo diario. Con una especie de respeto, guardábamos silencio y cuando se despertaba volvíamos juntos al Berghof.

Aquel paseo, el mismo siempre, sólo era, por lo demás, apasionante para el perro lobo alemán de Hitler y para el «terrier» de Eva; pero para nosotros resultaba bastante monótono. Después de la cena se proyectaba, generalmente, una película, y la charla alrededor del fuego se prolongaba. Se abordaban toda clase de temas; pero el arte, el teatro y la arquitectura ocupaban el primer lugar. Hitler estaba siempre dispuesto a discutir de astrología o de astronomía y, a decir verdad, de toda cuestión, partiendo de la edad de piedra y llegando al descubrimiento del uranio; y siempre, llevando su curiosidad hasta unos detalles tan completos que nos era a veces difícil sofocar un bostezo.

Tenía una memoria fantástica: no sólo para las fechas históricas, sino de las unidades y del tonelaje de cada flota del mundo. El calendario de la flota alemana se lo sabía de memoria, indudablemente, y con frecuencia ponía en apuro a sus oficiales de marina haciéndoles preguntas, las cuales no podían ellos contestar. No había auto del cual no conociese la marca, la estructura, el número de cilindros y sabe Dios cuántas cosas más. ¿Le contradecían? Entonces apostaba, y, por regla general, ganaba la apuesta.

Al llegar la noche, en verano como en invierno, gustábale a Hitler ver llamear el fuego en la chimenea. Se sentaba lo más cerca posible del hogar y se entretenía en atizar las brasas o en echar leños en las llamas murmurantes. Durante aquellas reuniones servían casi siempre té o café; e incluso los que hubieran querido beber una copa se jactaban de su sobriedad. Por mi parte, debo decirlo, como Hitler conocía mis gustos, había siempre «una gota de lo que me gustaba» y el reflejo de las lenguas de fuego danzaba lindamente sobre mi copa de vino.

En aquel ambiente confortador, Hitler se dejaba encantar por la música. Poseía una inmensa colección de discos, clasificados en un amplio mueble junto a la chimenea. Había allí centenares de canciones y de coros, y grabaciones especiales hechas para él en todos los dialectos alemanes. Pero la mayoría de aquellos discos no fueron tocados nunca.

Prefería por encima de todo los trozos de óperas de Wagner; venían después, pero como una concesión, las sinfonías de Beethoven, los valses de Strauss; y la música muy ligera estaba representada por *Die Fledermaus* y *La Viuda Alegre.* En general, Wagner, Johann Strauss y Lehar se disputaban una supremacía amistosa en aquellas charlas junto al fuego; y Bormann, a quien llamaban el Jefe de los Archivos, daba prueba de sus cualidades musicales escogiendo los discos que íbamos a escuchar.

La música solemne de *Tristán* y la de *Los Maestros Cantores,* transportaban melancólicamente a Hitler a los días de Viena.

—Hubiera ahorrado sobre toda clase de cosas para apartar unos céntimos y poder pagarme un asiento en el «gallinero» de la Opera — decía él contemplando la danza de las llamas —. ¡ Ah, qué galas aquellas! ¡ Qué espectáculo de magnificencia y qué regalo el ver la llegada de los miembros de la familia imperial, los grandes-duques con sus uniformes resplandecientes y aquellas grandes damas que se apeaban de sus coches!

El goce que aquella música proporcionaba a Hitler, no podía yo compartirlo, sinceramente. ¡Siempre los mismos discos! Mi hija Enriqueta von Schirach, que era de mi opinión, trajo un día la grabación de la *Sinfonía Patética* de Tchaikowsky. ¡Ay! Hitler la ordenó brutalmente que quitase aquel disco. No, Tchaikowsky no podía aspirar a ocupar el pedestal de los elegidos entre la augusta trinidad Wagner, Strauss, Lehar.

Otro día, Hitler manifestó una especie de espanto al oír a mi mujer que había interpretado al piano, alternativamente a Strawinski y a Prokofief. ¡Aquel Prokofief!, Refiriéndose a una sinfonía clásica que había compuesto, Hitler dijo:

—Hasta a una gallina ciega le sucede picotear un grano de trigo.

Gustábanle también las discusiones médicas entre especialistas. Los escuchaba con una paciencia incansable y era capaz de hacer preguntas sin ñn sobre temas que eran para él poco menos que desconocidos. Aquellas disertaciones clínicas podían durar horas enteras al final de las cuales, estaba, por mi parte, absolutamente convencido de que había contraído una o varias de aquellas enfermedades cuyos síntomas se describían. Para Hitler no era lo mismo: le dominaba un interés gratuito. Después de una discusión de ese género, llegó a convertirse en uno de los partidarios más entusiastas del sistema Zabel, del régimen prescrito por el doctor Zabel de Berchtesgaden.

Sucedíale también referirse a temas que se hallaban fuera del círculo de sus discusiones habituales; sobre todo, con las mujeres. Esto me trae a la memoria uno de los accesos de cólera que le invadió, un día, contra mi propia hija.

Enriqueta, que regresaba de Holanda, contaba sus impresiones de Amsterdam. Por la ventana de su hotel, había visto una judía que era detenida para traerla a Alemania, «de un modo brutal», añadió ella. Pero Hitler la cortó en seco y reinó después un silencio glacial sobre nuestro pequeño grupo.

Pasados unos minutos, Bormann me llevó aparte: tenía yo que decir a Schirach que hiciese salir a su mujer, pues el furor de Hitler era tal que ninguna intervención tendría un efecto apaciguador sobre él. Y los Schirach salieron de Obersalzberg sin intentar siquiera despedirse.

A Hitler le complacía ver incansablemente las películas que le habían gustado. Pero en eso tampoco podía yo conformarme a su gusto. ¡Y, sin embargo! Vi la película de los *Nibelungen* con Paul Richter de Sigfrido, más de veinte veces; y *Fire-tongs bowl,* otras tantas. Hubo un tiempo en que Goebbels pasaba las películas, en estreno, en Obersalzberg. Entonces las proyectadas debían ser contempladas con un ojo crítico. Eva Braun expresaba su descontento con respecto a ciertas escenas o ante el comportamiento de determinados personajes; Bormann o algún otro potentado ponían su veto a tal o cual secuencia. Y el resultado no se hacía esperar: Hitler ordenaba que se hicieran cortes y modificaciones sin dignarse tener en cuenta las dificultades ni los gastos.

Lo cual puso a Goebbels fuera de sí. La moda de los estrenos decayó. Pero cuando confesé al doctor que estaba harto de ver siempre aquellas películas viejas, me respondió prontamente:

—Yo no tengo ganas, amigo mío, de sufrir las críticas de alguna estúpida cotorra (Eva) o de algún despensero hinchado de orgullo (Bormann).

Hitler no pasaba largas temporadas en Obersalzberg; sin embargo, ocurría a veces, cuando así lo decidía él, que la vida tomase allí un ritmo muy febril, con idas y venidas de diplomáticos, de hombres de Estado, de altos funcionarios del Partido, de ministros y de generales. Había también recepciones y banquetes de todo género, pero las mujeres estaban excluidas de ellos.

En realidad, Bormann había conseguido transformar el idílico Obersalzberg en una especie de gabinete político donde al estar Hitler, aislado del resto del mundo, tenía él ocasión de atraer a su jefe a sus propias ideas. En aquella época, la Cancillería estaba circundada de una alambrada de espinos que se extendía varios kilómetros. Construyeron un enorme cuartel para los S. S. y en la cumbre del Kehlstein, a cerca de dos mil metros de altura, aquella casa que los americanos llamaron años después el «Nido del Águila». Su destino debía cambiar: al principio no fué más que un hotelito para excursiones cuya línea y cuya estructura eran realmente notables. Una galería de más de doscientos metros de largo conducía a un ascensor que recorría sesenta metros en la roca. Unas troneras del «Nido del Águila» descubrían una vista espléndida sobre toda la comarca de Berchtesgaden, tocando casi las fronteras de Austria. Aquella construcción cuyos fondos, materiales y mano de obra habían sido puestos, por la industria alemana y la Organización del Trabajo a disposición de Bormann, tardó varios años en terminarse y consumió sumas difíciles de evaluar. Sin embargo, a Hit-ler no le gustaba: se le vio quizá cinco veces en su «Nido del Águila», pero no más.

Goering, que tenía su residencia propia en Obersalzberg, aparecía rara vez en el Berghof; cuando se veía obligado y sólo entonces. La Cancillería y las otras secciones del gobierno establecieron sus sedes centrales en Obersalzberg que se convirtió poco a poco en una sucursal de Berlín.

Como Goering, Bormann tenía allí también su casa; pero, en oposición al mariscal del Reich, pasaba todo su tiempo con Hitler en el Berghof e incluso comía allí. Antes de que la influencia de Bormann llegase a ser preponderante, Obersalzberg estuvo abierto a todos. Oleadas de peregrinos, de curiosos y de visitantes se esparcían por el distrito de Berchtesgaden no bien corría la noticia de la llegada de Hitler. Pero aquella invasión adquirió tales proporciones que un servicio de orden tuvo que vigilarla. Pese a lo cual, miles de personas, en su mayoría venidas de Austria, pretendían desfilar ante Hitler, con el brazo levantado en el saludo de fidelidad.

Tales manifestaciones llegaban a durar más de dos horas. Y como el sitio en que se colocaba Hitler para recibir aquellas aclamaciones de entusiasmo estaba expuesto al sol, plantaron un árbol para darle sombra y protección.

En 1945, todo aquel antiguo Berghof quedó deshecho; y poco después, fué definitivamente arrasado. Todo lo que de él queda, es ese árbol tutelar y hago votos para que mi testimonio no llegue a ser la causa de su desaparición.

Cuando Hitler estaba de buen humor, hacía salir los niños de la multitud y, en la terraza, les obsequiaban con té y pasteles. Pero, con seguridad, entre aquellos pequeños invitados, algunos no eran de raza aria pura. Entre las numerosas fotos que tomé de aquellas recepciones infantiles, una de ellas ponía bien en evidencia aquella tara y cuando la publiqué con la mayor inocencia en mi libro *Hitler entre los niños,* produjo una gran emoción. Ocurrió que una niñita encantadora llamó la atención de Hitler. Habló con ella largo rato y rogó a su madre que se la volviese a traer alguna vez. La pequeña Berneli llegó a ser la preferida oficial del Führer y les hice muchos clisés en grupo, sobre la terraza. Nos enteramos, por añadidura, que su padre había sido un oficial condecorado con la Cruz de Hierro de Primera Clase. Pero uno de los miembros celosos del Partido, un hombre fastidioso, que conocía aquella familia, le fué a contar a Bormann que la niña no era de raza aria pura. Bormann no hizo esperar su prohibición: la madre y la hija no debían aparecer más ante Hitler; aunque, y ésta era una de sus características, no confesó a Hitler lo que había hecho. Luego, cuando Hitler preguntó qué había sido de su ámiguita, supo mostrarse muy evasivo.

Pero he aquí que la foto de la niña apareció en mi libro. Bormann, muy agitado, exigía que se arrancase aquella página, y cuando le expliqué que la cosa era técnicamente imposible, decretó pura

y simplemente que el libro sería recogido. Era pasarse de la medida: fui directamente a Hitler, le conté la historia y le pedí que adoptase una resolución.

Hitler detestaba el resolver problemas desagradables; pero aquella vez su desprecio se dirigió contra los que habían denunciado a la niña. Si hubiesen retenido su lengua, nadie habría salido perjudicado. Ahora era ya demasiado tarde y él comprendió que, en buena lógica, debía negarse a ver de nuevo a Berneli. Pero suspiró:

—Hay gente que tiene el talento de privarme de mis más inocentes placeres.

* * *

Al levantarse por la mañana en el Berghof, Hitler bajaba directamente a la terraza del piso bajo. Allí, en aquel preciso momento, contemplaba un espectáculo único: dos águilas enormes trazaban, en su vuelo, círculos en el cielo. Hitler las vigilaba con sus gemelos. Pero, un día, consternado, no vio más que un águila sola. ¿Qué había sido de la otra? Ninguna respuesta pudo calmar su ansiedad.

Durante varios días, se discutió sobre aquello, a su alrededor. Sabíamos que le tenía muy preocupado la desaparición de aquella águila. Algún tiempo después, decidió volver a Obersalzberg a pasar su cumpleaños. Nuestro grupo salió de Munich. A cincuenta kilómetros de la llegada un rápido coche se acercó a nosotros, viniendo en sentido contrario y a pesar de la velocidad con que nos cruzamos, Hitler observó que una gran ave disecada, con las alas abiertas, iba colocada en el asiento trasero. Detuvo su comitiva:

—Creo que es mi águila — gritó. El comandante de escolta, a las órdenes del Standartenfuehrer Rattenhuber tuvo que dar la vuelta y alcanzar aquel coche.

—Si estoy en lo cierto — nos decía Hitler —, les prometo que esos miserables van a sufrir un castigo ejemplar. Lo mismo que el destinatario del regalo.

La cólera que se traslucía en su rostro no presagiaba nada bueno.

Una hora después, el auto del comandante volvió a toda marcha. Nos paramos y acudió Rattenhuber:

—Teníais razón, mi Führer. Era el águila de las montañas.

—¿Su destinatario? — interrogó Hitler con voz amenazadora.

Rattenhuber vacilaba. Y al fin dijo, sin embargo:

—El águila ha sido remitida a vuestra residencia de Munich, en la Prinzregenstrasse. Está montada sobre un zócalo de mármol que lleva esta inscripción: «A nuestro bienamado Führer. Recuerdo de sus montañas. 20 de abril. Del grupo local del Partido N. S. D. A. P. Berchtesgaden».

* * *

Para ir a Obersalzberg, Hitler evitaba la autopista y seguía el antiguo camino que bordea el lago Chiemsee.

Allí se encuentra el Hotel Lambach donde nos deteníamos a menudo para almorzar o simplemente para tomar una taza de café. Se difundió el rumor de aquello y Lambach se convirtió en un sitio predilecto de los turistas que visitaban la habitación de Hitler y consultaban con gran pasión el Libro de oro.

Cuando Hitler tenía el propósito de prolongar su estancia en Obersalzberg organizaba sus conferencias en Lambach.

Un día, después de un breve descanso, rodábamos moderadamente hacia Berchtesgaden, Hitler vio un hombre tendido en la carretera. Schreck frenó y nos apeamos. Cuando el hombre recobró el conocimiento, murmuró que no había comido nada hacía dos días. Sacamos unos «sandwiches» de nuestra cesta y Hitler le entregó cincuenta marcos de su cartera.

Al contar este incidente, Hitler inició una disertación sobre la importancia de una sociedad de beneficencia adscrita al Nacional-socialismo.

—Este pequeño incidente prueba por sí solo la importancia de tal sociedad — explicó — y la necesidad de extender sus actividades.

Horas después, aquel mismo día, Lammers, ministro del Reich, llegó también a Obersalzberg. Durante la cena iba a relatar una curiosa aventura:

—Al venir hacia aquí — dijo—, he encontrado en la carretera a un hombre que había perdido el conocimiento. Me he detenido para ayudarle y el pobre diablo ha murmurado que no había comido nada desde hacía dos días. Afortunadamente, yo contaba con algunas provisiones.

—¿Le ha dado también dinero? —preguntó Hitler.

— ¡Naturalmente, mi Führer! Le he dado veinte marcos.

Hitler rompió a reír:

—Eso hacen ya setenta marcos en una jornada. ¡Se los merece! ¡Me gustaría saber quién será el tercer embaucado!

* * *

Tan pronto como llegó al poder, Hitler hizo transformar de arriba abajo la Cancillería del Reich. Además de la gran sala de recepción, había hecho construir una sala de música y un comedor, que habían sido proyectados por el arquitecto Troost, habiendo corrido a cargo de los Talleres Reunidos de Munich la realización del decorado y el mobiliario.

El comedor era cuadrado, poco más o menos. En la pared del fondo de esta suntuosa sala, cuyas tres puertas vidrieras se abrían a los jardines de la histórica Cancillería, estaba colgado un gran lienzo de seis metros de anchura: *La entrada de la diosa Sol,* firmado por F. August Kaulbach; colocadas en sendas hornacinas había unas estatuas en bronce de tamaño natural *(La Sangre y la Tierra),* obra de un escultor de Munich, el profesor Eckerlé. La mesa grande, con sus suplementos, era capaz para sesenta personas. El mobiliario estaba completado por mesitas destinadas al séquito de los invitados notables y un aparador. En un principio, este comedor tuvo un carácter privado; pero más tarde, llegó a convertirse en una verdadera Sala de la Tabla Redonda, en la que los visitantes importantes— Jefes de Estado, diplomáticos extranjeros — podían cenar oficialmente, y, sin embargo, en la intimidad con Hitler.

Servían la mesa miembros de las S. S. que usaban un uniforme especial. Llevaban chaquetilla blanca y pantalón negro; su servicio era hábil y discreto. La comida normal se componía de sopa, un plato de carne y verdura y algún otro plato ligero. Ahora bien, si algún invitado (al igual que Hitler) prefería una comida vegetariana, sus deseos eran satisfechos inmediatamente. A decir verdad, al único que yo vi utilizar este privilegio fué a Martin Bormann. Los invitados eran generalmente personajes oficiales, artistas célebres y *gauleiters* que pasaban por Berlín. La sociedad que se reunía alrededor de Hitler era muy viva y variada.

Durante la guerra se transformó su aspecto: ya no se veían sino uniformes. Yo era el único que seguía llevando ropas de paisano, aunque, por no desentonar, tomé la costumbre de ponerme para las ceremonias, oficiales un uniforme sin ninguna insignia de graduación. Cuando Hitler recibía a huéspedes muy distinguidos, me colocaba casi siempre a su izquierda, para no ofender a uno u otro de los numerosos mariscales de campo o generales que siempre se encontraban presentes.

* * *

En tiempos, a Hitler le gustaba que todos tomaran parte en una conversación que, más tarde, monopolizaría él solo. Goebbels tenía un sentido del humor muy especial: con observaciones mordaces y maliciosas, conseguía poner en ridículo a aquellos invitados que no eran de su agrado. Tal vez puedan reprochársele muchas cosas, pero no se puede negar que su lengua era sarcástica y ocurrente.

Cuando iniciaba un duelo conmigo — lo cual era muy frecuente — todos los comensales, sin excluir a Hitler, se disponían a divertirse. He aquí un ejemplo de uno de aquellos pequeños torneos a los que teníamos costumbre de entregarnos. Era durante la guerra. Los ingleses acababan de realizar sobre Berlín un *raid* nocturno. Hitler, que acababa de llegar de su Cuartel General, preguntó:

—¿Ha tenido alguna repercusión el bombardeo en la vida nocturna de Berlín?

Silencio general, mientras que Goebbels me lanzaba una mirada tan irónica, que llegó a disgustarme:

—¿A qué viene esa mirada, doctor? — pregunté irritado.

Goebbels se hizo el sorprendido:

—Pues está perfectamente claro, mi querido amigo. Usted, que es el único experto en la vida nocturna de Berlín, es también el único que se encuentra en condiciones de contestar a esta pregunta.

Todas las miradas se volvieron hacia mí. Hitler sonrió divertido, y Goebbels se disponía ya a recrearse en su triunfo, cuanto tomé mi desquite:

—¿Y qué es lo que usted entiende por «experto», doctor? Cualquier ciudadano de Berlín conoce perfectamente un hecho: el de que en su ministerio no hay ningún experto.

Hitler se tapó la cara con las manos, pero rompió a reír y todo el mundo le secundó. Goebbels iba a contestar, pero se lo impedí:

—Cloquee, cloquee, doctor. No es usted quien puede hacerme variar de opinión.

En aquel momento, Hitler, que estaba temiendo que llegáramos a las manos, se levantó y se retiró con Goebbels para celebrar una conferencia oficial. Los demás me felicitaron; habían experimentado un verdadero placer viendo cómo yo reducía al silencio a aquella lengua viperina.

Sin embargo, Goebbels no se dio por vencido; trató de aprovechar, para vengarse, cierta ocasión en que yo no me encontraba a la mesa e Hitler inquirió las razones de mi ausencia.

— ¡Hoffmann no obedece más que sus propias leyes! — suspiró Goebbels, con tono apesadumbrado—. No consiente en colaborar con mi Ministerio; evita cuidadosamente todo trabajo de propaganda; no tiene ningún sentido de la responsabilidad política. Solamente persigue un objetivo: el de hacer dinero.

Con lo que lo único que consiguió fué provocar una violenta respuesta por parte de Hitler:

— ¡Deje a Hoffmann en paz!—le gritó—. Toda su vida ha sido un hombre de negocios y lo sigue siendo. ¡ Hay otros, en cambio, que se han encaramado al puesto de ministro, SEÑOR MINISTRO!

En oposición a las costumbres que reinaban en Obersalzberg, en los últimos años las mujeres eran invitadas muy raramente a las comidas de la Cancillería del Reich. Goering también se mantenía apartado; los productos culinarios de Hitler — según decía — no eran de su agrado. En cambio, el tiralevitas de Martin Bormann, se había impuesto la obligación de consumir sus zanahorias crudas y sus verduras de régimen en compañía de su maestro; ahora bien, después de hacerlo así, se retiraba a su habitación y, completamente a solas, devoraba una chuleta de cerdo o una buena *Schnitzel* vienesa.

Hitler me daba en plan de broma el apelativo de «bá-varo caníbal»; hubiera deseado convertirme a su doctrina vegetariana, pero no había tenido más éxito que yo al tratar de convencerle a él de las delicias del alcohol. ¡Era una verdadera pena! Su bodega estaba repleta de los mejores caldos, la mayor parte de ellos ofrecidos por las provincias alemanas.

—El vino es un remedio maravilloso para el insomnio, señor Hitler — le aseguraba yo—. ¿Por qué no se toma un vaso antes de acostarse?

Contestaba gesticulando:

—No me gusta el vino. Me da siempre la impresión de que es una especie de vinagre. No obstante, de joven, intenté algunas veces beber vino; pero, a no ser añadiéndole azúcar, nunca he podido tragarlo.

Yo me escandalizaba.

—¿Echarle azúcar al vino? ¡Vamos, señor Hitler! No se puede estropear de esa forma una bebida tan noble. ¡Si cualquier vendedor de vinos se atreviera a utilizar esa receta, sería encarcelado! Aparte de que, hay innumerables vinos dulces que puede beber sin añadirles azúcar.

Hitler asintió alegremente:

—Estoy seguro de que tiene toda la razón. Con toda probabilidad conoce usted mi bodega mucho mejor que yo, Hoffmann.

Diciendo esto, envió a buscar una botella escogida por mí. Luego vació su vaso de dos tragos y

chascó la lengua, exclamando:

—¡Por Júpiter! Este vino es excelente.

Me puse muy contento por mi éxito. Cuando, un poco más tarde, Hitler anunció que tenía sueño e iba a acostarse, mi orgullo no tuvo límites. Al día siguiente le pregunté acerca de cómo le había ido con mi «medicamento».

—He roncado como un trompo — confesó —. Ahora bien, a pesar de ello, no volveré a beber vino. Usted sabe, Hof-fmann, que el vino hace ver la vida de color de rosa (esto lo dijo en francés). Ahora bien, un juicio no puede ser imparcial de no ser concebido por un espíritu frío, el de un hombre cuyo estómago sea por completo sobrio. Ocurre que al principio el enfermo toma el vino como un medicamento; después la dosis diaria se convierte en hábito agradable. Eso puede estar muy bien para usted, mi querido amigo; pero no para mí.

Por consiguiente, yo había fracasado. Lo más que podía decir era que, a mi edad, el abandonar este hábito agradable hubiera tenido unas consecuencias nefastas para mi salud. Seguí igual.

Una vez, sin embargo, cometí una torpeza. En el reducido círculo de nuestros íntimos, Hitler me designó como «el bohemio que se deja encadenar por las malas costumbres», lo que significaba que yo era aficionado a la buena carne, al buen vino y al buen tabaco. A lo que repliqué:

—Estoy muy agradecido a estas malas costumbres, que me ligan firmemente a la tierra. Yo me siendo dichoso como un rey, mientras que tanto usted mismo como Hess, masticando siempre ensaladas, tragando pildoras y sufriendo pinchazos, se pasan la vida sintiéndose desgraciados y han de visitar al médico todos los días.

Acababa de hablar de una manera irreflexiva en grado sumo: comparar a Hitler con un enfermo era cosa que éste no podía soportar. Fui castigado; durante los días siguientes no recibí la acostumbrada invitación para que me sentara a la mesa del Führer.

***

Hitler detestaba la caza. Hablar de ella era uno de sus temas favoritos. Si Goering, el Montero mayor, se encontraba en sus proximidades, se complacía en mofarse del arte cinegética.

—Como profesión, no tengo nada contra la caza — afirmaba—. Tampoco contra aquellos que se han deleitado desde su juventud con estas matanzas de animales. Mas hoy la caza se ha convertido en una moda; todo funcionario del Partido siente la necesidad de pertenecer a algún sindicato o grupo de cazadores, con objeto de inmolar sin hacer distingos a todos los animales de la tierra que han quedado reducidos al silencio.

Goering no estaba de acuerdo. Defendía el punto de vista del cazador alemán, al que presentaba como protector de los bosques. Hitler bromeó:

—Sí, es cierto. El cazador protege y defiende a los desgraciados animalitos hasta que llega el momento en que cree ha de matarlos. El ojeador advierte a su amo acerca del momento y el lugar en que el animal hará su aparición ; entonces, el amo, cómodamente instalado detrás del anteojo, espía a su víctima para asesinarla. Después, el glorioso cazador vuelve a casa llevando la presa.

—Pero nuestras nuevas leyes sobre la caza prohiben la matanza sin discriminación — discutió Goering—. Además, el verdadero cazador encuentra mayor placer en atacar a los animales salvajes.

—Y bien — contestó Hitler—, entonces, ¿por qué no siguen el ejemplo del duque de Windsor? Le he preguntado si le gustaba la caza. Le gusta, en efecto... pero no con una escopeta: no lleva más armas que su cámara fotográfica.

A Goering le quedaban todavía otros argumentos. ¿No tenía, acaso, la caza una importancia política? Los diplomáticos extranjeros se mostraban siempre encantados de aceptar una invitación para una cacería y los problemas parecían menos arduos cuando eran discutidos en un coto de caza que cuando lo eran alrededor de una mesa de conferencias.

Hitler admitió que tal vez existiera una especie de francmasonería del bosque.

—No sé nada de la caza — repitió—. Ahora bien, si la muerte de los animales puede contribuir a mejorar las relaciones políticas, pondré con mucho gusto mis cotos a la disposición de nuestros huéspedes extranjeros.

Hitler había pronunciado tales palabras en un tono sarcástico, lleno de desprecio.

—Además, aplaudo al cazador furtivo. Sabe mucho más acerca de la Naturaleza que todos vuestros cazadores domingueros. Es audaz y valiente; con dinero, seguiría cazando para su propia satisfacción.

—¡Usted bromea, mi Führer!

Aquel hombre grueso atizaba el fuego. Hitler estaba rabioso:

—-¡Al diablo las bromas! Si usted se llama cazador, ¿por qué no combate con un animal salvaje con armas iguales? ¡Sí, señor Montero mayor! Si yo le viera a usted matando un jabalí con una lanza, no dejaría de felicitarle. Y si este viejo editor, el gordo Müller, atrapara con sus manos y a la carrera una liebre, le felicitaría por sus aficiones deportivas. Siento el mayor respeto hacia el hombre que hace frente a un tigre en la selva, pero ninguno hacia los Nem-rod que se aprovechan de la época del celo para sentarse junto a un árbol y abatir un animal confiado que hace el amor a su hembra.

Estaba fuera de sí:

—A partir de hoy — gritó —, prohibo a todo miembro del Partido, si estas actividades no forman parte de su profesión, que acepte o haga una invitación para ir de caza. Encargaré al Ministro de Justicia que disminuya las multas por caza furtiva y ordenaré a Himmler que ponga en libertad a todos los cazadores furtivos que están detenidos, y que forme con ellos un cuerpo escogido de guardas de caza para que proteja a los animales salvajes.

Cosa curiosa: a excepción del de Felsennest, en el Eiffel, todos los cuarteles generales de Hitler llevaban nombres de lobo: Wolfschanze, Werwolf, Wolfschlucht. ¿La razón? Que Hitler, en los principios de su carrera política, había adoptado el seudónimo de Wolf.

La invitación para la taza de té de la tarde llegaba aproximadamente a las tres de la mañana, cuando ya habían sido discutidos los últimos informes acerca de la situación. Los ayudantes y secretarios de Hitler, un doctor y un oficial de enlace de Ribbentrop o de Himmler que se encontraban casualmente en el cuartel general eran los que formaban el círculo de privilegiados. Dicho oficial de enlace desconocido para Hitler, desempeñaba, o poco menos, el papel de espía junto al Führer; estaba encargado de anotar todo lo que ocurría con el mayor detalle.

Debo decir que, en cada uno de los cuarteles generales, había preparado para mí un alojamiento, consistente en salón, alcoba y baño. También me había sido concedido un aparato de radio para llenar mis largas horas de libertad. Mi trabajo en el cuartel general consistía exclusivamente en sacar fotografías de los oficiales y de aquellos que eran honrados con condecoraciones: total, algunos minutos de trabajo por día, y nada más.

En consecuencia, había tomado la costumbre de aguardar pacientemente las convocatorias del Führer. Me hacía llamar no solamente para trabajar, sino también para las comidas o simplemente para conversar un rato. Estas entrevistas se prolongaban durante la noche hasta muy tarde; tanto, que con mucha frecuencia, cuando yo dejaba al Führer, el sol estaba ya muy alto en el cielo. Entonces me deslizaba en la cama cansado y de un humor pésimo.

La vida en este encierro resultaba agotadora. Mientras que Hitler compartió sus comidas con nosotros, fué todavía posible encontrar algo interesante; pero, a partir del día en que decidió hacerlas sin nuestra compañía, el aburrimiento llegó hasta el techo.

Un día de 1943 cenaba yo mano a mano con Hitler en el Werwolf, en Ucrania. Era en la época en que empezaban a llegarnos los primeros informes inquietantes con respecto a Stalingrado. Hitler parecía estar obsesionado:

—Mis oficiales son una pandilla de cobardes y de rebeldes— declaró, golpeando la mesa—. No volveré a admitirlos en mi intimidad. Nunca accederé a comer con ellos.

El desprecio feroz que expresaba su voz me inquietó. Continuó:

—Los primeros han cedido al miedo. Han hecho todo lo posible para disuadirme de esta operación. Pero cuando la he llevado a cabo con éxito, yo solo, han pretendido sacar beneficio de ella; se han precipitado en la Cancillería para mendigar honores y condecoraciones. Sin embargo, si

yo hubiera escuchado a estos señores, la guerra se habría perdido hace mucho tiempo.



Ilustración 28. Eva Braun, junto a Hitler, en una recepción celebrada en el «Berghof».

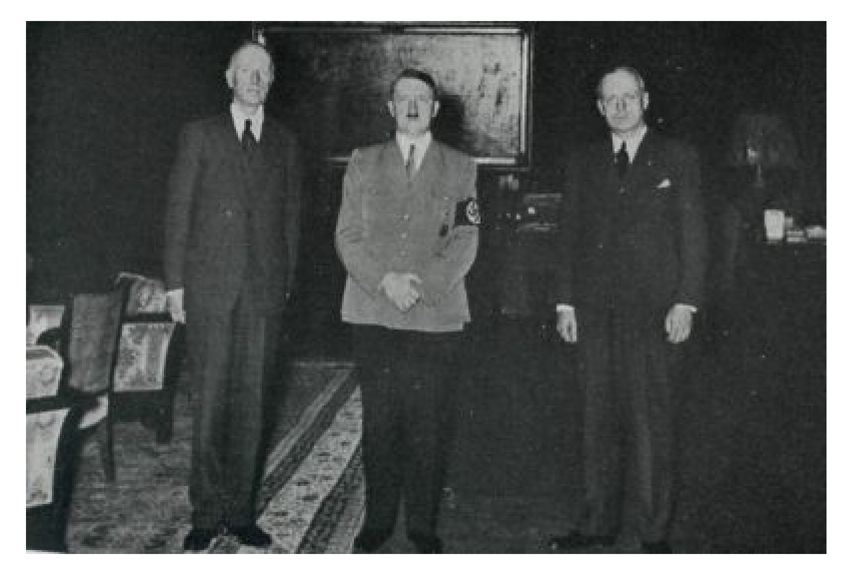


Ilustración 29. Lord Halifax, junto a hitler y von Ribentrop.



Ilustración 30. La dramática entrevista entre Hitler y el Dr. Hacha, Presidente de Checolosvaquia.

Ante mi estupefacción, repitió estas observaciones en el mismo tono y en público, durante la comida.

Cuando la caída de Stalingrado se hizo inminente, nos encontrábamos en el Cuartel General de Wolfschanze, en la Prusia Oriental.

El ambiente era siniestro. Yo mismo, desconcertado, trataba de apartarme de la presencia del Führer. Un día que me encontraba sentado en un rincón de la habitación de los oficiales, entraron juntos el general Jodl y el coronel Schmundt, primer ayudante de Hitler. No podían advertir mi presencia y, de forma completamente involuntaria, sorprendí su conversación.

Schmundt contaba a Jodl que había sido encargado por Bormann de una misión especial: siguiendo instrucciones del Führer, había de tomar el avión para Stalingrado y ofrecer una pistola al Mariscal Paulus para que hiciera de ella el uso adecuado, como consecuencia de la caída del frente de Stalingrado. Profundamente emocionado, Schmundt declaró que, a pesar de todo el respeto que merecía para él una orden del Führer, rehusaría encargarse de esta misión.

—Ofende a mi honor de soldado — suspiró —. Tengo a Paulus por un oficial de los mejores, que ha demostrado su valía durante treinta y cinco años de servicio. Estoy convencido de que, cualquiera que haya sido su decisión, ha sido tomada atendiendo al interés de sus hombres. Un comandante de ejército ha de tener una cierta libertad de acción, un criterio por encima de la disciplina. Además, si Paulus se suicidara, ya no podría hacer nada por sus hombres.

Es un hecho que Schmundt no fué a Stalingrado. ¿Había rehusado la misión, o ésta había sido anulada por Hitler? No lo sé.

Cuando llegaron los primeros periódicos extranjeros con fotografías de la rendición, Hitler se preguntaba todavía cómo habría podido resignarse Paulus a caer en manos de los rusos. Envió a buscarme y me tendió un documento :

—Veamos, Hoffmann. ¿Cuál es su opinión de experto? ¿Es ésta una foto original o se trata de una composición en la que aparece la cara de Paulus con fines de propaganda?

Esperaba con ansiedad mi veredicto. La verdad no me permitía escoger: debía asegurarle que el documento era auténtico y que el rostro de Paulus había sido realmente fotografiado.

*** * ***

He aquí el recuerdo de una experiencia que pudo tener para mí desagradables consecuencias. Me encontraba en el Cuartel General de Wolfschanze y, no teniendo nada que hacer, daba vueltas al botón del aparato de radio; casualmente, salió una emisión inglesa. La prohibición era formal: yo no tenía derecho a escuchar; no obstante, tuve curiosidad por conocer la opinión del adversario y oí: «Mr. Churchill ha llegado al Cairo, donde asistirá a un desfile de tropas británicas».

Algunos instantes después me llamó por teléfono Lin-ge, el ayuda de cama del Führer: Hitler deseaba verme. Estaba ya bastante entrada la noche. Mi casa se encontraba en medio de una espesura de árboles bastante altos, a unos cien metros de la residencia del Führer, que me acogió con su habitual:

—Y bien, ¿qué hay de nuevo?

Mi cabeza estaba por completo ocupada por las informaciones inglesas; así, pues, dije de un tirón:

—Ese viejo Churchill tiene una vitalidad de todos los diablos. ¡Tiene gracia su viaje al Cairo.!

—¿De dónde ha sacado esa noticia? — me preguntó Hitler con interés.

Sentí que la sangre se me helaba en las venas. Evidentemente, no podía decirle que había escuchado la radio del enemigo.

—Pues... sí... claro... unos S. S. que me he encontrado por el camino.

Fué la mentira que antes se me ocurrió. Pero:

—Tienen que haber sido los telefonistas — sacó Hitler en consecuencia—. Convóquelos e interrogúelos. Hay que saber cuando han llegado esas noticias.

Me vi obligado a obedecer y a confesar:

—Dicen que no saben nada de todo esto.

—Entonces — agregó Hitler—, dígales que llamen inmediatamente por teléfono a Ribbentrop.

Eran ya las tres de la mañana; pero Ribbentrop se puso al aparato. Hitler tomó el micrófono:

—Acabo de saber que Churchill se encuentra en El Cairo para inspeccionar las tropas británicas. ¿Desea saber quien es mi informador? Mi fotógrafo. Naturalmente, ni usted ni todos los servicios de Asuntos Exteriores, saben una palabra acerca de ello.

Hitler colgó el aparato con violencia, mientras que yo me encontraba asaltado por los más diversos sentimientos. Me imaginaba fácilmente la rabia de Ribbentrop al recibir semejante comunicación.

En 1945, descubrí casualmente un informe del Minis-terior de Asuntos Exteriores, en el que se relataba este hecho. Se describían todas las pesquisas llevadas a cabo por el servicio durante el resto de la noche para conocer el origen de esta siniestra noticia.

En aquel momento, Hitler rehusaba calmarse. Transcurrió una hora y el informe no llegaba. Bruscamente se decidió a enviar a buscar a Himmler, cuyo cuartel general se encontraba a cincuenta kilómetros. Cuando llegó Himmler se ordenó un desfile en el que hubieron de tomar parte todos los S. S. de la guardia y el personal de teléfonos. Yo, acompañado por Himmler, hube de pasar a través de las filas mirando a todos los hombres concienzudamente. ¿Habrá necesidad de decir que yo era en verdad incapaz de identificar a mis informadores? Confesé mi fracaso, que atribuí a la obscuridad. Pero la situación se hacía cada vez más penosa.

Himmler me miraba con prevención. Tuvo la idea de declarar que si los dos hombres acusados se denunciaban no habría ningún castigo. Como es lógico, nadie dijo nada y, en silencio, volvimos al subterráneo de Hitler. Por fin llegó el informe de Berlín: Información exacta.

Aquella noche Hitler no se mostró muy amable que digamos conmigo. Cuando pude volver a mi habitación, en la semipenumbra que precede a la aurora, dejé escapar un suspiro de alivio. Sucedió que por la mañana me encontré con Bormann y, como por casualidad, me dijo:

—Permítame recordarle, mi querido amigo, que tanto usted como los ministros y todos nosotros, estamos afectados por la prohibición de escuchar la radio enemiga. Orden del Führer, incluso para usted.

* * *

A Hitler no le gustaba mostrarse clemente: consideraba este sentimiento como una debilidad. En su despacho particular, un servicio bajo las órdenes del *Reichsleiter* Bohler se ocupaba de las solicitudes de ayuda. Bohler filtraba estas peticiones antes de comunicárselas al Führer. A decir verdad, la mayor parte eran rechazadas por él mismo.

Yo, que no ocupaba ninguna función oficial, podía influir sobre Hitler de una forma por completo diferente. Los demás iban a someterle sus informes; yo, en cambio, hablaba con él amigablemente. Sucedía con frecuencia que mis observaciones, motivadas aparentemente por el sesgo casual de la conversación, tenían un fin tendencioso; si conseguía imbuirle una idea en la cabeza, sin ser interrumpido, aunque el objeto estuviera muy alejado, ya sabía cómo arreglármelas. Me atrevo a decir que mi influencia sobre Hitler no fué nula.

Esta es, sin duda, la razón de que Bormann y Goebbels me consideraran como un informador intrigante. Ocurría con frecuencia que mis informes caían sobre sus cabezas. Hitler me dijo un día en presencia de Bormann:

—Usted, Hoffmann, es el único puente que me une al pueblo.

La frase corrió como el viento. Gozaba del favor de Hitler (lo que traía consigo el odio de Bormann y de Goeb-bels) y me vi asaltado por peticiones de todas clases.

Hans Moser, el comediante, solicitó mi ayuda: Goebbels le había desterrado de la escena y de la pantalla sin otro motivo que el hecho de que el origen ario de su esposa no había sido determinado de forma incuestionable. Prometí a Moser que intervendría; la ocasión iba a ofrecérseme con motivo de la presentación en la Cancillería de una de sus películas, que había sido muy del agrado de Hitler.

—Moser es un actor muy popular — afirmé —. Usted mismo no puede resistir al encanto de sus películas. La gente (su público) no vería con agrado que fuera prohibido a causa de su esposa.

El hierro estaba caliente, y yo había machacado en el momento preciso. Hitler, bien dispuesto, se mostró de acuerdo: la prohibición que pesaba sobre Moser fué levantada.

Otro caso semejante, el de Gretl Slezak. Hitler veía en ella, no solamente la hija del gran cantante a quien admiraba, sino también una mujer inteligente y de claro criterio. Era una de las huéspedes habituales de la casa de Munich ; más tarde, fué invitada a todas las recepciones oficiales dadas en Berlín para los artistas. Goebbels, que estaba al corriente de las cordiales relaciones que la unían a Hitler no se atrevió a poner abiertamente en tela de juicio su origen ario.

En cambio, con respecto a Karl Zuckmeyer, Goebbels adoptó una actitud más firme. Hitler, que sentía gran entusiasmo por Zuckmeyer, había ido a verle con frecuencia, tanto al Residenz Theater, de Munich, como en *Katherine Knie.*

—Este Zuckmeyer — me dijo—, es verdaderamente el artista del Tercer Reich. Sabe dramatizar los problemas del pueblo alemán y establecer una corriente de propaganda cuyo dinamismo no tiene precio.

Ahora bien, cuando estuvo en el poder, Goebbels atacó ferozmente a Zuckmeyer. Entonces vino a verme Emil Jannings, para pedirme que intercediera en favor del gran comediante.

—Conozco bien a Zuckmeyer — afirmó —. Es un buen alemán. Fué oficial durante la primera guerra y ganó la Cruz de Hierro. Esta persecución de Goebbels le causa un sufrimiento intolerable.

Sabiendo que Hitler tenía a Zuckmeyer en gran estima, mi contestación fué bastante optimista:

—Cuente con Hitler para poner a Goebbels en su sitio. Mi esposa ha hablado recientemente acerca de Zuckmeyer con el Führer y éste siente el mismo entusiasmo.

Hitler escuchó mi alegato y Goebbels fué llamado a capítulo. Pero, he aquí que, por excepción, el Todopoderoso de la Wilhelmplatz, que siempre se mostraba tan servil ante su dueño, en esta ocasión permaneció inconmovible:

—Si usted sostiene a Zuckmeyer, mi Führer, no me queda más remedio que presentar la dimisión.

Hitler capituló: al fin y al cabo, no era cosa de sacrificar a Goebbels por un Zuckmeyer.

*** * ***

No pasaba día que yo no recibiera alguna petición. Una de ellas me emocionó profundamente: una madre me escribía para informarme de que su hijo, artista de gran talento, había sido condenado a muerte, acusado de alta traición.

¡Alta traición! ¡Pena de muerte! No había grandes esperanzas. No obstante, contesté a la pobre

madre y le pedí que me enviara algunas fotografías de obras de su hijo. Una semana más tarde, con el expediente bajo el brazo, me dirigía hacia el Wolfschanze,

Hitler estaba, como siempre, informado de mi llegada. Generalmente comíamos mano a mano. Esta vez me acogió con las mayores muestras de amistad:

—¿Cómo se encuentra, Hoffmann? Y bien, ¿qué hay de nuevo?

Le alargué una carta de Eva Braun, que había traído conmigo. Reconoció la escritura con visible contento y después se metió el sobre en el bolsillo, sin llegar a abrirlo. En la mesa se mostró abiertamente expansivo:

— ¡Ocúpese de esos animales y no de mí!

Esto era una alusión a mis gustos antivegetarianos hecha, como siempre, en un ambiente de buen humor.

—¿Cómo va el Arte?

Ya estábamos en el buen camino.

—He traído algunas obras de un joven artista —le respondí—. ¿Podría enseñárselas?

Por lo demás, sin esperar contestación, abrí la carpeta y coloqué los dibujos ante sus ojos.

Vigilé con ansiedad su expresión; no cabía duda de que eran de su agrado. Señaló con el dedo un boceto:

—-Fíjese en esto, Hoffmann —indicó, con aire entendido—. ¡Este muchacho tiene un talento que raya en lo genial! ¡Y que haya quien no tiene esperanza en los jóvenes ! ¡ Qué insensatez! .. Es usted el que debe descubrirlos y animarlos. ¿Qué edad tiene? —preguntó a renglón seguido.

Contesté lacónicamente:

—Unos veinte años.

—¿Y quiere un sueldo? ¿Desea ayuda de alguna clase?

¡Adelante! Era el momento. Afirmé:

—Efectivamente, buena falta le hace que se le ayude, señor Hitler.

El Führer insistió:

—¿Qué es lo que quiere usted decir? ¿Está enfermo, herido?

—No, señor. Está condenado a muerte por haberos ofendido.

El rostro de Hitler se endureció:

—¡No diga tonterías, Hoffmann! ¡Demonio! Nadie ha sido nunca condenado a muerte por una cosa así.

No perdí el tiempo en enfadarle llevándole la contraria, sino que le alargué la carta que llevaba en mi bolsillo:

—Entérese: su propia madre acaba de escribirme esto.

Hitler leyó rápidamente la solicitud y se la guardó junto a la carta de Eva Braun, sin decir ni palabra. Después comenzó a medir la habitación a grandes pasos, muy agitado y visiblemente emocionado. No añadió una sola palabra. Sin embargo, yo tenía la impresión de que Hitler haría algo por el muchacho.

En efecto, mi instinto no me había engañado. El joven artista fué perdonado y alistado en el ejército. Más tarde, por desgracia, fué dado como desaparecido, «presunto fallecido». ¿Qué podía hacer yo contra la tragedia colectiva? Por lo menos, le había salvado del verdugo.

CAPÍTULO VII. EL HOMBRE ANTE EL MIEDO

Hitler se hacía el sordo a toda petición de circunstancias atenuantes o de indulto, si se encontraba en contradicción con las leyes, decretos u ordenanzas proclamadas por él. En tales ocasiones actuaba siempre imperativamente por razón de Estado.

Un asunto de espionaje descubierto por los Servicios de Seguridad del Ministerio de Defensa ilustra perfectamente esta actitud. Tres mujeres estaban complicadas en él: las señoras von Natzmer y von Falkenhaym y la señorita von Jena; las tres pertenecientes a conocidas familias de militares y trabajando dos de ellas en el propio Ministerio de Defensa.

Fueron acusadas de haber substraído los planes de invasión de Polonia, y los acontecimientos que siguieron estuvieron tan bien organizados y con tanto dramatismo, que ninguna ficción escénica hubiera podido rivalizar en inverosimilitud con ellos.

En 1925, la señora von Falkenhaym había conocido a un hombre llamado Sosnowski, hijo de un rico terrateniente, a creer en sus palabras. Este Sosnowski se había visto obligado a abandonar Polonia, a causa de ciertas deudas de juego demasiado escandalosas y de un duelo que tuvo con un oficial polaco llamado Rommel. Habiendo huido de su patria, cuando llegó a Berlín, no tenía ni qué ponerse.

Cuatro días después de su llegada trabó conocimiento con la señora von Falkenhaym en las carreras de Karl-horst. No deja de ser curiosa, por otra parte, la rapidez con que consiguió infiltrarse en la sociedad berlinesa. En estrecha relación con la Embajada de Polonia, estaba impaciente por probar a su Gobierno que era bien acogido por lo mejorcito del país; ello habría de serle muy útil para sus actividades de agente secreto.

Una fotografía contribuyó a su éxito en forma destacada; es necesario decir que esta fotografía reportó a su instigador, y NO al fotógrafo, la más elevada suma que fuera pagada por una simple fotografía. Merece la pena hacer un corto relato del hecho.

La escena tenía lugar en las carreras. Sosnowski había trabado conversación con la señora von Hammerstein, a la que había «apuntado» un ganador para la próxima carrera. Se trataba de un *outsider* llamado «Le Jonah». Por otra parte, la señora von Hammerstein, que era, a un tiempo, una jugadora recalcitrante y buen juez en materia de caballos, no compartía su opinión; declaró enfáticamente que «Le Jonah» no sólo no llegaría colocado, sino que incluso entraría entre los últimos. Sosnowski sostuvo su punto de vista y propuso una apuesta:

—Si «Le Jonah» no gana —dijo—, la llevo a comer a Horcher.

Siempre segura de sí misma, la señora von Hammerstein aceptó la apuesta, y «Le Jonah» no sólo no se colocó, sino que llegó el antepenúltimo.

La preocupación de Sosnowski fué entonces dónde encontrar el dinero necesario para la comida prometida. Sin embargo, debió de conseguirlo, por uno u otro procedimiento. A continuación se puso de acuerdo con un fotógrafo, que se encargaría al día siguiente de tomar discretamente algunas fotografías de la comida.

Todo se desarrolló según el plan previsto: dinero, comida, fotógrafo, discreción. Mas cuando la señora von Hammerstein se percató de la presencia del fotógrafo hizo partícipe de su asombro a Sosnowski. Este organizó un verdadero alboroto, para impedir que las fotografías fueran publicadas alguna vez. Se dio por satisfecho, así como la señora von Hammerstein, al asegurarles que les serían entregados los negativos.

Ahora bien, estas fotografías iban a tener una enorme Importancia en la carrera de Sosnowski. Para los polacos eran la prueba de que su maestro de espías flirteaba con la esposa del Ministro de Defensa de Alemania y decían bastante acerca de las relaciones de que disponía. A renglón seguido de este incidente, el Gobierno polaco puso a disposición de Sosnowski una suma de setecientos mil marcos, que le iban a permitir hacer en Berlín una vida de lujo digna del papel preponderante que pretendía representar.

Algunos años más tarde, Sosnowski tomó parte en otro atentado fotográfico, pero esta vez con

Hitler. Habiéndose convertido en uno de los íntimos de la señora von Falken-haym, conoció, gracias a ella, a una actriz, Maria Paudeler, a la que Hitler admiraba.

El día de su matrimonio, Maria Paudeler invitó a Hitler. Por instigación de Sosnowski (que aumentaba sus archivos de «pruebas»), también yo fui invitado a tomar algunas fotografías.

Pero he aquí que Hitler envió para representarle a su ayudante Brueckner; su decisión había sido motivada por dos nombres que aparecían en la lista: el del Príncipe Eitel Friedrich de Prusia y el del capitán Sosnowski. ¡Una vez más su intuición había alejado el peligro!

La historia iba hacia un fatal desenlace. Otra mujer sentía celos por la amistad que ligaba a Sosnowski con las tres damas de la nobleza; era la amiga íntima del espía, la danzarina Lea Nisko. También ella tenía algo que ver con las actividades de espionaje, por cuya razón esta Lea ponía buena cara a los Servicios de Seguridad Militar del almirante Canaris. A pesar de su intervención, no se pudo probar nada contra Sosnowski. Lea recibió órdenes, no obstante, de continuar sus relaciones con él y anotar detalladamente todo aquello que viera u oyera. Solamente que, una vez más, la bella bailarina, cautivada por los encantos de Sosnowski, se arrepintió de su acción y se echó a los pies de su amante, confesándole la traición.

Todo esto, que se ajusta estrictamente a la verdad, sería digno de una novela policíaca.

Sosnowski siguió siendo amigo de las damas del Ministerio de Defensa; consiguió convencerlas para que substrajeran los planes de invasión de Polonia, que estaban guardados en una caja fuerte, y le permitieran fotografiarlos. El hurto de los documentos y su restitución se llevó a cabo con el mayor orden y sin que surgiera ningún imprevisto.

Sin embargo, la visita de Lea a los Servicios de Seguridad puso en movimiento la maquinaria de la Justicia. El «Tribunal del Pueblo» (recientemente constituido) condenó a muerte a las señoras von Falkenhaym y Natzmer, y a trabajos forzados a perpetuidad a la señorita von Jena, que habría de ser puesta en libertad por los rusos en 1945.

Se le hicieron a Hitler varias peticiones de indulto, pero permaneció inflexible:

—Como ciudadano particular — afirmaba — podría pensar en una amnistía o un sobreseimiento; como Jefe de Estado, nunca. La divulgación de secretos militares puede causar la muerte de millares de soldados. Un traidor es indigno de compasión. Deseo hacer un escarmiento. Se sabrá de una vez para todas, que una persona culpable de alta traición, quienquiera que sea, será castigada con el mayor rigor.

Las dos mujeres fueron ejecutadas. Guertner, ministro de Justicia, fué el testigo de esta ejecución: las condenadas marcharon a la muerte tranquilas y resueltas.

En cuanto a la bailarina Lea Nisko, que no había estado complicada en el asunto sino indirectamente, sufrió solamente una ligera condena. Una vez puesta en libertad, Hitler —′ convencido de su inocencia— hizo de modo que pudiera vivir e incluso volviera a su profesión, con otro nombre.

Sosnowski fué condenado a cadena perpetua. No había transcurrido todavía un año, cuando fué canjeado por tres agentes alemanes detenidos en Polonia.

* * *

Desde los tiempos de Geli Raubal, a Hitler le gustaban los paseos en automóvil. Trataba de salir de incógnito, pero no lo conseguía con frecuencia. Tan pronto como entrábamos en una población, era suficiente que un individuo le reconociera para que, con la rapidez del relámpago, todos los pueblos vecinos fueran advertidos por teléfono; barrido el incógnito de Hitler, aparecían en las ventanas banderas y estandartes, y la muchedumbre se agolpaba en las calles para prorrumpir a su paso en gritos de entusiasmo.

Rodear el coche e inundarlo de flores, eran las manifestaciones preferidas por la multitud. Aunque peligrosas: cierto día recibí yo, en plena cara, un fantástico ramo de rígidos tallos. Más tarde se prohibió arrojar flores al paso del automóvil del Führer. El hecho es que un ramo grande lanzado por una mano entusiasta, pero inhábil, podía ser para el rostro un regalo doloroso y hasta equívoco. ¿Por qué estas flores no habrían podido esconder alguna vez una granada o una bomba?

En suma, estos paseos, que al principio constituían un desahogo, terminaron por convertirse en

recorridos triunfales, no carentes, sin embargo, de cierto pintoresco atractivo, al cual yo no era insensible.

Un día, al entrar nosotros en un pueblo, el barbero de la esquina se precipitó en la calle, blandiendo entusiásticamente la navaja y seguido por su cliente que conservaba la cara cubierta de espuma de jabón; a modo de trofeo se quitó la blusa y la agitó en el aire, en medio de una frenética aclamación. En otra ocasión, satisfechos de haber atravesado una pequeña ciudad sin haber sido reconocidos, percibimos una moto que nos iba a los alcances. Schreck aceleró para distanciar al «perseguidor»; trabajo vano: el motorista, que llevaba a una mujer en el asiento trasero se pegaba a nuestro coche como una sanguijuela. Entonces Hitler, que siempre temía un accidente, ordenó a Schreck que frenara.

Los motoristas (eran dos hermanos) se nos aproximaron. Deseaban simplemente un autógrafo y:

—¿Harían el favor de prestarnos un poco de gasolina? La persecución nos ha dejado vacío el depósito.

Consiguieron ambas cosas, pero a condición de que no divulgaran lo ocurrido.

Cuando tenía mucho interés en conservar el incógnito, Hitler utilizaba mi coche. Ahora bien, no tenía mucha confianza en mis condiciones de chófer; así, siempre que regresábamos, yo había de soportar la misma broma:

—Gracias a Dios, hemos escapado una vez más.

Ya en el poder, Hitler utilizaba sus viajes con fines propagandísticos. Por esta razón, llevaba consigo algunos centenares de paquetes de cigarrillos populares («R-6») y en cada uno de estos paquetes había introducido una o dos monedas. Si nos cruzábamos con un viajante de comercio o un peón caminero, le arrojaba a puñados paquetes de éstos. Al principio, las gentes, sorprendidas, suponían que los paquetes estaban vacíos pero, cuando examinaban su contenido, aclamaban al coche que reemprendía su camino lentamente. A Hitler le gustaba la envoltura roja de estos cigarrillos «R-6»; precisamente la más conveniente para sus planes, pensaba.

—Estoy seguro, Hoffmann —me aseguraba complacido— de que el pueblo nos ha reconocido, a mí y a mi coche. En los bares y en las tertulias evocarán satisfechos este incidente sin importancia, y se sentirán orgullosos de él. No solamente he contribuido a mi popularidad, sino que también he combatido la hostilidad natural de la raza de los peatones contra la raza de los automovilistas.

* * *

El ridículo le parecía un arma cruel. Con mucha frecuencia Hitler había visto en su propia mesa cómo Goeb-bels escarnecía y desacreditaba con sus sarcasmos a aquellos que no eran de su agrado. Astutamente, Goebbels sabía cómo enterrar a aquellos de sus enemigos que no eran capaces de darle una respuesta de las de ojo por ojo y diente por diente.

Este temor al ridículo obligaba a Hitler a ser circunspecto en relación con cualquier traje o sombrero nuevos que le fueran propuestos por algún sastre o figurinista. Antes de aceptar, quería asegurarse de que la chistera, gorra o cubrecabezas de que se tratase, le sentaba realmente bien. Como consecuencia, yo tenía siempre la misión de retratarle en privado con sus nuevos atavíos. Si el documento le satisfacía, lanzaba en público la nueva moda.

Después de 1933 dejó de usar aquel pantalón corto de cuero, bávaro, que tanto le gustaba; llegó incluso a pedirme que no sacara más fotografías de aquellos viejos pantalones, y que procediera a la destrucción de las películas que tuviera en mis archivos. Era, en efecto, muy pudoroso, no en materias de arte (en las que comprendía el interés estético del desnudo), sino en lo tocante a su propia persona: estaba obsesionado por la idea de que si alguien pudiera verle en traje de baño o contemplar alguna fotografía suya de tal guisa, perdería su prestigio a los ojos del pueblo. Tenía en su repertorio algunos casos en que la publicación de determinadas fotografías privadas habían bastado para arruinar la popularidad de un hombre de Estado.

—Por ejemplo —recordaba—, aquella fotografía en la primera página del *Berliner Illustrierte,* en que aparecían el presidente Ebert y el ministro de la Guerra, Noske, en traje de baño. Esto sucedió en los días de la República Democrática, pero es lo de menos; el caso es que la pérdida de prestigio fué evidente.

También reprochaba a Mussolini que se expusiera al ridículo con demasiada frecuencia.

—Me enfurezco —añadía—, cada vez que veo en la prensa fotografías suyas y de su familia exhibiéndose en el Lido en traje de baño. Un gran hombre de Estado no debe comportarse con tal desenvoltura. ¿Cómo podríamos conservar nuestra veneración por Napoleón si poseyéramos fotografías suyas en las que apareciera disminuido por tales atavíos? Por lo que a mí respecta, nunca, lo repito, NUNCA, me bañaré en público.

Fué en vano que uno de sus secretarios sugiriese:

—Podría utilizar una piscina en la que nadie pudiera sorprenderle, mi Führer.

Hitler tenía contestación para todo:

—Entonces tendría que llevar conmigo a un criado, y me niego a que me sea aplicada la frase: «Nadie es gran hombre para su ayuda de cámara».

En aquel momento se volvió sonriente hacia mí:

—En ese caso, nuestro amigo Hoffmann no tendría un momento de descanso hasta que hubiera conseguido sacar un clisé de mí. Incluso no siendo así, siempre he tenido miedo de que una composición habilidosa no haga aparecer mi cabeza sobre un cuerpo en traje de baño.

Un día, Morell me confió que el Führer era un enfermo intratable; rehusaba dejarse radiografiar. Cuando Morell tenía que ponerle una inyección, o que reconocerle, Hitler comenzaba por expulsar a su ayudante y luego, con la mayor parsimonia, descubría lo menos posible de su persona.

Cuando tomé una fotografía suya, en compañía del *terrier* escocés de Eva, me dijo:

—No, Hoffmann; no publique ese clisé. Un hombre de Estado y un perrito; tal vez sea oportuno, pero mueve a risa: sobre todo, es ridículo. El único perro que sería digno de mí, sería uno de pastor alemán. El *bulldog* de Bismarck era bastante satisfactorio, porque armonizaba bien con la compacta figura de su dueño.

*** * ***

Con motivo de sus cumpleaños o de otras fiestas semejantes, las largas mesas dispuestas en la Cancillería se cubrían de presentes. Allí se reunía todo lo imaginable, desde la madera tallada por cualquier joven hitleriano hasta el jersey de punto confeccionado por una mano paciente y fanática o la hábil maqueta del Berghof, bicicletas, elegantes coches recientemente construidos. Escritores y poetas dedicaban a Hitler sus obras; los pintores le ofrecían sus cuadros. Paradójicamente, vinos escogidos del Rhin, del Mosela o del Palatinado, que hubieran embelesado el paladar de un buen aficionado, abundaban en las bodegas de aquel bebedor de agua que era Hitler. Las buenas amas de casa le enviaban pasteles hechos por ellas mismas, sin pensar que aquellas obras maestras del arte culinario nunca serían saboreadas por él. Regalos de menor cuantía que no tenían el honor de ser expuestos en las mesas de obsequios, sino que, por el contrario, eran escamoteados en seguida, puesto que Hitler vivía siempre con el miedo a un posible, envenenamiento. Sus temores a este respecto se reafirmaron el día en que Schreck cayó de pronto enfermo (en ocasión de haberse hecho un alto en el camino de Stettin), después de haber probado un plato preparado para Hitler.

Una delegación turca llegada a Berlín había de ser recibida por el Führer. Recepción oficial de primera clase; todo se desarrolló según el plan previsto. La delegación partió para Turquía y, dirigida a Hitler, llegó una enorme caja repleta de golosinas exquisitas: frutas confitadas, chocolates, mazapanes, bombones de miel, todo envuelto en papeles multicolores. Hitler admiró la presentación del regalo; pero... ordenó que la caja fuera cerrada con su maravilloso contenido y enterrada en los jardines de la Cancillería.

—Una lástima —dije—. De buena gana iría a desenterrarla.

Me disuadió de hacerlo.

—No quiero para mis amigos lo que no quiero para mí.

No obstante, algunos días más tarde observé a algunos obreros que se afanaban en las proximidades de esta «tumba». Me acerqué a ellos: con aspecto extasiado saboreaban frutas confitadas en forma de media luna y bombones de miel. Como le preguntara a uno de ellos que de dónde habían caído aquellas golosinas, el hombre, que era un pillo de Berlín, me espetó:

—¿Usted, profesor, no ha oído hablar del fin del mundo? Pues nosotros nos ocupamos de la Resurrección de los Muertos y nos chupamos los dedos.



Ilustración 31. Hitler firma, en el «Hradschin» de Praga, la declaración que convierte a Checoslovaquia en Protectorado, después de la entrada de las tropas alemanas.



Ilustración 32. El Profesor Hoffmann brinda con Stalin, al firmarse el Pacto germano-ruso de no agresión, en agosto de 1939.

Recuerdo cierto día que en la carretera de Feldafing al Sterberger See encontramos un viejo coche averiado. El chófer parecía desorientado y Hitler ordenó a Schreck que se detuviera para ayudarle; Schreck encontró muy pronto la causa de que no funcionara aquel trasto, y acto seguido reanudamos nuestro camino. Ahora bien, como el propietario de la vieja tartana hubiera anotado el número de nuestro coche, al día siguiente llegó un regalo a nombre del Führer, conteniendo tres

cajas de excelente caviar y un carta muy cortés del ministro de Rumania. Hitler sentía debilidad por el caviar. Sin embargo, devolvió el paquete sin pérdida de tiempo, acompañado de otra carta no menos cortés explicando que el deber de todo automovilista es prestar ayuda al viajero que se encuentra en un apuro, y que aquel pequeño servicio no merecía ninguna recompensa. Pero añadió, desconfiado: — ¡Cualquiera sabe, Hoffmann!

* * *

Cuando se encontraba de paso en alguna ciudad importante, si se le presentaba ocasión, Hitler acudía al teatro. Durante una de nuestras estancias en Dresde (nos hospedábamos en el hotel Weber), Hitler mandó pedir el programa de los espectáculos y decidió pasar la velada en la Opera. En la cena nos dio una larga conferencia acerca de la construcción de esta Opera; conocía todos los detalles de su arquitectura, el precio de costo, el año de su inauguración. Hubiera podido escribir una tesis doctoral acerca del tema.

El *gauleiter* local nos había conseguido seis entradas y, habiendo por fin terminado la conferencia, nos pusimos en camino. Para evitar ser reconocido a su llegada, Hitler había decidido esperar al último momento. Cuando la acomodadora nos introdujo en el palco, Hitler se percató de que encima de la puerta había una corona dorada. Señalándola, preguntó al desconcertado *gauleiter:*

—¿Qué significa esto?

—Mi Führer, es el palco del rey Augusto de Sajonia — contestó el otro, intentando poner en sus palabras una nota de orgullo.

La cólera nubló la frente de Hitler:

—¿Y qué le hace suponer que yo voy a instalarme en el palco de un rey destronado? — exclamó, mirándonos de hito en hito —. Ahora que si alguno de ustedes, señores, desea quedarse, puede hacerlo.

Apenas pronunciadas estas palabras, Hitler abandonó furioso el teatro, y todos nosotros le seguimos en silencio hasta el hotel.

* * *

Era en 1922, un día de horrible tormenta.

Un hombre entró en mi estudio con el uniforme de las tropas de choque nacional-socialistas: capote de cuero gris, casco de acero y luciendo la *svástika.*

—Deseo que me retrate —dijo el interfecto.

Le pregunté:

—¿No se va a quitar el capote?

—No, gracias —me contestó apresurado—. Precisamente lo que deseo es una fotografía con el capote chorreando. Y dése prisa, por favor; si no, el capote estará demasiado seco.

Hasta más tarde no comprendí cuánta razón tenía. El toque de luz sobre el capote rutilante y el casco de acero hizo que la fotografía fuera un éxito. Se publicó en el mundo entero. Desde entonces, debo decirlo, he tenido otras muchas ocasiones de retratar a aquel hombre que tan buen partido sabía sacar del efecto. Lo cierto es que no ha habido en el Tercer Reich nadie que haya sido fotografiado con tanta frecuencia, en posturas tan expresivas y con tan variadas indumentarias.

Su nombre era Hermann Goering.

Antítesis de Hitler, el hombre sencillo, Goering buscaba sus *poses* con una especie de voluptuosidad. Cada una de sus funciones le valía un uniforme ad-hoc recargado de medallas, de condecoraciones, de brillantes adornos que cubrían toda su persona, sin olvidar las charreteras y las espuelas.

La carpeta más repleta de mi archivo es, sin duda, la de Goering. Presidente del Reichstag, ministro de Estado, general y, más tarde mariscal del Reich; éstos son algunos de sus retratos oficiales. Pero le tengo también con uniforme de minero y cogido del brazo de un socialista en la manifestación de obreros del 1.° de mayo de 1933. No es esto todo: lo tengo retratado en compañía de unos enanos, con el traje tradicional de los carpinteros de Hamburgo, con pantalón de

campanillas y sombrero de ala ancha, de arquero, tocando la armónica, ante los mandos de su avión, tomando parte en una reunión de carabineros... Su afición a exhibirse, que no hacía nada por refrenar, era uno de los trucos de Goering para atraerse las simpatías de las masas.

La más célebre de sus fotografías fué la llamada del León. En la mansión de Goering se estaba siempre tropezando con uno de esos ridículos leoncillos que le prestaba el Jardín Zoológico y que permanecían allí, como si se tratara de perros, hasta tanto se hacían suficientemente grandes para volver a sus jaulas. Cuando fué nombrado Montero Mayor del Estado, me citó para que fuera a retratarle con las insignias de sus nuevas funciones. Acompañado por mi ayudante, me trasladé al Palacio del Presidente, donde por entonces vivía Goering.

Se nos hizo entrar en una magnífica sala que databa de la época imperial. Apenas había dado unas instrucciones a mi ayudante cuando oí ruido al lado de la puerta. Pensando que sería Goering, nos volvimos para recibirle. Se nos cortó la respiración al descubrir, en lugar del Montero Mayor, un león que permanecía delante de la puerta; no un leoncillo juguetón al que apeteciera acariciar, sino un león magnífico, un animal adulto que causaba pavor.

Nos quedamos inmóviles como estatuas. Mi ayudante que se encontraba en aquellos momentos instalando el trípode, pareció como si se hubiera cristalizado en aquella postura absurda. El león nos miró de reojo, con curiosidad: parecía tan extrañado como nosotros. Transcurrieron algu nos segundos y luego, lentamente como pensando lo que hacía, se acercó al aparato caído en el suelo y lo olisqueó. Avanzó otro poco; ahora llamaban su atención los pantalones de mi ayudante.

Entonces entró Goering y rompió a reír al percatarse de nuestra difícil situación. El león saltó hacia él, hambriento de caricias.

—Es un corazón de oro —declaró con orgullo su propietario—. La bondad misma.

—-Confío en que tendrá conciencia de su bondad —repliqué con acritud.

Algunos días más tarde, Hitler fué a visitarle. También él se encontró, como nosotros, enfrentado de repente con el león que recorría la casa. Jugando con su enorme pata, el león arrancó la alfombrilla del gran lecho destinado al Führer.

Razón más que suficiente para que Hitler ordenara que fuera devuelto el animal a su morada: es decir, al Zoo. Goering obedeció pero, como contrapartida, adoptó dos leoncillos; sin la presencia en su casa de estos animales, el aire no era respirable para él.

*** * ***

—El Führer está aquí y quiere hablar con usted.

Mi secretaria penetró apresuradamente en mi despacho, al tiempo que pronunciaba estas palabras.

—Absurdo — contesté, sin moverme —. He hablado con él por teléfono hace menos de una hora: el Führer no está en Berlín, ni vendrá probablemente antes de la noche.

La muchacha insistía: Hitler en persona se encontraba en aquellos momentos en mi sala de espera. Entonces, intrigado por ver con mis propios ojos a este Hitler que no era el verdadero, dije que hicieran pasar al visitante.

Entró un hombre, vestido con los mismos arreos que Hitler: trinchera, botas, boina y fusta; el equipo completo. Se detuvo, adoptó una pose bien estudiada, se irguió, movió los ojos y levantó la mano para saludar. No consiguió de mí ninguna reacción, por lo que se decidió a romper el silencio:

—Heil Hoffmann —gritó, utilizando la expresión que empleaba Hitler para dirigirse a mí cuando se encontraba de buen humor—. ¿Es que no me reconoce?

—Ya lo creo que le reconozco; ¿ acaso no es usted el cartero que lleva la correspondencia a la Cancillería?

Mi respuesta turbó al buen hombre que buscaba su personaje:

—Es usted el primero que no se ha dejado engañar — convino, decepcionado—. Hasta el mismo momento en que he entrado en su casa, he sido seguido por una multitud entusiasta. Véala por la ventana.

Era exacto: en la calle había un pequeña aglomeración y hasta nosotros se elevaba un clamor

colectivo:

— ¡Nuestro Führer! ¡Queremos ver a nuestro Führer!

Pensé para mis adentros que nos estábamos metiendo en un mal asunto.

—¿Y qué es lo que pretende de mí? —le pregunté con frialdad—. ¿Puede usted explicarme a qué viene este disfraz.

El hombre tenía su idea.

—Deseaba convencerle de mi parecido con Hitler y pedirle una recomendación para el ministro de Propaganda, con vistas a conseguir el empleo de sosias del Führer.

Encontré divertida su explicación; por otra parte no le faltaban argumentos:

—Hay ocasiones en que al Führer le convendría desdoblarse, y él no puede encontrarse al mismo tiempo en dos lugares diferentes. ¡Veamos! Yo podría serle de utilidad, por ejemplo, para un entierro; sobre todo, si es un día en que hace mal tiempo, que pudiera perjudicar su salud. o bien, yo podría actuar como testigo en el matrimonio de algún miembro del Partido poco importante, o como invitado excepcional en otras circunstancias análogas. Sin ir más lejos, en las reuniones deportivas podría dar un rendimiento de la mayor utilidad: creo que puedo presumir de entender algo más que Hitler en cuestión de deportes.

Su campo de acción era de envergadura:

—Puedo incluso —decía— sentarme en el palco del Führer en el teatro o en el concierto. ¿Y por qué no habría de mezclarme con la muchedumbre, en los momentos oportunos, para aumentar «nuestra» popularidad?

Yo ponderaba la proposición:

—Pero, ¿ ha llegado a pensar en lo que ocurriría si usted fuese reconocido como un sosias? ¡Un verdadero desastre!

Protestó indignado; eso no podría suceder.

—Usted me dará algunos informes confidenciales, me pondrá al corriente de algunas expresiones y gestos familiares del Führer. Pero para conseguir un auténtico parecido, no necesito ni peluca ni accesorios: todo lo llevo en mí.

Al decir esto, se echó sobre la frente el mechón de pelo y se acarició el bigote, como si lo tomara por testigo.

Intenté de nuevo extirpar este proyecto de su cerebro de mosquito:

—¿Pero es que no comprende usted que corre el riesgo de ser asesinado cualquier día?

—Sí — respondió con sencillez —; ya he pensado en ello y estoy dispuesto al sacrificio.

El gesto con que subrayaba estas palabras debía de ser más bien una postura estudiada, un medio de conseguir lo que se proponía, que un verdadero deseo de ofrecerse en holocausto a su Führer. No me dejó oportunidad de decírselo. Precipitadamente, agregó:

—En ese caso, ni que decir tiene que habría de ser asegurada una pensión a mi mujer y mis hijos. Aparte de la veneración que yo siento por el Führer, sería un mal padre y un mal esposo si no exigiera que esta condición fuera aceptada.

Para forzar mi aprobación, añadió:

—Y puesto que se trata de sacrificio, estoy dispuesto a no volver a beber ni a fumar; es decir, a llevar al margen del Führer la misma vida que él.

Aparenté acceder:

—Admiro tanto en usted su espíritu de ciudadanía como su desinterés —consentí—. ¿Qué le parece si le hiciera ahora mismo una fotografía para enriquecer mis archivos?

Adolfo II no se hizo rogar. Sacó del bolsillo un retrato del Führer, examinó la actitud y luego, lanzando una ojeada al espejo, se aseguró de que el flequillo le colgaba sobre la frente en una posición correcta. Entonces dejó vagar su mirada por la habitación y, mientras se acercaba a una copia del lienzo de Feuerbach *La muerte de Dantón,* oprimí el disparador.

A continuación, cada vez más en su papel de Führer, dijo:

—Tome nota de que prefiero acordar esta cuestión directamente con el doctor Goebbels. Una situación tan delicada como ésta, creo estará usted de acuerdo en que exige quedar perfectamente precisada. Todo ha de ser estudiado: mi salario, la pensión prevista para mi mujer y mi familia en caso de muerte violenta al servicio de mi Führer y de la patria, así como los gastos de representación.

Yo, por mi parte, pensaba: «¿Y por qué no enredar a Goebbels en esta mascarada?» Inmediatamente llamé al Ministerio de Propaganda y al secretario del doctor Goebbels, e hice una viva descripción de Adolfo II y de sus proyectos.

La contestación no se hizo esperar:

—Vaya inmediatamente a presentarse al ministro — anuncié al pseudo Führer.

Durante nuestra conversación, la multitud se agitaba en la calle. Las floristas de los alrededores parecían haber sido desvalijadas y algunas mujeres, un tanto histéricas, acechaban mis ventanas blandiendo ramos de flores. Podía pensarse, incluso, que estaban a punto de empezar a formarse delegaciones. En esta ocasión, era ya demasiado. Ocultándole, arrastré literalmente a Adolfo II y le encerré en un taxi con orden de llevar al Ministerio de Propaganda, pero sin publicidad, a este divertido tipo, que iniciaba una profesión sin precedentes.

Al día siguiente, durante la comida, Goebbels se volvió hacia Hitler:

—Ayer por la tarde, mi Führer, hemos destruido a su doble.

—¿Mi doble? ¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó Hitler, que se encontraba de buen humor.

—Recomendado por algún loco —explicó Goebbels, mirándome—, un hombre se me presentó ayer en el Ministerio para pedirme que le nombrara vuestro sosias oficial.

Hitler la cogió al vuelo:

—¿Y qué ha hecho? Supongo que no le habrá contratado para el Ministerio, aunque ya sé que allí es el único dueño.

Goebbels apretó los labios; la alusión no pareció ser de su agrado. Sin embargo, procuró conservar el tono de broma:

—No, mi Führer —aseguró—. Lo único que he hecho ha sido hacerle esperar en mi antesala hasta la llegada de un barbero y dos S. S. que había mandado llamar. El pretendido sosias fué invitado entonces, cortésmente, pero con toda energía a que se sentara, y luego actuó el barbero, ayudado por los dos S. S. Casualmente, salía yo de mi despacho, cuando un buen hombre, calvo y perfectamente afeitado, aprovechó la ocasión de encontrarse frente a mí para confesar con voz lacrimosa que estaba completamente de acuerdo en enterrar sus proyectos y sus ambiciones. Habrán de pasar por lo menos algunos meses antes de que este doble recobre su forma. Le he presentado mis excusas: en realidad, su original idea había sido estropeada a causa de la equivocación de un barbero.

Algunos días más tarde me encontré con este Adolfo II al entrar en la Cancillería. Llevaba el uniforme de los servicios postales alemanes y, sin cuidarse de la actitud, llevaba en la mano un grueso paquete de cartas. Pensé que este correo estaría destinado casi en su totalidad a aquel que él llamaba su doble.

*** * ***

La amistad con que Hitler me honraba, hacía que me viera asaltado continuamente por gentes de todas clases que esgrimían solicitudes. Yo daba más esperanzas a estos solicitantes que los organismos oficiales y, aparte de las peticiones de indulto, yo centralizaba los proyectos de un número incalculable de inventores que trataban de encontrar un mecenazgo que les permitiera dar a conocer su genio.

El inventor-tipo está siempre obsesionado por una idea — especie de idea fija — que defiende con el mayor ardor, sin cuidarse de quién pueda ser su interlocutor. Si la proposición de uno de estos visitantes intempestivos había sido ya rechazada por las autoridades competentes, solamente servía para que el hombre que venía a verme tuviera aún mayor empeño en que yo apoyara ante el Führer

aquel descubrimiento que habría de cambiar la marcha del mundo.

Yo acumulaba en mi casa todas aquellas carpetas de inventos y, cuando Hitler venía a verme y lo encontraba bien dispuesto, las extendía ante sus ojos, incitándole a examinarlas: tenía en sus manos toda clase de procedimientos técnicos para reformar el mundo. Entonces se sentaba ante el fuego, en un sillón de cuero rojo, o ojeaba cierto número de proyectos. La mayor parte de ellos eran irrealizables y pertenecían al dominio de la fantasía; otros, sin embargo, demostraban ser ingeniosos.

Cuando creía haber encontrado algún proyecto digno de interés, Hitler entregaba la carpeta a su criado, ordenándole al propio tiempo que le recordara aquel asunto cuando volviera a Berlín. Mi sistema resultó, por tanto, eficaz; varios de estos inventos fueron más tarde puestos en explotación y llegaron a ser remunerativos.

Recuerdo un informe que contenía la fórmula de un nuevo procedimiento para templar el acero; el inventor, seguro de sí mismo, había instalado su propia fábrica. Una nueva técnica que permitía la obtención de fotografías en la obscuridad fué comprobada, a instancias de Hitler, por el Instituto de Investigaciones Físicas de los Servicios Postales del Estado. Yo llevé a cabo por mí mismo una de las primeras experiencias: la fotografía de Hitler en la oscuridad. La perfección del resultado conseguido nos llenó de asombro.

Entre otros cien descubrimientos, había un nuevo tipo de radio; un procedimiento de camuflaje debido a Linekogel, pintor de Munich; una lámpara eléctrica que continuaba alumbrando aun después de haber quemado el filamento. Este último hallazgo podría haber sido el origen de la electricidad económica; ahora bien, uno de los principales fabricantes de lámparas eléctricas se opuso oficialmente al sistema, capaz, según él, de producir un recrudecimiento del paro obrero. El proyecto fué abandonado.

Yo era hasta cierto punto responsable de cada uno de mis protegidos. Había de andar siempre con cuidado, puesto que muchos aventureros y charlatanes conseguían acercarse al Führer con el engaño de supuestas invenciones. Sin embargo, un estafador que había conseguido burlar mi vigilancia, interesó a Hitler en una especie de alquimia de fines poco claros.

Cierto día, Fritz Dressen, el conocido hotelero de Bad Godesberg, vino a verme al hotel Kaiserhof de Berlín. Me presentó a uno de sus amigos, un tal señor Schilgen, que allí mismo proclamó ser capaz de fabricar oro y extraer petróleo del agua. Advertí claramente a aquel mago que Hitler no era hombre con el que se pudieran gastar bromas semejantes. Mi amigo Dressen me aseguró que otros dos descubrimientos de este mismo Schilgen habían sido experimentados últimamente por un grupo de técnicos, y que el éxito obtenido había superado todas las esperanzas. A pesar de su entusiasmo, yo no creía una sola palabra de este asunto del oro. Ya había tenido ocasión de encontrarme con algunos de estos alquimistas modernos, entre otros el célebre orfebre Tausend que, no contento con llevar este nombre (Tausend significa «mil» en alemán) había ganado fortunas durante muchos años. El mismo general Lunden-dorf, burlado por este estafador, había financiado sus investigaciones.

Los tres años de trabajos forzados que pusieron punto final al trabajo puramente imaginario de este moderno Cagliostro, no desanimaron a Schilgen. Procedente de la región renana, era admirable, por lo menos por su audacia y por su astucia. Mi escepticismo estuvo a punto de derrumbarse el día que Schilgen se sacó del bolsillo una pepita de oro fabricada por él, que me invitó a conservar como prueba. Generosidad poco desinteresada, a no dudarlo, puesto que contribuí a reforzar la fe de aquellos que utilizaba para sus propósitos. Por otra parte, este gesto de magnificencia demostraba bien a las claras que este metal no tenía para él ningún valor: aquel hombre guardaba en su bolsillo la llave de la economía mundial.

Nos encontrábamos en presencia de un secreto, sin ningún lugar a dudas. Himmler, seguramente tentado, fué el primero en persuadir a Hitler para que recibiera a Schilgen.

Pero tendríamos todavía otra oportunidad para maravillarnos: este fabricante de oro tenía también el mágico poder de transformar el agua en petróleo. Eminentes miembros del Partido — gauleiters, jefes de departamento, ministros incluso — pasaron semanas enteras llenando los toneles de Schilgen, y éste *deus ex machina* recibía entre su correo cartas delirantes: la faz del mundo había cambiado. En cuanto al procedimiento, ¿podría imaginarse algo más infantil? Todo lo que

había que hacer era abrir el tonel; recibíais un agua pura y cristalina que, una vez en vuestro depósito, se transformaba en gasolina de primera calidad. ¿Cómo y en qué momento se operaba esta transformación? Este era el misterio de Schilgen.

Yo, en plan de hombre de negocios, averigüé el A B C del circuito y pregunté a Schilgen por qué no financiaba su compañía petrolífera con la fábrica de oro y luego, en justa compensación, la fábrica de oro con el dinero que le hubiera proporcionado la venta del petróleo. Me explicó que estos dos inventos, antes de ser remunerativos, habrían de precisar la inversión de un capital considerable. Había recibido ofertas de otros países — decía—, y solamente a causa de su gran patriotismo había recurrido a nuestro Führer para que el gran Reich pudiera recoger los frutos de su sagacidad.

Hitler nunca trató personalmente a Schilgen, pero confió en él plenamente desde un principio. Encargó a una Comisión que examinara el procedimiento de extracción de petróleo del agua y nombró como Presidente de este grupo de estudios a Kerrl, que era, además, el Ministro de Asuntos Eclesiásticos.

La Comisión se puso a trabajar con entusiasmo; sus componentes tomaron muy a pecho su labor. Se reunían y celebraban sus conferencias en un rincón de la encantadora región renana; la gasolina de sus coches, era proporcionada por el agua del generoso inventor.

Himmler esperaba con ansiedad el momento en que esta producción pudiera ser industrializada. Pero he aquí que Schilgen conservaba todavía los detalles del famoso procedimiento, misterio número uno para ía Comisión.

Un día que Hitler iba en su tren especial de Berlín a Munich, subió Himmler durante una parada en Leipzig. Con la cabeza baja iba a informar que este asunto de la gasolina transformada había resultado ser una estafa. ¿El secreto? Una superchería. Al parecer, Schilgen había unido la provisión de agua a transformar con un depósito de gasolina oculto bajo el suelo y conectado por medio de un tubo con el tonel lleno de agua. Gracias a un ingenioso dispositivo, podía sacar a voluntad agua o gasolina.

—Por tanto — suspiró Himmler—, hemos de dar este asunto por terminado. Pero, de todas formas, yo persisto en creer que Schilgen puede fabricar oro.

El *Reiehführer* de las S. S. sugirió a Hitler que se llevara a este hombre a un campo de concentración, poniendo a su disposición cuantos ayudantes y elementos solicitara.

—Concedido — decidió Hitler —. Quedamos de acuerdo en que se le facilitará todo lo que pida, de modo que su fracaso no pueda ser imputable a la falta de medios. Schilgen permanecerá en el campo de concentración hasta que produzca oro o confiese su superchería.

Así fué cómo el señor Schilgen siguió el camino que le había sido marcado por Boetcher; con una sola diferencia: que éste descubrió de verdad el oro blanco... al que denominó porcelana.

* * *

Un comerciante en cuadros de Munich facilitó a Hitler la adquisición del lienzo *El Pensamiento no paga aranceles,* una escena en un lugar fronterizo que era una de las obras más representativas de Spitzweg.

Cuando el Führer compraba cuadros exigía una garantía antes de cerrar el trato. Fueron convocados tres técnicos: Alt, de la galería Elbing, de Munich (que había catalogado todas las obras de Spitzweg); Uhde-Barnays, historiador de arte y autor de varios libros sobre el pintor, y un sobrino segundo del propio Spitzweg.

Este cuadro de *El Pensamiento no paga aranceles* había de ser ofrecido como regalo de cumpleaños al ministro Hjalmar Schacht, Presidente del Banco del Reich. Se puso en el cuadro una placa de cobre con la dedicatoria del Führer y una reproducción de su firma. Wiedermann, ayudante de Hitler, hizo entrega del cuadro y relató la alegría con que había sido acogido. Schacht lo había colgado en el mejor sitio de la casa, donde permaneció durante algunas semanas. Un día, un entendido que se hallaba de visita puso en duda la autenticidad del cuadro: el original se hallaba, según él, en poder de la familia Brandstaet-ter; por otra parte, apreciaba algunas diferencias en cuanto a color y volumen.

Admitiendo que fueran reales, estas diferencias no constituían, sin embargo, una prueba de que el cuadro fuera solamente una copia. Se sabe que Spitzweg repetía a veces el mismo tema, con ligeras modificaciones de color e interpretación.

Sin embargo, Hitler se puso furioso. Me fué dada orden de comenzar las investigaciones. Había de descubrir si el lienzo era en efecto auténtico o falsificado. Aparte de eso, tenía la misión de comprobar la opinión del técnico y contrastarla con la de los tres técnicos oficiales, forzándoles a tomar una decisión.

Resultado desconcertante: el famoso Doener, del Instituto de Tecnología Artística, declaró que el cuadro era una falsificación; otro técnico, por el contrario estaba dispuesto a jurar que era auténtico. Yo mismo, que tenía una colección de dieciséis Spitzweg, me mostraba dudoso. Reuní todas estas opiniones contradictorias y las sometí a Hitler, que respondió:

—Auténtico o no, el hecho en sí no tiene importancia. Lo cierto es que nos encontramos ante una obra de arte de tal naturaleza que ni el mismo Spitzweg podría repudiarla. Juzgar un cuadro no quiere decir solamente examinar la madera sobre que está pintado, sino tomar también en consideración su mérito artístico.

El pleito del falso Spitzweg fué muy celebrado en Stuttgart, y el cuadro que dio lugar a él, expuesto al público. Una vez más, las opiniones fueron contradictorias.

Sin embargo, en la vista del juicio, se conoció la identidad del pintor al que se suponía autor de estas falsificaciones. Recibí el encargo de ir a ver a aquel hombre para preguntarle si, efectivamente, era él el autor de aquella obra de arte. Toni Steffgen era un artista completamente desconocido. Vivía en Traunstein y, en efecto, se consagraba por entero a ejecutar copias de Spitzweg. No obstante, Steffgen no era un falsificador: firmaba todos los cuadros con su propio nombre seguido de la indicación «Copiado de Spitzweg».

Ocurrió que, habiendo entrado dos hombres en la tienda de un droguero de Traunstein para hacer algunas compras, vieron con sorpresa un Spitzweg colgado de la pared.

— ¡Ese cuadro es magnífico! —dijo uno de ellos.

—No, señores; no es sino una copia de Spitzweg. El autor de este cuadro vive en Traunstein y me lo ha vendido por algunos marcos. Es un artista muy pobre y, si les interesa, pueden comprarle uno o dos cuadros; por su parte estará encantado.

Los hombres no se hicieron repetir dos veces; algunos minutos más tarde se presentaban a Steffgen. Rápidamente llegaron a un acuerdo: en lo sucesivo, este pintor desconocido trabajaría exclusivamente para sus dos nuevos amigos. Por cada uno de sus cuadros le serían pagados diez marcos más de su precio acostumbrado. Para probar su buena fé, los dos individuos dejaron cincuenta marcos **a** cambio de tres cuadros.

Este golpe de fortuna estimuló a Steffgen. Perfeccionó de tal manera su técnica, que adquirió la fluidez de pinceladas de Spitzweg y, a partir de aquella fecha, los más hábiles fueron incapaces de diferenciar sus obras de las del maestro.

Por lo que respecta **a** los estafadores, no habían perdido su dinero: cada una de las telas, pagadas a Steffgen de veinte a treinta marcos, había sido vendida alrededor de los diez mil.

Este Steffgen era, pues, el hombre a quien fuimos a ver el técnico y yo, con el cuadro bajo el brazo. Si confesaba que era el autor de *El Pensamiento no paga aranceles,* tendríamos la prueba de que el cuadro no era auténtico y de que los estafadores habían borrado la firma de Steffgen para reemplazarla por el garabato de Spitzweg.

Al entrar nosotros en el estudio — nombre demasiado rimbombante para aquella habitacionceja que servía al mismo tiempo de taller, salón y cocina—, el pintor se encontraba sentado delante de la única ventana. Echada en> un diván se hallaba una mujer, su esposa, con grandes ojeras y hundidas mejillas, sacudida por una tos desgarradora. Dos bonitos muebles antiguos, relucientes de limpieza, no bastaban a disimular la extrema pobreza de la habitación.

El experto no era desconocido para Steffgen; ya le había interrogado en algunas ocasiones; incluso había sucedido que, por instigación de este técnico, se ordenara al principio del proceso la detención de Steffgen. Sin embargo, éste no era un falsificador, sino bien al contrario, un hombre

honrado a carta cabal; todo el mundo estaba de acuerdo en este punto. De todas formas, nuestra sospechosa visita le produjo desasosiego.



Ilustración 33. Una fotografía curiosa: Hitler, sentado en unos escalones, conversa con sus íntimos.

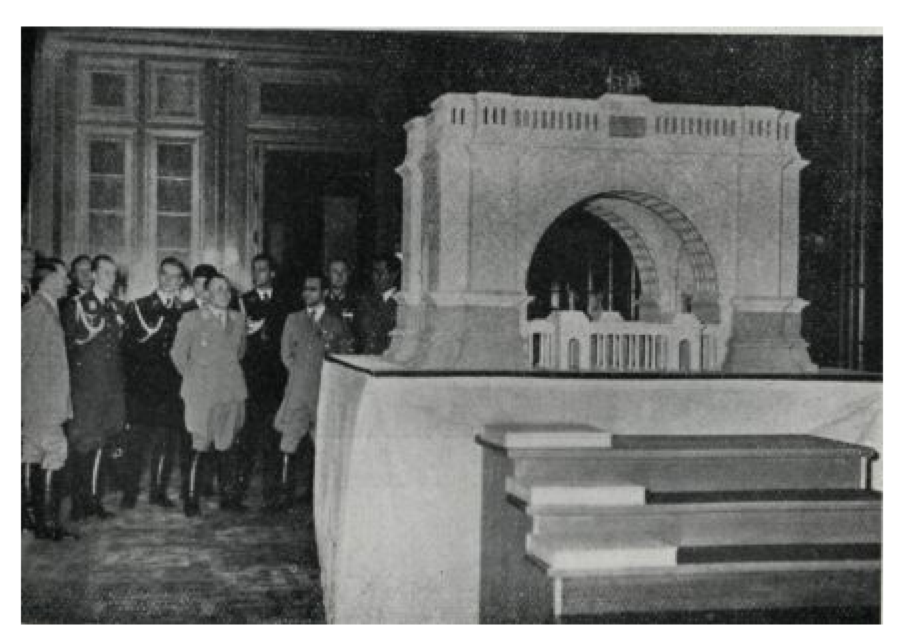


Ilustración 34. Hitler contemplando una maqueta del Arco de Triunfo destinado a conmemorar la victoria bélica.



Ilustración 35. Entrevista Hitler-Molotov, Berlín, 1940

Me expliqué lo más amistosamente que me fué posible:

—Señor Steffgen, deseamos preguntarle si es usted el autor de este cuadro. Puede usted contestarnos con toda claridad y sin ningún temor a las consecuencias que pudieran tener sus revelaciones. Examine por tanto el cuadro con el mayor cuidado, tómese el tiempo que necesite y no nos dé a conocer su opinión hasta estar completamente seguro de ella.

Durante largo rato, el pintor dio al cuadro vueltas y más vueltas, acercándose, alejándose, como si fuera incapaz de tomar una decisión. Por fin, con un esfuerzo, reconoció :

—Sí, es cierto que este cuadro ha sido pintado por mí.

Tal fué, por lo que respecta al técnico, el final del proceso de *El Pensamiento no paga aranceles.*

Antes de marcharnos, Steffgen nos enseñó algunas otras de sus obras, todas llevaban la marca elocuente de su habilidad. No tenía ningún talento original, pero, como copista, era verdaderamente excepcional. Una colección de tarjetas postales en colores eran toda su fuente de inspiración.

Para sostener, aunque fuera temporalmente, la angustiosa situación de la familia Steffgen, el experto y yo encargamos cada uno un cuadro de trescientos marcos, y le entregamos cien a cuenta. Digámoslo en honor a la verdad: no recibimos nunca los cuadros encargados.

Terminado el proceso — los dos estafadores habían sido condenados a trabajos forzados — el procurador general me hizo envío del cuadro. Aparentemente yo era su propietario, puesto que el Canciller del Reich no había figurado personalmente en el juicio. Durante algunos años, esta «tela del maestro» permaneció colgada, ignorada de todos, en un rincón de mi despacho.

En el mes de mayo de 1945, todos mis bienes y mi colección de arte, fueron confiscados por los americanos. Esta ex copia célebre fué a juntarse en una especie de fosa común, en el depósito de todas las obras de arte recogidas. Ahora bien, de este depósito, desaparecieron a consecuencia de un robo centenares de cuadros y, entre ellos, el Spitzweg en cuestión, que fué comprado — y muy bien pagado—por un rico industrial de Suiza.

Hoy en día, los americanos consideran este cuadro como una obra sensacional. Se ha buscado

al nuevo propietario y, partiendo de la base de que ha sido robado, se ha pretendido — aunque sin éxito— que fuera restituido al depósito.

—Yo soy ciudadano suizo — declaró el comprador—. He pagado por esta tela una suma considerable. ¿Quién trata de afirmar que no me pertenece? No pienso en absoluto devolvérsela ni a ustedes, ni a nadie.

Los americanos jugaron entonces su última carta:

—Ese cuadro es una falsificación — contestaron.

Trabajo perdido. La contestación fué lacónica:

—Falso o auténtico, me tiene sin cuidado. Su interés para mí radica en el hecho de que ha pertenecido a Hitler.

*** * ***

El automóvil era para el Führer algo más que un simple medio de transporte; era, digámoslo así, un medio de elevación. Desde la creación del Partido, había concedido a su coche la mayor importancia; se había servido de él para su propaganda y, finalmente, para conseguir el poder.

— ¡Estúpidos adversarios políticos! —exclamó en cierta ocasión —. Pretenden ridiculizarme porque yo, dirigente de un partido obrero, utilizo el automóvil como medio de transporte. ¡Un jefe causaría sin duda mayor impresión en las masas si fuera andando a los mítines! ¡Ni hablar de eso! Yo sé cómo razona el hombre de la calle: «Todas esas historias sobre la prosperidad futura con que pretenden arrastrarnos no son sino propaganda. ¡No hay más que verlo! Esos pobres idiotas que dicen tener el mundo entero en sus manos, no son capaces ni siquiera de tener un cochecillo para ellos mismos. Yo afirmo que el prejuicio contra el automóvil ha de ser combatido; que se ha de hacer comprender a las masas que decenas de millares de personas deben su existencia a esta industria. Contrasentido. La envidia que se siente contra el propietario de un automóvil ha sido alimentada cuidadosamente por gentes que se llaman socialistas».

Luego Hitler hizo una pausa: y nos miró de hito en hito antes de seguir su arenga:

—En Inglaterra es distinto. Hoffmann, que estuvo en Londres en 1937 cuando la Coronación, me contó cómo la pareja real volvió en su coche a Palacio. La muchedumbre permanecía en pie en la calle, los hombres con la cabeza descubierta, contemplando todos respetuosamente la diadema y las joyas resplandecientes de la Reina. En esta admiración no había ni rastro de envidia. El mismo Hoffmann habló con un hombre de clase humilde; deseaba saber lo que aquél pensaría acerca de semejante despliegue de magnificencia y de riqueza. La contestación fué simplemente ésta: «Estamos orgullosos de ella. Es el signo exterior de nuestra fuerza, que pertenece un poco a cada uno de nosotros en todo el Imperio. Sus Majestades no son sino nuestros representantes».

Nueva pausa de Hitler; luego alzó la voz:

—Por esta razón, me felicito de haber suprimido la hostilidad de la masa con respecto al automóvil, la animosidad del peatón hacia el propietario de un coche. Mi éxito obedece a esto: he creado el *Volkswagen* para la clase media. No puedo expresar hasta qué punto estoy agradecido al Estado de Baviera por haberme encerrado en la fortaleza de Landsberg. Allí fué donde comencé a ver claramente las futuras realizaciones de las autopistas y del *Volkswagen.*

Continúo: nosotros debíamos saber cuan orgulloso estaba de que sus iniciativas se debieran a él mismo y no a la industria del automóvil. Todo se resumía en esto: *Volkswagen,* cochecito barato, instrumento de la evolución social.

—En 1933—-siguió explicando— comprendí que la industria ponía mala cara a la construcción en serie de un coche al alcance de todos. Al principio la idea había sido acogida con entusiasmo; pero cuando decidí que el precio de costo no rebasaría los novecientos cincuenta marcos y hube impuesto mis condiciones formales para la construcción del coche, estos señores industriales declararon que el proyecto era irrealizable. Llamé a todos los trabajadores, que fueron al mismo tiempo mis aliados, en defensa del *Volkswagen.* Yo tenía razón, y el éxito lo ha demostrado ; millares y millares de pequeños capitales, representando los ahorros de millares y millares de seres, fueron confiados al D. A. F. nombrado por mí para la organización del proyecto. Ahora, el coche está ya preparado; los treinta primeros automóviles experimentales, recorrieron centenares de kilómetros en

toda clase de carreras y en todas las condiciones posibles, han respondido según estaba previsto. Va a comenzar la producción en serie y es muy fácil calcular el número de personas de escasa capacidad adquisitiva que pronto serán propietarios de un *Volkswagen.* Hablemos de los beneficios; la realidad es que son muy pequeños. El vendedor de un coche no ha de ganar personalmente más de cincuenta marcos. En cuanto a los fabricantes de accesorios, si se muestran más exigentes, construiremos otra fábrica nacional para reemplazarlos.

La mirada de Hitler se posó otra vez sobre cada uno de nosotros para apreciar nuestra reacción. Precisaba nuestro apoyo moral.

—Tengo confianza, por otra parte — concluyó—, en el proyecto del genial Porsche, que se ocupa de establecer los precios de fabricación, de acuerdo con mis puntos de vista.

Alguien, entonces, arriesgó una objeción: había que tener en cuenta, además, la gasolina, los impuestos, el garaje, los seguros, etc. Todo esto haría al coche inaccesible para el pueblo. Entonces Hitler replicó con dureza:

—Se suprimirán los impuestos, se reducirán los precios de la gasolina y de los seguros. Una vez hecho esto, afirmo que todo alemán podrá llevar a su mujer y a sus hijos a pasar en el campo el fin de semana, utilizando su propio automóvil.

CAPÍTULO VIII. LA CAÍDA

Cuanto más duraba la guerra, más se multiplicaban las expediciones aéreas sobre Alemania y más pesimista se mostraba el Estado Mayor del Führer. Solamente en Sperrkreis, el círculo de Hitler, la vida seguía conservando sil carácter de optimismo oficial, sobre todo, en el transcurso de las reuniones nocturnas. Estas reuniones se habían convertido para nosotros en una tortura; ya no estábamos encerrados en una jaula de oro, sino en una prisión de hierro. Hitler había concedido ya a Martin Bormann un poder absoluto e indiscutible, y el propio Führer llegaba a someterse dócilmente a las decisiones de este Bormann que él mismo se había impuesto.

Al volver de Viena en 1944, yo tenía que comer con Hitler en el Cuartel General y transmitirle un mensaje de Baldur von Schirach:

—Este mensaje — dije — es una protesta. Bormann pretende que ahora es ya demasiado tarde para pensar en organizar la defensa antiaérea de Viena y hace caer sobre Schirach la responsabilidad de esta falta. Sin embargo, Schirach afirma que desde el principio de la guerra ha establecido estos planes de defensa, pero que ha recibido instrucciones formales de Bormann de no llevarlos a cabo, pues «una acción prematura podría molestar inútilmente a la ciudad».

Hitler pareció tomar este mensaje como una crítica implícita contra Bormann y me miró con dureza:

—Métase bien esto en la cabeza, Hoffmann — gritó — y transmítaselo de mi parte a su yerno. Para ganar esta guerra, necesito a Bormann. Es brutal e implacable, lo sé. No ha sido por casualidad por lo que ha dado a su hijo el apodo de «Toro». El mismo es un toro. Pero hay un hecho inconmovible: uno detrás de otro, todos han desobedecido mis órdenes; Bormann ¡nunca!

Mientras aullaba, su mirada escrutaba mi cara, como si sus palabras se dirigieran a mí directamente. Pero no era esto todo:

—-Cada uno, cualquiera que sea su misión, ha de comprender bien claramente una cosa: aquel que esté contra Bormann, está contra el Estado y, por tanto, lo haré fusilar. Aunque «aquel» se convierta en millares; de la misma forma fusilaré a todos aquellos que pretendan hablar de la paz. Es preferible sacrificar algunos millares de seres miserables, estúpidos e inútiles que arrastrar a la destrucción a setenta millones de individuos.

* * *

En la primavera de 1944 algunas semanas fueron suficientes para transformar a Hitler de una manera imprevista. Me vienen a la memoria algunos hechos relacionados con el Profesor Ziegler, Presidente del Consejo Nacional de Arte.

Ziegler había discutido con dos industriales, Pietsch y Rechberg, acerca de la posibilidad de conseguir una paz separada por mediación del hijo del *Premier* británico, Randolf Churchill. Habiendo llegado esta conversación a oídos de Hitler, envió a los tres a un campo de concentración.

A ruegos de su esposa, pretendí intervenir en favor de Ziegler y el Führer me contestó:

—Ese hombre puede agradecer a su buena estrella el seguir bajo mi protección. Sin mí, hace ya mucho tiempo que lo habría fusilado la Gestapo.

Algunos días más tarde, Ziegler era puesto en libertad.

Si estos sucesos hubieran tenido lugar en el verano de 1944, Ziegler no hubiera escapado a un fin trágico.

* * *

Me encontraba aterrado. Por primera vez en mi vida me sentía nervioso. No se me iba de la imaginación una idea: desde Stalingrado, Hitler había cambiado. Yo ya no conocía al Hitler de los antiguos tiempos; este hombre que hacía frente a una caída inevitable, se había convertido para mí en un extraño.

Espaciaba mis visitas al Cuartel General, pero nuestra antigua amistad volvía de nuevo a la

superficie cuando Hitler observaba con tristeza:

—Cuando no está aquí Hoffmann, parece como si me faltara algo.

Otras veces decía:

—Sin Hoffmann es como si no viviera.

Aprisionado por la sucesión de los acontecimientos, me vi, sin embargo, arrancado de mi familia, de mi trabajo, de todos los lazos que normalmente me ligaban a Munich. Muy a menudo me llegaba una comunicación que no admitía réplica: «El Führer desea verle inmediatamente». De día o de noche, casi siempre de madrugada, debía apresurarme a tomar el tren o el avión que habrían de llevarme a 1.500 kilómetros de allí, hacia el Cuartel General del Führer. Me sentía impaciente por preguntarle:

—Y bien, ¿qué es lo que ocurre?

—Nada, mi querido amigo —me contestaba Hitler—. Únicamente, que me siento dichoso de verle.

* * *

La reacción de Bormann ante estos regresos inesperados no era en modo alguno ambigua: yo franqueaba el muro de aislamiento que tan sagazmente había construido alrededor del Führer. Llevaba conmigo peticiones y solicitudes, ecos de todo un pueblo, manteniendo así a aquel hombre tan bien guardado en contacto con el espíritu de la masa.

Por esta razón yo constituía una espina clavada en la carne de Bormann. Pero, ¿cómo hubiera podido mostrar abiertamente su antipatía sin disgustar a Hitler? Por fin consiguió concebir un plan diabólico.

Era en el otoño de 1944. Bormann me hizo una visita en mis habitaciones del Cuartel General:

—Últimamente parece usted estar bastante desmejorado — me dijo, evitando el acostumbrado tuteo —; Hitler está preocupado por su estado de salud. Conviene que le vea Morell.

Protesté:

—Me encuentro perfectamente. No obstante, si es un deseo del Führer, iré a que me vea Morell.

El doctor Morell no me encontró tampoco ninguna enfermedad, pero decidió que se me hiciera en el Instituto de Sanidad de las S. S. un análisis bacteriológico, cuyo resultado sería dado con posterioridad.

Por mi parte no sentía ninguna inquietud; mientras esperaba el tal resultado, olvidé por completo el incidente. Quince días más tarde me encontraba en Munich, preparando un viaje, cuando recibí un recado procedente del despacho de Bormann: «Sírvase telefonear inmediatamente a Morell». Mediante una llamada oficial obtuve la comunicación inmediatamente.

—Siguiendo instrucciones de Bormann — me dijo Morell—, debo comunicarle que por el momento no debe usted presentarse en el Cuartel General, ni tener el menor contacto con Hitler (esto último, a petición propia). Su presencia sería un peligro para todos nosotros y para él.

Me sentí anonadado:

—Pero, ¿de qué está usted hablando? ¿De qué peligro se trata?

Morell me explicó gravemente:

—El Instituto Bacteriológico de las S. S. ha encontrado vestigios de tifus en su sangre. Temo que haya contraído el paratifus B, es decir, el más contagioso de esta enfermedad. En mi calidad de médico, mi obligación es poner este hecho en conocimiento de las autoridades competentes. Se impone una conclusión... conclusión que yo he sugerido a Bormann que podría evitarse por tratarse de usted; pero no ha querido escucharme.

Morell hizo una pausa, yo estaba aturdido:

—Lo siento infinito — continuó —, pero las órdenes de Bormann no permiten elección. Mañana por la mañana, los oficiales de Salud Pública de Munich le pasarán una citación por orden del Führer y le conducirán a un establecimiento oficial en el que será atendido, pero aislado y sujeto a

observación.

Al pronto, bajo la influencia del golpe, había perdido de vista al instigador de toda esta historia: ¡Bormann!. Sin pérdida de tiempo, me dirigí a la Biblioteca para consultar la Enciclopedia Médica. El paratifus B, era, efectivamente, la forma más peligrosa del tifus. Pero me preparé para la lucha completando mi información: «Ciertos portadores de gérmenes llevan en sí el bacilo sin sufrir la enfermedad. Estos individuos constituyen un peligro público y no deben en ninguna circunstancia ser autorizados para participar en actividades sociales que podrían hacerles contagiosos para los demás, sobre todo por medio de la alimentación».

Yo sabía que Hitler tenía la fobia del contagio. ¡Sea!; Bruscamente se me cayó la venda de los ojos: el plan Bormann se me aparecía en toda su monstruosa concepción. Todo se me aparecía perfectamente claro. No era con Morell con quien tenía que enojarme; este Morell que una vez me salvara la vida, y que ahora no era, con respecto a mí, cómplice de un error, sino víctima de un crimen deliberado.

* * *

En 1936 volvíamos Hitler y yo de un largo viaje. Schreck — el chófer — y yo habíamos caído enfermos. Una semana más tarde Schreck había muerto. Hitler perdió con él un viejo y leal servidor. En cuanto a mí, que había rehusado que se me condujera al hospital, me encontraba entre la vida y la muerte.

Preocupado por mí, Hitler me había enviado al profesor Magnus, un famoso cirujano; pero, a causa de mis alucinaciones febriles, me negué a recibir a aquel extraño. Mi esposa sugirió que se hiciera venir de Berlín a nuestro amigo el doctor Morell; aquella misma noche llegó apresuradamente a Munich.

Cuando comprendió que la gravedad de mi estado requería su constante atención, se instaló — por así decirlo — a mi cabecera, sacrificando por mi causa sus ocupaciones habituales y vigilándome incansablemente.

Hitler venía todos los días para interesarse por mi estado y, durante mi convalecencia, pasó largos ratos haciéndome compañía. De esta forma conoció al doctor Morell y se formó una alta opinión acerca de su capacidad. El Führer padecía unos dolores de estómago intermitentes — reliquias de un envenenamiento de gases durante la primera guerra— y se puso en manos de Morell, al que sus adversarios llamaban «el Doctor Inyección». Hitler terminó por no confiar sino en él; hasta entonces ningún médico había conseguido librarle de sus dolores de estómago ; a él le debía el primer alivio.

Hitler era muy aficionado a las píldoras: siempre se le veía tomar unas u otras, por lo común después de las comidas, y poco a poco iba aumentando la dosis. Un día, muy enfermo, debió guardar cama por primera vez en su vida. Morell diagnosticó que presentaba síntomas de envenenamiento. Cediendo a su sugerencia, el profesor Brandt envió a analizar algunas de aquellas pildoras aparentemente innocuas; se descubrió en ellas una cantidad mínima de estricnina. En la dosis prescrita, y durante poco tiempo, no eran peligrosas. Ahora bien, Hitler las había tomado en grandes cantidades, durante muchos meses, y el veneno había terminado por atacar su organismo.

Brandt hizo llegar a Hitler su informe. Reprochaba a Morell no haber advertido a Hitler acerca de la peligrosa naturaleza de estas pildoras. No obstante, esta pequeña denuncia fué bastante mal acogida.

Cuando, poco tiempo después, el Profesor nos hizo una visita cerca de Altoetting, parecía muy abatido. El fué quien me dio a conocer el desenlace de este asunto, que llamaba, sin ninguna idea de la ironía de la expresión, el «negocio de las pildoras contra los gases».

—Hace algunos días —me confesó— Hitler envió a buscarme y me informó secamente de que, a partir de aquel momento, se podía prescindir de mis servicios en el Cuartel General. Mi esposa y mis hijos pueden venir a Obersalzberg cuando gusten; en cuanto a mí, desea no volver a verme. Esta decisión es el agradecimiento del Führer por mis siete años de servicios totalmente consagrados a él.

* * *

Las intenciones de Bormann con respecto a mí no ofrecían lugar a dudas; pero en aquel

momento no servía d? nada el ignorarlas. La única solución era actuar, y rápidamente.

Me fui derecho al número 12 de la Wassenburgerstrasse, que se encontraba a pocos minutos de camino de allí y donde, en una casita, vivía Eva Braun, en compañía de Gretl, su hermana menor.

Fui acogido cariñosamente:

—Entre, entre usted, señor Hoffmann. — Al ver mi cara desencajada, añadió:

— ¡Dios mío! Pero, ¿qué le sucede?

Sin esperar mi contestación, Eva sacó una botella de

coñac y llenó dos vasos. Bebí un largo trago y le di cuenta

de mi conversación con el Cuartel General del Führer.

Me escuchó con atención y se esforzó por tranquilizarme:

—Bueno, cálmese; todo esto se va a arreglar. En primer lugar, está perfectamente claro que usted no tiene ninguna enfermedad contagiosa, y, además, cuando yo hable luego con el Führer, a las diez de la noche, según tengo por costumbre, le pondré en antecedentes de lo que ocurre. Por lo que se ve, está usted siendo víctima de un error estúpido. Por otra parte, el señor Bormann es muy capaz de haber preparado toda esta sucia intriga.

Me sentí esperanzado:

—Cuando le hable al Führer —insistí—, hágame el favor de explicarle bien todo el asunto y decirle que me voy a Viena para reunirme con mi esposa, que me está esperando allí. Pero dése buena cuenta de que no deseo, en modo alguno, que parezca que trato de emprender la fuga.

Volvió a tranquilizarme: No tenía por qué preocuparme: ella se lo explicaría todo con la mayor claridad, y lo único que tenía que hacer era telefonearla al día siguiente por la mañana, desde Viena. Para probarme su optimismo, abrió una botellita de champaña y brindamos por nuestro próximo encuentro.

No obstante, cuando al día siguiente me reuní con mi esposa, que me esperaba en el Hotel Imperial, me pareció que sufría un ataque de nervios:

—¿Es que todo el mundo se ha vuelto loco? —gritó al verme—. Cuando he telefoneado ayer para preguntar si venías, no me han contestado sino que te encontrabas gravemente enfermo. Las órdenes (no sé cuáles) precisaban que se debía observar el mayor sigilo y que no me sería enviada ninguna comunicación. Ya iba a irme a Munich a toda prisa, cuando una carta me informa que has salido para Viena. ¿Es que todo el mundo está loco? ¿O es que lo estoy yo?

En pocas palabras puse a mi mujer al corriente de la situación:

—Querían decirte que yo tenía el tifus y que me ha sido prohibido aparecer por el Cuartel General del Führer.

Entonces, los labios de mi esposa pronunciaron enfáticamente dos sílabas:

— ¡Bormann! —repitió—. Bormann; él es el que se encuentra en el fondo de todo este asunto.

Acto seguido, cogió el teléfono para pedir al doctor Demmer, un médico amigo nuestro, que viniera sin pérdida de tiempo.

Demmer se golpeó la frente de una manera expresiva:

—Pero, es que no se da usted cuenta, mi querido amigo, de que lo que pretenden es desembarazarse de usted —me dijo compasivamente—. A pesar de todo, voy a hacer que le examine el profesor Cortini, jefe de la sección bacteriológica de nuestro Hospital Lainz, que es una autoridad en la materia. Por lo que a mí respecta, mi diagnóstico está ya hecho: usted no se encuentra enfermo.

Durante esta discusión, mi mujer había pedido una conferencia urgente con Munich. Sonó el teléfono y descolgué el auricular:

—Eva, ¿es usted?... ¿Ha podido hablarle ayer?

Al otro extremo del hilo, ella parecía contener su emoción:

—Sí; señor Hoffmann. Lo hice, y fué verdaderamente terrible. Hitler está convencido de que usted tiene el tifus. Se volvió loco cuando le dije que había estado en mi casa, antes de marchar a Viena. Gritaba que usted no podía negarse a ser aislado, que eso era una falta de sentido por parte de usted, que iba usted a contaminar a su íamilia, a su yerno, a sus amigos y a todos aquellos que se le acercaran en Viena. ¡Por Dios, qué bien le ha engañado Bor-mann! No pude evitar el decírselo. En tono^ de desafío, me contestó: «Eso es precisamente lo que vamos a ver». Estoy desolada —añadió Eva—. Desolada por no poder darle mejores noticias.

Cortésmente, me despedí de ella:

—No hay por qué, Eva. Yo soy el que siente haberla puesto en este compromiso.

Luego telefoneé a mi casa, a Munich. Las noticias fueron categóricas: «Dos oficiales del Servicio de Sanidad Pública acababan de estar allí; deseaban llevar con ellos al señor Profesor».

Una vez terminadas estas conversaciones telefónicas, me dirigí a la Sección Bacteriológica del Hospital para someterme a un reconocimiento. Necesité menos de una semana para obtener los tres certificados que, por otra parte, esperaba con la mayor confianza: «Resultado negativo. No se encuentran vestigios de paratifus».

Sin embargo, yo no me daba aún por satisfecho; todavía me quedaba cierta preocupación. Tal vez fuera cierto que en el primer examen hubieran encontrado algún microbio e, incluso, que la enfermedad se declarara de repente. Esto se convirtió en una idea fija. ¿Qué pasaría si, después de todo, resultaba que yo era uno de esos portadores de gérmenes? La duda me atormentaba; mi esposa y los médicos podían decir lo que quisieran; yo no podía alejar de mí la obsesión. Hasta tal punto, que mi mujer creyó poder resumir la situación en una sola palabra:

—Del paratifus no hay ni que hablar —dijo con decisión —. Pero, en cambio, han hecho de ti un mitómano.

Esta espera, esta puesta en cuarentena, se me hacía intolerable. Suplicaba que se enviaran sin pérdida de tiempo al Cuartel General del Führer las fotocopias de los últimos resultados.

—Ten un poco de paciencia, ¡por el amor de Dios! — me aconsejaba mi mujer—. Espera un mes, las cosas terminarán por calmarse; la precipitación no serviría sino para perjudicarte.

Era muy fácil de decir, pero yo no me dejaba convencer. Alineando las fotocopias, gritaba:

—¿Es que no son suficientes estas pruebas? Escribiré en seguida a Morell y le convenceré de que ha debido de haber una equivocación en algún sitio; haré que enseñe a Hitler las fotocopias.

Lo hice tal como pensaba. Pero, durante largas semanas, esperé en vano. Cuando por fin llegó la contestación, no fué en forma de mensaje, sino en la propia persona del comisario Hoegl, del C. I. D. del Gran Cuartel General. Hoegl era hombre de absoluta confianza de Hitler.

—Señor Profesor — me dijo — estoy encargado de una penosa misión. Vengo con órdenes de interrogar a todos aquellos que han estado en contacto con usted y detenerlos si es preciso.

¿Cómo se habían encadenado las cosas?

He aquí los hechos: las fotocopias que yo había enviado al Cuartel General llevaban la indicación «Heinrich Hoffmann, granadero». Habiéndose convertido durante la guerra el Hospital Lainz en un hospital militar, el doctor Demmer cambió la profesión de fotógrafo por la de granadero, pensando simplificar las cosas. De esta manera ponía fin a los rumores de que el paratifus había llegado al Cuartel General del Führer.

El comisario del C. I. D. se entregó concienzudamente a su trabajo. Pero en el transcurso de la investigación salió a relucir que mi hijo, de veintiséis años de edad, había tenido entre sus manos los informes referentes a mí.

Bormann desvió su ataque contra los Servicios de Sanidad de Viena; gracias a la firme actitud de los médicos, no hubo ninguna detención. Sin embargo, yo me vi obligado a someterme a penosas investigaciones en dos laboratorios oficiales, bajo la vigilancia de dos S. S. Estas investigaciones fueron interminables. Llegó a suceder, sin embargo, que el propio director de los Servicios Médicos de las S. S. se negó a que se prosiguiera la investigación durante más tiempo. Menos mal que, entretanto, yo había tenido tiempo de amontonar un verdadera *dossier* de documentos médicos, certificando bien claramente, tanto unos como otros, que me encontraba en perfecto estado de

salud. En cuanto a los bacteriólogos particulares, que no estaban sometidos a las órdenes superiores, y a los que yo encargaba continuamente de renovar sus reconocimientos, creían que estaba loco.

* * *

Hacía seis meses que había abandonado los Cuarteles Generales del Führer. Estaba convencido de la traición de Bormann y decidido, costara lo que costara, a ir a ver al Führer y presentar mis pruebas ante sus ojos.

El Estado mayor de Wolfschanze había sido trasladado a la Cancillería, en Berlín. Me trasladé a Berlín a principios de abril de 1945. A pesar de los bombardeos aéreos que habían causado grandes daños en la Cancillería, no observé cambios notables en la rutina diaria. Los dos S. S. que siempre habían fiscalizado las entradas (y que no tenían la menor idea de las razones de mi ausencia) seguían allí. El Hotel Kaiserhof, en el que yo había habitado durante doce años, había sido completamente destruido por las bombas; se me procuró una habitación en el primer piso de la misma Cancillería.

Llegué hacia el mediodía. Todo el mundo me acogió calurosamente y recobré mi sitio en la mesa, junto a Keitel y Jodl. Supe que esta habitación, que había sido el salón de Hindenburg, era la única que se conservaba intacta en todo el edificio.

¡Pero en la mesa el sitio de Hitler se encontraba vacío y toda esta gente parecía hallar perfectamente normal mi presencia en medio de su grupo!

—¡Gracias a Dios que ha vuelto usted, Hoffmann! A ver si usted es capaz de animar un poco a nuestro Führer.

De repente se abrió la puerta. Un oficial anunció:

—El Führer va a venir a hacer una inspección, señores ; pero si lo desean pueden quedarse sentados.

Entró Hitler. Me adelanté hacia él para explicarle las razones de mi regreso, pero extendió los brazos con un gesto de defensa, mientras exclamaba:

—¿Cómo, usted, Hoffmann? ¡Usted aquí! Está usted enfermo, gravemente enfermo y va a contagiarnos a todos.

No pude contenerme durante más tiempo. Grité, a mi vez:

—No, señor Hitler. Ni estoy enfermo ni lo he estado nunca. Aquí tengo las pruebas. He sido únicamente víctima de una maquinación y quiero que sepa usted la verdad.

Sin una palabra, Hitler pasó rápidamente por delante de mí y salió. Entonces entró Bormann y se dirigió hacia el sitio de Hitler. Cuando me vio, se paró en seco y me lanzó una mirada llameante. En aquel mismo instante sonó la alarma y Bormann se precipitó hacia mí como un loco:

—¡Por el infierno! —rugió—. ¿Quién le ha permitido venir aquí? Usted no tiene nada que hacer entre nosotros. Emplee su talento en encontrar la manera de abatir esta maldita aviación.

Tiré sobre la mesa el tenedor y el cuchillo y, al salir, dije mirando a Bormann a los ojos:

—Esto es un manicomio.

Subí corriendo a mi habitación, repitiéndome: «Me he de ir de aquí... cuanto antes... esto es peligroso». Mientras que amontonaba mis cosas en la maleta, entró alguien: era Johanna Wolf, que había sido durante muchos años secretaria de Hitler.

—Cálmese usted —me aconsejó tranquilamente—. Durante la alarma tiene usted que bajar al refugio. De todas formas, no puede marcharse sin saludar al Führer. Yo le hablaré tan pronto como suenen las sirenas. Siempre se ha preocupado por usted y ha pedido noticias suyas a unos y a otros. Puede usted creerme.

Por la tarde, la señorita Wolf me dijo que Hitler había decidido recibirme por la noche, pero con una condición: que no se hablaría de mi enfermedad.

Hacia medianoche, habiendo cesado los ataques aéreos, me dirigí al refugio de Hitler. Me hizo un recibimiento casi caluroso:

—Hoffmann, mi querido amigo —me dijo —; soy yo el que ha de pedirle un favor: no me hable de su enfermedad.

En silencio, le tendí los papeles que le había preparado. Pero, sin apenas mirarlos, dijo:

—No, no... A quien hay que dárselos es a Morell.

Después, me miró atentamente el rostro durante largo rato, sin decir nada.

—Viéndole así, sentado frente a mí, como si fuera la imagen misma de la salud — suspiró finalmente — no tengo más remedio que creer que se le ha gastado una broma. Ahora, si le parece, ni una palabra más sobre este particular.



Ilustración 36. El Rey Boris de Bulgaria conversando con el Führer. Entre ambos, von Ribbentrop.



Ilustración 37. Hitler poco después del atentado del 20 de julio de 1944.

Estábamos solos en el refugio con Eva. Hitler llamó y, cuando vino su criado, pedí té.

—¿Por qué té? —preguntó Hitler sorprendido.

—La señorita Wolf me ha indicado que usted había ordenado a Bormann que me aconsejara apartarme del alcohol.

Se revolvió:

—Usted beberá lo que guste, Hoffmann. Siempre le ha gustado un vaso de vino y, precisamente ahora, cuando todo el mundo se ve obligado, a causa de los acontecimientos, a buscar un consuelo en el alcohol, ¿por qué ha de ser usted el que prescinda de él?

Pedí, pues, un vaso de vino caliente y especiado. Estaba pendiente de todo:

—¿No tiene usted frío, verdad? ¿...No? Traigan al señor Profesor una botella de champaña.

Eva y yo alzamos nuestros vasos a su salud; parecía un poco más contento. Muy pronto nos encontramos ha-Mando de arte, tema de conversación muy familiar para todos nosotros. Nos sentíamos a nuestras ancñas. Eva se ausentó y me quedé a solas con él

—¿Cuánto tiempo permanecerá aquí? —me preguntó.

—Me iré mañana, señor Hitler.

Insistió:

—¿No podría quedarse un día más? Tengo tantas cosas que tratar con usted, tantas cosas que decirle.

No cedí:

—Tengo que terminar algunos asuntos importantes y que arreglar ciertos asuntos particulares. Entre otras cosas, deseo hacer mi testamento. En cualquier caso, tengo intención de volver aquí el 20 de abril, para su aniversario.

Objetó:

—¿Su testamento? ¿A qué viene esa inquietud por su testamento?

¿Creería todavía en la posibilidad de conseguir la victoria?

* * *

La noche siguiente, Hitler se encontraba, como de costumbre, echado en un sofá; este mismo sofá en el que, tres semanas más tarde, fueron hallados muertos él y Eva Braun. Las consecuencias de numerosas noches sin dormir, los intolerables cuidados cuyo peso recaía sobre él, se leían claramente en su huraño semblante. Su mano izquierda temblaba y sus movimientos eran lentos y torpes. Me emocionó profundamente. Cuando nos encontramos solos, me susurró al oído:

—Hoffmann, tengo que pedirle un favor.

Me apresuré a ofrecerme:

—Si entra dentro de mis posibilidades, señor Hitler.

—...Es en relación con Eva, Hoffmann. Debe usted hacer lo posible para persuadirla de que se marche con usted. No puedo poner a su disposición un coche oficial; en estas circunstancias sería aumentar el peligro. ¿Cómo se propone usted llegar a Munich?

Respondí que me habían ofrecido un sitio en el coche del director general de Correos, que el automóvil iba casi vacío y que, por tanto, había plazas libres. Añadí:

—Le prometo que haré cuanto pueda para convencer a Eva.

En diversas ocasiones le había oído decir a ésta que por ningún motivo abandonaría Berlín, y cuando hice una nueva tentativa para llevarla conmigo, me repitió:

—Usted sabe mejor que nadie, Hoffmann, cuáles son los lazos que me unen a Hitler. ¿Qué dirían las gentes si yo desertara en estos momentos en que me necesita? No, amigo mío; mi sitio está al lado del Führer, hasta el final.

Al día siguiente, cuando daba cuenta a Hitler de mi fracaso, mientras él me escuchaba en silencio, sonó la alarma.

—De todas formas, no puede usted irse en este instante — me indicó. '

Era la evidencia misma. Nos sentamos juntos en el subterráneo, escuchando, primero el silbido y luego el retumbar de las bombas que estallaban alrededor de nosotros. A pesar de la incertidumbre del momento, era necesario que yo partiese cuanto antes. Bormann podía aparecer: si me encontraba aquí, tenía yo muchas probabilidades de no poder abandonar la Cancillería nunca más.

* * *

En tanto que estaba allí, sentado en el refugio, las ideas tomaban en mi espíritu un curioso rumbo. Mi situación era parecida a aquella en que se encontraba el príncipe Felipe de Hesse, en el Cuartel General del Führer en Rasterburg.

Este príncipe Felipe, yerno del rey de Italia, formaba un eslabón importante entre Hitler y su colega del Eje.

Todo el mundo le estimaba en el Cuartel General. Era un apasionado por el Arte. Hitler le invitaba a comer con mucha frecuencia y le confiaba la búsqueda de antigüedades.

Durante el verano de 1943, pasaba algunas semanas en el Cuartel General, cuando de repente se supo por un mensaje telefónico que el rey de Italia había ofrecido a los Aliados una paz separada. Me apresuré a dirigirme al príncipe para darle a conocer la dramática noticia: pero antes de que pudiera reunirme con él hubimos de sentarnos a la mesa.

Me encontraba muy cerca de él, pero, apenas habían terminado de servir la sopa, cuando entró Rattenhuber, jefe del C. I. D. del Estado Mayor, y rogó al príncipe con voz tranquila que «tuviera la bondad de salir un momento, pues tenía que transmitirle un recado de Bormann».

El príncipe palideció, luego se levantó y siguió a Rattenhuber.

No volvimos a verle.

Más tarde, nos llegaron algunas noticias; debía de haber sido encarcelado en la fortaleza de Koenigsberg, luego en un campo de concentración, luego... ¡nada más!

Cuando pensaba en la similitud de nuestros destinos, sonó el final de la alarma.

Me apresuré entonces a ir a despedirme de Hitler, Eva y los demás íntimos. Tomé mi maleta y me dispuse a abandonar la Cancillería inmediatamente. Era necesario eludir a Bormann a toda costa.

Al apreciar la devastación de la Wilhelmstrasse, me percaté de que mi marcha tenía todo el aspecto de una huida. ¡No importa! Aceptaba con alegría todos los riesgos de un largo viaje por la autopista, expuesto a los ataques de la aviación que ametrallaba la carretera incesantemente. Cada kilómetro estaba jalonado de vehículos incendiados con sus ocupantes, inmóviles, irreconocibles, espantosos todavía en su interior. Los ataques se hicieron tan numerosos, que no pudimos alcanzar nuestro lugar de destino hasta el día siguiente por la mañana.

A pesar de todos los peligros, yo deseaba mantener mi promesa y volver a Berlín para el aniversario del Führer.

El desarrollo de las operaciones militares se opuso a mi proyecto.

Cuando sobrevino la caída final, me enteré de ella por la radio. El Destino me había evitado registrar con mi aparato estos últimos y trágicos acontecimientos.

Me encontraba por entonces en las cercanías de Altoetting, lugar de peregrinación de la Alta Baviera, en nuestra casita de campo, Heinrichshof. Aconsejada por los vecinos, mi esposa había abandonado la casa una semana antes de mi llegada y había marchado al Tirol.

Apenas hube llegado, cuando un grupo de unos doscientos oficiales y soldados alemanes entraron en el pueblo para establecer allí sus cuarteles. Era la hecatombe. Algunos de ellos habían conseguido vestirse con ropas de paisano, confiando poderse evadir de aquella forma. Por mi parte, no habiendo tenido la menor intervención en los acontecimientos políticos o militares del pasado, estaba seguro de no ser detenido, por lo que no tenía intención de abandonar la casa. Sin embargo, una vieja amiga de mi mujer que se había refugiado en mi casa, me incitó a que me marchara. Mi

presencia —según ella— no hacía sino aumentar los peligros a que ya estaban expuestos todos mis empleados y sus familias. Este alegato, capaz de conmoverme, no era del todo desinteresado; pero no había de enterarme de ello hasta más tarde. Lo que la buena señora esperaba, desembarazándose de mí, era poder reclamar en su nombre una parte de la propiedad antes de que ésta fuera confiscada o requisada.

En aquel momento, conmovido por sus argumentos, acepté el marcharme. Y fué precisamente el 28 de abril, el mismo día en que Hitler y Eva Braun pusieron fin a su existencia, cuando me alejé de allí. A través de la corriente incoherente de las tropas en retirada, me fui abriendo camino hacia mis amigos de Oberwoessen, un pueblecillo situado entre Marquartstein y Reit-Im-Winkel, a unos cincuenta kilómetros de Heinricshof.

Pasado el pueblo de Reit-Im-Winkel, la carretera atraviesa un estrecho desfiladero, dominado a ambos lados por altas montañas. En aquel lugar un regimiento de las S. S. había construido un reducto y todos sus hombres estaban dispuestos a defenderlo hasta morir. Cuando las fuerzas americanas llegaron allí, algunos días más tarde, en todas las casas de Oberwoessen y Reit-Im-Winkel ondeaban banderas blancas. Solamente los S. S. se negaron a entregar sus posiciones y a abandonar los alimentos que habían almacenado. Sin embargo, después de largos cambios de impresiones y habiendo obtenido la promesa de que se les facilitarían salvoconductos, se mostraron dispuestos a retirarse, poniendo fin de esta forma a las hostilidades en toda aquella zona de Baviera. Al cabo de una quincena de días, todo recobró la tranquilidad.

El 15 de mayo, muy temprano, llegaron dos americanos, acompañados por uno de mis antiguos amigos germano-americanos, cuyas actividades en el Servicio de Información de Berlín, no me eran desconocidas. ¿Qué era lo que iba yo a descubrir? Para probar su antipatía y su celo antinazis, él mismo me había denunciado a los americanos, solicitando mi detención. No podía defenderme. Después de recoger apresuradamente algunas ropas, monté en el *jeep* que iba a llevarme al C. I. C. de Munich, para ser sometido allí a un interrogatorio.

Ya en Munich, bien al contrario de lo que yo esperaba, iba a experimentar una grata sorpresa. Se puso a mi disposición una bonita habitación y se me procuró una buena alimentación, con vino y cigarrillos a discreción. No tenía a mi alrededor guardias armados; solamente algunos alemanes en traje de paisano, miembros de aquel pretendido movimiento de resistencia clandestino de Alemania. Intrigado, merodeé por entre las casas con una absoluta libertad. Me estaba llenando de ilusiones hasta que, atajado por un soldado americano delante de la puerta principal, se me rogó con la mayor cortesía que volviera a mi habitación. Entonces me percaté de que se trataba de una libertad vigilada.

Estando ya en mi habitación, llamaron a la puerta. Entró un oficial americano.

—¿Desea usted algo, señor Hoffmann? —me preguntó con una amistosa sonrisa —. Nos hemos puesto al corriente de sus costumbres. (Pensé que se refería a las costumbres del círculo de Hitler, a los «vasos» de las tres de la madrugada.) Pero no sabemos si prefiere ser interrogado de día o de noche.

El primer interrogatorio fué breve y, la verdad sea dicha, muy comedido. El oficial que presidía, había anunciado :

—Señor Hoffmann, su nombre figura en la lista de prioridad Número Uno. Me explicaré: esta lista, que nos ha sido remitida por los rusos, designa las personas que hemos de entregarles.

Sin sacar ninguna conclusión, se detuvo un momento, me miró atentamente y prosiguió con toda calma:

—En Viena, los rusos han adoptado un sistema de represalias uniforme: todos los S. S. que atrapan son ahorcados y colgados de las puertas de los establecimientos.

Después de estas tranquilizadoras palabras, una nueva pausa, en la que me ofreció un cigarrillo.

—Mi interrogatorio se reducirá a tres preguntas; si contesta a ellas con toda lealtad, señor Hoffmann, no tendrá usted que preocuparse de los rusos.

Esperé, con una aprensión que no es necesario describir. Luego: /

—En primer lugar, ¿conocía usted al profesor Hahn?

Dudé, con absoluta buena fe:

—¿Hahn? Conocía a varios de este nombre. ¿Quiere usted decir el célebre profesor de Nueva York que...?

—No.

—-Está también mi viejo amigo Hahn, el eminente profesor de anatomía de Munich. Pero ya ha muerto.

El oficial adoptó un continente severo:

—Escuche, Hoffmann, no quiero saber nada de todos los Hahn que han muerto. Pero sí deseo conocer todo lo que sepa del que vive, o por lo menos ha vivido durante largo tiempo, en el Cuartel General de Hitler.

Por un instante quedé desorientado. ¿Dependería mi vida de este detalle? Con un esfuerzo logré hacer memoria: era completamente exacto que cierto hombre de ciencia, llamado Hahn, había ocupado un lugar en el Cuartel General de Hitler, pero esto era todo lo que yo sabía de él y así lo confesé. Pasó a la segunda pregunta:

—Y ahora, señor Hoffmann. ¿Sabe usted algo acerca de la bomba atómica?

Situemos el momento: estamos en mayo de 1945 y el hombre de la calle no ha oído hablar nunca de esta cuestión. Otro fracaso más.

—Lo siento — contesté — nunca he oído hablar de ella.

—¿Tiene usted alguna información de otras armas secretas?

Rebusqué en mi memoria:

—He visto en proyección técnica una película sobre las posibilidades del submarino de bolsillo, antes incluso de que esta película fuera exhibida ante Hitler.

Llegábamos a la última pregunta. Oí decir:

—¿Conocía usted al ingeniero Kurz?

—¿A Kurz? Pues claro que sí. Se trata de un físico eminente o un hombre de ciencia por el estilo. Pero todo lo que sé de él, es que había propuesto a Hitler la compra de vasos de porcelana de elevado precio, y que Hitler había rehusado, porque le pareció una insensatez gastar tanto dinero en un objeto frágil, destinado a una destrucción inmediata.

El oficial americano apretó los dientes:

—O. K., señor Hoffmann; me parece que aparte de esto no voy a sacar gran cosa de usted. Por el contrario, ¿encuentra usted en su memoria algo de lo que esté decidido a hablar?

Tranquilizado por estos afables modales, me sentí lleno de confianza. Ese «algo de que iba a hablar» era yo mismo:

—Le quedaría muy agradecido si me prestara su ayuda, señor —declaré—. Mi casa de Munich ha sido saqueada; todos mis cuadros, todos mis efectos personales y, entre todas estas cosas, las acuarelas de mi amigo Hitler, que para mí tienen gran valor...

No pude agregar una palabra más. Uno de los alemanes que se encontraban allí, acababa de coger un cacharro que había sobre la mesa con frutas heladas y me lo había roto en la cabeza.

El oficial americano intervino enérgicamente:

—-¡Quieto! No quiero que esto vuelva a suceder aquí, Si es usted incapaz de contenerse, ya se puede ir marchando.

Este fué el final de mi interrogatorio, cuyas imprevistas consecuencias experimenté más tarde.

Hablan transcurrido dos días, cuando hacia medianoche, llamaron tímidamente a mi puerta. Entró un hombre, como un simpático fantasma y depositó sobre la mesa pan, mantequilla, una botella de Niersteiner y un paquete de cigarrillos.

—Esto representa, en cierto modo, una pequeña ofrenda de paz —murmuró—. ¡Lo siento tanto!

Y se marchó tan de prisa como había venido. Apenas si me dio tiempo a reconocerle: era el

hombre del cacharro de fruta. Por otra parte, hacía ya días que ni fumaba ni bebía vino; pero, por desgracia, no disponía de sacacorchos. Sólo aquellos que me conocen pueden imaginarse la trabajosa paciencia con que fui desgastando, a fuerza de uñas, el tapón de la botella, hasta que este inconveniente estúpido pudo colarse por el gollete.

Al día siguiente, era trasladado a la célebre prisión Staldheim, en Munich.

Supe que se me acusaba de haber robado varias obras de arte de diversas galerías de Europa, por cuenta de Goering y Hitler. Tres semanas más tarde, era conducido para una información más amplia a Altausee, en Austria. En el interior de aquellas minas abandonadas se habían amontonado los tesoros de los museos alemanes y de las colecciones particulares, para preservarlos de los bombardeos.

Debilitado por los rigores de la prisión de Stadlheim, apenas si podía mantenerme en pie. Gracias a los cuidados de un soldado americano, de raza negra, las fuerzas me volvieron poco a poco. Fué necesario, sin embargo, esperar una semana para que me encontrara en condiciones de ser interrogado.

El capitán Rossow, del Museo Metropolitano de Nueva York, estaba encargado del interrogatorio. Mostró con respecto a mí mucha comprensión e, incluso, amabilidad. No tenía gran cosa que aportar en mi defensa y únicamente podía negar los crímenes que se me imputaban. Sin embargo, Rossow llevó a cabo innumerables gestiones cerca de las autoridades de que dependían los museos que habían sido despojados de sus tesoros. Los comerciantes de cuadros del país le confirmaron que, en efecto, yo había sido consejero de Hitler y que frecuentemente había realizado compras por su cuenta; pero dijeron también que yo había pagado siempre a su precio las telas escogidas. De tal forma que el simpático Rossow, convencido de mi inocencia, abandonó las pesquisas.

El 15 de julio de 1945 fui trasladado al campo de Augsburg, donde se encontraban detenidas importantes personalidades nazis. Allí vi a Goering y a mi yerno, Baldur von Schirach; ahora bien, no fuimos autorizados a reunimos y, en señal de reconocimiento, no pudimos sino hacernos un gesto con la mano al salir para el ejercicio. Allí permanecimos durante algunas semanas; luego fuimos trasladados a Seckenheim, en la región de Heidelberg.

En Seckenheim, estábamos concentrados en tres viejos edificios macizos, que eran, sin duda, antiguos cuarteles. En mi bloque, el «A», nos encontrábamos instalados con mucha comodidad, recibiendo como suministro raciones del ejército americano. Y además, en terreno conocido. Descubrí en mi bloque a algunos sabios eminentes y a ciertos industriales como Messerschmitt y Thiessen, el rey del acero; generales como Guderian, Von Leeb, Von Blomberg; Schmidt, jefe de intérpretes del Ministerio de Asuntos Exteriores. A algunos de estos personajes iba a tener ocasión, de volverlos a ver, algún tiempo después, en el recinto de testigos de la prisión militar de Nüremberg.

No pasé en Seckenheim sino algunos días, para ser enviado inmediatamente al recinto de testigos de la Zona Americana, en los arrabales de Nüremberg, en Erlenstegen.

Llegado a ella después de todos estos campos y prisiones, la villa de Erlenstegen, rodeada de un bonito jardincillo, me pareció el paraíso. Prisionero bajo palabra — me había comprometido a no abandonar Nüremberg— podía errar por la villa con entera libertad. Los americanos se habían apoderado de mis archivos de Munich; pero sucedió que, durante el proceso, la relación sufrió extravío o fué destruida, recibí orden de reconstituir estos inventarios. Aunque mi despacho de Munich no contenía sino una parte de mis archivos, se encontraban en él, sin embargo, millares de fotografías tomadas en el transcurso de treinta años de actividad profesional, y todo ello en un estado tal de desorden, que el mencionado inventario iba a ser un trabajo penoso e interminable. Todas las mañanas venía a buscarme un *jeep* e iba a presentarme ante el Tribunal Militar Internacional que se había instalado en el Ministerio de Justicia; una vez cumplida esta formalidad, podía disponer de mi tiempo a mi antojo.

El proceso ante este Tribunal Militar Internacional duró un año entero. Fué convocado un gran número de testigos, a los que, como es natural, hubo que atender durante su estancia en Nüremberg. En su beneficio, habían requisado los Aliados dos grandes villas en Erlenstegen.

A partir de octubre de 1945, las idas y venidas en el interior de estas villas recordaba la laboriosa actividad de las colmenas. Llegaban los testigos y, después de haber declarado, volvían a

marcharse. Por primera vez entré en contacto con gentes insospechadas que, durante largos años, habían sido enemigas de Hitler: diplomáticos, generales, miembros de la conspiración de julio de 1944, etc. A algunos de ellos, ya los había conocido en tiempo de la Gran Alemania, pero sin tener la menor idea de sus* convicciones políticas y clandestinas.

En enero de 1946, mi esposa consiguió penetrar ilegal-mente en Baviera, ya que en aquella época no estaba permitido ningún viaje de índole privada. Las autoridades bávaras le permitieron que permaneciera allí, con objeto de visitar a su padre enfermo, que habitaba en Epfach, en la Alta Baviera. Desde allí, pudo aprovechar las ocasiones que se le presentaron para venir a reunirse conmigo. Acabó por alquilar una habitación en Munich y, desde entonces, cambió el aspecto de mi vida.

Tenía plena libertad para venir a verme a mi villa. Si la otra cama de mi habitación no estaba ocupada por alguno de los numerosos testigos del proceso, estaba autorizada para pasar la noche conmigo. Su valor y lealtad, su ecuanimidad y, tal vez más que nada, su sentido del humor, fueron una inestimable ayuda para mí. No sólo en este período, sino también más tarde, cuando fui sometido a la desnazificación por las autoridades bávaras. ¿Qué era lo que yo podía hacer por ella, en justa correspondencia?

Entregarle una buena parte de mis raciones americanas, descargándole de esta forma de algunas preocupaciones materiales. Lo cierto es que la debo mucho, y que mi agradecimiento hacia ella durará tanto como mi existencia.

Después de la cena, nos agrupábamos en la antesala para tomar una taza de café y escuchar la radio. Los comentarios sobre los juicios del día eran hechos por Geor-ges Ullman, nombrado por las autoridades de ocupación. Bien al contrario que los de las radios extranjeras independientes — y muy especialmente de los de la radio suiza—, los comentarios de Ullman eran mordaces y tenden-ciosos. Por otra parte, era una cosa extraña reunirse allí para escuchar las declaraciones hechas aquel mismo día por uno de nosotros.

Algunos testigos no se quedaban sino uno o dos días * otros eran retenidos durante semanas o incluso meses. Estos testigos eran de todas clases; de todos los grados de inteligencia, de todas las posiciones sociales, de todas las opiniones políticas. No obstante, la vida común que realizábamos, había un tema de conversación absolutamente prohibido, por un acuerdo tácito y unánime: el de la po- \ lítica. Durante tres semanas me estuve sentando junto a Severing, el conocido ministro del Interior social-demócrata, y la palabra *Politik* no fué pronunciada ni una sola vez.

A medida que avanzaba el proceso, los testigos iban siendo cada vez más variados y abigarrados. He visto judíos de Galitzia con caftán; gitanos de Bohemia y Hungría, salvajes y atezados, que habían sido mezclados con ex prisioneros célebres de los campos de concentración. He visto rostros asombrosos, como el del doctor Eugenio Kogon, autor de *El Estado S. S.;* el del doctor Hans Luther, antiguo Canciller del Reich; el doctor Pelzer, famoso corredor olímpico; el del coronel Friedrid Ahrens (acusado por los rusos de haber ordenado la matanza de oficiales polacos en el campo de Kathyn); el del general Erich von Lahoussen, uno de los oficiales del Almirante Canaris; y así, muchísimos más.

El general Lahoussen se mostró virulento en sus acusaciones contra Goering. Fué sometido de forma continua a interrogatorios y contrainterrogatorios, hasta dar la impresión de vivir en una tensión de nervios casi morbosa; especialmente el último día, en que, después de declarar, volvió a la villa con una escolta. Durante la velada se acomodó entre nosotros y el relato que nos hizo de los sucesos nos llevó a una apasionada discusión en la que salió a relucir todo el proceso.

La intimidad en que nos veíamos obligados a vivir hizo nacer entre todos estos extraños de ayer una indisoluble camaradería. Muchos de entre los testigos se interesaban por el arte y la música: eran los más felices del grupo; el tiempo pasaba rápidamente para ellos entre recuerdos y discusiones.

Nunca olvidaré al doctor Michael Skubl, jefe de la policía de Viena, con anterioridad al Anschiuss. Este viejo señor, encantador y discreto, nos leía muy a menudo algunas de sus excelentes poesías y se distraía organizando entre nosotros concursos de poesía. Cuando nos dejó, mi esposa sufrió un acceso de neurastenia: las evocaciones de Viena, los recuerdos de su infancia feliz, de su vida de soltera, todo esto había hecho entrar una bocanada de aire puro en esta cueva

de incertidumbre en que nos encontrábamos.

Otros testigos se vieron sujetos a trágicos destinos.

El Profesor Karl Haushofer, geógrafo eminente, se lo buscó él mismo. Era amigo personal de Rudolf Hess y el único que estaba autorizado para visitarle en su celda, privilegio que le había sido concedido por los americanos, que le tenían en alta estima, tanto como hombre como por sabio. Sabía retransmitirnos la impresión casi macabra que dejaban en él tales visitas. Hess no reconocía a su amigo, a su antiguo profesor. Estaba dominado por terroríficas ideas fijas. Únicamente recobró la razón durante un corto momento, cuando Haushofer se sacó del bolsillo cierta fotografía y la puso ante sus ojos; se trataba de un retrato del propio hijo de Hess. Por lo que respecta al profesor Haushofer, el largo encarcelamiento, los interrogatorios agotadores, la confiscación absoluta de sus bienes, fueron para él un peso insoportable; tomó una dosis mortal de veneno. Su esposa, se ahorcó.

Cierto día, nos llegó Nikolaus Horthy, hijo. Parecía encontrarse en una excelente situación; estaba hasta elegante con su traje de *tweed* y su pañuelo de seda de vivos colores. Enviado desde Roma para poner en claro los asuntos de Hungría, fué para nosotros un conversador agradable, que renovaba los temas de conversación y que se mostraba para con las señoras de una exquisita cortesía. Su padre, el Regente de Hungría, se encontraba en aquellos momentos entre el grupo de testigos de la prisión de Nurenberg al que habían sido destinados los oficiales de más edad, los diplomáticos y otros personajes de relieve.

Muy a menudo estos testigos eran mujeres. Entre ellas estuvo la señora Elisabeth Struenk, cuyo esposo había sido ahorcado por la Gestapo por haber participado en el complot de julio de 1944. Era inolvidable esta mujer tranquila, siempre vestida de obscuro, que arrastraba penosamente el peso de los años. Fué la única mujer a la que fueron confiados durante su desarrollo los detalles de la conspiración. En su rostro se apreciaban claramente las huellas de la Gestapo.

Una tarde, a la caída del sol, los americanos trajeron una mujer misteriosa. Habría de intrigarnos durante mucho tiempo. Silenciosa y apartada del grupo, parecía vivir una vida interior, mientras leía o hacía punto de media. En un principio pensamos que se trataba de una espía o de un agente provocador introducido entre nosotros; luego, su visible aflicción y la profunda expresión de desaliento que se pintaba en su rostro, eliminaron esta suposición y nos hicieron pensar en alguna actriz célebre. Una tarde, desapareció tan secretamente como había venido. Hasta mucho después no supimos la verdad de su enigma: había sido víctima de un error de identidad y detenida en lugar de otra mujer que se llamaba como ella.

También nos llegó un muchacho joven, pobremente vestido, que llevaba por todo equipaje un destrozado maletín. Se presentó:

—Streicher, hijo.

No iba a pasar con nosotros sino una noche; había venido para despedirse de su padre que sería ejecutado al día siguiente.

Se contaba con pocos testigos para la defensa.

El industrial sueco Binger Dalherus vino a declarar en favor de Goering. Este magnífico hombre sueco, pacífico y culto, protestó vehementemente contra la vigilancia a que había sido sometido. No obstante, retiró sus objeciones cuando se le hubo explicado que aquellos guardias habían sido colocados a su lado por razones de seguridad, en calidad de escolta a un testigo neutral. Su declaración estaba estudiada con madurez: «Goering había venido a su país en agosto de 1939 para reunirse allí con seis políticos británicos. En aquella ocasión afirmó públicamente que haría cuanto estuviese en su mano para salvaguardar la paz; había proclamado, por encima de todo, que una guerra entre Gran Bretaña y Alemania era una cosa en que no se debiera pensar».

Ahora bien, mientras los testigos se iban sucediendo, yo, Hoffmann, seguía allí. De tal forma que, durante un año, estuve colocado involuntariamente en el centro de los sucesos que siguieron a la caída de Alemania. Humorísticamente, fui nombrado decano de los huéspedes residentes ; esta denominación me fué otorgada por la joven y encantadora condesa húngara refugiada, que había sido encargada por los americanos de la dirección interior de la casa. Me resulta agradable pensar en aquellas personas que, al despedirse de mí, tenían la bondad de darme las gracias por mi humor sostenido y sin desfallecimientos. Había adquirido una reputación: dejando aparte las cuestiones

políticas, las bromas de Hoffmann tenían siempre la virtud de poder restablecer una corriente de optimismo.

Sin embargo, me vi mezclado en un episodio dramático, que no olvidaré jamás. Era el 20 de octubre de 1946. Sentado en mi habitación, estaba con mi hija al lado de la radio, esperando el informe de las sentencias del Tribunal de Nurenberg. Nunca había vivido minutos de tal intensidad a lo largo de la que podría llamar mi carrera de testigo histórico. Ambos estábamos inmóviles, como petrificados, delante de este aparato que sonaba melodioso antes de emitir los veredictos definitivos.

—El tribunal se ha reunido de nuevo — anunció el locutor.

Las palabras caían implacables.

—...Culpable... condenado a ser ahorcado...

Uno después de otro, los veredictos eran anunciados en un tono reposado, frío y solemne. Nuestro estado de nervios, nos hacía sentirnos en un suplicio. Por fin oímos:

—Baldur von Schirach...

Después el silencio. Durante un segundo (una eternidad) el Presidente hizo una pausa. Repitió:

—Baldur von Schirach, veinte años de prisión.

Mi hija estaba a punto de desfallecer; murmuró en un soplo:

— ¡Alabado sea Dios! ¡Alabado sea Dios!... Vivirá.

Y he aquí por último, el episodio final de este año pasado como pensionista asiduo en la Casa de los Testigos. Una tarde llegó un individuo que se nos presentó con el nombre de doctor Schmidt. Mientras tomábamos el café, cambié con él algunas palabras de cortesía, según teníamos por costumbre para acoger a los recién llegados. De repente, este hombre que se había mostrado taciturno en sus respuestas, se levantó y se dirigió hacia la puerta; vimos desaparecer su curiosa silueta vestida de negro. Al día siguiente mi esposa me trajo más noticias. Con el dedo me señalaba una fotografía en el periódico que acababa de comprar:

—Mira. ¿Le reconoces? Dice que es el célebre doctor Schmidt.

¡El hombre vestido de negro de la víspera! Este doctor Schmidt no era sino el primer ministro de Baviera, el doctor Wilhelm Hoegner, que representaba a su gobierno para la ejecución de los criminales de guerra.

Estas ejecuciones habían tenido lugar la noche precedente.

Al día siguiente me presenté, como de costumbre, a las autoridades americanas. Se me dijo que mis servicios ya no eran necesarios; el «doctor Schmidt» había solicitado que yo fuera sometido a la desnazificación. Esto ocurría en octubre de 1946. Libertado por los americanos, fui entregado, en efecto, al Tribunal Bávaro de Desnazificación. Entonces comprendí el sentido de la cautividad y del sufrimiento. La misma injusticia hubiera sido más fácil de soportar de haber estado impuesta por el enemigo. Pero esta venía de mis amigos, iba a decir de mis parientes. No es fácil sobreponerse a semejantes pruebas.

Uno de mis amigos me había ofrecido alojarme en su casa, pero las autoridades bávaras se negaron a admitir esta dulcificación de mi sufrimiento y me encerraron en la prisión local. Primeramente, temblé de frío durante noches enteras en una celda helada; por benevolencia de un guardián fui trasferido después a una celda más pequeña, que daba la casualidad de que se hallaba caldeada por una estufa. Multiplicando sus peticiones con machacona insistencia, mi esposa consiguió permiso para venir a verme de cuando en cuando. Por fin, antes de Navidades, fui enviado a Munich.



Ilustración 38. Hitler pasa revista a los muchachos de las Juventudes Hitlerianas que más se han distinguido contra el invasor.



Ilustración 39. Führer condecora y felicita a los muchachos de las Juventudes Hitlerianas. Esta foto —complemento de la anterior— es una de las últimas de Adolfo Hitler (20 de abril de 1945).



Ilustración 40. La última fotografía del Führer entre las ruinas de la Cancillería del Reich.

A los ojos de las autoridades, mi caso debía de parecer desesperado: fui llevado primeramente de la prisión a la estación, con las muñecas esposadas, y arrojado de mala manera en el tranvía, ante la indignación de los viajeros, que se revolvieron contra esta bárbara y desusada demostración de fuerza. El viaje se" efectuó en un vagón celular, como yo nunca los había visto; iba yo solo, escoltado por dos guardias. En Munich se escogió para mí una prisión — la de Neudeck — en la que, durante algunas semanas, compartí mi celda con dos presos comunes, uno y otro acusados de crímenes.

Mi proceso iba a ser espectacular y a servir de ejemplo. Hasta cierto punto, se guardaba el secreto en relación conmigo. Herf, el fiscal general, y procurador del gobierno encargado de estudiar el asunto, rehusó facilitar a mi esposa ninguna información acerca de mí. Apenas si llegó a decirle que ya no me encontraba en la prisión de Nurenberg. Mas a qué cárcel había sido conducido, cuándo y dónde sería juzgado, qué gestiones hubiera podido hacer para colaborar en mi defensa, así como otras muchas preguntas, quedaron sin respuesta. Por fin, gracias a un compañero de prisión que había sido puesto en libertad, pude hacerle saber a mi mujer que me hallaba en Neudeck, e inmediatamente se dirigió a Munich. A pesar de las medidas adoptadas para asegurar mi aislamiento, mi esposa, desplegando su valor y habilidad acostumbrados, consiguió ponerse en contacto conmigo y darme noticias del más reconfortante optimismo. No se dio por satisfecha con esto; su indomable energía la impulsaba a hacer algo más:

—Incluso los más grandes criminales — declaró ante las autoridades — tienen derecho a preparar su defensa. ¿Cómo podrá ser justificada esta medida de excepción?

Pidió, pues, que fuera autorizado para entrevistarse conmigo el abogado que ella había escogido para defenderme. Por desgracia, fué trabajo perdido: hicieron oídos sordos. Hasta dos días antes de ser juzgado (dos días; como si este lapso de tiempo fuera suficiente para citar testigos y reunir documentos), no pudo mi abogado ponerse de contacto conmigo. Por otra parte, el que dispusiera o dejara de disponer de abogado, no tenía la menor importancia: el Tribunal tenía ya decidida cuál había de ser mi sentencia; ya y —es necesario decirlo — incluso antes de la iniciación del proceso.

* * *

La acusación duró tres horas; sin testigos ni de una parte ni de otra. La exposición de hechos estuvo llena de suposiciones, citaciones, insinuaciones y presunciones reunidas por el Consejo de Investigación. Mi abogado se limitó a solicitar un aplazamiento que nos permitiera conseguir, con vistas a una nueva sesión, testigos y documentos. Apenas oída, esta petición fué rechazada sin comentarios. Y el 31 de enero de 1947, fué pronunciada la sentencia: *Diez años de trabajos forzados, confiscación de todos mis bienes, supresión de los derechos cívicos, prohibición de ejercer una profesión cualquiera después de ser puesto en libertad.*

Todavía un mes entre las delicias de Neudeck y, a principios de marzo, conocí el Campo de Moosburg.

Allí, alrededor de diez mil detenidos estábamos alojados en grandes barracas, que pretendían pasar por cuarteles. La alimentación era horrible. Estábamos autorizados a recibir visitas durante cuarenta y cinco minutos, una vez al mes. Pero, ¡qué forma de «recibir»! El locutorio era un amplio pabellón dividido todo a lo largo por una mesa; desde la mitad de esta mesa se alzaban unas rejas que alcanzaban al techo. Estas rejas separaban a los detenidos de las personas libres. Nosotros, en el interior de las rejas nos sentábamos, no ya con los hombros, sino con las caras juntas; aullábamos en un barullo espantoso, entre el cual era casi imposible reconocer las voces más familiares. Un día, mi esposa se sentó sobre la mesa para acercarse más a mí; la obligaron a que se bajara; se había extralimitado en sus derechos.

Dejemos por un momento de hablar de mí; quiero rendir aquí homenaje al desinterés de las mujeres que venían a visitar a los presos. Podían sufrir hambre, carecer de todo para ellas y para sus hijos; pero nunca venían con-las manos vacías. El puré de patatas que nos ofrecían en cajas de cartón constituía un regalo de incalculable valor.

Eran numerosos los presos que invertían su inacabable tiempo en confeccionar juguetes y calzados con los desperdicios que podían recoger de entre las basuras. Remitían estos presentes a sus familias, con la esperanza, falaz muy a menudo, de que sus «objetos de arte» pudieran ser cambiados por cualquier cosa de comer. Ahora bien, si estas visitas demasiado espaciadas, eran para nosotros un don del Cielo, para nuestras visitantes representaban unas variedades de sufrimientos hasta entonces ignorados. Los días de visita, los trenes que conducían hasta el campo venían por completo rebosantes. Era necesario mantenerse de pie, aplastado, soíocado, en el límite de la desesperación. Después de llegar, el visitante (o la visitante) debía hacer cola durante largas horas para conseguir que su permiso fuera examinado y el mísero paquete inspeccionado antes de dirigirse al pabellón del locutorio. Añádase a esto el sentimiento de rebeldía que latía en el corazón de la mayor parte de nuestras mujeres en el transcurso de su peregrinación y se tendrá una idea del aspecto que ofrecía el campo de Moosburg.

Pasaron meses antes de que las condiciones experimentaran alguna mejora: las visitas no fueron limitadas ya a tres cuartos de hora y la población de los contornos hacía todo lo posible por ayudarnos: recibíamos alimentos que habían sido economizados pensando en nosotros y, algunas veces, hasta vino y cerveza. Puede creérseme que sé lo que me digo: en mi vida he bebido aguardiente mejor que aquel que me fué pasado de contrabando por primera vez, gracias a un desconocido.

Así pasó la vida durante un año; si yo perdía valor, mi esposa me comunicaba fuerza. Solamente más tarde, cuando ya me encontraba en libertad, pude valuar las dificultades que se había visto obligada a superar. Durante todo el tiempo que duró mi detención, ni una palabra acerca de ellas asomó a sus labios.

Mi violín de Ingres (si se me permite expresarme así) en esta época, fueron el dibujo y la caricatura. Vendí muchos retratos a cambio de uno o dos cigarrillos. Pero mi mayor satisfacción era sentarme, aislado entre aquella barahunda, y escribir a mi mujer largas cartas. Este nuevo placer me había sido desconocido hasta entonces; durante el régimen «nazi», mi correspondencia se reducía casi exclusivamente a una carta con estas letras: Q. E. C. B. H. (lenguaje convenido familiar que significaba: Querida Erna. Cariñosos Besos Heini).

Después vino la pesadilla de Dachau. Allí pasé a la categoría de los criminales. Fui obligado a trabajar en el servicio de rayos X del laboratorio y, a causa de mi precaria salud, autorizado, por fin, a vivir en este laboratorio. Me las arreglé para tener a mi disposición un infiernillo eléctrico, lo que significaba algunas tazas de café —un rinconcito del paraíso dentro de este infierno— que

tomábamos juntos mi mujer y yo. Entonces, durante seis meses, todo fué lo mejor posible, según queda dicho. Habiendo sido puestos en libertad un gran número de presos, nos quedamos en Dachau casi solitarios. Hacia el 30 de junio de 1948, el campo fué acondicionado para albergar refugiados. Yo fui encerrado en una prisión de Munich que había servido de calabozo para los negros americanos. La instalación —todo hay que decirlo— era somera. Nuestros dormitorios se reducían a unos barracones provistos de una triple fila de literas, equipadas con jergones de paja podrida. Mas, no olvidemos las compensaciones: nuestras familias tenían derecho a visitarnos después de comer, pudiendo permanecer allí hasta la noche. Sentados en el patio y teniendo sobre nuestras cabezas el cielo estival, nos embargaba un sentimiento de libertad y de esperanza a pesar de las alambradas. Muy pronto, además de las familias fueron admitidos algunos amigos, previa identificación. Verdaderamente, esto parecía demasiado bueno para que fuera duradero.

Demasiado bueno... Algunos días antes de Navidad, sin previo aviso, fuimos amontonados en camiones y transportados al campo de Langwasser, cerca de Nurenberg, tan vivo aún en mi recuerdo. Estos cambios continuos y caóticos, la nueva separación que me iba a privar de mi esposa, fueron para mí como un mazazo. Cuando se me ordenó que preparara mis bártulos sentí una impresión que jamás he conseguido analizar. Intenté abrirme las venas con una hoja de afeitar y, casi inconsciente, bañado en mi propia sangre, luchaba como un loco para no ser subido al camión. Resultado de esta locura: no fui enviado a Langwasser, sino a un hospital psiquiátrico.

El día de mi llegada, allí se encontraba mi fiel compañera, también ella discutiendo, pero para calmarme. La idea de pasar la noche en este asilo de locos se me hacía aún más intolerable incluso que pensar en el campo de Langwasser. Sin embargo, consiguió tranquilizarme, y algunos días más tarde, salí de este nuevo infierno y fui enviado al campo.

Las semanas que pasé en éste, sometido a vigilancia en el hospital, fueron menos insoportables de lo que yo hubiera imaginado. Mi esposa, siempre ella, maravillosa y leal, me siguió a Nurenberg, y desde allí venía a verme, trayendo siempre alimentos, libros y flores. Hablábamos en voz baja. Su dulzura y simpatía me arrancaban de mi idea fija: evadirme a toda costa de aquella prisión de alambradas.

El Centro de Internamiento de Eichstaett había de ser mi última prisión. Internados, pero no detenidos, no podíamos, sin embargo, salir de este ambiente de enclaus-tración que tenía algo de obsesivo. Aunque las puertas de nuestras celdas se encontrasen siempre abiertas y tuviésemos derecho a reunimos a nuestro albedrío, los ventanillos que rasgaban las paredes de nuestras celdas nos impedían recibir el menor rayo de sol, la más legítima claridad del cielo. Esta noche aumentaba mi angustia y mi depresión.

Yo había presentado recurso: en principio, las cosas siguieron en la misma forma. El veredicto de primera instancia no había hecho sino confirmar la sentencia; después la pena había sido rebajada a cuatro años de trabajos forzados, la confiscación al ochenta por ciento de mis bienes y me habían sido devueltos mis derechos cívicos. Me beneficié de una cláusula especial que estipulaba que mis títulos de fotógrafo oficial, profesor consejero de la villa, así como portador de la insignia de oro del Partido no eran considerados como crímenes políticos. En la segunda apelación, fueron llamados treinta y cinco testigos y presentados más de un centenar de documentos. Gentes que habían sido perseguidas bajo el Tercer Reich por razones políticas o raciales y a las cuales yo había salvado la vida, prestaron declaración a mi favor.

Esto fué en las Navidades de 1949. Mi esposa me había llevado un arbolito de Noel, adornado, en recuerdo de la felicidad perdida. Pasaron el Año Nuevo, los meses y todo el año. En febrero de 1950, me convertí de nuevo en un hombre libre.

***

¿Qué me queda por decir? Durante mucho tiempo, después de obtener mi libertad, no tuve sino un deseo: el de no dedicarme a nada en tanto que el gozar de ella me siguiera procurando la misma sensación de embriaguez. Volvía a ver, repasándolos, sopesándolos, los acontecimientos de una vida que había entrado, de grado o por fuerza, en el engranaje de la Historia y en el de la aventura. Veinte años de una carrera apasionante, pero con temores, ansiedades, privaciones que llegan a la tortura física y moral, al cautiverio, en una palabra; la noticia de haber perdido todos mis bienes, de que debía verme apartado de toda actividad, de que era una especie de peso muerto para la sociedad, incapaz de ganar mi pan cotidiano, todo esto formaba en mi cabeza una especie de

carrusel y colmaba las horas vacías de mis noches. Sucedió, no obstante, que mi ascendencia de campesinos bávaros vino en mi ayuda. He sufrido jaquecas e insomnios, he llegado a creer que mi corazón abandonaba la partida; pero he aquí que, poco a pogo, ayudado por la abnegación sin desfallecimientos de mi "esposa bienamada, he vuelto a ser un hombre vivo. En cierto sentido, he acertado un pleno: no deseo tener otras experiencias, me apartaré de nuevas inspiraciones. Es suficiente para mí haber conseguido la paz.

El Tribunal ha ordenado que me sea devuelto un veinte por ciento de mis bienes; pero la cuestión parece estar todavía en estudio: las autoridades investigan y tratan de fijar este porcentaje. Espero que algún día —antes de que sea demasiado tarde — se tome por fin una decisión y me sea pagado legalmente el importe de esta cantidad. Entretanto, el Gobierno de Baviera subviene a nuestras modestas necesidades con un anticipo provisional.

De todo esto he obtenido algunos beneficios interiores.

He comprobado la verdad del viejo refrán: «En la desgracia es cuando se conoce a los verdaderos amigos». He reconstituido retrospectivamente los sacrificios hechos por mi esposa para mí liberación moral. Lo ha vendido todo: su modesta colección de alhajas, sus pieles, hasta sus vestidos de algún precio, todo para pagar los interminables viajes que hubo de hacer a campos y prisiones. Ella no comía, pero tenía con qué pagar, a las desmesuradas tarifas del mercado negro, algunos cigarrillos y otros regalillos que me animaban. Lo que quedaba —solamente esto — era para ella; si se esforzaba por vivir y conservar un techo, era para recibirme el día en que fuera puesto en libertad.

¿Y los amigos de antaño? ¿Aquellos que nos debían alguna gratitud, material o moralmente? ¿Dónde estaban? ¿Cómo habían desaparecido? No volvió ni uno solo, nunca, ni para ofrecer una ayuda material (lo que hubiera supuesto mucho) ni una palabra de amistad (que hubiera sido aún mejor) a mi esposa. Pasaban, como los fariseos, por el otro lado de la calle. También pasaba mi esposa, con la cabeza bien alta; no se mendiga el corazón de las personas.

Y luego, ¿qué objeto tienen las lamentaciones? Mi pasado ha acabado y no lo desearía diferente. Me encontraba brillantemente situado en mi profesión cuando mi patria se hallaba también en el cénit de su historia. Esta historia la he vivido por mi cuenta paralelamente a la suya: eclipse durante la primera guerra, renacimiento entre las dos guerras, tormenta y caos de los acontecimientos que nos condujeron a la caída final y a la desintegración de Alemania.

Yo era un bohemio, pero un bohemio afortunado; libre de toda preocupación y rico a manos llenas. Mi profesión me llamaba a los caminos de toda Europa; he conocido Inglaterra, Francia, los Países Bajos, Italia, Grecia y Rusia, así como el Imperio Austro-Húngaro y todos los aspectos de Alemania. En tren, por los caminos de la tierra o del cielo, he cubierto miles de kilómetros. He jugado con el rostro, las ropas, las actitudes y las posturas de los más célebres personajes de mi tiempo: monarcas, príncipes, gentes del pueblo. Dos millones o dos millones y medio de fotografías hablan de mi punto de vista o del de mi cámara fotográfica en este medio siglo, cuyo centro fué Berlín.

En una palabra, he vivido y vivido magníficamente. Y, hasta cuando me han atormentado, he sobrevivido.

Estoy reconocido a esta vida. Los hombres desaparecen, pero el mundo continúa. «Mi propio mundo» no ha muerto. Mi hijo Heinrich conoce el éxito como fotógrafo de Prensa y como editor. Mi hija, divorciada de Baldur von Schirach, está empleada en la industria del cine; sus hijos terminan sus estudios y entran en las profesiones que han escogido.

¿Yo? Yo también...

A través del humo de un cigarro contemplo la proyección de la película de mi vida.